

Selección RNR



Laimie Scott

*SIN RENUNCIAR
a NADA*



Suspense Romántico

Sin renunciar a nada

Laimie Scott



1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Laimie Scott

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-781-8

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Agradecimientos

Promoción

La noche comenzaba a caer sobre los tejados de pizarra de la ciudad a pesar de que solo eran las cinco de la tarde. Una buena hora para pasear, tomar un café o realizar las compras antes de que la mayoría de las tiendas cerraran en una hora. Era por este motivo por el que casi no se veía gente por la calle. A estas horas esta se encontraba en algún café, donde resguardarse del frío que hacía. Algunos viandantes caminaban por las inmediaciones de los jardines de Princes Street, en dirección a esta arteria de la vida comercial de la ciudad. Salían de sus trabajos hacia sus casas, aunque algunos todavía pararían a tomar algo con los compañeros o los amigos en alguna taberna.

Pero a *ella* le importaba bien poco o nada el frío que comenzaba a levantarse, que fuera de noche o que la ciudad comenzara a quedar desierta. Ella tenía que cumplir un objetivo, y dado lo que le iban a pagar, ya podía aparecer el mismísimo diablo en persona, que no iba a echarse atrás. Se apeó del taxi después de abonar la carrera y dejarle al conductor una generosa propina por la charla que le había dado. Este la miró con una sonrisa de agradecimiento para después bajar la ventanilla y asomar su cabeza y contemplarla caminar con estilo, marcando cada uno de sus pasos sobre el camino de la entrada a la casa. «Mueve el culo como pocas mujeres que yo recuerde», se dijo mientras arqueaba las cejas. E incluso no pudo evitar que se le escapara un silbido de aceptación ni que asintiera la cabeza en aprobación.

—¿Quiere que la espere? —La pregunta fue más el deseo de él a que le dijera que sí, a un mera formalidad con su clienta.

Aquella sugerencia dibujó una sonrisa cínica y sexi a la vez en la boca de ella. No se dignó en volverse hacia él ni en detenerse. Alzó su brazo en alto y agitó un dedo. No. Ya vería cómo regresaría.

El conductor resopló.

—¡Qué mujer! —exclamó subiendo la ventanilla. Hizo que su coche diera la vuelta de regreso al centro de la ciudad y que desapareciera en la oscuridad de la noche mientras chasqueaba la lengua decepcionado.

Ella caminó hacia la puerta de una casa de tres plantas iluminadas. Un estrecho y corto sendero de grava fina llevaba hasta los escalones de la entrada. La puerta era de madera maciza lacada con una gran aldaba de bronce, algo deslustrada por el paso del tiempo y por las inclemencias del clima de la ciudad. Pulsó el timbre y esperó con paciencia a que abrieran mientras rebuscaba en su bolso la invitación que le habían hecho llegar para que asistiera.

Un tipo alto, fuerte y de mirada penetrante apareció en el umbral. La escrutó con total descaro y le hizo un gesto con el mentón.

Ella le entregó la invitación, que el tipo leyó. Entonces se apartó a un lado dejando que pasara al recibidor.

—Bienvenida.

Ella asintió complacida. Sin mediar una sola palabra por su parte. Era parca en estas.

—Sígame.

El tipo la condujo hacia una sala amplia. Decorada de manera precisa, elegante pero no ostentosa, en la que la casi totalidad de las sillas estaban ya ocupadas. Un hombre entrado en años, vestido con un traje de corte clásico, se acercó a saludarla.

—Buenas noches. Soy el dueño de la casa y de la colección. Gracias por asistir. ¿Es usted pujadora o representa a un cliente? —El hombre le tendió la mano.

—Buenas noches. Vengo representando a un cliente. —Ella se la estrechó de manera educada, afectuosa, mientras sentía la suavidad de su piel apergaminada al tacto.

—Puede sentarse donde guste. La subasta comenzará en breve.

No hubo intercambio de nombres. Solo un respetuoso y cordial saludo.

Luego se acomodó en una de las sillas libres y echó un vistazo a las personas que estaban allí. Sin duda que muchos eran simples curiosos que gustaban de asistir a esta clase de eventos. Una subasta privada para conseguir fondos. Según había leído en la prensa, el hombre que se había presentado fue en su tiempo una persona influyente y con poder en la ciudad. Pero el tiempo y el ritmo de vida le habían hecho llegar a esta situación. Ahora vendía parte de su colección de arte privada para poder seguir adelante. Esperaba sacar una buena tajada aquella noche.

Ella sonrió irónica. Se humedeció los labios y se dispuso a echar un vistazo al catálogo que acababa de recibir de manos de una mujer joven con mirada llena de vida. Buscó el objeto en cuestión, por el que debía pujar, según las órdenes recibidas. Allí estaba ella, observando un objeto de arte de valor incalculable cuando le sería más sencillo robarlo. Cuando recibió el encargo, no dio crédito. Un viejo amigo se lo había ofrecido. Solo tenía asistir a la subasta y asegurarse de que se marchaba con la pieza en cuestión. Algo que cualquier coleccionista pensaba que no existía. Muchos aseguraban que se trataba de una leyenda que circulaba en el mercado negro de las piezas de arte robadas. Entre los ladrones más afamados. Esa noche ella sería testigo de esa leyenda o de esa realidad. Lo bueno de todo aquello era la cantidad que recibiría por un simple trabajo. Lo cierto era que no lo necesitaba, porque había sabido ahorrar en tiempos de bonanza. Pero no era de las que decía que no al dinero si no entrañaba sobresaltos innecesarios. Ahora esperaba que la noche no fuera demasiado larga y sí muy productiva para sus propios intereses.

La subasta se abrió con varios objetos de escaso interés para los asistentes a juzgar por el poco movimiento de manos alzadas para pujar. Una especie de calentamiento hasta llegar a las piezas que de verdad importaban y que atraerían el interés de todos. Este breve interludio hasta que comenzara lo importante le dio tiempo para recapitular la información que tenía y que Thomas le había facilitado. Lo que no llegaba a comprender era por qué *ella*. Ni cómo la había encontrado. Había desaparecido después del último golpe

que habían dado junto a los demás. Entonces, se prometió dejarlo durante una larga temporada. Sí. Tenía dinero suficiente para vivir sin tener que preocuparse por este. Thomas le ofreció tres mil libras por asistir a la subasta y pujar por la pieza en cuestión; y otras tres mil a la entrega de la pieza: una matrioska de oro con incrustaciones de piedras preciosas. Tenía carta blanca para pujar, esto es, sin límite de fondos. Sin duda que su cliente era alguien con dinero para gastar. ¿Un mecenas del arte? ¿Alguien que se aburría y decidía gastar su dinero en subastas? Ese asunto quedaba en segundo plano. Lo que la traía de cabeza era que no le hubieran pedido que la robara, le habría salido más barato conociendo a Thomas. Ir de legal no le atraía demasiado, la verdad. No cuando habías vivido al margen de la ley durante tanto tiempo. Lo encontraba más... apetecible. El subidón por temor a ser atrapada en el último acto.

—Y ahora, señoras y señores, pasaremos al lote treinta y tres del catálogo —anunció el subastador mientras la gente pasaba las páginas en busca de dicha pieza. Pero ella sabía muy bien que era el motivo por el que estaba allí. Levantó la vista para comprobar la pieza que ahora mismo se exponía en la mesa. Dos personas las custodiaban. La mostraron en alto antes de abrirla y sacar las demás muñequitas rusas que contenía. «Toda una obra de arte», pensó ella mientras se mordisqueaba el labio y entrecerraba los ojos—. Un juego de matrioskas de oro con incrustaciones de piedras preciosas. En el catálogo disponen de la información adicional. La puja se abre con cincuenta mil libras, señoras y señores.

Durante unos segundos, el silencio se apoderó de la sala. La gente observaba con atención la pieza en el catálogo. Algunos sacudían la cabeza como si rechazaran la posibilidad de adquirirla. Otros murmuraban para sí mismos como si estuvieran rezando o tal vez hablando con otra persona al otro lado de la línea telefónica, ya que llevaban auriculares para comunicarse. Otros intercambiaban opiniones en voz baja con la persona sentada a su lado. Nadie parecía estar dispuesto a pujar, lo cual a ella le parecía algo inaudito. Sonrió al pensar que de ese modo le resultaría más sencillo. Levantó la mano

para aceptar la primera oferta.

—Tenemos un comprador —dijo el director de la puja extendiendo su brazo hacia ella y asintiendo—. ¿Alguien ofrece cincuenta y cinco mil? —La pregunta se paseó por la sala como si se tratara de una ráfaga de aire fresco.

Ella levantó la mirada del catálogo para otear el horizonte, el bosque de cabezas que era la sala. De repente un brazo se alzó entre estas.

—El señor ofrece cincuenta y cinco mil. ¿Sesenta mil? —preguntó dirigiendo su atención hacia ella, que no vaciló en asentir—. La señorita ofrece sesenta mil.

Ella sonrió con ironía. El hombre que estaba pujando para hacerse con la matrioska no tenía nada que hacer, a menos que se tratara de un excéntrico filántropo dispuesto a quemar su dinero. Ella portaba un cheque en blanco. Podía gastar lo que necesitara, pero no podía salir de allí sin la pieza. Por eso se mostraba tranquila y confiada en que al final sería suya. Pero ver a otra persona pujar por la muñeca rusa le otorgaría un plus. Esa emoción que llevaba tiempo echando en falta. La sangre hirviendo en sus venas. La excitación.

—¿Tenemos sesenta y cinco mil?

La gente murmuraba, hacía gestos hacia ella y hacia el otro hombre de la puja. De repente su rival pareció emitir alguna señal de aceptar la oferta.

—El señor acepta la oferta. ¿Ofrece alguien setenta mil?

Ella se hizo la desinteresada por un momento. Tal vez pretendía dotar a la subasta de un poco de emoción. Sabía que, en ese momento, ella era el centro de las miradas de todos los allí presentes.

—Setenta mil a la una.

Ella no hizo ningún movimiento.

—Setenta mil a las...

—Cien mil —exclamó de repente, provocando el revuelo lógico en la sala. La gente la miró con atención a la espera de su próximo movimiento. Pero estaba claro que la pelota estaba en ese preciso instante en el tejado del

hombre que había pujado hasta ahora. «¿Aceptaré el envite?», se preguntaba mientras fruncía sus labios en un mohín irónico.

«Veamos hasta dónde estás dispuesto a llegar», pensó mientras dejaba que sus labios se curvaran.

—La señorita ofrece cien mil libras —anunció el hombre desde el atril mientras miraba al hombre que hasta ahora parecía haber aguantado la puja de ella—. ¿Tenemos ciento cincuenta mil?

Ella tuvo la ligera impresión de que la gente acababa de contener la respiración a la espera de si él aceptaba la propuesta. No sabía a ciencia cierta hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—¡Ciento cincuenta mil! ¡El señor ofrece ciento cincuenta mil! —exclamó lleno de júbilo porque aquello representaba un atractivo mayor a lo que venía siendo la noche hasta ese momento. La gente convirtió sus murmullos en conversaciones que cualquiera podía escuchar—. ¡Silencio! ¡Silencio, por favor!

Ella sonrió. Sin duda que estaba siendo un digno adversario que por ahora alegraba la noche. Jugaría con él un poco más; hasta que se aburriera.

—¿Doscientas mil libras? —preguntó mirándola con los ojos como platos por la expectación que suponía el hecho de que ella aceptara el envite.

El silencio volvió a la sala. Todas las miradas se centraron en ella. Muchos aguantaron la respiración hasta escucharla decir algo. ¿Rechazar la oferta o aceptarla y subirla?

—Doscientas mil.

El revuelo volvió a flotar en el ambiente al escucharla aceptar la puja.

—Tenemos una oferta por dos...

—Doscientas cincuenta mil. —No había terminado de lanzar la oferta el subastador, cuando ya había otra cantidad que provocó un nuevo revuelo y que las miradas oscilaran entre los dos contendientes.

Se hizo el silencio. La gente volvió a contener la respiración. No se escuchaba ni el paso de las páginas de la guía. Ella se humedeció los labios

de manera lenta. Se tomó su tiempo antes de responder. Y tras inspirar, decidió que ya era hora de zanjar el asunto.

—Medio millón de libras.

El anuncio de aquella cantidad por parte de ella convirtió la sala de subastas en una marabunta de exclamaciones, risas, protestas y demás expresiones verbales. La gente se movió en sus asientos, elevó sus manos y la miraron como si estuviera loca por la cantidad que acababa de ofrecer.

—Ha dicho, ¿medio millón de libras? —El hombre no cabía en sí de felicidad. Que una pieza alcanzara aquella desorbitada cantidad era sin duda lo mejor que podía sucederle. Hasta ese instante, las pujas por los demás objetos habían sido más bien a la baja. La recaudación estaba en ese momento por debajo de los cálculos estimados por el tasador y el dueño de la colección. Por ese motivo, aquella mujer, con su oferta, compensaba con creces la noche.

El silencio volvió a apoderarse de los asistentes que permanecían inmóviles a la espera de la confirmación por parte de ella.

—Sí. Ofrezco medio millón de libras por la matrioska.

—Es mucho dinero, señorita.

—Lo sé. Pero el cliente al que represento me ha entregado un cheque en blanco para pujar por la pieza —declaró de forma abierta para dejarle claro a su oponente que, salvo que fuera muy rico, no tenía posibilidades de quedarse con la matrioska—. No me iré de aquí sin la pieza.

—Está bien. Si nadie supera su oferta y la figurita se vende por esa cantidad, el pago deberá hacerse de inmediato. No puede marcharse con ella sin haber recibido el pago.

—Bastará una llamada.

—En ese caso... Medio millón de libras. ¿Alguien ofrece más? —preguntó con los nervios propios al pronunciar esa cantidad. Miró al hombre que hasta ese momento había pujado por la figura para ver si subía la puja. Pero él sacudió la cabeza para dejar claro que se retiraba. Ella había sido muy explícita al revelar sus intenciones.

El dueño se frotaba las manos. «No es una mala cantidad después de todo», pensó el director de la subasta mientras volvía la mirada hacia los asistentes.

—¡Medio millón a la una!

Ella sonreía. Sabía que nadie igualaría y mucho menos estaría dispuesto a subir la puja.

—¡Medio millón a las dos! —El silencio imperaba en la sala mientras todos los asistentes daban por hecho que la matrioska ya tenía dueña—. ¡Medio millón a las tres! Adjudicado a la señorita por medio millón de libras —dejó claro con un golpe de mazo.

Ella sonrió. La misma mujer que le había entregado el catálogo se acercó a ella minutos después para que la acompañara a formalizar la transacción de la pieza.

Una vez que la subasta se dio por terminada, ella se encontró de nuevo con el dueño de la colección, que se mostraba sonriente.

—Un objeto exquisito.

—Sin duda —asintió ella mientras marcaba el número de contacto en su móvil.

—Necesitamos confirmación del ingreso del dinero —le recordó mientras trataba de controlar sus nervios por lo que esa cantidad suponía. Sin duda que aquella mujer acababa de salvar los muebles.

—Y yo necesito ver el juego completo —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia la matrioska.

—Claro. —El propio dueño de la casa y de la colección se puso unos guantes finos y procedió a abrirla para ir mostrándole el contenido hasta completar un juego de cinco.

Ella asintió complacida y se apartó de los dos hombres en busca de un poco de intimidad mientras ellos conversaban. Un tercero esperaba la orden para preparar la pieza para que se la llevara.

—Thomas. Tengo la pieza. Necesito un ingreso de medio millón. Un

momento...

Los dos hombres la vieron acercarse.

—Necesito un número de cuenta al que realizar el pago.

El dueño de la colección asintió mientras tendía una tarjeta y ella volvía a alejarse.

—Thomas. Escucha. —Ella le facilitó la cuenta para hacer la transferencia —. De acuerdo. Espero.

Ella volvió hacia los dos hombres.

—En unos minutos realizará el pago. No hay problema.

—Bien, James lo verificará. Pensaba que a estas horas...

—El cliente lo tiene todo arreglado.

—Una pieza exquisita para alguien importante sin duda. —El dueño sonrió mientras sus diminutos ojos brillaban de excitación.

—Tal vez debería haberla conservado.

—No, sabía que era la pieza estrella de esta subasta y que su salida a la venta significaría una inyección monetaria a tener en cuenta.

El tal James le mostró un Ipad.

—Bien, al parecer la transacción ha sido un éxito —confirmó con una amplia sonrisa mientras hacia un gesto al otro hombre para que preparara la pieza—. Espero que su cliente la disfrute. Ha sido un verdadero placer, señorita...

—Lo mismo digo —le dijo ella sin mencionar su nombre, algo que el dueño de la colección entendió. Muchos de los asistentes preferían mantenerse en el anonimato para no ser relacionados con sus clientes.

Cuando el paquete que contenía la pieza estuvo listo, se lo entregaron. Ella se despidió de todos los presentes y salió de la casa con la satisfacción del trabajo bien hecho.

En ese momento, su móvil vibró dentro del bolsillo interior de su abrigo.

—Dime, Thomas.

—*Te esperaran en los jardines de Princes Street. Junto al monumento de*

Scott. Ellos te harán entrega de las otras tres mil libras. Dales la pieza.

—¿Y tú?

—*Tengo que hablar con el cliente. Todo está controlado. Haz lo que te digo.*

—De acuerdo. —Se quedó pensativa mientras se detenía justo en la entrada de la casa. ¿La esperaba en los jardines para entregar la pieza? No tenía motivos para dudar de Thomas, ya que se conocían desde hacía años. Pero algo le olía mal. Tal vez fuera todo este tiempo que había permanecido alejada del trabajo. Sacudió la cabeza mientras caminaba y una alocada idea cruzaba su mente. ¿Y si no aparecía y se largaba con la pieza? Siempre podía venderla en el Este y desaparecer durante otra larga temporada. Sin embargo, desechó dicha proposición cuando pensó que en ese momento su vida estaba en paz. Tranquila y sosegada. Algo aburrida en ocasiones, pero le gustaba. «No había motivo para complicarme la vida», se dijo mientras sonreía y paraba un taxi para que la llevara al punto de encuentro.

Los jardines eran uno de los reclamos turísticos de Edimburgo, con caminos que los atraviesan o los bordean, sus bancos de madera erigidos en memoria de personas queridas ya fallecidas. Las luces diseminadas a lo largo y ancho de estos indicaban, al viandante, el camino hacia la salida. Y luego la propia iluminación de la vida nocturna que se atisbaba entre las frondosas copas de los árboles. El megalítico monumento erigido en memoria de *sir* Walter Scott aparecía iluminado. Un tributo bien merecido por parte de la ciudad a su más insigne escritor.

Se apresuró en su caminata mientras su abrigo, de color negro, rozaba el suelo bajo sus pies y apenas si permitía distinguirla cuando cruzaba una zona algo menos iluminada. Tenía prisa por alcanzar el otro extremo y localizar a las personas que la estaban esperando para realizar la entrega de la pieza. Recibiría el resto del pago y desaparecería. Estaba a escasos pasos de su objetivo cuando de repente comenzó a aminorar el paso. Justo al final del camino por el que pretendía salir habían aparecido dos sombras que, al igual que ella, vestían de oscuro y que ahora permanecían inmóviles. «¿Serán los

contactos?», se preguntó mientras trataba de controlar la respiración que en ese instante se había agitado en su interior. Thomas le había comentado por teléfono que la esperaban en aquel preciso lugar: al pie del monumento a Scott. Pero la desconfianza era un rasgo muy común en su trabajo y que la había mantenido con vida en todo momento. Y ahora tenía ese palpito que le advertía de que desconfiara precisamente de aquellos dos tipos mientras tensaba su cuerpo. No comprendía el motivo de su reacción, ya que a estas horas y en aquel lugar solo podría tratarse de su cita. Pero pese a su experiencia y su frialdad demostrada en otros momentos, su temor se vio acrecentado cuando escuchó el sonido de los pasos a su espalda. Lanzó una fugaz mirada por encima de su hombro para ver surgir de entre la agreste decoración otras dos sombras. «Bien, la cosa se pone interesante», pensó con una sonrisa llena de cinismo. ¿Tanta precaución por una pieza? De acuerdo que habían pagado medio millón de libras, pero al comprador no parecía importarle demasiado cuando a ella se le ofreció un cheque en blanco para pujar. ¿O se debía a que no se fiaban de ella después de todo? Apretó los puños y siguió avanzando con la mirada fija en el suelo. Tal vez debería haberse largado fuera de la ciudad en compañía de la matrioska y venderla después en el mercado negro. Apostaba a que habría sacado más de lo que el misterioso cliente había pagado. Al llegar al pie del monumento, uno de los hombres interceptó su avance. Levantó la mirada para fijarla en la persona que se erigía delante de ella con cierta autoridad. Y lo que vio no le dio muchas esperanzas. El tipo llevaba un pasamontañas y tan solo podía percibir sus dos ojos oscuros y una sonrisa cínica.

El extraño tendió la mano hacia ella con la palma abierta, como si le pidiera o exigiera algo.

—Te estábamos esperando.

Ella se mantuvo firme, con la mirada fija en aquel hombre, sin saber a qué se refería. Sacudió la cabeza sin comprenderlo, en un intento por hacerlo desistir. ¿Buscaba su cartera? ¿Su bolso? ¿O la matrioska? No estaba segura del todo de si aquellos cuatro hombres eran el contacto. «Pero ¿a qué viene

camuflarse con pasamontañas?»), se preguntó mientras se humedecía los labios y trataba de pensar con rapidez en las posibilidades que se abrían ante ella. A su espalda, el camino estaba flanqueado por otros dos tipos como los que permanecían delante de ella.

—Ya sabes por qué estamos aquí. —La voz del extraño se tornó fría y con algo de impaciencia—. La matrioska por la que tenías que pujar en la subasta. —El hombre volvió a tender la mano al frente, hacia ella, y después movió los dedos instándola a que se diera prisa en entregarle lo que pedía.

Ella sintió el escalofrío recorriendo su espalda, y no se debía a las bajas temperaturas. ¿Para quién trabajaban? Podían haberla seguido y ahora querer arrebatársela la pieza. No iba a entregársela sin una prueba.

—¿Quién os envía? ¿Thomas?

—Exacto. Nos ha llamado para decirnos que ya venías de camino con la pieza. Así que no perdamos el tiempo. Supongo que, al igual que nosotros, te apetece irte a casa —le urgió otro tipo mientras se situaba a su lado y la sujetaba por el brazo.

—No hay razón para ese comportamiento. —El que parecía ser el jefe apartó a otro tipo de ella con un ademán autoritario.

Luego se dirigió a ella con un tono más afable. Los otros tipos iban cubiertos con máscaras para que no le viera la cara, algo común cuando alguien importante estaba detrás. ¿Esperaba que ella pudiera reconocerlos y relacionarlos con alguien conocido en la ciudad? Ella solo quería recibir el pago por el trabajo de aquella noche, y se marcharía. Por un instante, llegó a pensar que incluso el propio cliente podría ser uno de ellos, pero que no estaba dispuesto a dar la cara.

—Solo queremos la pieza y nos marcharemos. Así de sencillo.

—De manera que sería conveniente que nos la entregues por las buenas. Sería una verdadera lástima estropear un rostro tan bonito, ¿no crees? —El otro tipo le susurró aquella recomendación en su oído. Ella sintió su aliento seco, cargado de alcohol, mientras su mano se aferraba a su brazo provocándole un dolor extremo.

No tendría sentido negarse a darle lo que pedían. De todas maneras, si ella no se lo daba, la matarían y se lo quitarían. De eso no le cabía la menor duda.

—No sé... —Ella seguía sin verlo claro. Había algo que no cuadraba—. Debería llamar a Thomas para confirmar tu versión —les advirtió mientras introducía su mano en el interior del abrigo ante la atenta y expectante mirada de los dos y el cañón de un silenciador apuntándole.

—Alto, cariño —le pidió el que parecía ser el jefe—. Yo también tengo mis dudas. En estos casos, toda precaución es poca. No nos pongamos nerviosos, ¿sí? —Ambos se mantuvieron las miradas mientras él le abría el abrigo y buscaba en sus bolsillos hasta dar con la matrioska.

Ella se revolvió bajo las manos de aquel hombre.

—Una cosa es que cachees y otra que te aproveches, ¿no crees? —le espetó con una voz fría y un tono irónico mientras se apartaba unos pasos de él.

Aquellas palabras dibujaron una sonrisa irónica en el extraño.

Ella había sentido sus manos recorriendo su cuerpo con sumo cuidado. Le había palpado los pechos, las caderas y el trasero buscando lo que ahora ya tenían.

—Se suponía que no era eso lo que buscaba, sino el móvil —le espetó haciendo un gesto con el mentón hacia la matrioska al tiempo que daba un paso al frente.

—Ya puestos...

El que parecía ser el jefe de los cuatro cogió el estuche forrado en piel con cierre metálico en el que la figurita había sido depositada. Levantó la tapa y apartó el paño en el que estaba envuelta. Una matrioska de oro macizo con pedrería incrustada quedó expuesta ante él. Sonrió complacido al comprobar su peso. La abrió y dentro encontró otra idéntica, y así hasta completar el juego de cinco figuritas.

—Quieta. —El otro tipo seguía encañonándola con un arma con silenciador, dando por sentado que ahora que tenían la figurita no vacilaría en dispararle.

Ella cerró los ojos, sacudió la cabeza y se maldijo por descuidada. Luego resopló enfurecida por su estupidez.

—¿A qué viene esto? Dadme el dinero y me largaré. —Ella entornó la mirada hacia ambos tipos, aguardando que le entregaran el dinero acordado por hacer ese trabajo.

—Thomas lo tiene. Quedamos en que él te lo entregaría —le refirió mientras esgrimía una sonrisa bajo el pasamontañas.

—Entonces no hay trato. Le entregaré la matrioska a él en persona. —En un movimiento rápido, ella se apoderó de la pieza. Hizo ademán de volverse para marcharse cuando sintió que la sujetaban y la volvían hacia ellos. Sintió el sabor metálico de la sangre. Acababan de propiciarle un fuerte puñetazo. Inesperado, directo y que la había tumbado sobre el camino con gran facilidad mientras la matrioska rodaba por el suelo sin sufrir ningún percance. Percibió el rostro del encapuchado acercarse hasta ella. Acucillado, con el arma en la mano, le sonreía con malicia y diversión.

—No es nada personal como te puedes suponer. Pero tenemos que entregar el paquete a nuestro cliente. Tú ya no eres necesaria. No entiendo por qué te has revuelto de esa manera. Ya te he dicho que Thomas es quien te pagará por tu trabajo —le dijo señalando al otro hombre que ahora mismo volvía a envolver la pieza en el paño, la metía en la caja y después la guardaba en un maletín—. Además, conviene mantener a la reina de los ladrones lejos de una pieza de tanta calidad, ¿no crees? ¿Tal vez pensabas quedártela y venderla a otro postor, Zarina? —Pronunció aquella palabra con una mezcla de desdén y soberbia mientras sonreía.

—Mi dinero... —reiteró entre dientes mientras intentaba incorporarse.

La respuesta fue una patada que le cortó la respiración por un momento. Pensó que se ahogaba. Luego tuvo un acceso de tos hasta que recuperó el aliento a duras penas. Ella sonrió irónica ante la situación. Era la primera vez que la derrotaban. ¿Se había descuidado? Nunca lo había hecho, por eso siempre había tenido éxito. Pero esa noche... Y eso que en un principio sintió la desconfianza apoderarse de ella. Pero se relajó sin conocer el motivo. Y

ahora se encontraba en el suelo, apoyada sobre las rodillas y las palmas de sus manos.

El jefe de ellos se levantó y se largó. Ella pensó que todo había terminado, pero cuando sintió un nuevo golpe, esta vez en la espalda, comprendió que el castigo había comenzado. Al parecer no iban a conformarse con la matrioska, querían darle una lección. Estaba claro que la habían reconocido cuando el que parecía ser el jefe de la cuadrilla se refirió a ella como «la reina de los ladrones». Ella. La mejor ladrona de guante blanco de Europa. La Zarina. «¿Por qué diablos acepté aquella mierda de trabajo?», se preguntaba mientras sentía como si acabaran de quebrarle las costillas y caía en una oscuridad que le trajo recuerdos de días lejanos en el tiempo y en su Serbia natal. Recuerdos cruentos de una guerra que no podría olvidar. Ahora mismo estaba a merced de cuatro hombres que podían hacer con ella lo que les viniera en gana. Incluso matarla. Lo había visto siendo una niña.

Los cuatro hombres desaparecieron en los jardines hasta salir por Lothian Road. Callejearon por las inmediaciones, donde se subieron a una monovolumen aparcado dos calles más abajo. Todo había resultado como esperaban, sobre todo el cabecilla que ahora sonreía divertido mientras conducía hacia las afueras de la ciudad.

—No hacía falta ser tan incisivo. Bastaba con que la dejaras inconsciente el tiempo necesario para alejarnos sin que ella nos siguiera —le recordó desviando la mirada del frente para centrarla en aquel animal.

—Reconozco que se me fue la mano un poco. Pero su impaciencia me estaba consumiendo por dentro —exclamó mientras lanzaba una mirada a los dos hombres que iban sentados en la parte de atrás—. ¿Y ahora?

—Le entregaré la figura a nuestro cliente y se acabó. Tenéis el dinero. Largaros de la ciudad una temporada.

—¿Y ella?

—¿Ella? —El tono de extrañeza por aquella pregunta le sorprendió—. ¿Qué coño va a hacer ella? No tiene ni idea de lo que ha sucedido. Ni tampoco para quién ha trabajado. Por mi parte, el asunto estará resuelto una

vez que entregue la mercancía.

—¿Y el dinero? Me refiero a su parte.

—Ese tema también está zanjado. Debería darse por satisfecha con el hecho de que no la delatemos, ¿no? Todos aquí sabemos quién es ella.

Volvió la mirada al frente para seguir atento al poco tráfico que había a esas horas. Faltaban por atar un par de cabos que en breve lo estarían. Había organizado aquel plan de una manera meticulosa. Sin fisuras. Buscaba venganza y la había obtenido. La había engañado, derrotado y humillado. ¿Qué más podría pedir? No quería que muriera. No. No era para tanto, por eso había tenido que detener a su hombre cuando vio que se estaba extra limitando en sus funciones.

Llegaron a la casa donde abandonarían el monovolumen para coger otro coche. El jefe se bajó antes que los demás, ajustó el silenciador y apuntó a los tres según bajaban.

—¿Qué coño haces? ¿Te has vuelto...? —El disparo entró por el pecho y lo tumbó en el suelo con un sonido seco.

Luego se volvió hacia los otros dos y repitió de manera eficiente y rápida la acción. No les dio tiempo a reaccionar. Esa había sido la clave del éxito. Ninguno de los tres lo imaginaba. Así era como se debía actuar. Cuando menos lo esperan los demás. No podían quedar cabos sueltos, como le dejó claro su cliente. Por ese motivo solo él se subiría al coche e iría a verlo para entregarle su muñeca. Nadie haría preguntas sobre los tres cuerpos sin vida que quedaban allí. Y él ya tenía lo que quería. Roció con un bidón de gasolina la furgoneta para prenderle fuego y borrar su propio rastro. Dejó los cuerpos de los tres donde estaban y se marchó convencido de que alguien los encontraría. Cuando Scotland Yard investigara, pensarían que se trataba de algún ajuste de cuentas. Los identificarían, pero no podrían relacionarlos con él.

El estridente sonido del timbre obligó a Roy a salir de la cama. Echó un rápido vistazo al reloj de su teléfono móvil: las tres de la mañana. ¿Quién coño podría ser a esas horas? Se puso una camiseta y caminó por el suelo de parquet hasta la puerta, alerta ante lo que podría encontrarse. Tal vez alguien que pasaba por delante de su casa a esas horas de alguna fiesta y se había equivocado de piso.

—¡Maldita fuera la gracia! —exclamó enfurecido. Pero si no abría, Roy apostaba a que su intempestiva visita no quitaría el dedo del timbre. Se asomó por la mirilla y lo único que pudo ver fue una densa cabellera de color oscuro. Pero cuando la visita levantó la mirada... Aquella mirada le cortó la respiración por un segundo. Luego, apoyó la frente contra la puerta. Cerró los ojos e inspiró de manera profunda mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal. No podía ser. Pero una maraña de recuerdos inundaba su mente sin que él pudiera detenerlos. Sabía sin lugar a dudas quién estaba al otro lado de la puerta llamando al timbre de aquella manera tan escandalosa. Por ese motivo se apresuró a abrir. Lo que no esperaba era que cuando lo hizo, ella se derrumbara en sus brazos como una simple muñeca de trapo.

—Jelena —logró murmurar cuando sus sospechas iniciales se confirmaron, mientras la recogía y la levantaba del suelo entre la sorpresa y la preocupación. Cerró la puerta con el pie descalzo y se dirigió al interior de la casa con un gesto de preocupación al ver el estado en el que se encontraba. ¿Qué coño estaba haciendo allí? ¿Y qué le había sucedido?

La visita fue conducida hasta el despacho privado, donde un hombre le aguardaba con impaciencia. Por eso, nada más verlo cruzar el umbral de la puerta, dibujó una sonrisa de triunfo en su rostro mientras se levantaba de su asiento para correr a su encuentro.

—Celebro verte tan temprano. ¿Algún contratiempo? —La pregunta era

de obligado cumplimiento.

—Nada que no se pudiera solventar —apuntó él con toda intención, queriendo hacerle ver que los cabos sueltos habían quedado atados todos a la vez.

—¿Incluida ella? —El cliente arqueó su ceja con suspicacia temiendo que el plan se hubiera desviado del planteamiento inicial—. Tenía mis dudas al respecto de su comportamiento. Entiende que conociendo su identidad...

La visita asintió sin ningún contratiempo. Conocía el motivo por el que aquel hombre había contactado con él y había solicitado que fuera la Zarina quien se encargara del trabajo. El plan de aquel hombre no era del todo descabellado. Y lo entendía porque buscaba resarcirse de una pérdida sufrida en el pasado a manos de ella. Sin embargo, la visita había decidido en el último momento que ella quedara al margen. No iba a acabar con Jelena después de todo. No. Con *ella* no. Pero estaba seguro de que no volvería a escuchar hablar de ella, y no le preocupaba asegurarle a su cliente que también había acabado con su vida.

—Ha cumplido —asintió mientras señalaba la matrioska como prueba.

El cliente abrió el estuche, retiró el paño que la protegía y el destello del oro y piedras preciosas lo cegaron al momento. Sonrió complacido mientras tomaba la delicada figura en sus manos y la contemplaba como un niño lo hacía con los regalos en el día de Navidad. Luego la abrió hasta desplegar el juego de cinco sobre la mesa.

—La famosa matrioska de oro y diamantes. La leyenda hecha realidad, aquí, delante de nosotros. Siento que la Zarina haya terminado su carrera sin poder disfrutar de esta preciosidad. —Sonrió con ironía mientras pasaba la mano por las cinco figuritas desplegadas sobre la mesa—. Bien, volviendo a lo nuestro —dijo pulsando el botón de llamada sin descolgar el auricular.

—¿*Qué quiere, señor?* —La voz aterciopelada de una mujer se escuchó por el altavoz.

—De curso a la transferencia que le pasé esta mañana.

—*Como ordene, señor.*

El cliente se volvió hacia su intermediario con una sonrisa de agradecimiento.

—Está hecho. En breve tendrás tu dinero.

—Gracias. Pero ahora debo marcharme.

—Como quieras. Estás invitado a la muestra que haré en unos días para mostrar esta belleza —le anunció volviendo su atención a la matrioska.

—Tomo nota de ello. Ha sido un placer. —Abandonó el despacho dejando a su excliente para que disfrutara de su juguete. Él tenía otras cosas que hacer. Por ejemplo, tratar de averiguar en qué estado había quedado ella.

Roy llevó en brazos a Jelena hasta su habitación para recostarla en su propia cama. La incorporó para quitarle el abrigo mientras contemplaba con preocupación como ella fruncía el ceño y apretaba los dientes ahora que había vuelto en sí. A Roy no le cabía la menor duda de que el dolor que sentía cuando él la tocaba era producido por tener el cuerpo magullado e incluso alguna posible fractura. Durante unos segundos se quedó contemplándola en silencio mientras ella cerraba los ojos e inspiraba de manera profunda. Roy no podía negar que, a pesar del tiempo que llevaban sin verse, ella seguía cautivándolo con su sola presencia. Ahora tenía el pelo algo más corto y de color oscuro contrastando con el color de su piel. E incluso podía apostar sin lugar a dudas a que se lo había teñido de ese color para despistar a las autoridades. Siguió contemplándola mientras ella entreabría los labios para tomar aire, y pensó en la última vez que los había besado.

Jelena sentía el dolor agudo en su pecho cuando respiraba. Creía que se le abriría en dos de un momento a otro. Cada bocanada le quemaba por dentro. La cabeza la mortificaba con un dolor en las sienes semejante a dos martillos dentro de esta. Suspiró en un intento por relajarse, pero entonces el dolor regresó e incluso se hizo más intenso. Volvió el rostro hacia un lado para

quedarse con la mirada fija en Roy. Con gran esfuerzo sonrió mientras intentaba extender el brazo para que sus dedos lo rozaran si quiera.

La intensidad de aquel par de ojos claros lo sacudió sin esfuerzo. La mirada de ella era penetrante e intensa y Roy no supo qué hacer. Casi a continuación, su sonrisa le provocó una sensación casi olvidada, o más bien, enterrada en el fondo de su ser. Con timidez, acercó su mano a la de ella y la acarició mientras le devolvía la sonrisa. No podía evitarlo a pesar del tiempo transcurrido.

—Me alegro de verte.

Jelena hizo un gran esfuerzo por hablar, sin embargo, algo tan simple como pronunciar una sola palabra le repercutía en su estado. Cerró los ojos y apretó los dientes una vez más, esperando a que el dolor remitiera. Se habían ensañado con ella. El tipo grande no había tenido reparos cuando la golpeó en la espalda y la pateó en las costillas. Por suerte su jefe lo detuvo antes de que ella perdiera la consciencia y permaneciera aturdida sobre el suelo. Luego, con gran esfuerzo, había logrado llegar hasta el piso de Roy. Siempre él. Pero ¿a quién iba a acudir en aquel estado? ¿Y en quién más podía confiar en aquella ciudad? No conocía a nadie más excepto a Thomas.

Roy desapareció de su campo de visión por un instante. Segundos después sintió una mano en la nuca y como la ayudaba a incorporarse.

—Bebe.

Jelena sorbió un trago de agua que pareció sentarle algo mejor. Se pasó la lengua por sus labios e inspiró hondo mientras se relajaba.

—¿Qué te ha pasado? Tienes pinta de haber sido arrollada por el tranvía o un autobús. —Roy le hizo un gesto con el mentón al tiempo que se sentaba en la cama.

Jelena se aferró a la mano de él en busca de algo de comprensión... de cariño a pesar del tiempo transcurrido.

—A aquel tipo se le fue la mano. Por suerte... —Una nueva punzada de dolor la hizo detenerse, sosegar y contar hasta diez antes de proseguir—. Su jefe lo detuvo a tiempo.

—Te han partido el labio y tienes un moretón en el pómulo. Pero lo que más me preocupa es tu cuerpo. Voy a quitarte la ropa para ver en qué estado te encuentras. —Roy deslizó el nudo en su garganta mientras pensaba en ella. En su cuerpo desnudo que tantas veces había tenido junto al suyo. En su piel suave y cálida.

—Apuesto a que sí. A que te mueres de ganas de quitarme la ropa... — Jelena sonrió con ironía mientras a su mente acudían otros momentos en los que él la había despojado de cada prenda antes de dejarse llevar por el deseo frenético.

—Sabes que sí —corroboró Roy mientras posaba con cuidado sus manos sobre el torso de ella. La miró con determinación mientras a ella le costaba hasta respirar—. Si te duele, quéjate, y sabré si hay algo roto.

—¿Crees que voy a hacerlo por vicio? —Jelena arqueó una ceja en clara y franca señal de escepticismo o de burla por el comentario de él.

Roy asintió mientras le desabrochaba la camisa. De manera lenta y algo nerviosa para no hacerle más daño del necesario a ella.

Jelena cerró los ojos mientras los dedos de Roy se movían de manera lenta y segura sobre su ropa. Respiró haciendo que sus pechos subieran y Roy parecía detenerse en ese momento. ¿Qué le sucedía?

Roy se humedeció los labios al rozar los pechos de Jelena de una manera casual pero necesaria si quería despojarla de la camisa. Escuchó el leve suspiro que escapó por entre los labios de ella.

—¿Todo bien?

—Depende. —Jelena se limitó a asentir y emitir un leve sonido gutural de aprobación. En ese momento no podía asegurar si estar expuesta ante él, y permitir que sus manos le recorrieran el cuerpo buscando lesiones, significaba que todo estaba bien.

Roy procedió a levantar la camiseta interior que separaba la piel de ella de sus dedos. De manera lenta la fue sacando del interior del pantalón y la fue subiendo mientras iba revelando aquella piel que él conocía tan bien. De memoria. Podría asegurárselo a cualquiera que se lo preguntara. Su abdomen

aparecía firme, delimitando sus abdominales. «Sigue estando en forma», pensó Roy. Al subir un poco más la ropa, descubrió las contusiones que provocaban el dolor.

De pronto, Jelena experimentó una sensación distinta mientras las yemas de los dedos de Roy la rozaban con sumo cuidado, provocando una sensación muy diferente al dolor.

—¡Joder!

Roy sacudía la cabeza y permanecía con su atención fija en las contusiones en torno a ambos lados.

—¿Tan grave es?

La voz somnolienta de Jelena captó la atención de él. La miró de manera fija y asintió de manera leve.

—El que te lo ha hecho se ha ensañado contigo. Debías tenerlo muy cabreado, pero eso me lo contarás después. Ahora hay que actuar.

Roy volvió su atención hacia los dos cercos de color rojo que aparecían en ambos costados. Sin duda que el autor de aquello la había pateado con ganas. «¡Hijo de puta!», pensó Roy mientras apretaba los dientes y cerraba las manos con fuerza. No pudo evitar que la rabia que crecía en su cuerpo se reflejara en su rostro.

Jelena fue testigo de ello y extendió su brazo para que su mano encontrara la de Roy una vez más.

Él se la apretó mientras la miraba con la pregunta lógica en su mirada. ¿Por qué?

—Es posible que te duela, pero necesito comprobar si tienes alguna costilla rota.

—Mi buen doctor. ¿Sigues en el hospital?

La pregunta de Jelena captó la atención de Roy, quien se quedó contemplándola en silencio. Ella desconocía lo sucedido después del trabajo de Glasgow.

—Lo dejé. Demasiadas guardias —le explicó mientras sacudía la cabeza y

sonreía con ironía.

Jelena sonrió con una mezcla de tristeza y sarcasmo.

—Y un cuerno. Sé lo que te sucedió después de Glasgow.

Roy se fijó en ella. En su mirada brillante. En su rictus serio.

—Entonces, ¿a qué ha venido esa pregunta? Cuidado —La advertencia llegó a tiempo de que Jelena se preparara para sentir un fuerte dolor mientras Roy palpaba aquí y allá las costillas en busca de fracturas o fisuras—. Necesito que te gires hacia tu izquierda. He de echar un vistazo a tu espalda.

—Te ahorraré lo que vas a encontrarte. Uno de ellos me dio un fuerte golpe —le comentó mientras se volvía con gran esfuerzo con la ayuda de él.

Roy observó el hematoma en mitad de la espalda. Fuerte. Directo. Sin contemplaciones. Para hacer daño de verdad e incluso con el objetivo de causar una lesión importante.

—Si te llevo a un hospital para hacerte una placa, empezarán las preguntas de cómo te lo has hecho. Y luego llamarán a la Scotland Yard. E imagino que prefieres mantenerte al margen de todo ello...

—Tú mejor que nadie lo sabes. Nada de Scotland Yard —le pidió volviendo el rostro para lanzarle una mirada por encima del hombro y encontrar la de él llena de preocupación y de... cariño. Este descubrimiento le provocó a Jelena un vacío en su estómago.

—Voy a vendarte. Tienes una contusión muy fuerte en la espalda y alguna costilla algo delicada. Nos curaremos en salud. Incorpórate con mucho cuidado.

Jelena lo intentó mientras el dolor parecía abrirle la carne. Apretó los dientes mientras Roy la ayudaba deslizando su brazo por su espalda. Jelena trataba por todos los medios de no quejarse. Pero tampoco pretendía dejar la muestra evidente de lo que la cercanía de Roy le provocaba. No podía controlar que su piel se erizara con la tibia y casual caricia de los dedos de él. Que la mirada de él le transmitiera esa confianza que ahora más que nunca ella necesitaba.

Sus rostros permanecieron separados dejando el espacio necesario para que circulara el aire. Sus miradas fijas la una en la otra. Sus alientos se entremezclaron en uno solo. Sus bocas a punto de rozarse y quedar selladas después de tan larga ausencia.

Roy sonrió mientras el deseo por besarla parecía retenerlo allí, frente a ella.

Jelena se fijó en como el paso del tiempo había endurecido los rasgos de Roy. Lo que había aumentado su atractivo. La oscura mirada de él parecía estar preguntándole qué iba a suceder a continuación. Por un instante, ella fue consciente de que su situación había cambiado después del paso del tiempo. No esperaba que Roy fuera el mismo que hacía dos años. El tiempo que llevaban sin verse, aunque ella había estado al tanto de todo lo referente a él.

Roy siguió centrado en proteger la zona sin pararse a pensar en Jelena. Lo que más le preocupaba en ese momento era, sin duda, su estado y saber qué había sucedido. Pero eso podría esperar a que ella estuviera restablecida.

—Bueno, creo que con el vendaje que te he hecho podrás recuperarte pronto. Es cuestión de tiempo que las contusiones mejoren con el descanso y analgésicos para el dolor. —Jelena entornó la mirada hacia él preguntándose si ese descanso incluía quedarse en su casa—. Vamos al corte del labio y lo demás.

Roy procedió a desinfectarlo. Se tomó su tiempo mientras el pulgar descansaba sobre el labio inferior de ella de una manera incomprensible para él. No era precisamente sentirse como lo hacía después de... Desechó sus pensamientos y le volvió el rostro hacia el otro lado para observar el puñetazo en el pómulo

—Lo mejor que puedes hacer es descansar todo lo que puedas hasta que los analgésicos hagan remitir el dolor un poco. Dime, ¿por qué has venido aquí? —Roy no podía esperar más tiempo a conocer aquella respuesta. La miraba mientras se preguntaba por qué diablos se le había ocurrido regresar a su vida en ese momento en el que él estaba volviendo a encauzarla. Y viendo la situación en la que ella había aparecido, él era consciente de que no

significaría nada bueno; salvo su presencia.

—No sabía a quién acudir. Disculpa si mi presencia en tu casa te incomoda. Prometo marcharme en cuanto esté algo mejor —le confesó queriendo hacerle ver que así era.

Roy acusó el golpe de aquella confesión. Sintió una corriente fría recorrer su espalda hasta morir en su nuca.

—De eso nada. —Roy sacudió la cabeza y la miró con un gesto que dejaba claro lo que él pensaba de ella y de su situación. No. No iba a dejar que saliera de su vida otra vez. Había vuelto para lo bueno o para lo malo. Recordó aquel proverbio oriental en el que se decía que lo que estaba destinado a uno, acababa volviendo. Tal vez Jelena se ajustara a esa definición—. No pienso dejarte salir por la puerta. —Roy sonrió de manera tímida.

—La verdad, no creo poder hacerlo —bromeó ella, sonriendo por primera vez desde que estaba allí.

—¿Qué ha pasado? Aunque no estoy seguro del todo de si me convendría saberlo.

Jelena cerró los ojos, relajó los hombros y sacudió la cabeza. Luego la apoyó contra el cabecero de la cama y cogió un poco de aire antes de proseguir.

—Estoy jodida, Roy —le confesó mientras fijaba su mirada en la de él y esperaba su reacción. La mirada de él mostró comprensión.

—Bueno, eso es algo evidente a la vista de la paliza que te han dado. Pero ahora estás aquí. Y no tienes de qué preocuparte. Trata de descansar. Hablaremos más tarde.

Jelena se quedó con la vista fija en él mientras este se incorporaba de la cama y salía de la habitación con una mezcla de compasión e ira por lo sucedido. Una ira que esperaba que no lo cegara y le permitiera afrontar la situación como en verdad debía hacerlo.

El hombre caminaba tranquilo por aquel paraje mientras su perro iba unos metros por delante de él. Había salido como cada mañana junto al animal para que hiciera sus necesidades y, de paso, que trotara un poco. Además, por aquel lugar a las afueras del centro, podía dejar que el perro corriera libre. Iba absorto en sus pensamientos cuando escuchó los ladridos. El hombre percibió un intenso olor a humo que no supo encajar en todo aquello.

—Voy, voy. ¿Qué...? —Se quedó callado de golpe cuando llegó a la altura del can. Como si alguien acabara de darle un bofetón en plena boca. Ni siquiera se atrevió a dar un paso más—. Ven. Ven aquí —llamó al perro, que acudió a su lado mientras su atención quedaba fija en los tres cuerpos sin vida que yacían sobre el terreno y en una furgoneta calcinada. Lanzó una mirada rápida hacia ambos lados y se largó de inmediato instando a su fiel compañero a que lo siguiera.

Jelena no era consciente de la cantidad de horas que llevaba durmiendo. Fue la feroz sensación de hambre que le apretaba el estómago la que la despertó. Se movió en la cama de manera lenta mientras buscaba una postura que al menos mitigara un poco sus dolores y los pinchazos que sentía. Con gran esfuerzo se quedó sentada en la cama mientras se sentía desconcertada. Se dio cuenta de que Roy le había cambiado la ropa y ahora llevaba una camiseta de manga corta y un pantalón de pijama de franela con cuadros escoceses. Una extraña y emotiva ola de calor la invadió de repente. Y que no remitió, sino que se acrecentó cuando escuchó la voz de él.

—¿Tienes fuerzas para levantarte?

Jelena giró el rostro hacia la voz de él. Roy permanecía apoyado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre su pecho y la mirada entornada. Ella se humedeció los labios y se limitó a asentir de manera casi imperceptible.

—De acuerdo. Vamos allá. Apóyate en mí y no hagas fuerza. Yo te sujeto.

Roy deslizó su brazo por la espalda de Jelena mientras ella se apoyaba en el otro brazo de él y se incorporaba. Permanecieron de pie el uno al lado del otro. Ella parecía estar recobrando el sentido. Resopló al sentir un latigazo de dolor en todo su cuerpo.

—¿Bien? ¿Te mareas?

Jelena volvió el rostro hacia Roy. Tan cerca del suyo propio que podía percibir su respiración, su aliento y su aroma tan particular. El mismo con el que se había quedado dormida, ya que toda su cama estaba impregnada de este.

—No.

—En ese caso, vamos al salón.

Jelena no estaba segura de si caminar junto a él fuera a mitigar su dolor del todo, pero debía admitir que sentir la mano de Roy sobre su cintura sí ayudaba en este caso. Ahora, sentada frente a él, se preguntaba por qué nada parecía haber cambiado entre ellos. Esas sensaciones tan lejanas en el tiempo y que ella parecía haber olvidado, reflatban reconfortándola en ese momento.

—¿Quieres desayunar?

—Sí, por favor, me muero de hambre. Desde que cené anoche, no he vuelto a probar bocado.

—¿Anoche? —Roy sonrió divertido ante su suposición. Sin duda pensaba que tan solo habían pasado unas cuantas horas.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me miras y te ríes?

—Porque no llegaste anoche, Jelena, sino dos atrás.

Jelena sacudió la cabeza sin comprender cómo era posible que hubiera

descansado tanto.

—He estado durmiendo más de un día. —Su presunción encontró el leve asentimiento de Roy.

—Sí, pero, no te preocupes. He estado al tanto de los posibles cambios que pudieras experimentar. Incluso has tomado tus analgésicos en sueños. Créeme, eres de las mejores pacientes que he tenido. Te prepararé algo de desayunar.

Jelena permaneció en silencio mientras daba vueltas en la cabeza a los últimos acontecimientos. Paseó la mirada por el salón y descubrió una manta y una almohada en el sofá. Acababa de enterarse de dónde había dormido él. «¡Joder!», pensó, ¡lo había echado de su propia cama!

—Si te encuentras con fuerzas, tal vez podrías contarme lo que te ha sucedido.

Jelena tenía la mirada fija en la taza de café que él había puesto en la mesa para ella. Sabía que el momento de contarle todo llegaría y que Roy se lo merecía. La había acogido en su casa sin ningún reparo ni ningún impedimento, e incluso recordaba sus palabras asegurándole que ella no iba a salir por la puerta. Ahora percibía una mezcla de expectación y preocupación en su mirada. Si ya había sentido su rabia cuando la reconoció para ver en qué estado estaba, Jelena podría asegurar que en cuanto conociera el resto de la historia Roy volvería a experimentar lo mismo. O al menos esa sería la reacción que esperaba. Pero tampoco podía asegurarlo a ciencia cierta. El tiempo y la distancia cambiaban a las personas. Y la cárcel... Pero tenía que contárselo porque necesitaba su ayuda a toda costa. Solo él podría hacerlo. Bebió un trago de café para deslizar el nudo en su garganta que le impedía continuar más que para acallar el hambre. Era inútil demorarlo por más tiempo.

—Recibí un encargo.

El rostro de Roy se contrajo en una mueca de desconcierto.

—Pensaba que lo habías dejado...

—No es lo que crees —se apresuró a explicarle ella antes de que Roy

sacara sus propias conjeturas—. No se ha tratado del tipo de trabajo que imaginas. No. El pasado quedó atrás.

Roy entornó la mirada hacia ella, intrigado por conocer el verdadero motivo de su estado. Pero no pudo evitar sentir una punzada de desilusión al escuchar por sus labios asegurarle que el pasado había quedado atrás. ¿También en lo concerniente a ellos dos?

—Thomas se puso en contacto conmigo. Sólo tenía que acudir a una subasta privada. Pujar por un objeto y recogerlo para llevarlo a un punto de entrega. Todo legal.

Roy la escuchaba sin interrumpirla. Inspiró cuando ella pareció dar por concluido el relato de los hechos. Le agradó descubrir que, en efecto, no se trataba de un trabajo como los de antes.

—¿Thomas? —Roy frunció el ceño con inusitado interés al escuchar aquel nombre. Creía que él también lo había dejado, pero sus suposiciones era erróneas a la vista de aquella información. Y más cuando Jelena asintió sin reparos.

—Un cliente parecía bastante interesado en una de las piezas que iban a subastar en una colección privada, ya te he dicho. —Jelena sentía cierta desesperación por comprobar que Roy se mostraba bastante escéptico y que sería complicado convencerlo de que no había nada turbio en aquel asunto; o al menos eso había creído ella hasta lo sucedido en los jardines de Princes Street—. Al parecer, el dueño de la colección necesitaba liquidez y pensó que subastar algunas piezas le ayudaría a salir adelante. De manera que, como te comentaba, Thomas me llamó por si me interesaba el trabajo. Solo tenía que pujar hasta conseguir la pieza. El pago se haría al momento de que la pieza obrara en mi poder. Llamé a Thomas para comunicárselo. Él se encargaría de hacérselo saber al comprador.

—¿Y qué se ha torcido? —Roy la interrumpió mientras entrelazaba sus manos, apoyaba los codos sobre la mesa y no apartaba la mirada de Jelena.

—Todo iba según lo acordado. Debía acudir junto a la estatua de Scott e intercambiar la pieza por la otra parte de mi dinero. Dijeron que actuaban en

nombre de Thomas. Pero sentí que algo que no cuadraba. Les pedí mi parte y la cosa cambió.

—¿En qué sentido? No te pagaron —dedujo Roy mientras arqueaba sus cejas con expectación.

—No solo no me pagaron, sino que se pasaron de la raya —le confesó mientras resoplaba porque el dolor volvía a hacerla doblarse.

Por un instante, Jelena se fijó en como los nudillos de él palidecían cuando cerraba las manos y la posaba sobre la mesa. Roy permanecía callado mientras daba y daba vueltas a todo aquello.

—Te dieron una paliza, se quedaron con la pieza de la subasta y te dijeron que sería Thomas quien te pagaría. Dime, ¿qué te encargaron comprar?

—Una matrioska de oro macizo con incrustaciones de diamantes. —Roy arqueó sus cejas con inusitada expectación—. Pero ahí no queda la cosa, ya que cada una de las otras cuatro también lo es. ¿Habías oído hablar de ella?

Roy inspiró al tiempo que asentía.

—Pensaba que no existía. Que se trataba de una leyenda que circulaba en el ambiente de los ladrones. Pero veo que estaba equivocado.

—Yo también. La matrioska existe. En una colección privada, aquí, en Edimburgo.

—¿Cuánto te iban a pagar?

—En total, seis mil libras —respondió observando a Roy fruncir sus labios y asentir—. La mitad la recibí antes de la subasta. El resto, cuando entregara la pieza.

—¿Y Thomas?

—No sé nada de él desde que le comuniqué que tenía la pieza. Los tipos que me hicieron esto me aseguraron que él estaba al tanto de todo.

—¿También de la paliza que te han dado? —Había un toque de sarcasmo y enfado en la voz de él—. Todavía no te ha llamado.

—No, que yo sepa.

—Te lo comento porque tu móvil no ha sonado desde que estás aquí. —

Roy cambió el «conmigo» por el «aquí» en el último momento. Para que no sonara demasiado personal. Y más después de que ella le hubiera asegurado que había dejado el pasado atrás.

—¿Qué pasa por tu cabeza, Roy?

—Pasan muchas cosas, Jelena. —Pronunció su nombre como si fuera una caricia impregnada de algo que todavía sentía por ella. Pero que ahora mismo no sabría precisar—. Pasa que no debiste haberte fiado de él.

—¡Roy, por favor! ¡Estamos hablando de Thomas! Es uno de los nuestros al igual que McCallum y Denisse —le recordó alzando la voz un poco para dejar claro su enfado ante aquel comentario de él—. Y no tenía que exponerme.

—*Era* —matizó, recalcando el pasado mientras esgrimía el dedo índice ante la mirada de sorpresa de ella—. En nuestro mundo no puedes fiarte de nadie, y los sabes igual que yo —le rebatió endureciendo su mirada hacia ella y mostrando un tono frío en su voz.

—Significa que tampoco puedo fiarme de ti, Roy. O incluso, ¿te fías tú de mí? —Jelena sintió el vuelco en el estómago cuando se lo hizo saber. Si ahora él le aseguraba que nunca había confiado en ella, estaba dispuesta a largarse de allí de inmediato. Sin importarle las consecuencias de sus actos. Ni el dolor en su cuerpo, porque sin duda que si él le confesaba que así era, el dolor que su confesión le provocaría sería más insoportable que el físico. Por ese motivo le sostuvo la mirada durante unos segundos en los que la tensión se hizo latente.

—¿Cómo puedes pensar si quiera eso de mí? —Roy sacudió la cabeza sin entender a qué había venido la pregunta de ella. ¡Joder, habían compartido algo más que su trabajo en el pasado! Pero cuando sucedió aquello en el último golpe... supo que ella no regresaría—. Estás aquí, ¿no? Creo que sobran las explicaciones.

Jelena agarró la taza con fuerza mientras lo miraba con determinación. Tal vez era el momento oportuno para indagar en el pasado. Para saber de una maldita vez la verdad de lo que había sucedido hacía dos años.

—No me delataste, ¿verdad? —Roy no respondió. Mantenía su mirada fija en ella en todo momento—. En Glasgow. No lo hiciste.

—Eso forma parte del pasado. Dime, ¿no sabes quién es el cliente? ¿Cuánto has pujado por la matrioska?

—Por eso cumpliste condena. Cumpliste el maldito código. No delatar al compañero si uno cae. ¡Pero tú te quedaste allí, joder! ¡Esperando a que los agentes de Scotland Yard te colocaran las esposas! —le espetó furiosa mientras golpeaba la mesa con la palma de su mano y hacía caso omiso al dolor en su costado. Le dolía más que él no confiara en ella y le contará la verdad de lo sucedido.

—¡Déjalo estar, Jelena! —Roy susurró aquella petición—. ¿Qué ganas con que te lo cuente si tú ya sabes lo que ocurrió? —Ahora la mirada de él se volvió llena de desilusión y amargura. Había cumplido condena por el robo en Glasgow mientras el resto del equipo quedaba libre para poder seguir con su vida. Roy se levantó de la silla, lleno de ira, mientras le daba la espalda a ella para que no fuera testigo de las emociones que se reflejaban en su rostro. Cerró los ojos e inspiró hondo en repetidas ocasiones. El pulso le latía acelerado y debía controlarlo a toda costa. Ella no se merecía aquello. Ahora no.

—Sólo dime por qué lo hiciste. —Jelena se había levantado con esfuerzo y se había situado detrás de Roy. Posó su mano sobre el hombro de él y lo obligó a volverse para mirarla. Se había acercado a él consciente del peligro que representaba. De que los rescoldos de la pasión compartida entre ellos todavía parecían estar prendidos. Y que tan solo bastaba un simple gesto para volverlos a encender y dejar que las llamas volvieran a arrasarlo todo a su paso sin que ellos pudieran evitarlo. Devorándolos y consumiéndolos en algo más que una simple amistad o atracción.

—Alguien tenía que daros tiempo para escapar —le confesó con una sonrisa. Roy recordó las sirenas de la policía invadiendo la calle y como minutos después los cañones de pistolas lo apuntaban. Pero feliz porque *ella* había escapado.

—Todo este tiempo he estado intentando averiguar el motivo. He querido ponerme en tu situación para saberlo. ¿Por darnos tiempo? —Jelena parecía no creerlo—. ¿Lo perdiste todo por permitirnos escapar?

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

—La tiene, Roy. Para mí la tiene. —Lo miró de manera fija mientras trataba de esclarecer sus pensamientos, de buscar respuestas a su comportamiento.

—No perdí nada, porque no tenía nada. —Roy sacudió la cabeza y su mirada recorrió el rostro de ella con precisión hasta detenerse en sus labios. El corte parecía estar cerrado y no sería él quien se arriesgara a abrirse—. Bueno, ¿en qué situación te deja lo de hace dos noches?

—No me dejaste que te visitara en la cárcel —Jelena insistió pronunciando aquellas palabras en un susurro al tiempo que recordaba las continuas negativas que había recibido por parte del funcionario de prisiones cada día que ella intentó saber de él.

—¿Para qué? ¿Para que te relacionaran conmigo? No merecía la pena —le aseguró con una mezcla de orgullo y desánimo. Rechazó cualquier comunicación del exterior para no perjudicarla. Pero también para no sentir que la echaba de menos—. ¿En qué situación te deja lo sucedido?

—Tú y tu maldita *omertá* —le reprochó empleando el término italiano de la mafia siciliana para guardar silencio y no delatar a los demás.

Jelena asintió mientras se apartaba un poco de él. Se volvió a la silla y dejó su mirada fija en sus manos sobre la mesa. Prefería centrarse en estas que en el rostro de Roy, por ahora.

—Lo desconozco. Solo soy consciente de que me han dado una paliza, no he cobrado el resto de mi paga y en teoría el cliente tiene lo que quiere —le resumió de mala gana, y se quedó mordisqueándose el labio sin importarle el corte. Observaba con inusitada atención a Roy—. ¿Cuál es tu opinión de todo esto?

Roy la miró con intensidad mientras su tono de voz se volvía frío.

—Tenemos que averiguar el nombre del cliente para el que trabaja

Thomas. ¿Algún indicio de quién es o quién le pasó el contacto?

—Entonces tendremos que preguntarle a Thomas a ver qué sabe de él.

—Punto dos, encontrar a los que te han hecho esto y devolvérsela, con intereses. Te dejaré que te despaches a gusto —prosiguió, haciendo un gesto con el mentón hacia ella—. Y punto tres, cobrar el dinero que te prometieron. Así es como yo lo veo.

—Debería llamar a Thomas y... —Roy sacudió la cabeza—. ¿Por qué?

—Deja que lo haga él. Es más, ya debería haberlo hecho para saber qué tal ha ido todo, ¿no crees? —Había un toque de suspicacia, de incredulidad en el tono de él, así como en su mirada.

—¿No te fías de él?

—No se trata de confiar en él o no. Se trata de ti. —Roy asintió apoyando las manos en el canto del respaldo de la silla, y se quedó mirándola de manera fija. Ni quería contarle por qué había hecho lo que hizo en su momento ni tampoco delatar lo que todavía latía por ella en su interior. Algo que, por otra parte, él creía haber desterrado con el tiempo transcurrido en la prisión—. Pero espero que nos cuente todo lo que sabe de su cliente cuando te llame.

—¿Y si no lo hace? Tú mismo me has asegurado que hasta ahora no lo ha hecho.

—En ese caso, lo harás tú.

—Entiendo que después de lo que me has contado... vas a ayudarme. —Jelena quería saber a qué se exponía con él. Que en el pasado hubieran pertenecido al mismo grupo y que entre ellos dos hubiera existido un roce íntimo no significaba que ahora las cosas siguieran igual.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que no iba a hacerlo? —Roy le lanzó una mirada por encima de su hombro antes de alejarse en dirección a su despacho.

Jelena pareció respirar aliviada. No quería mendigar ni humillarse ante él. No se trataba de que se apoyara en lo que habían compartido. No. Se trataba

de que Roy hubiera sido el mejor ladrón de toda Europa. Ni si quiera ella se le acercaba por mucho que se hiciera llamar la Zarina y que la policía de toda Europa anduviera tras ella.

Thomas acudió al piso de Roy una vez que hubo terminado de hablar por teléfono con Jelena. No se quedó tranquilo cuando supo que la transacción no se había completado como todas las partes esperaban. Pero lo que más le impactó, por así decirlo, fue que ella estuviera en casa de Roy. No concebía la idea de que Jelena hubiera pensado en él. No después del tiempo transcurrido desde lo de Glasgow. Pero al parecer todo indicaba que ella no olvidada el pasado. Tampoco le había querido dar muchos detalles por teléfono sobre cómo había terminado el trabajo. Se había limitado a darle simples explicaciones a este respecto.

Roy permanecía sentado frente a la pantalla del portátil tecleando con celeridad. Tenía el ceño fruncido en un claro gesto de concentración. Estaba recopilando toda la información posible sobre la matrioska de oro, así como sobre la subasta a la que Jelena se había referido. Una auténtica obra de arte que había formado parte de una colección privada. Roy asintió con un gesto de desconfianza perfilado en su mirada. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Alguien había solicitado los servicios de la Zarina para acudir a una subasta? ¿O había sido una mera coincidencia? Después de que la pieza obrara en poder de Jelena, el cliente había fijado una reunión para hacer la entrega en la que cuatro desconocidos obtenían la matrioska, no le pagaban a ella la parte restante por el encargo y, no contentos con ello, le daban una paliza. Parecía sacado de una obra de ficción, la verdad. ¿Quién estaba detrás de todo aquello? ¿Por qué contratar a la mejor ladrona de Europa para ese trabajo cuando cualquiera podía haberlo hecho en su lugar? ¿Era cosa de Thomas o del cliente?

El timbre de la puerta lo sacó de sus pensamientos. Sin duda debía ser Thomas. Roy se dirigió a abrir y, al pasar por el salón, lanzó una mirada hacia Jelena. Esta se había incorporado del sillón y aguardaba ahora de pie

mientras el dolor le agujoneaba todo el cuerpo.

Cuando abrió la puerta, Roy se encontró cara a cara con Thomas por primera vez después de dos años. Lo vio vacilar unos segundos, como si en realidad no supiera qué hacer. Roy se apartó para dejarlo entrar, cerró la puerta a su espalda y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Thomas para romper el hielo mientras observaba con atención a Roy y este asentía.

—Dos años.

—Durante los que nunca te he preguntado por qué...

—Pues sigue sin hacerlo —lo interrumpió Roy de manera abrupta y fría mientras se dirigía hacia el salón.

Cuando Thomas vio el aspecto de ella, se detuvo en seco.

—¡Joder! ¿Qué te ha sucedido?

—Tú mejor que nadie debes saberlo —le espetó Jelena con un tono y un gesto sarcásticos.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Porque quienes me hicieron esto me dijeron que todo estaba en orden.

Thomas miró a Jelena con gesto contrariado; sacudía la cabeza sin entender qué estaba sucediendo.

—¿Nadie te ha llamado? —preguntó Roy interviniendo en la conversación por primera vez.

Thomas sacudió la cabeza.

—Pues creo que deberías estar preparado —le advirtió Roy lanzando una mirada a Jelena para que continuara con su relato.

—¿Para qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Y quién te ha hecho eso?

—Los tipos a los que debía entregar la pieza me esperaban en el punto de encuentro. Hasta ahí, todo bien, pero entonces la cosa se torció. —A medida que Jelena se explicaba, el rostro de Thomas expresaba expectación—. Resumiendo, se quedaron con la matrioska y me pagaron como ves. —Jelena giró el rostro hacia un lado para que Thomas viera el golpe. Luego se levantó

la camiseta y le enseñó el vendaje que le protegía el torso.

—¿Quién era tu cliente?

La pregunta de Roy no se hizo esperar. Su tono frío, duro al igual que su mirada, dejó claro que no iba a permitir que aquello terminara allí.

Thomas sostuvo la mirada a Roy.

—No tengo ni idea. Contactó conmigo por correo electrónico.

—Ya, en ese caso, le diré a McCallum que lo rastree.

—¿McCallum? ¿Qué coño piensas hacer? —Thomas miró con incredulidad a Roy mientras este parecía sereno.

—Averiguar quién le ha dado una paliza a Jelena que casi la mata y por qué, punto uno. Dos: cobrar su parte como quedó acordado. Del cliente ya hablaremos. —Le dejó claro en un tono de advertencia que no dejaba lugar a dudas al respecto de lo que podía sucederle.

—¿Qué más os da si el cliente tiene la matrioska? —Thomas paseó la mirada por ambos.

Roy y Jelena intercambiaron sendas miradas de incompreensión.

—¿Cómo sabes que la tiene? —preguntó ella mientras entornaba la mirada hacia Thomas.

—Porque no me ha llamado. Y supongo que si no lo ha hecho, es porque ha recibido el encargo.

—Eso nos deja la siguiente cuestión, ¿dónde está el dinero de ella? —apuntó Roy señalando a Jelena, quien ahora apretaba las manos con furia sin hacer caso a los dolores de su cuerpo.

—Los tipos me dijeron que tú estabas al tanto de todo. Que *tú* me pagarías —le comentó Jelena haciendo un gesto con el mentón hacia Thomas.

—¿Yo? Yo solo he recibido lo mío. Nada más. Me aseguraron que ellos te pagarían cuando les entregaras la matrioska.

—Después de verme, ¿consideras que ya he recibido lo que me merecía por la subasta? —Jelena se acercó a Thomas y se encaró con él sosteniendo su mirada. Por una fracción de segundo percibió un tic nervioso en el ojo

izquierdo de él. Jelena sonrió irónica mientras se apartaba—. Quiero mi dinero.

—Yo no lo tengo, Jelena —le aseguró Thomas mientras sacudía la cabeza.

—Entonces tendré que cobrármelo de una manera u otra —dijo de repente, captando la atención de los dos hombres.

—¿Qué... qué estás pensando?

Thomas deslizó el nudo que le impedía tragar y miró a Jelena sin fiarse mucho de lo que se le pudiera estar pasando por su cabeza.

Roy asintió mientras se frotaba el mentón.

—Si no me equivoco, sé lo que estás pensando. Y créeme que parece acertado —le dijo mientras su mirada se volvía intensa y llena de complicidad, como en los viejos tiempos.

—No tienes por qué hacerlo. No después de...

—¿No se te habrá pasado por la cabeza...? —preguntó Thomas mirando a ambos mientras levantaba la voz para que le hicieran caso.

—Ya que no he recibido mi parte, voy a cobrármela. Eso he dicho —anunció Jelena con total convicción mientras formaba un arco de expectación con sus cejas y Thomas se temía lo peor.

—Solo espero que no se trate de la manera que estoy considerando. —Thomas se quedó con la boca abierta cuando Jelena sonrió, y Roy se limitó a encogerse de hombros—. ¿Habéis perdido el juicio?

Ni Jelena ni Roy dijeron nada. Se limitaron a mirarse entre ellos como si hubiera algo que los empujaba a hacerlo. La mirada de Roy volvía a mostrar confianza y cariño. Jelena desvió la suya cuando experimentó que su cuerpo se tensaba y que a continuación parecía ser tomado por una subida de temperatura sin motivo aparente, salvo que fuera la fiebre que le provocaba su estado. Algo que ella misma descartó cuando apartó de su mente la imagen de Roy y su manera de mirarla. En ese instante no se paró a pensar en los peligros a los que tendría que hacer frente. Y no lo hizo porque sin duda que él representaba el mayor que conocía.

Thomas permaneció de pie mientras sacudía la cabeza sin poder creer que ambos, Roy y Jelena, estuvieran de acuerdo en aquello. Apoyó las manos sobre la mesa y resopló.

—¿Tenéis idea de lo que estás pensando? —preguntó pasando su mirada de Roy a ella con la esperanza de que alguno de los dos rectificara.

—Ahora mismo puedo asegurarte que el dinero acaba de pasar a segundo plano. Estoy convencida de que al misterioso cliente le va a doler más perder su tesoro que unas miles de libras, ¿no crees? —Jelena sonrió de manera cínica, volviendo el rostro hacia Roy en busca de su aprobación por lo que iba a hacer.

Miles Fraser, inspector de Scotland Yard, permanecía de pie con las manos sobre las caderas y la mirada fija en los tres cuerpos. Lo habían llamado temprano para que acudiera al lugar donde un hombre, que paseaba a su perro, había encontrado los cadáveres, y ahora lo estaban interrogando. Y mientras este prestaba declaración, Miles fruncía el ceño y se ponía en cuclillas al lado de uno de los muertos. Su mirada recorría el cuerpo de este mientras aguardaba un relato de los hechos por parte de su compañera, la inspectora Danielle.

—¿Qué tienes para mí? —Le lanzó una mirada de expectación, pero con una pizca de cansancio porque era demasiado temprano para él. No obstante, le regaló una cordial sonrisa.

—Tres cuerpos con un disparo a quemarropa. No se lo esperaban — concluyó de manera tajante ella mientras asentía y clavaba su mirada en su compañero.

—¿Por qué estás tan segura?

—El que lo hizo no les dio tiempo a sacar el arma. Une especie de ejecución —le aseguró ella mientras deslizaba su bolígrafo bajo la americana de uno de ellos para levantarla y revelar el arma oculta en la parte trasera de sus pantalones.

—¿Los tres? —Fraser arqueó las cejas con expectación. Cuando su compañera asintió, él se limitó a resoplar y a pasarse la mano por el mentón —. ¿Crees que se trata de un ajuste de cuentas?

El inspector la miró desde su posición. Estaba de cuclillas al lado de Danielle.

—Por ahora no podemos asegurar nada.

—¿Sabemos quiénes son?

Los dos inspectores se incorporaron a la vez, y Fraser recibió el golpe de

la fragancia a lavanda de la colonia de Danielle. Sonrió al pensar en cómo diablos lo hacía. Llegar a la escena de un crimen arreglada y desprendiendo ese olor tan característico en ella. Llevaban años como compañeros y nunca la había visto con un pelo fuera de lugar ni una arruga en su ropa. Siempre fresca como una rosa a pesar de ser tan temprano. Y en cambio él... Apenas si tenía tiempo para darse una ducha y dejar el afeitado para otro momento.

—No tenían identificaciones.

—El que lo hizo no quiere dejar pistas. No quiere ponernos el trabajo fácil —bromeó Fraser pasando su mano por el mentón sin afeitar y una sonrisa llena de cinismo.

—He mandado fotos a la central para que los busquen en las bases de datos.

—¿Y el monovolumen? —preguntó haciendo un gesto con el mentón hacia los restos del vehículo calcinado.

—Complicado saberlo por ahora. La han quemado para borrar las huellas, como puedes suponer. —Danielle frunció los labios en una mueca de fastidio.

—¿Algo más? —Fraser hizo la pregunta más por cortesía que porque en verdad pudiera haberlo.

—Sí, y no te lo vas a creer.

—Sorpréndeme, *mo ghraid*. —Fraser empleó un apelativo cariñoso para referirse a ella.

Danielle entornó la mirada hacia él y sonrió divertida.

Fraser y ella compartían una complicidad que muchos aseguraban que los llevaría a terminar juntos. Pero esta siempre se había basado en el respeto mutuo, y en especial el de Fraser con ella en todo momento. Y que se refiriera a Danielle con aquel apelativo en gaélico no significaba nada.

—Uno de ellos tenía esta fotografía. —Danielle le tendió una bolsita de plástico para las pruebas dentro de la cual se alojaba la foto de alguien que él conocía muy bien.

Fraser desvió la mirada del rostro de ella hasta la bolsa y su gesto cambió

al instante. Frunció el ceño y apretó sus labios hasta que estos fueron una delgada línea.

—¿Estás segura?

—Yo también puse esa cara y me dije a mí misma que no podía ser. Pero al registrarle los bolsillos a uno de ellos en busca de su documentación, la encontré.

—Te invito a un café. Lo necesito después de esto.

La expresión de Fraser era fría y calculadora en ese instante. Una extraña sensación lo invadió y su mente intentó ponerse a trabajar a toda prisa en un intento por encontrar una relación entre la persona de la fotografía y los tres cuerpos hallados. Pero por ahora tendría que esperar hasta que conocieran la identidad de estos.

Más tarde, los dos inspectores permanecían sentados frente a dos tazas de café. Habían entrado en un elegante café de Princes Street con una sala en el piso superior cuyas vistas de los jardines y del monumento de Walter Scott eran una maravilla. Un reclamo para cualquier turista en la ciudad.

Sobre la mesa, Fraser había dejado la fotografía que Danielle le había entregado. La contemplaba mientras cogía su taza y se la llevaba a los labios para beber. Danielle no apartaba su atención de él recostada contra el respaldo de la silla con los brazos cruzados. Tenía una mirada de expectación por saber qué diría él.

—¿Qué coño pinta *ella* en todo esto? —Fraser parecía hacerse la pregunta a él mismo señalando la foto con un dedo.

—No tengo ni la más remota idea. Es más, llegué a pensar que lo había dejado después de lo de Glasgow —le recordó Danielle con los ojos entrecerrados como si estuviera haciendo memoria de lo sucedido aquel día.

—Ni de coña. Ha estado operativa por Europa, de manera que no te confíes. Alguien como ella no lo deja así como así. Siempre habrá algún interesado dispuesto a pagarle una buena cantidad para que consiga algún objeto preciado.

—Ya que lo dices, esta mañana leí en un periódico que ayer se produjo

una subasta de piezas de arte. Deja que vaya a por este. —Aquella información alertó a Fraser, quien de inmediato fijó su atención en el rostro de su compañera.

Fraser la vio levantarse de la silla y dirigirse hacia la barra en busca de este para regresar a su asiento, abierto por la página a la que ella se refería.

—Una subasta de piezas de arte de una colección privada. Al parecer, el dueño ha tenido que desprenderse de parte de ellas para obtener liquidez.

Fraser leía el titular de la noticia mientras asentía.

—¿Y tú crees que hay una relación entre los tres muertos, ella y esta subasta? —Fraser levantó la vista del periódico para quedarse clavado en los ojos color violeta o azul de Danielle. Era curioso como cambiaban en función de la luz o de su estado de emoción. Lo que estaba claro era que destacaban sobre su tez blanca y el tono negro violín de su pelo.

—Tendremos que averiguarlo, ¿no?

—Para empezar, te aseguro que ella no es la responsable de los tres muertos. Ella es una ladrona de guante blanco, no una asesina —dijo, a modo de sentencia, él mientras sacudía la cabeza desechando esa idea, por muy alocada que pudiera resultarle.

—Yo también soy de tu parecer, pero por ahora no podemos descartar nada. Deberías hablar con quien tú y yo sabemos. —Había un toque de cautela en la voz de Danielle, así como una sonrisa velada en aquellos labios que ahora se curvaban.

—¿Crees que Roy sabe algo de ella? ¿Que puede estar involucrado?

Danielle se encogió de hombros y puso cara de circunstancia ante aquella pregunta.

—Deberías preguntarle. No perdemos nada.

—No sé...

—Si quieres puedo hacerlo yo. —Danielle empleó un tono de diversión, pero también de complicidad en la proposición de ella.

—No, está bien. No quiero que te acerques a Roy. Es peligroso, ya lo

sabes.

—¿Peligroso? ¿En qué sentido? ¿Qué crees que puede robarme? — Danielle se mordió el labio en un gesto risueño y divertido. Conocía a Roy desde hacía tiempo y sabía de su atractivo. ¿Se refería a ello, Fraser?

—Si Jelena tiene algo que ver con esto, Roy y los demás podrían estar metidos también.

—¿Crees que ha vuelto después de pasar casi dos años a la sombra? — Danielle se mostró incrédula. Incluso dejó escapar una risa como prueba de que no creía que Roy estuviera implicado en algo que tuviera que ver con Jelena.

—Estuvieron juntos. No lo olvides.

—Sí, como tú y yo —bromeó Danielle mientras movía sus cejas con celeridad y bebía café.

Fraser se quedó mudo mientras la miraba con incredulidad al principio, pero después adoptó una pose cínica y burlona mientras se inclinaba hacia ella.

—Desconocía que tuviéramos algo. Tendrás que refrescarme la memoria más tarde. —Fraser le guiñó un ojo mientras el rostro de ella cambiaba de color por aquel comentario.

—No... no me refería a...

—No te excuses. No es necesario. Entre tú y yo... —Fraser se quedó pensativo por una fracción de segundo. ¿Qué podría surgir entre ellos aparte de una buena relación de trabajo? Se quedó contemplando una vez más el color de los ojos de ella y sonrió con timidez—. Creo que es buena idea que le dé un toque a Roy. Por si sabe algo.

—Pero Jelena y los demás se dedican a robar para otros. Nunca para ellos. Luego me planteo dos cuestiones —le dejó caer ella mientras entrecerraba los ojos y se mordisqueaba el labio.

—Vamos, dispara.

—Si hay alguna relación con la subasta de anoche, se supone que han

estado allí. ¿Han robado algo? No hay constancia de ninguna denuncia por parte del dueño. —Fraser asintió complacido por aquella deducción—. Y segundo, si ellos son simples intermediarios, significa que hay alguien detrás de ellos. En ese caso, ¿podría ser el responsable de las tres muertes?

—Bien, Sherlock.

—¿Creía que Holmes eras tú? —Danielle sacudió la cabeza confusa porque se refiriera a ella por el nombre del personaje de Conan Doyle, y no por el del doctor. No dejó de sonreír de manera irónica mientras observaba a Fraser y aguardaba su respuesta.

—En este caso mereces serlo tú. Bien, esto será lo que vamos a hacer. Yo voy a pillar a Roy por banda a ver qué sabe. Y tú te vas a ver al dueño de la colección. Haz una foto con el móvil y enséñasela —le dijo cogiendo la foto de Jelena para que ella hiciera una copia con su *smartphone*—. A ver si la reconoce. Tal vez estuvo anoche en la subasta.

—De acuerdo. Te llamo cuando acabe.

—Con un WhattsApp bastará.

Se levantaron de la mesa para irse, cuando Fraser se acercó a ella demasiado. Con un gesto pensativo que captó la atención de Danielle.

—Estaba pesando que cuando quieras... puedes refrescarme lo que hay entre tú y yo.

Danielle puso su mano sobre el pecho de él como si lo estuviera reteniendo antes de que se inclinara más sobre ella. Sonrió con picardía, consciente de que él no lo haría. No la besaría. Y menos en un sitio público como era aquel café. Por otra parte, nunca lo había intentado ni había visto ningún gesto que le indicara que él sentía cierta atracción por ella. No. Nada de eso. Lo mismo podría decirse en el caso de ella, aunque en alguna que otra ocasión había reconocido que Fraser era un tipo atractivo. Y que había experimentado una sensación... desconocida. Pero nada serio, claro. Que él le pareciera interesante no iba más allá de una simple apreciación.

—Lo tendré en cuenta. Descuida. —Danielle le siguió el juego, pero no calculó la distancia y fue ella la que se acercó demasiado a él. Tanto que sus

miradas quedaron fijas la una en la otra de una manera nunca antes percibida. Sus bocas estuvieron a un paso de quedar selladas de una manera casual y espontánea mientras sus respiraciones parecían acompañarse hasta ser una sola.

Ambos se apartaron con una sensación extraña en su interior.

—Ve a ver al organizador de la subasta —le dijo antes de apartarse para que ella bajara la escalera de caracol hacia la planta baja.

Fraser resopló mientras la observaba descender y se preguntaba qué acababa de casi suceder. Y sobre todo por qué había sentido el extraño deseo de besarla. A *ella*. A Daniella, su compañera.

Roy se levantó temprano al día siguiente. Había pasado gran parte de la noche velando el sueño de Jelena, más por sentido médico que personal. O eso era lo que él creía. Ella parecía haberse quedado tranquila y relajada, ya que apenas si la escuchó quejarse de dolores. Sin embargo, había algo más que rondaba la cabeza de Roy, y era la conversación que Jelena y él habían mantenido después de que Thomas se hubiera marchado.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Roy no había apartado la mirada de la pantalla del portátil mientras esperaba ansioso la respuesta de ella.

Jelena había permanecido sentada en la mesa mientras no había dejado de mirarlo a la cara y preguntarse si todavía le quedaba algo en su interior de lo que había sentido por ella tiempo atrás.

—No tengo nada que perder y sí mucho que ganar.

Roy recordó que él no había apartado sus manos del teclado en ningún momento para no rozar la pierna de ella. Haberla acariciado en busca de contusiones ya había sido bastante duro. Sentir su piel bajo las yemas de sus dedos y descubrir que después del tiempo todavía quedaba algo de ella

impreso en él. Pero no había querido forzar la situación ni buscar excusas para retomar lo donde lo dejaron. Ahora no era el momento.

—Pero no sabemos nada del cliente.

—Cierto, pero estoy segura de que Thomas sí —le había rebatido Jelena mientras elevaba sus cejas.

—¿No te has creído su historia?

—¿Y tú? —Roy había percibido un cierto punto de ironía en la voz de ella que había despertado su curiosidad.

—Me pondré en contacto con McCallum a ver si puede hacer algo. ¿Cómo estás? No te he preguntado.

—En buenas manos. —La respuesta de ella lo había dejado paralizado e indeciso al escucharla decir aquello. Su mirada había reflejado la incompreensión por lo que podían significar aquellas tres palabras. Pero ella se había marchado sin aclarárselo.

Roy seguía dando vueltas en su cabeza a esa breve conversación hasta que su móvil comenzó a vibrar sobre la mesa. Lo contempló durante unos segundos, como si temiera que aquella llamada tuviera que ver con Jelena. Roy había asumido que su inesperada y repentina aparición lo había cogido desprevenido por completo. Tanto que en alguna que otra ocasión había considerado la certera posibilidad de no volver a saber de ella. Cogió el teléfono con cierta cautela y, cuando escuchó la voz de su viejo amigo el inspector Fraser, pensó que sus temores comenzaban a cobrar cuerpo. Permaneció ajeno a la presencia de Jelena en el umbral del salón observándolo sin decir nada.

—¿Roy? Soy el inspector Fraser.

—Vaya, inspector. ¿Qué quiere? Supongo que no me llama para darme los buenos días. —Roy adoptó un tono irónico en un principio, conector de que algo sucedía.

—Necesito que nos veamos. Es importante. ¿Qué te parece en el centro comercial frente a la estación de Waverley?

Roy desvió la mirada para encontrarse a Jelena allí, de pie, observándolo de aquella manera. Una mirada cargada de expectación y temor. El pulso comenzó a ganar velocidad mientras se levantaba sin poder dejar de mirarla.

—¿No me lo puede decir por teléfono? Acabo de levantarme —protestó en un intento por hacer que el inspector desistiera.

—*Necesito que me aconsejes sobre algo. Necesito que veas una cosa. Claro que, si prefieres, puedo pasarme por tu casa.*

El cambio de parecer del inspector puso en alerta a Roy. Jelena sacudió la cabeza.

—No, me vendrá bien salir. Además, no tengo café para ofrecerle. Allí estaré —dijo Roy antes de colgar y dejar su teléfono sobre la mesa. Se quedó meditando sobre qué podía querer el inspector, pero estaba claro que tenía que ver con la mujer que ahora lo miraba con gesto de preocupación.

—¿Era Fraser?

—Sí, el inspector Fraser. Nuestro querido amigo. —Roy intentó dar la apariencia de que no sucedía nada, pero sabía que con Jelena sería difícil ocultar su temor.

—¿Qué quería?

—Verme.

—¿Para?

—No me lo ha dicho. No lo sé. Hacía tiempo que no me llamaba. No después de salir de la cárcel. Iré a ver qué quiere. Dice que tiene algo que enseñarme. Tú deberías quedarte aquí por el momento. —Jelena entreabrió los labios para decir algo, pero Roy le pidió silencio con la mano—. No sabemos qué está sucediendo. Por cierto, ¿qué tal has pasado la noche?

Roy mantenía la mirada fija en el rostro descansado de ella. Bajarla hacia sus esbeltas piernas que asomaban bajo la camiseta sería complicarse en demasía las cosas. Y, por ahora, tenía suficiente con saber qué demonios estaba sucediendo. Pero debía reconocer que sus sentimientos por ella no parecían haberse evaporado del todo. Y eso le daba que pensar con ella allí,

en su casa.

—¿Crees que puede saber que estoy de vuelta?

Jelena percibió la preocupación de Roy por ella. Por lo que le pudiera suceder. Aquella forma tan suya de mirarla y que le traía recuerdos que nunca había podido borrar en los dos largos años que llevaba sin verlo.

—Espero que me lo diga él. Después veremos qué haremos. Volveré lo más rápido posible.

Roy se quedó a mitad de camino de besarla antes de irse. Pero desistió cuando se percató de que no era lo mejor en ese momento. Ella podía volver a desaparecer de su vida una vez que todo aquel asunto se hubiera resuelto. Ya la había dejado marchar en una ocasión porque él así lo había querido. Pero esta vez...

—Ten cuidado.

Había un toque de preocupación en su voz, pero también de cariño, de anhelo por estar con él. Jelena se sintió vacía mucho antes de que Roy saliera por la puerta. Llevaba viviendo con esa sensación de añoranza desde aquella fría madrugada en Glasgow cuando ella volvió la mirada por encima de su hombro para ver como lo detenían.

Danielle llegó hasta la casa del señor McCallister. Era allí donde la noche pasada había tenido lugar la subasta de piezas de arte de su colección privada y con la que parecían estar relacionadas las muertes de los tres hombres. Aunque Danielle seguía dándole vueltas en su cabeza a la idea de que Jelena, la Zarina, apodo con el que era conocido en el mundo del arte, pudiera estar involucrada. ¿Cómo era posible que su fotografía estuviera en poder de uno de los cadáveres? ¿La pondría alguien por algún motivo, o en verdad existía alguna relación con ella? Aguardó con paciencia frente a la puerta de madera maciza de color negro con una aldaba de latón, que servía más de adorno que

de llamador. El edificio era como todos en Edimburgo, de piedra en color café con las ventanas en color blanco. El tejado de pizarra a dos aguas. Una casa de dos plantas que parecía estar muy bien cuidada. Claro que si tenía en cuenta el poder adquisitivo de sus dueños... Aunque se hubieran visto obligados a vender parte de su patrimonio artístico.

Danielle escuchó pasos en dirección a la puerta. Un hombre de escaso pelo y entrado en años, con gafas para ver de cerca, apareció en el umbral y la miró con inusitada curiosidad.

—¿Sí? ¿Qué desea?

Danielle tenía la identificación en su mano cuando el hombre se dirigió a ella. La levantó para que él pudiera leerla.

—Inspectora Danielle McAndrews. Scotland Yard. Quería hablar con el señor McCallister.

El hombre pareció dubitativo en un principio. Y tras unos segundos en los que pareció pensárselo, se apartó y le dejó el paso libre. «Tampoco es cuestión de enfrentarse a la policía», pensó mientras cerraba la puerta.

—Yo soy Robert McCallister. ¿En qué puedo ayudarla?

La pregunta se la hizo mientras caminaban por un pasillo cuyo suelo estaba cubierto por una alfombra en tonos rojizos.

Danielle se fijó en la decoración. Sin duda que aquellas pinturas, lámparas y demás adornos no estaban adquiridos en un rastrillo benéfico. ¿Cuántas habría subastado para poder salir adelante?

—Es una visita de rutina acerca de la subasta que celebró anoche.

—Sepa que todo fue legal —le rebatió con un tono enérgico y hasta cierto modo de enfado con los ojos entrecerrados, mirando a la inspectora con cierta desconfianza.

—No vengo por esos temas. Es más bien sobre las personas que asistieron —le aclaró Danielle en un intento por apaciguar el genio de su anfitrión. Era aconsejable dejar bien claro desde un principio el motivo de la visita, ya que evitaría llevarse a errores. Y esperaba que él se abriera y le contara toda la

información necesaria para el caso.

—Por aquí.

El señor McCallister pareció relajarse al escuchar a la inspectora. Asintió y la condujo hacia el salón con chimenea en una de las paredes y sobre la cual había un retrato de un gaitero de alguno de los numerosos regimientos de Highlanders de Escocia.

—Siéntese. ¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias. No lo entretendré demasiado tiempo.

El hombre frunció el ceño mientras se giraba hacia la mesa atestada de papeles y libros y sobre los que dejó sus gafas. Luego se giró hacia Danielle y se sentó en una butaca frente a ella.

—Usted dirá.

—Señor McCallister, ¿hubo muchos asistentes ayer noche en su subasta?

El hombre frunció el ceño mientras parecía estar haciendo memoria de la gente que había acudido.

—Lo cierto es que se presentaron más personas de las que esperaba. Sí, hubo una gran afluencia. Pero no pretenda que me acuerdes de todos.

—¿Logró sus objetivos?

El hombre carraspeó, y Danielle tuvo la ligera impresión de que su pregunta le había incomodado. Este comportamiento la llevó a dejarle claro cuáles eran sus intereses.

—No estoy aquí para evaluar sus ganancias ni sus asuntos financieros. Eso ya se lo he dejado claro.

—Sí, colmó mis expectativas gracias a la figura principal de la colección.

—Una matrioska de oro. —El señor McCallister asintió—. ¿Recuerda quién pujó por ella?

Robert McCallister asintió sin vacilar.

—Imposible no acordarse. Una mujer muy atractiva, o resultona la definiría mejor.

—¿Se trataba de esta mujer? —Danielle le acercó su teléfono para que el

señor McCallister pudiera observarla con atención—. Tómese su tiempo, por favor.

Danielle no quería presionarlo, ya que consideraba que en estos eventos no siempre uno se fijaba en toda la gente que asistía, salvo en aquellos casos en los que la pieza a subastar era memorable. Bien por su calidad, bien por el precio que alcanzaba.

—Sí. Es ella. Ya le digo que era difícil no fijarse en ella. Pujó por la matrioska de oro macizo con incrustaciones de pedrería. La figura contiene en su interior un juego de cuatro matrioskas más. Sí, es una pieza que todos recordamos por su fabricación. Sin duda que fue ella la que pujó y la que al final se la llevó. Pero, si me permite —le dijo mientras le entregaba de vuelta el móvil a ella—, llevaba el pelo de otro color.

—¿Cuál?

—Castaño. Sí, y ahí aparece con el pelo negro. Pero reconozco su mirada despierta.

—Gracias. Pero está seguro de que ella estuvo aquí y pujando por una matrioska.

—Eso es lo que he dicho.

—¿Puedo preguntarle en cuánto se vendió dicha figurita?

El señor McCallister sonrió, emitió un gruñido y cruzó los brazos mientras se recostaba contra el respaldo de su asiento. Entornó la mirada hacia Danielle con curiosidad antes de responder.

—Es algo privado —respondió con una calma pasmosa. Paladeando cada una de las palabras al tiempo que mostraba su satisfacción.

—Entiendo. ¿Le abonó ella la cantidad? ¿Llevada dinero encima?

—No. Ella era una intermediaria. No tenía talonario ni mucho menos efectivo —comentó mientras Danielle tomaba notas.

—¿La vio usted reunirse con alguien de la sala al terminar la puja? ¿Habló con algún asistente a la subasta?

—No, señorita. Solo la vi hablar por su móvil. Supongo que con la

persona interesada en la pieza. Ya que fue la encargada de confirmar la transferencia.

—¿Se llevó ella la matrioska?

—Sí, la preparamos para que se la llevara y, una vez confirmada la transferencia, se marchó.

—¿Quién realizó la transferencia?

—Bueno, eso está fuera de mi alcance. No tengo por costumbre revelar las fuentes de mis ingresos, comprenda. Muchos quieren mantenerse al margen para que no se sepa que han sido ellos los que han adquirido una pieza. Miedo al robo. Podría ser cualquier persona con una cuenta corriente en un banco de la ciudad.

—Entiendo. Bien, si recuerda algo más, puede llamarme. —Danielle le garabateó su número en su libreta, arrancó la hoja y se la entregó a señor McCallister—. Ha sido de gran ayuda.

—Me alegro. Si no es molestia e indiscreción, ¿por qué la buscan?

Danielle sonrió.

—Secreto profesional. Gracias, señor McCallister —le dijo devolviéndole la jugada de no quererle revelar el origen de la transacción por la matrioska.

Danielle asintió satisfecha con la información que había obtenido. Había material para seguir investigando. Jelena Milic, alias la Zarina, estaba de regreso. Ahora faltaba que Fraser tuviera suerte con Roy y pudieran establecer una conexión. Ella, por su parte, trataría de encontrar una conexión entre Jelena y los tres muertos. ¿Eran los destinatarios de la matrioska? ¿Cuánto había costado como para que la Zarina estuviera en medio?

Roy se dirigió rápido a su encuentro con Fraser. No quería que este apareciera por su casa y correr el riesgo de que viera a Jelena. Su llamada lo había sorprendido en un primer momento, pero cuando poco después lo pensó fríamente, su perspectiva había cambiado. Lo cierto era que los acontecimientos de las últimas horas lo estaban trastocando bastante. La aparición de Jelena coincidía con una llamada de su viejo amigo Fraser, al que llevaba tiempo sin ver. Desde que había cumplido condena y él mismo se

había encargado de ir a buscarlo a la prisión el día de su puesta en libertad.

Roy atajó por los jardines de Princes Street y salió a la arteria principal de la ciudad. Esperó a que el tranvía pasara y cruzó en dirección al centro comercial Saint James.

Fraser deambulaba por la entrada mientras esperaba a Roy. En un primer momento, la voz de él le había parecido tranquila, sin dudar ni mostrar nerviosismo por su repentina llamada. Pero ello tampoco significaba nada del otro mundo. Si Roy estaba al tanto de que Jelena se encontraba en Edimburgo y no quería contárselo, lo disimulaba muy bien. Lo vio aparecer por la entrada al centro comercial con paso seguro, buscándolo con su mirada. Fraser caminó a su encuentro y le tendió la mano en señal de cordialidad.

Roy aceptó a estrecharle la mano escrutando el rostro del inspector. El tiempo había pasado, pero Fraser seguía teniendo ese aspecto jovial que lo hacía distinto al resto de *polis*.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

Fraser expresó una sonrisa al formular la pregunta. Roy no había cambiado en demasía desde la última vez que coincidieron; al dejar la cárcel.

—Desde que cumplí condena y salí de la cárcel. Fuiste a buscarme para recordarme que me portara bien si no quería volver. Y para cerciorarte de si sabía dónde paraba el resto de la banda —le respondió con un tono serio, frío y desinteresado—. ¿Qué quieres ahora?

—Demos una vuelta. —Fraser le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera por los pasillos del centro comercial—. La libertad te sienta bien, ¿eh? ¿Has vuelto a ejercer la medicina?

—¿Qué pretendes? ¿Ir de compras conmigo? —El tono sarcástico de Roy arrancó una sonrisa de iguales características en Fraser—. Sabes de sobra que me retiraron la licencia cuando me encerraron. Ahora echo una mano en alguna que otra ONG. Allí no me han preguntado por mi vida pasada, ya sabes.

—Claro. Nunca he entendido que alguien como tú, con un brillante porvenir en la medicina, fuera uno de los ladrones más buscados no solo aquí,

en el Reino Unido, sino en toda Europa

Fraser frunció el ceño y asintió mientras señalaba con su dedo a Roy a la espera de una aclaración por parte suya.

—Tal vez buscara emociones fuertes. —Roy sonrió sin darle importancia a ese comentario mientras Fraser parecía estar pensando si le estaba tomando el pelo.

—¿Y ahora andas metido en alguna de esas emociones que dices?

—Sabes de sobra que lo dejé.

—Podría hacer que te dieran algún trabajo. O incluso colaborar con la policía.

—¿Quieres que me convierta en tu soplón? —Había un toque de incredulidad en la voz de Roy, así como en su mirada.

—Confidente suena mejor. Dime, ¿te enteraste de la subasta que hubo anoche?

Roy se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Ni idea de qué me hablas. Acabo de decirte que no me interesa el pasado. El arte ya no es lo mío.

—Me cuesta creerlo viniendo de alguien como tú. Pero te haré un resumen por si has escuchado algo. Un hombre de negocios en dificultades económicas se dedicó a subastar parte de las piezas de su colección privada de arte.

—Si necesita el dinero, ha hecho más que bien. Pero ¿qué tiene que ver conmigo? ¿Por qué insistes? Te repito que no estoy interesado en el arte.

Roy comenzaba a ver el juego del inspector y, si no se equivocaba, estaba tanteándolo antes de pasar a las preguntas de verdad. Pero Roy estaba preparado para cuando llegaran, porque sabía cuál sería el tema y a quién involucraban.

—Sí, es lo más lógico. Esta mañana han encontrado los cadáveres de tres tipos. Tres disparos a bocajarro. Tenía pinta de ser una ejecución. El que lo hizo no les dio tiempo a desenfundar, para que te hagas una idea.

—¿Qué hacían, jugar a los pistoleros? —Roy prefería mantener un tono sarcástico y desenfadado. No iba a preguntarle nada a él para no ponerlo sobre la pista de Jelena. Pero algo le llamó la atención al momento. Jelena le había hablado de cuatro tipos. Y Fraser le hablaba de tres muertos. ¿Dónde estaba el cuarto?

—Uno de ellos llevaba esta fotografía. —Fraser le tendió la bolsa de plástico para pruebas.

Roy entrecerró los ojos mirando a Fraser en un primer momento, antes de centrarla en lo que tenía en sus manos. La contempló con recelo ante la atención de un Fraser que sonreía.

—Tranquilo. No muerde.

Roy no apartó su atención de él a la espera de cualquier imprevisto después de lo sucedido las últimas horas. Desconfiaba de él. Esperaba una jugada de la suyas. Le dio la vuelta a la bolsita para contemplar la foto. Frunció el ceño mientras el rictus de su rostro se contraía porque no entendía nada. Centró su atención en Fraser mientras una mezcla de inquietud, sorpresa y temor crecía en su interior. Aquella situación empezaba a enredarse cada vez más.

—¿Qué coño significa esto? —le preguntó en un tono frío y cortante en su voz mientras le devolvía la fotografía poniéndosela en el pecho con un golpe seco mientras lo miraba en busca de una aclaración.

—¿Tú que crees? Por ese motivo te he llamado.

—¡No sé de qué cojones va todo esto! ¡Ni por qué ese tío tenía una foto de ella! ¿O tal vez te la has sacado tú de la manga por algún motivo que desconozco?

—Escucha, entiendo que te sientas sorprendido y cabreado al mismo tiempo por estas pruebas. Pero...

—¿Insinúas que Jelena tiene algo que ver con...? —No acabó su pregunta, ya que no concebía esa posibilidad. Y si a Fraser se le había pasado por la cabeza, entonces era que no conocía a Jelena. Algo que él sí podía contarle, pero que no iba a hacer.

—No insinúo nada, Roy. Solo busco respuestas. ¿Has visto a Jelena en estos días?

—No la he visto en más de dos años. ¿Contento? Es más, te recuerdo que rechacé todas sus visitas a la cárcel. No *quería* verla.

—¿Por eso la dejaste escapar?

—Me cogisteis. ¿Qué más os daba el resto de la banda? Me teníais a mí. Al jefe.

—Lo hiciste muy bien, Roy. Eres demasiado inteligente como para dejarte pillar. ¿Por qué en Glasgow?

—No sé qué coño quieres que te diga.

—Sé lo que ella significaba para ti. Tuvisteis una relación en el pasado y por eso te sacrificaste. Porque la querías, Roy. Y le facilitaste la huida a costa de ti. Un gesto que te honra. Ella y todo tu equipo desaparecieron después de Glasgow mientras tú cumplías en prisión. Y ahora, de repente, se produce una subasta de arte y a la mañana siguiente hay tres muertos y uno de ellos lleva la fotografía de tu querida Jelena. ¿Cómo coño quieres que me lo tome?

Fraser trató de hacerle ver la coincidencia, pero Roy la rechazaba sacudiendo su cabeza.

—¿Qué tiene que ver ella con las tres muertes? Yo te lo diré: NADA. Ella no es una asesina y lo sabes. Es una ladrona de guante blanco. La mejor del continente. No te quepa duda alguna. Nunca ha empleado la violencia para conseguir un objetivo, y lo sabes —le dejó claro con una mezcla de incredulidad y enojo a partes iguales.

—Me limito a exponer los hechos, Roy.

—Pues ya puedes ir formulando una teoría mejor de la que tienes, ¿no crees? Se cae por su propio peso.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Qué explicación encuentras a todo esto? ¡Vamos, Roy, échame una mano!

Fraser le cortó el paso extendiendo los brazos al mismo tiempo que entornaba la mirada hacia él. Roy percibió un atisbo de súplica en su mirada.

¿Le estaba pidiendo ayuda para esclarecer lo que había sucedido? Roy sacudió la cabeza mientras en su mente se perfilaba una sola pregunta, ¿quién se le había adelantado?

—Tú eres el inspector. Es tu trabajo averiguarlo

Roy le lanzó una mirada fría antes de dejarlo plantado en mitad del pasillo del centro comercial mientras él caminaba hacia la salida con una marejada de ideas revoloteando en su cabeza.

—Estaremos en contacto. Y reza para que no encuentre una razón que me lleve hasta Jelena. Porque esta vez ni tú ni nadie va a evitar que la ponga entre rejas —le advirtió elevando la voz para que Roy fuera capaz de escucharlo. Una promesa vaga, dado que, al igual que Roy, él también sabía que Jelena no era una asesina.

Fraser fijó su atención en Danielle mientras ella se dirigía hacia él. Habían quedado en verse para contrastar la información que ambos habían reunido en sus respectivas entrevistas. Por un momento la perdió de vista. Justo cuando el tranvía se detuvo en la última parada de Princes Street. Esa breve fracción de tiempo le hizo pensar en ella, aunque él pretendiera centrarse en la conversación mantenida con Roy. Apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea que parecía denotar cierta preocupación. Por ahora aparcaría ese pensamiento en torno a su compañera en un lugar apartado de su mente.

Danielle cruzó en busca de Fraser, al que encontró con gesto taciturno. ¿Qué había descubierto? Cuando llegó frente a él, este levantó la mirada para fijarla en ella. Pero a diferencia del momento en el que se quedaron el uno frente al otro en el café, contemplándose como si fueran dos extraños, ahora la expresión en ella era diferente.

—Por tu cara deduzco que la cosa no ha ido bien. —Danielle llamó la atención de Fraser.

Él se limitó a asentir mientras trataba de concentrarse en lo que importaba en esos momentos.

—¿Qué pasa? —Danielle entornó la mirada hacia él mientras esperaba con ciertos nervios a que le contara qué había descubierto.

—Nada —le aseguró en un intento por parecer tranquilo y normal—. Roy no me ha contado gran cosa, la verdad. No ha visto a Jelena ni ha recibido noticias de ella desde que lo detuvimos en Glasgow —resumió mientras elevaba sus cejas y abría los ojos en un gesto de sorpresa—. Vamos a ver si hay noticias de los tres cadáveres.

—Pues si nuestro querido Roy no ha visto a Jelena desde el golpe de Glasgow, déjame decirte que el dueño de la matrioska que se subastó anoche, sí

Danielle detuvo el avance de Fraser mientras lo sujetaba por el brazo, y él se volvió con un gesto de incredulidad en su rostro.

Por un momento Fraser permaneció con los ojos entrecerrados y la boca abierta como si fuera a decir algo, pero Danielle se anticipó a él.

—Le enseñé la foto y no tuvo dudas a pesar de que ella había cambiado el color del pelo.

—¿Está completamente... seguro?

Fraser titubeaba sin poder dar crédito. Aunque por otra parte no le extrañaría lo más mínimo que Roy lo hubiera engañado; o que Jelena no se hubiera puesto en contacto con él para no implicarlo, o porque no le apetecía verlo después del tiempo transcurrido.

—Sí. La ha reconocido tras mirar la fotografía con atención.

—¿Qué más te ha contado?

—Llegó y se marchó sola. Pujó por la matrioska de oro.

—¿Una matrioska? —Fraser se detuvo y se volvió hacia Danielle algo confuso.

—Una de esas muñecas rusas que la abres y contiene otras dentro —le explicó Danielle, sorprendida a su vez porque Fraser pareciera no conocerlas.

—Sé lo que son. Pero me choca la pieza por la que pujó.

—Ya, bueno. Al parecer, no era para ella, sino para un cliente.

—Entonces... —Fraser se quedó con la boca abierta y moviendo un dedo delante de Danielle, a la que señalaba mientras él parecía estar rebuscando en su mente la explicación lógica a aquello.

—Es una intermediaria.

—No tiene sentido.

Fraser se mostró tajante en su afirmación. Siguió caminando al lado de Danielle mientras sentía como sus brazos se rozaban ante la cercanía de ella, e incluso hubo un segundo en el que sus manos también parecieron buscarse de manera inocente.

Danielle levantó la suya cuando sintió la tibia caricia de los dedos de

Fraser.

—Ya sé lo que vas a decir. Que ella no es una intermediaria, sino una ladrona. Y de las mejores de Europa.

—Por eso mismo no me trago que fuera a la subasta tan solo a pujar en nombre de alguien. Imagino que no te lo diría. O no lo sabría. —Había un toque de desilusión y esperanza en el tono de Fraser.

—No. Se amparó en el secreto profesional. No tiene por costumbre revelar la identidad de sus compradores. Aunque no estoy segura de que lo supiera. —La respuesta de ella terminó por desilusionar a Fraser.

—Lo imaginaba. ¿Te dijo cuánto pagaron por ella?

—No, pero me contó que esa venta colmó sus expectativas —soltó Danielle observando con atención la reacción de Fraser.

—Se trata de alguien con dinero, sin duda. Bien, ahora nos queda saber qué relación hay entre Jelena y los tres tipos que encontraron muertos.

—¿Crees que fue ella? —Un toque de suspicacia en la voz de Danielle hizo que Fraser se sobresaltara.

—¿Ella? No. Jelena es una ladrona, no una asesina fría —le aseguró mientras recordaba y repetía las palabras de Roy.

—Bien, ¿y la matrioska? Supongamos que la entregó a su cliente y que él le pago por ello. ¿Dónde está ahora Jelena? ¿Y qué relación hay con los tres muertos? Creo que hay demasiadas incógnitas que resolver, pero necesitamos encontrar a Jelena.

—Creo que debería volver a hablar con Roy. Tal vez haya recibido la visita de ella en estas horas. Tú acércate a ver qué averiguas de la identidad de los tres muertos. Y cualquiera dato que consideres relevante, dame un toque

Fraser esbozó una sonrisa de cordialidad mientras se quedaba contemplándola con curiosidad.

—Sí, claro. Cualquier dato interesante que averigüe, te lo diré. ¿Algo más? —le preguntó al darse cuenta de la manera en la que la contemplaba y de

cómo ella parecía acusarla en su cuerpo.

—Por ahora... No. Estaremos en contacto.

Danielle se alejó de su compañero, al que dejó en mitad de la calle sin ser consciente de que él la estaba observando caminar por Princes Street ajeno a todo lo demás. Sacó el móvil del interior de su chaqueta y permaneció pensativo observando a Danielle alejarse entre la gente. ¿Por qué coño se quedaba mirándole el trasero? Su compañera era atractiva y tenía un buen revolcón, pero... No entendía a qué venía el quedarse mirándola mientras ella se alejaba, la verdad. Sacudió la cabeza y volvió a pensar en Roy y en que tal vez le hubiera mentado con respecto a Jelena. ¿O era cierto que ella no quería verlo?

Roy permanecía centrado en la conversación que había mantenido con el inspector Fraser. Según lo que él le había contado, alguien se les había adelantado y había acabado con los tres tipos que se habían pasado con Jelena. Pero ¿dónde estaba el cuarto? ¿Había sido él quien los había liquidado? ¿Y qué estaba sucediendo? ¿Jelena corría peligro? Pensarlo hizo que Roy cerrara las manos con fuerza. ¿Quién había querido darle una advertencia? ¿Y quién tenía la matrioska? ¿La misma persona? Tendría que hablar con Thomas al respecto, pero todo indicaba que él tampoco parecía saber mucho del cliente. Esperaba recibir noticias de McCallum. Le había enviado un *email* para que rastreara la dirección de correo utilizada por el cliente. No era gran cosa porque podía ser una cuenta falsa, pero esperaba que lo condujera hacia alguna pista. Mientras tanto, tendría que hablar con Jelena sobre sus actividades. Tal vez alguien del pasado que no quedara satisfecho con su trabajo ahora quería ajustarle las cuentas.

Jelena recorría el piso de Roy en un intento por conocer algo más de lo que había hecho desde que salió de prisión. Sabía que se estaba adentrando en un espacio íntimo y que no tenía derecho alguno para hacerlo. Sin

embargo, a ella no pareció importarle cuando revisó los libros ordenados en una de las estanterías de su habitación. Pasó sus dedos por estos hasta que rozaron algo que sobresalía del borde. El corazón le dio un vuelco cuando tuvo en sus manos una de las últimas fotos que Roy y ella se habían hecho. Aparecían sonrientes, felices y sin ninguna preocupación a bordo del *sir* Walter Scott, en Loch Katrine. Jelena se mordió el labio mientras evitaba dibujar una sonrisa, pero su voluntad se debilitaba cada vez que pensaba en aquellos días junto a Roy. Cogió aire y deslizó el nudo que parecía cerrar su garganta. Al momento, escuchó el sonido de las llaves en la cerradura y los nervios hicieron que la fotografía se le cayera al suelo. La recogió y la devolvió a su sitio antes de que Roy la pillara contemplándola. Jelena no sabía describir lo que sentía en ese instante en el que acababa de descubrir aquel pequeño secreto de Roy. ¿Tenía aquella fotografía porque todavía sentía algo por ella? ¿Qué significaba ella a estas alturas?

Roy caminó hacia su habitación mientras Jelena regresaba de esta. Durante un instante se detuvo para poderla contemplar caminar hacia él y sentir como una ola de preocupación y cariño se adueñaba de todos sus sentidos.

—¿Qué ha pasado? Por tu semblante deduzco que hay problemas.

Roy cogió aire mientras la contemplaba en silencio y se daba perfecta cuenta de la ternura y de la calma que le transmitía. Creía que todo este tiempo transcurrido sin verla le había hecho dejar de sentir. Que el no saber de ella era lo mejor que podía sucederle. Pero ahora se daba cuenta de que todo lo anterior no servía de nada. Por mucha distancia que hubiera entre ellos, por mucho tiempo que transcurriera sin verla, él siempre seguiría sintiendo *aquello*. Y ahora todo se complicaba con el lío en el que Jelena andaba metida.

—¿Qué te inquieta?

Jelena se acercó hasta él para dejar su mano apoyada sobre su antebrazo en un gesto de complicidad.

—Alguien ha acabado con tres de los tipos que te dieron la paliza y te quitaron la matrioska —anunció Roy mientras le sostenía la mirada y sentía

su corazón acelerarse de manera repentina. Vio a Jelena coger aire y apartarse de él al tiempo que fruncía el ceño y sacudía la cabeza como si no quisiera aceptar la noticia.

—¿Cómo ha sucedido?

—Los encontraron con un disparo hecho a quemarropa. Sin previo aviso. El que lo hizo ni siquiera le dio tiempo a sacar sus armas. Todos iban armados para tu información —puntualizó antes de que ella se lo preguntara o dijera algo. Roy meditaba por qué no habían acabado con ella en vez de golpearla.

—Te lo ha contado el inspector...

Roy se pasó la mano por el mentón mientras su mente intentaba encajar las piezas. Dejó su mirada suspendida en el inmenso vacío como si no estuviera prestando atención a Jelena.

—Uno de ellos tenía una fotografía tuya.

Roy levantó la mirada para dejarla fija en el rostro de ella a la espera de algún tipo de reacción.

—¿Mía? Bueno... supongo que para reconocermé en el intercambio.

—Tal vez.

—¿Qué piensa tu amigo Fraser? —Había un toque de diversión en la pregunta.

—Fraser piensa que has sido tú —le dijo sin más preámbulos, sosteniéndole la mirada. Jelena permaneció con la boca abierta mientras se pasaba la mano por el pelo y se apartaba de él para asimilar la noticia—. Pero tú no has sido.

Jelena se volvió hacia él con la sorpresa reflejada en su rostro por aquella afirmación tan rotunda por parte de él. Le gustó que pensara que ella no lo había hecho. Le daba confianza en él. Y algo que palpitaba en su pecho. Ambos sabían que ella no era una asesina, sino una ladrona.

—Claro que yo no lo hice. ¿Cómo puede pensar el inspector que yo...?

—Por la fotografía que uno de ellos llevaba, ya te lo he dicho. A ver,

piensa que te los cargaste y te quedaste la figura. Pero eso no puede ser por dos motivos. —Roy se acercó a ella de manera lenta mientras sentía la necesidad de rozarla una vez más. De sentir su piel bajo la yema de sus dedos —. No eres una asesina. Y por otra parte, me dijiste que eran cuatro tipos.

Roy dejó su comentario abierto para que ella misma fuera la que completara la conclusión a la que él había llegado.

—Te preguntas por el paradero del cuarto, ¿cierto?

—No sé si él es el responsable de estas tres muertes. O si también se lo han cargado y está en otro lugar. O si le dio tiempo a huir —le aseguró mientras negaba con la cabeza sin poder precisar.

—Tal vez el que parecía el cabecilla de los cuatro lo hizo. Se quedó con la pieza y puso mi foto junto a uno de ellos.

—¿Con qué propósito?

—Que Scotland Yard vaya detrás de mí —aseguró Jelena con total naturalidad mientras sonreía con ironía.

—¿Estás diciendo que te han utilizado para tenderte una trampa y poder encerrarte? —Roy no quería dar crédito a esa conclusión, pero si se paraba a pensarlo de manera fría, dejando a un lado a Jelena, podía tener sentido—. ¿Una venganza? ¿De quién? ¿Y por qué?

Jelena cruzó los brazos bajo su pecho e inspiró. Luego volvió sonreír con un toque sarcástico.

—¿Quieres que te haga una lista de los trabajos en los que he participado durante el último año?

—¿Algún cliente descontento?

Roy se aventuró a sacarle información sin pensar en que podía adentrarse en el terreno personal, y no sabía si quería saberlo por cómo podría afectarle.

—O un rival celoso de mis éxitos.

Roy frunció el ceño ante aquella descabellada idea.

—¿Alguien quiere quitarte de en medio? Pero toda esta situación es demasiado rocambolesca. Me refiero a... ¿por qué tantas molestias para

apartarte de la circulación? Podrían haberte pegado un tiro una vez que tuvieron la matrioska, ¿no crees?

—Mejor hacerlo legal. Que sea Scotland Yard quien se encargue de ello. Sin levantar sospechas. Oye, Roy, no es necesario que...

—Si vuelves si quiera a insinuarlo, juro que te dejaré en la estacada —la interrumpió en un intento por mostrarse frío, pero en el instante en que vio que Jelena abría los ojos como platos, sorprendida o aterrada por su comentario, él se derrumbó y solo pudo sonreír. Luego se acercó a ella y dejó que su mano le acariciara el rostro con ternura—. Estaba bromeando. No me hagas caso.

Jelena sentía el pulgar de Roy recorriendo su mejilla mientras en sus ojos atisbaba una chispa de deseo por besarla. Su respiración, pausada en un primer momento, comenzó a acelerarse ante la proximidad de él, ante su influencia pese al tiempo transcurrido. Había algo que el tiempo y la distancia no habían logrado borrar, ni tan siquiera difuminar, porque era imposible hacerlo. Por un momento ella recordó la fotografía que Roy tenía escondida entre los libros.

—Ya cumpliste tu condena para salvarme.

—Y lo volvería a hacer llegado el caso. Ten la seguridad de que *volveré* a hacerlo.

Jelena deslizó el nudo que apretaba su garganta. Entreabrió sus labios para tomar aire porque aquella confesión de Roy acababa de dejarla sin respiración.

La melodía del móvil vino a interrumpir lo que parecía que iba a ser una declaración en toda regla de lo que anhelaban. Roy sonrió con timidez antes de alejarse de Jelena e ir en busca de su teléfono.

Ella se quedó con gesto pensativo mientras lo observaba y se decía que tal vez fuera mejor desaparecer. Ya se había sacrificado por ella una vez, acababa de confesarlo. Luego no lo hizo por todo el grupo, sino por *ella*. Pero ahora aquella situación parecía ser algo más personal y, por lo tanto, más peligrosa para ambos.

—Vaya, genio, ¿cómo te va?

—¿A qué ha venido tu correo?

—Un asunto delicado.

Roy se volvió hacia Jelena con una amplia sonrisa antes de vocalizar el nombre de McCallum para que ella se quedara tranquila.

—*Entiendo. ¿Qué quieres que haga?*

—Que localices a la pelirroja de Inverness. Dame un toque cuando la tengas. Tenemos que hablar de algo importante.

—¿Estás pensando en volver? Te recuerdo que estás fichado. Si vuelves a prisión, no te dejarán volver a salir.

La pregunta dejó a Roy pensativo.

—Ya. Soy consciente de ello y agradezco tu preocupación. Pero esta vez es distinto. Encuentra a Denisse.

—*Hecho. Sé dónde se esconde.*

—En ese caso, dame un toque cuando la tengas.

—*Hecho, jefe.*

Roy cortó la comunicación y se quedó mirando a Jelena con la necesidad de ir hasta ella y dejarse llevar de una maldita vez por todas. Pero se contuvo una vez más. Tal vez el mero hecho de haber estado tanto tiempo alejados el uno del otro y el haberla rechazado cada vez que iba a visitarlo a la cárcel lo hubieran convertido en alguien frío y comedido. Pero, de ser así, ¿cuánto tiempo podría soportarlo si la mujer que podía hacer que se olvidara de quien era estaba justo delante de él?

—Veo que has quedado con nuestro *hacker* particular. ¿Y Denisse?

—Espero que la localice y que podamos reunirnos. Y ahora ven a ver qué te encontramos entre mi ropa —le dijo con un gesto de su mano para que lo acompañara hasta su habitación—. Vamos a salir esta noche.

—¿Quieres que salgamos?

La incredulidad por el tono y el semblante de ella pilló a Roy desprevenido.

—Sí, claro. Si te encuentras con fuerzas, claro está. No creo que intenten algo si vas acompañada. Y Fraser se ha quedado tranquilo cuando le he asegurado que lo dejé hace tiempo y que no te he visto desde que acabé en prisión. Aunque de todas maneras tomaremos nuestras precauciones.

—¿Te ha preguntado por mí?

—Si te había visto. Por supuesto le he dicho que no. Asunto zanjado.

—Sabes que insistirá —le advirtió ella con cara de preocupación.

—Lo sé. Solo espero darle largas mientras averiguamos qué está pasando.

—¿Y si no lo conseguimos?

Ella cogió aire cuando sintió la cercanía de Roy. Su mano sobre la espalda, su aliento sobre su nuca y su cuerpo rozando el suyo.

—Lo conseguiremos. Y ahora vayamos a ver qué encontramos para ti para que te arregles esta noche.

—No pretenderás que me ponga tu ropa.

Había un toque de alarma en la voz de Jelena y una mirada de escepticismo.

—Todavía queda algo de la tuya —la corrigió mientras Jelena se quedaba clavada en el pasillo mirando a Roy como si no lo hubiera comprendido. Él esbozó una sonrisa tímida mientras la contemplaba y se preguntaba por qué la había conservado. ¿Tal vez por qué esperaba que ella regresara?

—¿Tienes mi ropa...?

Jelena lo detuvo y lo volvió hacia ella para dejar que su mirada se quedara suspendida en el rostro de Roy, su corazón se acelerara más de lo permitido y la extraña sensación de cariño y ternura se asentaba en su pecho. ¿Por qué lo había hecho? ¿Esperaba que ella volviera a su lado después de todo lo sucedido?

—Tal vez después de todo sea un romántico. Y haya estado viviendo con la esperanza de que algún día volvieras. A pesar de todo lo sucedido.

Jelena sintió que el aire le faltaba, que el espacio que compartían en mitad del pasillo se había visto reducido de repente sin motivo aparente. Y que ese

sentimiento que había permanecido dormido durante tanto tiempo podría volver a brotar. Tuvo la sensación de que el dolor por los golpes se hacía más intenso.

—Vayamos a elegir tu ropa.

Roy sonrió y caminó hasta la habitación mientras Jelena sacudía la cabeza sin llegar a comprender qué estaba sucediendo. Era como si hubiera vuelto al pasado, como si el tiempo no hubiera transcurrido después de todo y ellos dos siguieran manteniendo vivo aquello que en un momento los había unido.

Caminaron en dirección a Victoria Street y después hasta Grassmarket, una gran plaza adoquinada, dominada por el castillo y flanqueada por altas mansiones. Siglos atrás, escenario de un mercado de ganado y de las ejecuciones públicas. El barrio se animaba en primavera con la proliferación de terrazas que lo dotaban de colorido.

Llegaron a un moderno restaurante. Roy pidió a la camarera cenar en el piso superior, desde el cual podían gozar de buenas vistas, pero con cierta intimidad. Aunque lo que en realidad buscaba él era no dejar de pensar en mantenerla alejada lo máximo posible de las miradas indiscretas. Solo faltaba que el inspector Fraser o alguno de sus hombres la reconocieran. O quien fuera tras ella para terminar lo que había empezado la otra noche. Entonces sí que tendrían problemas. Por otro lado, Roy confiaba en que ella pasara desapercibida.

—¿Pretendes que tengamos una velada romántica? Lo pregunto por el hecho de haber solicitado cenar aquí arriba.

Jelena pasó la mirada por el reducido pero coqueto espacio en el que se diseminaban una serie de mesas. Una especie de piso abuhardillado con el suelo de madera que crujía cuando caminaba. Había dos grandes ventanales con vistas a la plaza de Grassmarket.

Roy percibió un toque de diversión en aquella pregunta.

—No se me había pasado por la cabeza. Pero... Ya que lo dices.

—¿Qué pretendes? En serio.

Roy inspiró hondo mientras sonreía de manera tímida. La camarera llegó

en ese instante con las cartas del menú.

—¿Para beber? Os lo voy sirviendo mientras decidís los platos.

—Agua —dijo Roy muy seguro mientras miraba a Jelena. No creía que tomar alcohol fuera lo más acertado dado su estado y la carga de analgésicos que llevaba ingeridos para los dolores.

Cuando la camarera se marchó y volvieron a quedarse a solas, Jelena se quedó contemplando a Roy a la espera de una aclaración.

—Se trata de tu seguridad. No me gustaría encontrarme con el inspector Fraser después de haberle mentado.

—Mi seguridad. —Asintió con un gesto de decepción.

Roy se mordió la lengua y prefirió no seguir hablando de ese tema. Pero ¿qué esperaba de él?

Jelena experimentó el dolor en el costado que achacó a los golpes recibidos. Aunque por otra parte le había sorprendido escuchar a Roy decir aquello.

—¿Te duele? Tal vez me he dejado llevar por mis ansias porque salieras y te distrajeras un poco.

Roy cubrió su mano por un instante.

—Debo acostumbrarme, ¿no crees?

Jelena sonrió con ironía y desazón mientras la mano de Roy seguía sobre la de ella. Había un toque de calidez y ternura en su caricia. Algo que no pasó desapercibido para ella.

La camarera regresó para tomarles nota. Se quedó mirando como la mano de Roy permanecía posada en la de Jelena, y sonrió. Roy la apartó de inmediato y se centró en pedir. Una vez a solas, Roy retomó el hilo de la conversación, pero dejando a un lado las emociones que tenerla allí delante le provocaba.

—Ya no podremos ajustarles las cuentas. Alguien se nos ha anticipado.

Jelena se encogió de hombros ante ese comentario. Roy prefería hablar de lo que le había sucedido a ella antes de adentrarse en temas más personales

que los tendrían a ellos como tema central.

—En cierto modo no me importa. Ahora lo que quiero es saber quién está detrás de todo. Y averiguar quién anda por ahí dispuesto a acabar conmigo.

—Lo encontraremos. Es cuestión de ponernos a ello. —Roy se inclinó sobre la mesa para acercarse un poco más al rostro de Jelena y contemplar su reflejo en aquel par de ojos que habían presenciado demasiado terror en los Balcanes—. Ah, y la matrioska, por supuesto. Averiguaremos el nombre del cliente y...

—Lo dices muy seguro.

—Espera a que estemos todos juntos de nuevo.

—¿Incluido Thomas? Ya lo oíste... No quiere saber nada si vamos a ir a por la figura.

—Al final acabará entrando. Le gusta hacerse ver —le aseguró con una sonrisa que a Jelena le dio pie a formular la pregunta para la cual llevaba mucho tiempo queriendo saber la respuesta. Y esa noche Roy no iba a tener más remedio que hacerlo.

—¿Por qué no querías recibirme en la cárcel?

La pregunta fue como un golpe directo para Roy. No la esperaba en ese momento, la verdad. Lo había pillado con la guardia baja. Relajado. Estaba disfrutando de la cena y de su compañía. Dejó los cubiertos sobre el plato con parsimonia. Entrelazó sus manos y se quedó contemplando el plato mientras Jelena permanecía expectante, con el alma en vilo. Cuando el silencio comenzó a hacerse demasiado largo y tenso, ella no pudo reprimir la pregunta.

—¿Tan mal lo hice?

—No quería que me vieras allí, encerrado como una fiera.

—¡Te sacrificaste por el equipo! —le recordó apretando los dientes por la furia que experimentaba en ese instante. Ya no le importaba el dolor físico de los golpes, sino el que le causó el hecho de verse rechazada una y otra vez cada día que había acudido a la prisión para saber cómo estaba. Esa clase de

dolor no se mitigaba con nada, y mucho menos desaparecía—. ¡Y luego me prohibiste verte! ¿Quién te dio derecho para hacerlo? Dime. ¿Quién te crees que eres, Roy?

—Era lo mejor, Jelena.

Roy sentía el dolor de ella en cada una de sus palabras, de sus gestos y, por supuesto, en su mirada. La decepción asomó en sus ojos para quedarse en estos.

—¿Lo mejor? ¿Para quién, Roy? ¿Para ti? ¿Para mí? ¿Para los demás? ¿Querías que te olvidara? ¡¿Qué coño sabías tú de lo que era lo mejor o lo peor para mí?! —Jelena entrecerró los ojos y esperó con paciencia la respuesta de él.

—Lo siento si te decepcioné, de verdad. Pero...

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué estupidez se te pasó por la cabeza? ¿Qué quedaba en ti de lo que compartimos?

Aquellas palabras de Jelena provocaron un sudor frío en Roy. Se había referido a su situación en pasado. ¿Significaba que ya no quedaba nada entre ellos? Una parte de él tal vez se lo agradeciera, pero si pensaba de esa manera, ¿por qué había llamado a su puerta la otra noche buscando su ayuda?

—Quería que escaparas lejos. Que abandonaras el país antes de que te relacionaran conmigo.

Ella lo miraba con tal intensidad que Roy pensó que se quebraría por dentro.

—¿Lo hiciste para que yo pudiera seguir libre? —Jelena se quedó callada mientras lo contemplaba de manera fija y esperaba que él dijera algo.

—Lo hice por todos, pero tú... eras especial para mí. Lo sabes.

Jelena deslizó el nudo que le impedía respirar al escuchar a Roy decirle que ella había sido especial. En pasado. Ese gesto venía a corroborar que en la actualidad ya no quedaba nada entre ellos, salvo una amistad y...

—No hacía falta que pensaras así por mí, ¿no crees?

—¿Qué querías que hiciera? —le pidió mientras se inclinaba sobre la mesa

y la miraba con los ojos abiertos en busca de respuestas.

Jelena suspiró por un momento. Todo aquello la estaba dejando tocada, la estaba pudiendo y no parecía encontrar las fuerzas para reconducir la situación.

—Tenía que protegerte, y al resto del grupo —añadió para que no sonara demasiado personal, pero así había sido.

—Me conoces y sabes que no soy una damisela. Ni una mujer frágil, Roy.

—Lo sé. Sé por lo que has pasado —le dijo mientras recordaba la guerra de los Balcanes, las atrocidades que se habían cometido por ambos bandos cuando Jelena era una niña. Su lucha diaria para salir adelante y labrarse un futuro mejor. Por ese motivo, sabía que ella sabría cuidarse. No le quedaba la menor duda.

—Por cierto, por si te interesa saberlo, tengo tu parte guardada.

Roy levantó la mirada del plato y se fijó en el brillo especial que había en los ojos de ella. ¿A qué venía aquel comentario ahora?

—No pienses que me lo he gastado —bromeó mientras la tensión parecía dejar paso a una calma y una complicidad como tiempo atrás—. Reconozco que me gusta la ropa cara y darme algún que otro capricho, pero no me gustaría tu parte del trabajo. Aunque sea por el tiempo que has pasado entre rejas.

—¿Entregasteis todos los cuadros?

—Sí. Después de escapar de la galería de arte, nos escondimos unos días en las Tierras Altas. Deberías ver la choza que tiene Denisse en Dournie —le confesó con un gesto de sorpresa y una sonrisa divertida—. Ella estaba convencida de que allí nadie nos encontraría.

—Denisse es mucho Denisse. Tiene la ventaja de saber cómo sobrevivir y salir airosa de cualquier peligro —le recordó él agitando un dedo frente a ella—. ¿Y qué pasó después?

—Nos pusimos en contacto con el cliente para hacer la entrega. No hubo problemas. Recibimos el dinero y él se marchó tan contento con sus cuadros.

—Imagino que no se le ocurrirá exponerlos. De ese modo nadie sospechará de él.

—No me importa lo que haga con ellos. Por mí como si los utiliza para avivar el fuego de una chimenea. Cuando cobro, me olvido del cliente y del objeto en cuestión.

—Menos de la matrioska.

—Imposible olvidarla si no he cobrado, ¿no crees?

—No será difícil conseguirlo una vez que averigüemos quién la tiene —le aseguró Roy mientras Jelena ponía cara de perplejidad por sus palabras.

Ahora ella lo contemplaba como si se estuviera burlando, pero si lo conocía bien, sabía que Roy pocas veces hablaba en broma.

—Tu cliente no podrá resistirse a enseñarla en alguna exposición. Sabes que la gente que nos encarga estos trabajos, aparte de ser muy, muy ricos, son egocéntricos y vanidosos. Les gusta jactarse delante de los demás de sus logros. De sus nuevas adquisiciones.

—Ya, algo así como decirles es sus mismas narices: «Mirad lo que tengo, capullos. Y vosotros os morís de envidia». Pero no tienen por costumbre hacerlo en un evento público, sino más bien privado. Para las amistades más cercanas.

—Eso es.

—Entonces piensas que el tipo que tiene la matrioska también lo hará —dedujo Jelena mientras entrecerraba sus ojos y un brillo enigmático bailaba en estos y Roy se limitaba a asentir.

—Una vez que lo sepamos, veremos cuál es la mejor forma de acercarnos a él.

—Si es una recepción privada, ya podemos ir pensando cómo nos vamos a introducir.

—¿Alguna vez ha sido un inconveniente para nosotros?

Roy no pudo evitar sonreír y guiñarle un ojo a ella. Se inclinó sobre la mesa una vez más para verla más de cerca. No estaba seguro de en qué punto

se encontraba su relación después del tiempo transcurrido y del dolor que sus actos habían provocado en Jelena, como ella le había dejado claro antes. Roy no esperaba que ella fuera a cambiar de idea. ¿Quién no le aseguraba que una vez que tuviera la matrioska, ella se marcharía?

—Dime, qué hiciste después de cobrar del cliente de Glasgow.

Jelena salió de sus pensamientos al escuchar aquella pregunta.

—Marché al continente. Estuve en Berlín, Praga y Sarajevo paraa visitar a los últimos parientes que me quedan con vida —lo dijo con melancolía, pero también con un toque de resquemor—. Por último, me marché a Pisa.

—Nunca he estado allí.

—Es un lugar entrañable. Pintoresco. Puede que te guste.

—¿Tuviste más encargos?

Roy formuló la pregunta de una manera trivial, como si en verdad poco o nada le importara lo que hubiera hecho durante el tiempo que él pasó en prisión. Suponía que, pasado algún tiempo en el que las cosas se tranquilizaran en las islas, ella volvería a intervenir. Más por placer que por dinero, la verdad. Sabía que Jelena había reunido una cantidad más que interesante de dinero para no tener que aceptar encargos durante mucho tiempo. Pero ella era así. Le gustaba el riesgo y sentir la adrenalina que le producía el peligro a lo desconocido.

—Algunos que otros. Para no aburrirme, ya sabes que no me gusta pasar demasiado tiempo inactiva. —Jelena sonrió con un deje de burla mientras apartaba su mirada de la de él y parte de su pelo le ocultaba su rostro.

Pasados unos segundos, volvió a centrar su atención en Roy, estaba nerviosa por saber qué depararía la noche ahora que la cena iba tocando a su fin.

—Tendremos que tener alejado al inspector si vamos a volver a trabajar —le recordó esgrimiendo un dedo ante ella en clara señal de advertencia—. Si sospecha que estás aquí y que nos hemos visto, no nos dejará en paz. Y a ti te tiene ganas.

—Lo sé. Tendremos que tener cuidado. ¿Ganas? Lo dices cómo si pretendiera llevarme a la cama. —Jelena sonrió con ironía ante este hecho,

—No creo que sea para tanto, aunque... —Roy se detuvo en su comentario de manera abrupta.

—¿Aunque qué?

—No me extrañaría que a él o a cualquier otro se le pasara por la cabeza esa idea.

—¿Eso te incluye? —Jelena optó por un toque pícaro y divertido. Quería saber si él la deseaba, si estaría dispuesto a llevarla a la cama una vez más, si lo que ella había percibido en su mirada era precisamente el deseo por ella.

Roy se quedó callado bajo la mirada fija de ella.

—Mi respuesta no ha cambiado en todo este tiempo, Jelena.

Una repentina sacudida hizo que ella se moviera incómoda en la silla. Una especie de inquietud por lo que acababa de escuchar. Roy se percató de este gesto involuntario y decidió retomar el tema del inspector.

—Es cuestión de tiempo que te relacione con los asesinatos y con la matrioska. Ello lo llevará a indagar a fondo en el tema de la subasta. Si no lo ha hecho ya.

—Entonces estoy jodida si el dueño de la colección se acuerda de mí. Que no dudo que lo hará por la pieza y la cantidad abonada por esta.

Jelena se lo tomó con un toque de humor e ironía.

—No lo descartes. Debemos estar preparados para la ocasión.

—Si me relaciona con la subasta y con las muertes, volverá por ti.

Jelena miró a Roy de manera fija al tiempo que apoyaba un codo sobre la mesa y se mordía le pulgar en un claro gesto de preocupación por lo que pudiera suceder.

—No tengo nada que ocultarle. No te he visto.

—Ya. Deberíamos tener en cuenta a la compañera de Fraser. ¿Son pareja? —Jelena cogió la copa de agua mientras ahora se inclinaba hacia delante y apoyaba su cuerpo sobre la mesa de una manera algo insinuante a modo de

ver de Roy.

Le siguió el juego e hizo lo mismo que ella. Sus rostros permanecieron separados por escasos centímetros, el espacio justo y necesario para dejar pasar el aire. Jelena frunció sus labios antes de mordisquearse el inferior. ¿Pretendía seducir a Roy esa noche?

—Yo también me lo he preguntado. Pero ello no los exime de hacer bien su trabajo. Y créeme que saben por dónde se andan. Recuerda el último golpe.

Roy arqueó sus cejas con expectación al recordar lo rápido que los agentes de Scotland Yard habían aparecido.

—Soy consciente de ello del mismo modo que lo eres tú. Sé sincero, ¿quieres? —Jelena buscó la complicidad de Roy en su mirada ante este comentario. Y la encontró cuando él asintió—. Todo sucedió de una manera repentina, pero perfecta al mismo tiempo. Me refiero a la aparición de los agentes de Scotland Yard. Después, con tiempo para meditar en lo sucedido, llegué a la conclusión de que pareciera que nos estaban esperando. ¿Y tú? ¿Lo presentiste?

—Tuve un pálpito al respecto. Tuve tiempo en la cárcel para darle vueltas y más vueltas al asunto.

—¿Sospechas de alguien? —Jelena arqueó su ceja con inusitada expectación.

—No. Por ahora, solo son conjeturas. Nada más. Debemos ser más precavidos en esta ocasión si no queremos meter la pata. No quiero que quede ningún cabo suelto.

—No los habrá.

Roy apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea no exenta de preocupación y cautela. Creía que aquel golpe se lo debía a Jelena por lo que le había sucedido.

—Pero no podemos dejarnos llevar ni por la venganza por lo que te han hecho ni por la codicia.

«Ni por los sentimientos», pensó mientras se disponía a sacar la cartera para pagar la cena.

Abandonaron el restaurante para regresar a casa de Roy. No hubo ni un solo momento en el que se dejara entrever que entre ellos dos surgiría algo. O bien que los recuerdos del pasado volverían al presente para que lo retomaran donde lo habían dejado. El tiempo transcurrido podría haber levantado un muro delante de ellos. Pero era tan frágil que terminaría por consumirse con la misma velocidad que la llama de la cerilla. Hubo algún que otro cruce de miradas, sonrisas y gestos de complicidad hasta que sin saber cómo, al cerrar la puerta de su casa, Roy abrió otra que llevaba más de dos años cerrada. Sostuvo a Jelena de la cintura de una manera delicada dado su estado y la acercó a él. Se miraron entre las luces y las sombras en las que el piso estaba envuelto. La luz de la luna penetraba por una de las ventanas iluminando el rostro de ella, dotándolo de un tono más claro. Roy escuchó la respiración agitada de Jelena, su cadencia de suspiros cuando sintió el ligero roce de los labios suyos. Una especie de tanteo, suave, delicado, en el que Roy se perdió cuando ella tomó la iniciativa de ahondar un poco más en el beso.

Jelena se sintió atrevida y juguetona. Atrapó el labio inferior de Roy entre los suyos y lo succionó primero para después mordisquearlo, humedecerlo y recorrerlo con la lengua hasta profundizar el beso. Una espiral de calor los envolvió mientras permanecían abrazados, y Roy se debatía entre detenerlo antes de que fuera demasiado tarde o dejarse ir ante ella.

Roy escuchó el quejido de Jelena ahogado en su boca. Se apartó y enmarcó el rostro de ella entre sus manos para mirarla.

—¿Te duele?

Jelena apoyó la frente sobre la de Roy y suspiró mientras cerraba los ojos y esperaba a que el dolor físico remitiera. Tal vez su cuerpo no estuviera todavía preparado para los deseos que proyectaba su mente.

Roy le acarició el rostro con sus pulgares.

—Es mejor que te marches a descansar.

Jelena sonrió presa de los nervios que la apretaban en ese momento.

—¿Estás convencido?

—Necesitas descansar y, aunque desearía que esto no terminara aquí, como médico tuyo, debo recomendarte reposo y nada de esfuerzos —le susurró mientras esbozaba una sonrisa de cariño que calentó el corazón de ella.

—Siempre preocupándote por mí —le susurró mientras era ella la que ahora le acariciaba el rostro con la palma de su mano—. ¿Cuándo vas a dejar de hacerlo?

Roy cogió aire.

—No puedo dejar de hacerlo si te tengo presente.

Jelena experimento otra sacudida, pero de calidez al escuchar aquellas palabras. Lo besó con ternura, con delicadeza, mientras cerraba los ojos y permitía que el calor se extendiera por todo su cuerpo. Se apartó y caminó hacia su habitación mientras él se quedaba con la espalda apoyada en la puerta y resoplaba. «No, los sentimientos no han desaparecido pese al tiempo transcurrido», pensó preparándose para pasar otra noche en el sofá del salón. Dejaría que ella descansara y se recuperara del todo antes de afrontar el paso que ahora había estado a punto de dar.

La melodía de su móvil despertó a Roy cuando casi había logrado quedarse dormido. Había pasado más de la mitad de la noche en vela sin dejar de pensar en todo lo que estaba sucediendo. Cada vez que cerraba los ojos, el rostro de ella aparecía tan nítido que Roy pensaba que en verdad ella estaba allí junto a él. Alcanzó el teléfono entre la bruma del sueño y la desesperación por tener que parar lo que más anhelaba.

—Dime, McCallum.

—*Por el tono cavernoso de tu voz, deduzco que acabo de despertarte.*

—Más o menos.

—*Bien, si estás despierto escucha. He localizado a Denisse en un pueblecito casi perdido de las Highlands, en Kyle of Lochalsh.*

—¿Le has pedido que venga?

—*Me ha llamado hace cinco minutos para decirme que había llegado a la estación de Waverley.*

—Bien, en ese caso, podemos vernos dentro de una hora en la entrada del castillo. Vamos a hacer turismo, ya sabes.

—*De acuerdo. En una hora, en la explanada que conduce al castillo. Se lo diré.*

—Nos vemos.

Roy cortó la comunicación y permaneció sentado en el sofá con la mirada perdida en el vacío y ajeno a la mujer que lo observaba apoyada en el marco de la puerta. Solo cuando reaccionó y se levantó para ponerse en marcha, se fijó en ella. Su presencia lo detuvo de golpe. Verla vestida de nuevo con una sencilla camiseta de manga corta, que dejaba al descubierto sus esbeltas piernas, le provocó una agradable e inesperada sensación.

—¿Era McCallum? —Jelena hizo un gesto con el mentón hacia el móvil que Roy había dejado sobre la mesa.

—Sí. Ha localizado a Denisse y me ha confirmado que acaba de llegar a Waverley. He quedado con ellos en la explanada de acceso al castillo, en una hora.

—¿Llamarás a Thomas?

Roy dejó que su mirada recorriera el cuerpo de Jelena antes de posarse de manera permanente en sus ojos. En el brillo casi hipnótico que destilaban. Luego resopló y sacudió la cabeza.

—Lo llamaré. Pero si no quiere entrar, no lo obligaré a hacerlo.

Jelena sintió su piel erizarse, el calor interior avanzar a marchas forzadas hasta llegar a poseerla como un espíritu demoníaco. Deseaba a Roy, no podía negarlo. Pero ahora era el momento de mantener la cabeza fría.

—¿Qué tal has pasado la noche? ¿Has descansado? —Roy entornó su mirada hacia ella sin mover un solo músculo de su cuerpo. No quería acercarse demasiado porque era consciente de que no podría soportar no rozarla si quiera. No dejarse arrastrar por su anhelo de mecerla entre sus brazos y besarla antes de recostarla en la cama y despojarla de las dos prendas que llevaba puestas.

—Sí, ¿y tú?

Roy inspiró mientras la seguía observando y se preguntaba por qué diablos no se había dejado llevar. Ambos habían sido sin duda conscientes de lo que había entre ellos. Que lo que habían compartido antes de que él acabara detrás de una puerta metálica seguía vivo. Y eso no podría negarlo ni si quiera ella.

—Sí, la verdad es que he conseguido hacerlo. Estaba dormido cuando sonó el móvil —le confesó sin querer ahondar más en la cuestión de que él se había vuelto a quedar en el salón.

—No es justo que duermas en el sofá teniendo tu propia cama. He invadido tu casa y hasta casi puedo asegurar que me he adueñado de esta. — Jelena cruzó los brazos bajo su pecho y sonrió con una mezcla de ironía y diversión.

—Ya, no te preocupes. Tú la necesitas más que yo para recuperarte.

Debería echar un vistazo a los golpes, por ver cómo evolucionan. —Roy sintió la boca seca en el mismo momento en que se lo anunció. Volver a rozar su piel, aunque fuera desde un punto del cuidado que le estaba dando, le hacía pensar en mil y una situaciones. No era nada sencillo dominar su temple en presencia de ella.

—Lo cierto es que me siento más descansada y menos dolorida.

—Sí, el descanso y los analgésicos hacen un buen trabajo.

—Y tus cuidados.

Roy asintió desconcertado.

—Sería mejor que te cambiaras y desayunáramos antes de marchar hacia el castillo.

Jelena asintió mientras se mordía el labio y los nervios sacudían su cuerpo por completo.

—¿Quieres ver ahora...? —Jelena entornó su mirada hacia Roy sin saber si sería buena idea desprenderse de la camiseta allí, delante de él, para revelar su desnudez. Pero aunque tal vez él considerara la idea como algo atrevida, ¿qué podía importarle cuando la había visto desnuda infinidad de veces? Cuando sus cuerpos habían permanecido sin más ropa que las sábanas bajo las que habían acabado enredados. Aquellos recuerdos alojaron una ola de calor en el vientre de Jelena que de manera lenta comenzó a desplazarse hacia el triángulo entre sus muslos.

—Sí, sería mejor echarles un vistazo antes de que te vistas. Siéntate. —Le indicó el sofá mientras él se apartaba para dejarla pasar y sentarse—. Súbete la camiseta.

Roy no pretendía tocarla más de lo necesario, de ese modo podría controlarse mejor.

Jelena siguió las indicaciones de Roy y se subió la camiseta lo justo para que él posara las manos sobre el vendaje. Él cogió una silla y sentó frente a ella.

—Supongo que los moratones irán cambiando de color.

—Mi cuerpo parecerá un arco iris.

Ambos trataban de contener la tensión sexual que flotaba en el ambiente. Roy quiso concentrarse en su trabajo, pero no pudo evitar que su mirada descendiera hacia las caderas y los muslos de Jelena. Su diminuta prenda de ropa interior era de color oscuro, al contraste con su piel blanquecina y de apariencia suave que parecía estar reclamando su atención.

Jelena sintió los dedos de Roy pasar por su torso mientras la reconocía.

—A primera vista parece que no está tan mal como la noche que apareciste. ¿Te duele? —Roy levantó la mirada del comienzo de los pechos de ella y se concentró en el rostro de Jelena.

—Estoy algo... —Jelena ahogó el suspiro que pretendía escapar por entre sus labios cuando el pulgar de Roy le rozó la piel por debajo de su pecho. Lo miró con determinación mientras el calor se intensificaba y solo podía apretar los muslos.

—¿Te he hecho daño? —Roy frunció el ceño, preocupado por la reacción de ella.

Jelena sacudió la cabeza, y Roy se apartó de ella cuando percibió que la tensión entre ellos comenzaba a subir a cotas más altas. No le costaría nada despojarla de la camiseta y abandonarse a sus deseos. Recorrerla de arriba abajo con sus manos primero, para posteriormente dejar que fueran sus labios los que tomaran el relevo. Presionar aquí y allí en busca de la prueba inequívoca de que ella estaba entregada.

—Bien, todo parece perfecto. —Roy se levantó de la silla mientras Jelena permanecía sentada, con la mirada perdida en el vacío y la sensación de desconcierto en su interior—. Voy a preparar el desayuno mientras te arreglas. No tenemos mucho tiempo —le informó mientras echaba una mirada a su reloj.

Jelena caminó de vuelta a la habitación mientras expulsaba el aire contenido en su interior.

—¿No trabajas en una ONG?

—Sí, pero voy cuando me necesitan. A ver, tampoco es una obligación.

Soy voluntario.

—Creía que irías todos los días.

—No.

—¿De qué coño vives, Roy? —Jelena se quedó parada en el umbral de la cocina mientras lo observaba preparar un desayuno escocés en condiciones.

—De lo mismo que tú. Del pasado.

Jelena sonrió con ironía y, tras darle una palmada amistosa en el brazo que acabó siendo una caricia, se alejó de él de regreso a la habitación para vestirse. Sin duda que ella sabía perfectamente a qué se refería Roy. Sin duda que su otro *yo* había conseguido reunir una buena cantidad de dinero que ahora le permitía vivir de manera holgada. Al igual que a ella. Roy, un médico de renombre que al mismo tiempo era un filántropo y ladrón de guante blanco para otros. Cuando lo detuvieron le habían retirado la licencia, lo habían encerrado, pero seguía ahí para ella. Pensarlo le produjo un escalofrío a Jelena. Ahora estaba dispuesto a ayudarla. ¿Qué haría después?

Nada más abandonar el piso, el móvil de Roy vibró en el interior de su bolsillo y, segundos después, la melodía comenzó a sonar.

—Será McCallum —le dijo Roy a Jelena mientras ella caminaba a su lado. Roy se había quedado sin aliento cuando la vio arreglada con aquellos vaqueros negros ceñidos a sus caderas, un jersey de lana gruesa y una cazadora de piel algo desgastada. Toda de negro. Como si pretendiera pasar desapercibida. Pero ante él no iba a conseguirlo, sino que llamaría más su atención. Roy apretó los dientes y frunció el ceño mientras contemplaba la pantalla del móvil—. Es Fraser.

Jelena sintió el palpito en el pecho y un dolor agudo en el costado producido por este. Entreabrió los labios para tomar aire mientras se detenía y miraba a Roy.

—Lo sabe. Alguien me ha reconocido —susurró una Jelena alerta por lo que pudiera suceder.

Roy no le dijo nada. Deslizó el dedo por la pantalla de su móvil para aceptar la llamada y dejó la mente en blanco.

—Detective Fraser, ¿a qué debo el placer en esta ocasión?

Jelena no pudo evitar sonreír divertida al escuchar el tono irónico y risueño de Roy.

—*Verás, Roy, creo que hay algo que deberías saber... Si no lo sabes ya.*

—No tengo poderes, inspector. No soy vidente ni nada por el estilo.

—*Sí, lo supongo. Verás, ¿recuerdas la fotografía de tu querida Jelena?* — Roy pulso el altavoz para que ella también escuchara la conversación. Se acercó a ella para dejarse atrapar por su perfume. Por un instante, Roy y ella cruzaron sus respectivas miradas y contuvieron el aliento a la espera de lo que el inspector tuviera que decirles.

—Sí, la que le encontraron a uno de los tipos muertos. Me acuerdo. ¿Qué sucede con ella? ¿La ha perdido y quiere que yo le preste una de las mías? — Aquel comentario por parte de Roy provocó en Jelena una agitación al recordar la fotografía de ellos dos, que Roy tenía oculta entre los libros, y que ella había descubierto por azar. ¿Habría más?

—*No, no la he perdido. El hombre de la subasta la ha reconocido. Estuvo presente.*

—Vale, ¿y?

—*Pujó por una matrioska de oro, la cual no ha aparecido todavía.*

—Supongo que la tendrá el comprador.

—¿No has visto a Jelena?

Roy esbozó una sonrisa mientras la miraba a ella de manera fija, determinante y se perdía en el brillo de aquellos ojos que habían contemplado demasiado horror, pero que en ese momento parecía que pudieran leerle la mente.

—Está aquí a mi lado, inspector. Escuchando nuestra conversación ¿Quiere que le diga que lo salude? — Jelena se sobresaltó al escuchar a Roy decirlo. Se apartó de él mientras sacudía la cabeza sin poder creer que Roy se

la estuviera jugando una vez más al inspector.

—*Muy gracioso, Roy. ¿No se ha puesto en contacto contigo?*

—Inspector Fraser, no he vuelto a verla desde que me detuvieron. Ya se lo dije, y se lo repito por si no me ha entendido. Es más, si la ve, dígame que me entregue la parte del botín que me debe. —Roy volvió su atención hacia ella, que ahora le devolvía una mirada de confusión al escucharlo decir aquello. Ella le había comentado la noche pasada que guardaba su parte y que quería entregársela.

—*Si me entero de que me has mentado...*

—No la he visto. Lo dejé. Tal vez ella siga en activo, pero por lo que a mí respecta, no quiero saber nada de ella. Se largó con mi parte.

—*Roy, no me toques las pelotas, ¿quieres?*

—Nada más lejos de la realidad, inspector.

—*Ambos sabemos que te dejaste coger para que el resto de tus colegas se fueran de rositas.* —Había un toque burlón en la entonación del inspector—. *Estaremos en contacto.*

—Al final vamos a tener que hacernos amigos, inspector.

—*Abre los ojos y avísame si la ves, Roy. Podría estar en peligro. No bromeo.*

Aquellas últimas palabras tensaron el cuerpo de Roy. Por primera vez, algo de lo que decía merecía la pena.

—¿De qué coño habla, inspector?

—*Oh, vaya, veo que he captado tu atención. No me interesa lo que Jelena haga o deje de hacer. Me interesa saber para quién era la pieza. Y, de paso, coger al que se cargó a los tres tíos de los que te hablé. Por ahí hay alguien suelto que puede tener interés en silenciar a Jelena si la ve, no lo olvides, Roy. Te dejo.*

—Tomo nota. —Roy cortó la llamada y devolvió el móvil al bolsillo interior de su chaqueta. Luego levantó la mirada hacia Jelena y, antes de que ella se pronunciara al respecto de lo que acababa de escuchar, él se anticipó

esgrimiendo un dedo ante ella—. Antes de que digas nada, déjame decirte que si le he dicho que estabas aquí, a mi lado, era porque el inspector no iba a tragárselo. A veces conviene decir la verdad.

—¿Y de lo otro? ¿Hay alguien que tal vez va detrás de mí?

Roy se acercó más a ella hasta que sintió su respiración sobre su propio rostro. Dejó que su mano la sujetara por el brazo con una mezcla de firmeza y calidez, la misma que ahora mismo pretendía transmitirle con su mirada.

—Es lógico que vayan detrás de ti. Pero no te preocupes, yo soy el primero en la fila. —Roy bromeó con aquel comentario, le guiñó un ojo mientras sentía la urgente necesidad de besarla—. Por cierto, ya has oído lo que acabo de decirle al inspector: me debes pasta.

Jelena frunció el ceño y sacudió la cabeza sin poder creer que Roy pudiera estar tomándole el pelo de aquella manera. Por suerte para ella, lo conocía muy bien, demasiado bien como para saber que, en el fondo, estaba preocupado por lo que el inspector acababa de contarle. Pero eso él no se lo confesaría.

—Y pienso pagártela cuando todo esto acabe.

—No te preocupes por lo del pistolero que anda suelto. Con eso ya contábamos, ¿no? Apresurémonos, o McCallum acabará declarándose a Denisse.

—Ni de coña. Denisse no es la típica mujer que se derrite por las palabras bonitas. Puedes creerlo —le aseguró Jelena mientras asentía y caminaba al lado de Roy por Princes Street.

—¿Y tú?

La pregunta le provocó una punzada más acusada en el costado izquierdo que las propias magulladuras. Suspiró y lo dejó estar, ya que era el momento de cruzar la calle para dirigirse hacia The Mound y dejar la National Gallery of Scotland a su derecha, camino de la Old Town.

El inspector Fraser chasqueó la lengua con cierta decepción tras concluir

la conversación con Roy. Danielle permanecía sentada a su lado mientras esperaba que él dijera algo. A juzgar por su semblante, todo le indicaba a ella que su colega no se lo había tragado.

—No te crees que Jelena no se haya puesto en contacto con Roy — resumió Danielle mientras lo miraba de manera fija.

—Se me hace raro hacerlo. A ver, estuvieron juntos mucho tiempo. *Juntos* me refiero como pareja. ¿Lo dejan así, sin más, después de detenerlo a él? — Fraser se quedó clavado mientras miraba a Danielle como si la instara a que dijera algo al respecto.

—Si tenemos en cuenta que él se sacrificó para que los demás integrantes de la banda huyeran...

—Yo más bien diría que se dejó coger para que Jelena escapara.

—Bien, pero según los registros de la prisión, ella acudió a visitarlo en unas pocas ocasiones. Pero...

—Pero Roy rechazó cada visita que ella le hizo —la interrumpió Fraser agitando un dedo delante de Danielle mientras se daba cuenta de cómo parecía cambiar el tono de sus ojos. Fraser sacudió la cabeza cuando pensó en ello. Más le valdría centrarse en el caso y dejar de pensar en su compañera como alguien...

—Eso parece indicar que ambos, o al menos Roy, dieron por acabada su relación. Y cuando me refiero a ambos, lo hago porque Jelena pareció cansarse y desapareció.

—Sí, es poco menos que relevante. La Zarina desapareció una temporada hasta que surgieron rumores que la situaban en Centroeuropa, y después en el Este.

—Trabajos sencillos, de poca monta —añadió Danielle apoyando una mano sobre la mesa y la otra en su cadera mientras observaba intrigada a su colega Fraser. Estaba apuesto con sus vaqueros, su camisa azul oscuro y una americana de pana en color café. Sin afeitado y con el pelo algo revuelto. «Ummm», pensó ella.

—Sí. Y de repente aparece en Escocia para un trabajo que no tiene nada

que ver con su *modus operandi*. Me refiero a que no la llaman para sustraer algo, sino para asistir como intermediara a una subasta. ¿Qué sentido tiene contratar a la Zarina para algo así? Algo que puede hacer cualquiera conociendo la cantidad máxima que dispones para la puja. —Roy permanecía con las manos apoyadas en las caderas mientras trataba de encontrar alguna lógica a todo aquello.

—¿Y qué pintan los tres cadáveres que hay en el depósito?

—¿Sabemos algo de ellos?

—Sí, se han identificado por las huellas. Nada relevante. Ninguno tenía antecedentes. Tal vez fueron reclutados para acabar con Jelena.

—Pero alguien se les anticipó. Se los cargó y ahora es posible que busque acabar con ella. Por ese motivo quería avisar a Roy, pero... —El inspector se encogió de hombros dando a entender que no sabía qué hacer.

Danielle se quedó callada, con gesto pensativo. Se había apoyado contra el borde de la mesa, al lado de Fraser, quien podía sentir su presencia muy cerca. Demasiado cerca para su gusto.

—Suéltalo, vamos.

Danielle sonrió.

—¿Y si Roy no te estuviera mintiendo en parte?

—¿En parte? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que cuando te ha confesado que Jelena estaba a su lado...

—¿Piensas que estaba diciendo la verdad? ¿Que ella estaba escuchando nuestra conversación? —De repente Fraser se sintió alarmado ante esa posible situación que sin duda había pasado por alto por creerla inverosímil.

—Podría ser. Te podría estar diciendo la verdad, pero al mismo tiempo sabía que tú pensarías que era un farol. Esto es, que no te lo ibas a creer. Por eso te lo dijo. A veces la verdad es la mejor mentira. —Danielle frunció sus labios en un mohín que captó toda la atención de Fraser. Ella pensó que él se había quedado mirándola por lo que acababa de decir y no porque en verdad aquel gesto suyo le hubiera provocado un pensamiento nada coherente con

ellos dos.

—De ser cierto...

—Ella está aquí, como sabemos. Y con él —apuntó Danielle mientras se mordía el labio en un nuevo gesto que a Fraser le pareció demasiado sugerente.

—¡No me jodas! ¿Roy está jugando con nosotros una vez más? —Fraser lanzó la pregunta esperando que su compañera estuviera equivocada.

—Son ladrones. Gente que sabe jugar al despiste —le recordó mientras lo palmeaba y se acercaba a él de manera muy sugerente. ¿Qué diablos le sucedía con su compañero? Una cosa era que lo encontrara... interesante. Y otra que tuviera la sensación de que estaba flirteando con él. Pero lo que le provocó el vuelco en el estómago fue la mirada de él cuando volvió el rostro hacia ella. Danielle entre abrió los labios como si fuera a decir algo, pero a lo más que llegó fue a dejar escapar un leve suspiro que hizo que ambos se dieran cuenta de que era mejor alejarse. Lo hicieron de manera muy sutil. Danielle se apartó de la mesa y, tras mover sus manos en el aire sin sentido alguno, caminó hacia la puerta—. Tengo que ir al baño.

Fraser asintió sin decir nada. La vio alejarse mientras él se sentaba en el borde de la mesa y se pasaba la mano por el rostro sin comprender nada de lo que estaba sucediendo entre Danielle y él. Nada. Sería mejor centrarse en el caso antes de que se volviera idiota por su compañera.

Roy y Jelena tomaron Bank Street para salir casi frente a la catedral de Saint Giles.

—La catedral de Saint Giles —comentó Jelena contemplándola con interés. Era la primera vez que pisaba la capital de Escocia, ya que siempre había estado moviéndose de un lado para otro hasta que se asentó en Glasgow con Roy. Había descubierto que él vivía en la capital, semanas antes de acudir a la subasta. Hasta ese momento había vivido en Praga.

—Sí, bueno. Es curioso que se la denomine como tal —apuntó Roy

consiguiendo que Jelena se centrara en sus palabras.

—¿Por qué dices eso? Ahí puede leerse...

—Sé lo que pone, pero deja que te cuente que no es una catedral en sí. Más bien es una iglesia. Lo que sucede es que fue uno de los hitos de la Reforma escocesa. Fíjate bien en su corona calada. —Roy se apretó más contra el cuerpo de ella porque de repente sentía la necesidad de sentirla a su lado—. Si te apetece tomar un café, hay uno en su cripta.

—Prefiero un café al aire libre.

—Como quieras.

—Me encantan las bocacalles y los patios interiores que pueden verse desde aquí —apreció Jelena mientras Roy se detenía a su lado y la dejaba asomarse a más de uno.

Continuaron caminando hasta llegar a la explanada del castillo.

—El lugar donde se celebra el Military Tattoo. Ya sabes, el festival de las bandas de gaiteros —le aclaró cuando percibió en Jelena un gesto de no saber de qué le estaba hablando—. Por cierto, aquella fuente que ves allí conmemora el lugar donde 300 mujeres fueron quemadas vivas, entre 1479 y 1722, acusadas de brujería.

Jelena sintió un escalofrío al escuchar la explicación de Roy. Este lanzó una mirada a su alrededor en busca de McCallum y Denisse. Tal vez se hubieran mezclado con los turistas que a esas horas caminaban hacia la entrada del castillo para visitarlo. O bien estaban retrasados.

—¿No están? —Jelena se situó de nuevo junto a él mientras paseaba la mirada por la gente.

Roy permanecía en silencio contemplando una pareja que sacaba fotografía con un Ipad. Cuando su mirada se cruzó con la del chico y este asintió, Roy descubrió a McCallum, ¿haciendo fotos a Denisse?

—Ven —le indicó a Jelena para que lo siguiera hasta el extremo del castillo donde la pareja ahora contemplaba las fotografías sacadas.

—Disculpad, ¿sabéis si puede visitarse el castillo por dentro? —La

pregunta de Roy no sorprendió a ninguno de los otros tres, que siguieron comportándose como si en verdad Roy tuviera interés por saberlo.

—Sí, claro. Nosotros íbamos a hacerlo ahora mismo —asintió McCallum, que miraba a Roy y a Jelena a través de sus gafas.

—Gracias, muy amable —le dijo mientras levantaba la mano en alto. Luego Roy bajó el tono de su voz hasta convertirlo en un susurro—. Disimulad. Es posible que nos estén vigilando.

Se separaron para entrar cuando Roy anunció sus sospechas. Una vez en el patio interior, se asomaron para contemplar las vistas de los jardines de Princes Street. Una especie de alfombra o tapete verde salpicado de varias tonalidades en función de las hojas de los árboles. Roy se acercó a Jelena para señalarle algo en los jardines.

—Es mejor entrar. De ese modo no podrán vernos.

—¿Crees que nos siguen? —La pregunta la hizo Denisse, con su mirada al frente tras unas gafas redondas y oscuras. Roy se fijó que llevaba un gorro de lana y que algunos mechones rojizos escapaban por debajo de este.

—Tengo mis dudas. Vayamos dentro.

Los cuatro se adentraron en el castillo cruzando la puerta de la que todavía podían observar el rastrillo original, construido hacía 450 años.

—La construcción permanece casi intacta desde aquel día —señaló Roy con su mano hacia este—. Estáis pasando bajo una reliquia.

—¿Vas a hacernos de guía? —preguntó McCallum divertido a su amigo y colega de robos.

—De vez en cuando deberemos disimular, ¿no crees?

—¿Qué te ha pasado? —La pregunta de Denisse a Jelena tensó su cuerpo—. Tienes un buen golpe en el rostro.

—Es el pago por hacer un trabajo.

Denisse se limitó a dejar escapar un silbido mientras el cuarteto seguía su visita al castillo.

—Subamos por esas escaleras —sugirió Roy.

—¿La famosa matrioska de oro? —preguntó McCallum con curiosidad.

—Sí.

—¿Tienes algo que ver con las noticias de los periódicos? Tres muertos, un monovolumen hecho cenizas y la policía en busca de un sospechoso.

—Has hecho los deberes —apuntó Roy con una sonrisa.

—Me he puesto al día.

—Visitemos la capilla de la reina Margaret, la madre de David de Escocia. Allí podremos hablar.

El grupo se adentró en el edificio con mayor antigüedad del castillo, en busca de un momento de paz y silencio. La capilla en memoria del rey David de Escocia databa del año 1130.

—Bien, ahora que estamos solos, no hay tiempo para contar mucho. Lo haremos más tarde. Lo importante es averiguar todo lo que podamos sobre quién cojones ha comprado una matrioska de oro macizo con incrustaciones de piedras preciosas. El que lo ha hecho ordenó cargarse a los tres tíos que debían entregarla. Así mismo esos tres fueron los que se cebaron con Jelena. —Por un instante, Roy desvió su mirada hacia ella. Jelena no hizo ningún gesto.

—Cabrones. Lástima que otro se nos adelantara —murmuró Denisse mientras sacudía la cabeza y sentía la rabia por dentro.

—¿Y una vez que sepamos quién la tiene? —McCallum contuvo la respiración.

—Vamos a quitársela.

Hubo unos segundos en los que ninguno dijo nada. Se miraron entre ellos hasta que Denisse se pronunció.

—Esto cada vez se pone más interesante.

—Primero, necesitamos saber quién la tiene. Estoy seguro de que querrá mostrarla a los demás para hacer gala de su poder.

—Su ego —apuntó McCallum.

—Su egocentrismo —señaló Denisse.

—Lo que sea. Una vez descubierto, seguiremos adelante con lo demás.

—¿Y la *poli*? —Denisse mostró una ligera preocupación por este hecho que Roy parecía haber obviado.

—El inspector Fraser anda con la mosca detrás de la oreja. Debemos tomar precauciones.

—Y también con el tipo que anda suelto por ahí. El que se cargó a sus tres amigos —señaló Jelena cogiendo aire.

—Fraser asegura que alguien quiere liquidarla —les confesó Roy volviendo el rostro hacia Jelena—. Por cierto, viene gente. Será mejor seguir la visita.

Los cuatro salieron de la capilla en dirección al Salón Real para poder observar las joyas de la corona más antiguas de las islas británicas. Así como la piedra del Destino.

—Vayamos hacia la gran entrada, famosa por las ceremonias de bienvenida de Jacobo IV.

—¿Quién te pasó el trabajo? —preguntó Denisse, confusa por todo aquello. No había dejado de darle vueltas a toda aquella información.

—Thomas.

—¿Dónde está?

—No podía venir ahora. Lo veremos más tarde —le dijo Roy.

—¿Te fías de él? —Denisse detuvo a Roy sujetando a este por el brazo. Lo obligó a enfrentarse a su mirada llena de dudas e interrogantes.

—Lo dices porque fue él quien contactó conmigo —intervino Jelena captando la atención de la pelirroja, que se limitó a emitir un sonido gutural de aprobación—. Sí, a mí también se me ha pasado por la cabeza. No te lo discuto.

—Sería bueno tenerlo cerca —sugirió Denisse mientras miraba a Roy en busca de su aprobación—. No me fío de él. Eso es todo.

—En el caso de que tuviera algo que ver, ¿por qué Jelena? —La pregunta de Roy sembró dudas en sus tres compañeros. Se miraron entre ellos, pero

ninguno pareció capaz de dar una respuesta acorde a las sospechas hasta que McCallum se aventuró.

—Tal vez sería bueno tenerlo cerca e indagar a ver qué sabe de todo esto.

—No conoce al que le pasó el trabajo —informó Jelena.

—Un callejón sin salida —resopló Denisse mientras ponía los ojos en blanco.

—Esperemos a esta tarde. A ver qué nos cuenta. Tal vez vosotros podáis descubrir algo que a mí o a Jelena se nos esté escapando.

—Cierto.

—Por lo pronto será mejor que nos marchemos. De dos en dos. No quiero que nadie nos vea salir juntos. Por cierto, antes de que se me pase por alto — Roy le quitó la gorra a Denisse para ponérsela a Jelena—, espero que no te importe, pero a ella la busca Scotland Yard —le recordó mirando a Jelena con la gorra calada hasta casi cubrirle los ojos.

Denisse frunció sus labios en una mueca de aceptación.

—De acuerdo. No me importa llevar el pelo suelto. —Los tres se fijaron en los rizos que caían como una cascada de color rojizo sobre el rostro de Denisse y que le rozaban los hombros. Su mirada verde chispeaba sin que los demás supieran el motivo.

—En ese caso, nos vemos esta tarde para concretar más detalles. Pasad por casa.

—Lo haremos. —Ambos asintieron mientras los veían alejarse de ellos.

—¿Crees que esos dos ya se han acostado? —la pregunta de McCallum no sorprendió a Denisse, ya que ella misma se la estaba haciendo desde que los había visto juntos.

—No, no lo creo. Pero no tardarán en hacerlo.

Se quedaron en silencio observando como Roy y Jelena se alejaban.

—Será mejor que nosotros también nos marchemos. Dime, en serio, ¿piensas que Thomas puede estar metido en esto?

McCallum se quedó mirando a Denisse mientras ella permanecía con la

mirada fija en la puerta del castillo por la que sus amigos acababan de cruzar para volver a la ciudad.

—Nunca me he fiado de él. Siempre he pensado que tuvo algo que ver con lo de Glasgow. —Denisse emprendió el camino hacia la salida mientras McCallum se quedaba sumido en una extraña nube de pensamientos disparatados.

Horas más tarde, todos comenzaron a llegar al piso de Roy. A ninguno les sorprendió ver a Jelena instalada allí. Sabían que lo que habían tenido en el pasado había vuelto. Ahora esperaban que para quedarse de una manera definitiva.

Roy había habilitado una de las habitaciones del fondo del pasillo para que allí pudieran poner en común todo lo que sabían hasta ahora. Había una mesa redonda y cinco sillas alrededor de esta. En la pared que quedaba justo en frente, Roy desplegó un tablero tirando de la anilla que asomaba tras un falso departamento del mueble que ocupaba dicha pared. De este modo, nadie ajeno a ellos podía pensar que allí había escondido un tablero con pruebas.

—Bien, después de habernos puesto al día de nuestras respectivas vidas, vamos a empezar a rellenar los vacíos de información que tenemos —comenzó explicando mientras pasaba su mirada por los rostros de los allí presentes.

Ninguno dijo nada en un primer momento, ya que parecían centrados en las palabras de Roy.

—No sabemos quién es tu contacto, ¿no? —preguntó McCallum mirando a Thomas.

—Solo contactaron conmigo para ofrecerme el trabajo.

—¿Por qué yo? ¿Por qué pensaste en mí? —intervino Jelena observando a Thomas de manera fija. Hasta ese momento no había tenido la oportunidad de preguntárselo.

Thomas carraspeó.

—Pensé en ti. No hay nada más. Creí que podía interesarte.

—¿El cliente no te sugirió que fuera una mujer? ¿O que fuera ella? — señaló Roy desviando su atención hacia Jelena.

—No, solo me pidió si podía contactar con alguien para asistir a la subasta.

—¿Por qué no tú? —preguntó McCallum encogiendo los hombros.

Thomas inspiró.

—Me acordé de Jelena y...

—Y se lo ofreciste. Así, sin más —comentó Denisse abriendo los ojos con expectación y chasqueando sus dedos—. De repente se te vino ella a la mente, ¿no?

Había un toque sarcástico y algo incrédulo en la voz de Denisse.

—¿Qué insinúas? —Thomas la miró molesto por lo que acababa de decir.

—Digo que es casualidad que te acuerdes de Jelena para ese trabajo y que luego le den una paliza, le quiten la muñequita y no cobre. Eso es lo que digo.

—¿Les pasaste una foto a los tipos que quedaron con Jelena? —Roy adoptó un tono entre la curiosidad y la expectación por lo que tuviera que decirle.

—Sí, para que la reconocieran. De todas formas, no creo que pasaran muchas mujeres como ella junto al monumento de Scott aquella noche —le rebatió algo malhumorado por lo que daban a entender los demás.

—Resumiendo, alguien te contacta para ofrecerte un trabajo que tú consideras que puede realizar Jelena. Esta queda con los supuestos intermediarios de ese cliente tuyo...

—Alto, no es mi cliente. No tengo ni idea de quién puede ser — interrumpió Thomas mirando a los demás para dejar clara su postura en el asunto.

—De acuerdo, los supuestos intermediarios de tu *fuentes* exigen la matrioska a Jelena y le pegan una paliza que casi la mata. A la mañana siguiente aparecen los cuerpos de los tres individuos en un lugar alejado del

centro. Tienen un tiro a bocajarro y el monovolumen que conducen está calcinado. ¿Quién coño encargó pujar por la matrioska? ¿Y quién se cargó a los tres tíos?

—¿Por qué Thomas? —Denisse se mordió el labio y entrecerró los ojos mientras agitaba su dedo índice en el aire como si quisiera recalcar algo—. Me refiero a que se supone que te conoce.

—¿Tal vez por otros trabajos? Quiero decir, ¿y si todo esto fuera provocado por alguien que nos conoce? —McCallum se quedó contemplando los rostros de sus compañeros, que ahora mostraban la lógica perplejidad ante aquella suposición.

—¿Quieres decir que alguien que nos conoce contactó con Thomas por azar para encargarle el trabajo? —resumió Roy algo confuso por esta conclusión.

—Alguien que ha oído hablar de nosotros.

—Pero entonces, ¿por qué no robarla? ¿Qué ganaba con enviar a uno de nosotros a pujar por la figurita? Podría habernos contratado para robarla sin más. No había necesidad de pegar a Jelena. —Señaló con el brazo hacia ella.

—Interesante —murmuró Denisse, que parecía perdida en sus propias conclusiones.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Pero antes, empecemos por la figurita —dijo Roy haciendo un gesto a McCallum.

Roy enchufó el proyector al portátil y la imagen de la matrioska de oro apareció reflejada en el panel.

—Por lo que sabemos, esta figurita pertenecía a una colección privada. Un rico venido a menos, de nombre Robert McCallister —anunció mientras el rubicundo rostro del mencionado aparecía en la pantalla—. Ha tenido que desprenderse de parte de su colección de obras de arte para saldar deudas.

—¿Qué sabemos de la matrioska? —preguntó Jelena.

—Como sabéis, las matrioskas son en realidad un conjunto de muñecas de madera creadas en 1890. Su particularidad reside en que por dentro aparecen

huecas, lo que les permite albergar otra muñeca y así, de ese modo, completar un juego que varía en número. —McCallum cambió la imagen para ofrecer varios juegos de los mismos.

—¿Cuántas puede albergar? —preguntó Jelena con interés.

—Siempre es un número impar y el volumen se va reduciendo. Es raro que pasen de veinte.

—La que nos atañe es juego de cinco.

—¿La viste? —preguntó Thomas con interés.

—Pedí que la abriera delante de mí.

—Las matrioskas están hechas en madera de tilo debido a su ligereza y textura.

—Pero esta es de oro —señaló Denisse—. Les debe de haber costado Dios y ayuda hacerla. Por cierto, ¿de dónde proviene? Siempre escuché hablar de ella, pero pensaba que era una bula, una especie de leyenda.

—Sí, te entiendo. Pero al parecer existe —apuntó Roy mientras miraba su imagen en la pantalla.

—Me pregunto cómo la conseguiría. ¿Contrabando? —Denisse arqueó su ceja en un claro gesto de suspicacia.

—No creo que su anterior dueño te lo dijera. Supongo que algo de eso tuvo que ser —apuntó Jelena, convencida de que debía haber sido algo por el estilo.

—Pero sacarla de Rusia... —Denisse dejó el comentario en el aire e hizo un gesto con la mirada que todos entendieron—. Está hecha en oro, ¡joder! No es la típica que encuentras en bazares, mercadillos y tiendas para tener un recuerdo.

—No, no es un material propicio para ello. Luego, son pintadas a mano, como esta, y a la vez le han incrustado piedras preciosas. Por lo general, se recubren con una capa de laca o barniz para proteger la madera. Son apreciadas por los dibujos más que por la forma o la textura. En el caso que nos atañe, se creía que la matrioska de oro era una leyenda, ya os lo he dicho.

Y cómo salió de Rusia... —aclaró McCallum contemplando a la pelirroja y como esta fruncía sus labios.

—Pues ha pasado del mito a la realidad —apuntó Denisse moviendo sus cejas con celeridad mientras sonreía irónica.

—Ya, pero recuerda la fabricación de los huevos de Fabergé. Algunos contenían piezas de oro —le recordó Jelena—. Eran un regalo para la familia real. Luego, esta matrioska bien pudo serlo y no saberlo nadie.

—Según parece, están influenciadas por un juego de muñecas japonesas representando los siete dioses —continuó McCallum mostrando dicha imagen—. La creación de dichas muñecas rusas se debe a Sergei Maliutin, un pintor de un taller de artesanía al norte de Moscú. Quién sabe quién pudo solicitar una de oro que ha llegado hasta nuestros días.

Durante un instante, ninguno dijo nada. Todos parecían estar asimilando la información.

—Por lo que podemos deducir, el cliente pagó medio millón de libras por hacerse con esta matrioska. Luego es alguien con dinero, con poder, y apuesto a que no podrá evitar enseñar su juguete a los demás para que lo vean. Y ahí es donde entraremos nosotros.

—¿Qué pretendes? —Denisse intuía por dónde iban los tiros, pero no quería ser ella quien aguara la fiesta.

—Encontrarla.

—¿Para qué? —se aventuró a preguntar Thomas, que ya había intuido las intenciones de Roy, pero quería que él lo dijera alto y claro.

Todos en la sala permanecieron callados. Se miraron entre sí esperando que alguno dijera algo, pero nadie lo hizo.

—Vamos a robarla. Se lo debemos a Jelena —dijo Roy mientras le dedicaba una de esas miradas que a ella le subía la temperatura del cuerpo. Sintió como si se le cerrara la garganta impidiéndole respirar. El pulso se le aceleró y se movió inquieta en la silla. ¿Iba a jugársela por ella una vez más?

El inspector Fraser jugaba con el vaso de cerveza mientras lo observaba de manera fija, como si en este fuera a encontrar las respuestas a todas las interrogantes del caso. A su lado se encontraba Danielle, y Fraser era consciente en ese momento de que no había sido buena idea invitarla a tomar algo, al estar fuera de servicio, en aquella taberna en High Street. Y no lo era porque Danielle era *su* compañera y no podía andar considerándola como una de sus conquistas. Y sin duda que cualquier acercamiento extra podía echarlo todo a perder. No quería preguntarse el motivo por el que la había invitado a unirse a él aquella tarde.

Danielle había accedido a pasarse por la taberna para tomar algo juntos. La verdad es que no estaba segura de si era una buena idea. Pero en ese momento en el que bebía un sorbito de vino y contemplaba a Fraser por encima de la copa, era demasiado tarde para cuestionarse su presencia allí, junto a él. Además, ella no tenía ningún plan esa noche, luego podía tomarse algo con su compañero una vez terminada la jornada. Ahora lo seguía observando con paciencia mientras él apoyaba los brazos sobre la mesa, a la que ambos se habían sentado, y jugueteaba con el vaso dándole vueltas.

—¿Pretendes marear la cerveza?

La pregunta de ella captó su atención. Bueno, más bien logró sacarlo de sus pensamientos porque desde que la había visto entrar por la puerta de la taberna, él no había dejado de prestarle atención ni un solo jodido minuto. Y ya llevaban más de media hora juntos. Ahora se fijaba en el brillo de los ojos de ella, tal vez producidos por el alcohol o por el relax del que disfrutaban. Tenía los labios entreabiertos como si estuviera esperando a decir algo, o bien era porque le costaba respirar. Su pelo estaba algo alborotado, sin duda fruto del trajín de todo el día. Pero no le restaba ni un puñetero ápice de atractivo y sensualidad. Fraser pensó que le gustaría hundir su mano entre sus mechones

negros y disfrutar de su suavidad.

—Estoy pensando.

—Lo sé. Te conozco y soy consciente de que no has dejado de hacerlo desde que estás aquí.

Fraser sonrió mientras se recostaba contra el respaldo de la silla. Desde esa posición podía tener una visión más amplia y general de Danielle.

—¿Tú no?

—Si te soy sincera, no. He dejado el caso en el cajón de la mesa. Mañana, cuando regrese, lo abriré y lo retomaré —le explicó con total naturalidad mientras sonreía divertida.

—¿Cómo coño puedes hacerlo?

—¿Te refieres a desconectar del trabajo? —le preguntó mientras Fraser asentía intrigado por la forma que ella tenía de ser—. Simple. Cuando llega mi hora y la cabeza no me da para más, lo dejo.

—Simple. Igual que presentarte todas las mañanas como un pincel en la oficina, o en la escena de un crimen. Sin una arruga en el traje, ni un pelo fuera de su sitio y con esa expresión en el rostro de haber dormido como un crío. Y luego está tu perfume.

—¿Qué le pasa a mi perfume? —Danielle comenzaba a sentir una sensación placentera mientras escuchaba a Fraser decirle aquello. Sin duda que se fijaba en ella todas las mañanas. De eso acababa de no quedarle dudas.

—Se trata de un aroma fresco que se te mete por la nariz y se te adhiere a la ropa durante todo el día. Mira, todavía lo huelo —le aseguró mientras extendía el brazo hacia ella para que fuera testigo de sus palabras—. Mi ropa huele *a ti*.

Danielle estalló en carcajadas. Era la mejor manera que conocía para soportar la agitación que su cuerpo experimentaba al escuchar a Fraser hablar así de ella. Era la primera vez que lo hacía. Danielle había notado que la miraba de manera diferente de un tiempo a esta parte cuando aparecía por las mañanas. Al principio no le dio importancia, pero llegó un punto en el que le

hizo pensar. Claro que ella llevaba haciéndolo desde que la asignaron como su compañera.

—Pues no te arrimes —le pidió con un tono y un semblante juguetón y pícaro.

—¡Trabajamos juntos! ¿Qué quieres que haga? —Fraser se quedó contemplándola con los ojos abiertos como platos y las palmas de sus manos hacia arriba pidiendo una explicación. Fraser se daba cuenta de que estaba expresando lo que él percibía cada mañana cuando la veía aparecer. Pero no sabía cómo se lo tomaría ella, aunque de momento parecía hacerle gracia.

—¿Te molesta? —Danielle arqueó una ceja con expectación y suspicacia mientras observaba a Fraser detenerse con el vaso camino de su boca.

Fraser decidió que un trago de cerveza le ayudaría a deslizar el nudo que apretaba su garganta en ese instante. La pregunta, no, más bien el tono empleado por ella acababa de darle una sacudida semejante a una descarga eléctrica. Y su manera de mirarlo estaba causando estragos en su voluntad por no rozarla si quiera.

—¿Por qué debería?

—Tal vez tengas pareja y...

—Sabes de sobra que no tengo a nadie —la interrumpió apuntándola con su dedo como si la estuviera acusando—. De manera que no. No me molesta.

—Oh, es bueno saberlo. ¿Prefieres que vista como tú? —le dijo haciendo una señal con el mentón hacia él.

—Yo soy un desastre como puedes observar —le aseguró, sonriendo, mientras se percataba de cuanto le gustaría arrugarle la ropa para después quitársela.

—¿Te das cuenta de que puedes desconectar del trabajo?

Fraser abrió la boca para decir algo, pero al final se abstuvo de hacerlo al contemplar el gesto de triunfo en el rostro de ella.

—Vale. Soy un maniático.

—Deberías buscarte a alguien.

Fraser se quedó callado mientras sopesaba aquella sugerencia de su compañera.

—Supongo que lo estás diciendo para vacilarme.

—No te estoy vacilando —se apresuró a decirle al ver que el gesto de él se volvía serio.

—Más te vale. O me buscaré a otra.

—Pídele el cambio de compañero al jefe —le aseguró Danielle con total normalidad porque sabía que ahora era él quien la estaba vacilando y que no lo haría después del tiempo que llevaban juntos. Danielle se había acercado tal vez demasiado a él. Sus codos permanecían unidos y, de no ser porque ella llevaba manga larga, hubiera podido sentir la piel de él, puesto que Fraser llevaba su camisa remangada hasta el codo.

—Ni de coña.

Fraser se quedó contemplándola de manera hipnótica mientras sentía que su respiración parecía ir aumentando con la proximidad de ella. Ahora mismo se preguntaba si le convendría dejarse llevar y rozar sus labios. Pero coño, Danielle era...

No le dio tiempo a pensar lo demás porque al momento los labios de ella estaban sellando los suyos con un beso dulce, con sabor afrutado por el vino. Su labio inferior había quedado atrapado entre los de ella sin remisión. Danielle no supo explicar de dónde había surgido el impulso de acercarse y apoderarse de su boca. No era lo que había pensado, pero había surgido. Tal vez motivada por lo que él había dicho de ella minutos antes.

Fraser le rozó la mejilla con un dedo, haciendo que la piel de ella se estremeciera de placer. Luego atrapó entre sus dedos un par de mechones sueltos que enmarcaban el rostro de ella y los devolvió a su sitio.

Danielle sonrió de manera tímida ante ese gesto. Aunque no pudo negar que le había calentado por dentro. Sintió la suave caricia de la palma de la mano de Fraser en su mejilla mientras el pulgar trazaba una línea por su mejilla.

—No quiero a otra compañera a mi lado —le aseguró sacudiendo la

cabeza—. Quiero que seas tú.

Fraser se lo aseguró sin saber muy bien si el significado de las palabras no lo confundía. ¿Y si en verdad lo que necesitaba era a Danielle en su vida?

Ella inspiró mientras asimilaba aquellas palabras y se limitó a sonreír.

—Ni yo pretendo que lo hagas.

Fraser se apartó de ella, pero sin dejar de observar sus reacciones. ¿Qué había pasado? Ciertamente que llevaba un tiempo prestándole una atención diferente y que en los últimos días habían tenido un par de acercamientos *sospechosos* que ninguno se había molestado en corregir.

—Vámonos —le pidió Danielle todavía sumergida en aquella atmósfera tan extraña que se había creado de la nada. ¿Por qué lo había besado? ¡A su compañero! ¿Qué pasaría por su cabeza en este instante? Porque por la de ella se sucedían infinidad de imágenes a cada cual más descabellada.

—Vamos a hacernos con la matrioska.

El aplomo con el que Roy lo anunció al resto no les dejó ninguna duda de que iba en serio.

—¿Estás loco? Te metieron dos años por los de Glasgow. Por no hablar de que perdiste tu licencia de médico —le recordó Thomas, contrariado por aquella repentina locura de apoderarse de la matrioska.

—Me encerraron por complicidad, por planear el golpe. Pero no me encontraron nada porque vosotros os lo habíais llevado.

—Estás fichado, y apuesto a que te tienen vigilado. Si nos reconocen, levantaremos sospechas.

—Si no quieres participar, lo entenderé. Buscaremos otro conductor.

Thomas resopló por un momento.

—Necesitamos saber quién la tiene —apuntó Jelena paseando la mirada

por los demás.

—Hay que rastrear Internet en busca de algún detalle o noticia al respecto —señaló McCallum—. De eso me encargo yo, como siempre. Tal vez alguno de mis coleguitas sepa algo.

—Estoy seguro de que pronto saldrá a la luz algún detalle al respecto —apuntó Denisse—. Una pieza así no pasa desapercibida. Y, además, si la subasta tuvo cobertura en los medios de comunicación, lo tendrá un evento como este. Apuesto a que su dueño querrá exhibirla en algún momento.

—En ese caso, debemos enterarnos dónde y cuándo para empezar a trabajar.

—¿Piensas llegar y quitársela así como así? —preguntó Thomas con un toque irónico mientras esperaba la respuesta mágica de Roy.

—Sí, así es.

Todos lo miraron sin comprender qué le sucedía. ¿Se había vuelto loco?

—Le daremos un cambiazo.

—¿Con otra matrioska? —preguntó Jelena con el ceño fruncido porque no se creía lo que Roy estaba anunciando.

—Eso llegará después. Lo primero es conocer al tipo que la tiene. Luego ya planificaremos el resto.

—Es una locura que no saldrá. Esta vez acabaremos todos entre rejas —señaló Thomas mientras se levantaba de la silla para marcharse—. Contad conmigo, aunque por ahora no lo veo claro.

—No te preocupes. Ahora es pronto. De momento, necesitamos saber el nombre del comprador —insistió Roy mirando a todos.

—Veremos qué averiguo —dijo McCallum mientras también se preparaba para irse, al igual que Denisse.

Solo Jelena permanecía sentada observando al resto salir de la habitación. Roy los acompañó a la puerta y regresó junto a ella. Contempló el perfil de su rostro y como parecía que sus labios temblaran, como si estuviera murmurando algo.

—¿En qué estás pensando? —Roy se acercó más hasta apoyar su mano sobre el hombro de ella.

Jelena sintió la caricia al instante y la calma que conseguía transmitirle con tan poco.

—Has hecho un esbozo algo... apresurado.

—Lo sé. Solo estoy informando de lo que vamos a hacer. Los detalles llegarán después. Pero no te preocupes. Va a salir bien. Vamos al salón. Allí estarás más cómoda.

Jelena lo siguió hasta el sofá. Se sentó dejando sitio para que él pudiera hacerlo también. Sus piernas se tocaban, pero a esas alturas ya era algo normal, como sentir que la presencia de él parecía robarle el aliento.

—Si te cogen, será el final. —Jelena volvió el rostro hacia Roy. Aunque le atraía la idea de que él la ayudara y la hacía sentir reconfortada, por otra parte, no podía dejar de pensar que sus temores podrían hacerse realidad.

—No lo harán. —Roy se mostró seguro de sus palabras—. Porque no vamos a cometer delito alguno.

—Acabas de decir que vamos a robar la matrioska —le recordó mientras fruncía el ceño sin comprender a qué venía ahora aquella explicación por parte de él.

—Vamos a dar un cambiazo. Eso no es robarla.

—Piensas... ¿Estás pensando darle el cambiazo?

—Eso he dicho.

—Pero ¿cómo pretendes hacerlo? Tendrás que tener acceso a la matrioska original.

—Lo tendremos.

Jelena sonrió con ironía. Pensaba que él le estaba tomando el pelo.

—No sé qué te traes entre manos, pero...

—Dejemos las explicaciones para más adelante. Primero debemos saber quién tiene la original. Pero ahora me interesa saber que tal estás.

Jelena desvió la mirada del rostro de Roy hasta dejarla suspendida en el

vacío. Se inclinó hacia delante y, tras apoyar los brazos sobre sus piernas, entrelazó sus manos. Permaneció en esa postura algunos minutos. El tiempo necesario para convencerse de que Roy estaba en lo cierto y que era mejor dejar el tema de la matrioska aparcado por ahora.

—Los dolores van y vienen, pero logro controlarlos. —Jelena cogió aire en el momento en el que sintió que la cercanía de Roy parecía robárselo—. ¿Qué sucederá una vez que tengamos la matrioska?

Ahora fue él quien tuvo que inspirar para enfrentarse a esa pregunta.

—Bueno, primero demos encontrarla, y luego... —La pausa en sus palabras hizo que Jelena girara el rostro hacia él y lo mirara con expectación—. Quiero que te quedes.

Ella deslizó el nudo que amenazaba en ese momento con ahogarla. El corazón había incrementado su ritmo provocándole un dolor agudo, pero podía soportarlo, ya que, a diferencia del resto, esta vez venía provocado por una sensación placentera. Escuchar a Roy pedirle que se quedara era lo que en cierto modo deseaba escucharle decir.

—¿Por qué crees que pienso irme?

—Porque estás acostumbrada a ir y venir a tu antojo. Apareces y desapareces sin decir nada. ¿Por qué surgiste de la nada en la puerta de mi casa? ¿Por qué no me llamaste y me dijiste que estabas en la ciudad?

Roy se enfrentó a la mirada de ella. Sus ojos parecían haber ganado luminosidad debido a las lágrimas retenidas.

—No quería involucrarte.

Roy sonrió de manera cínica mientras le acariciaba el pelo y sentía que la necesidad de besarla era más acuciante.

—Un poco tarde para ello.

—Soy consciente de que no debía venir aquella noche, pero...

—Pero lo hiciste porque sabías que yo te abriría la puerta sin pensarlo dos veces. Que te acogería y te ayudaría. Sin hacer preguntas acerca de dónde te habías metido todo este tiempo. Ese soy yo, Jelena. Alguien que no puede

decirte que no.

—Sin embargo... —La emoción la tenía prisionera. No esperaba que Roy le dijera algo así. Una cosa era que pudiera seguir existiendo cierta atracción, que el tiempo no hubiera logrado borrarla, y otra que él le pidiera que se quedara allí con él después.

Roy no se lo pensó dos veces y se acercó hasta que se adueñó de sus labios, y entonces ya nada tuvo sentido, excepto lo que ambos sentían. Roy la escuchó gemir por aquella inesperada invasión de su boca, por aquel ímpetu derrochado mientras la recostaba con delicadeza en el sofá. La miró a los ojos en busca de su complicidad para continuar. No quería forzar la situación ni pretendía lastimarla. Pero cuando ella alzó sus brazos para rodearlo por el cuello y atraerlo hacia ella, entonces Roy no tuvo dudas de que ella lo deseaba igual que él.

Las manos de ambos comenzaron a buscar la piel caliente del otro bajo la ropa. Se movieron con destreza y agilidad para desprenderse de esta hasta que solo existió el contacto de piel contra piel. De las respiraciones agitadas fundiéndose en una sola. De sus bocas encontrándose una y otra vez. Húmedas, suaves y ansiosas por no quedarse sin recorrer una sola porción del cuerpo del otro. Roy cogió un preservativo del cofrecito que tenía sobre la mesa mientras Jelena sentía como su excitación iba en aumento y sin que nada ni nadie pudiera retenerla. No pensó en las consecuencias de lo que estaba sucediendo. No tenía sentido hacerlo. Por ese motivo acunó el rostro de Roy ente sus pechos para que él le regalara infinidad de caricias y besos que la condujeron un poco más hacia el abismo de placer que se abría delante de ella. Roy la instó a incorporarse del sofá y dejar que él se sentara. No quería que ella permaneciera debajo de él para no lastimarla. Por ese motivo la cogió y la sentó sobre él. Sin prisas. Disfrutando de cada beso, de cada mirada y de cada caricia que ella le daba. Le apartó el pelo del rostro para poderla contemplar mejor mientras le pasaba los pulgares por las mejillas.

Jelena se aferró a los antebrazos de él mientras se movía despacio encima de sus piernas. Con un ritmo controlado, reteniéndolo dentro de ella. No

podía controlar la necesidad de que la amara, de que la hiciera sentir única. Se inclinó sobre él para besarlo mientras sentía el placer inundándola de igual forma que un río desbordado. No podía contenerlo y se dejó ir momentos después mientras retenía el rostro de Roy entre sus manos y lo miraba de manera fija e intensa antes de que ambos cayeran relajados, con las respiraciones aceleradas, en busca de un resquicio de calma.

Roy le pasó la mano por el rostro al tiempo que se preguntaba qué lazo los mantenía unidos pese al paso del tiempo. Deslizó el nudo que apretaba su garganta en esos momentos debido a la emoción que había experimentado.

—¿Qué tal te encuentras? —Roy se sentía preocupado por el estado de ella. Era consciente de que todavía estaba convaleciente.

Jelena se inclinó sobre él. Le acarició el rostro y después dejó que sus manos se hundieran entre su pelo. Sonrió con una mezcla de ironía y de felicidad. No podía ocultarlo por mucho que lo pretendiera.

—Si te refieres a mi estado físico, algo dolorida. —Roy dejó escapar un gemido de protesta que Jelena acalló con sus labios antes de que él dijera algo—. Cualquier molestia ha quedado en segundo plano durante los momentos que me has regalado, Roy. —Le pasó los dedos por la frente, perfiló el contorno de su nariz hasta dejar que sus pulgares recorrieran sus mejillas en donde la barba comenzaba a despuntar.

Se levantó de él para vestirse y dejar que él hiciera lo mismo.

—Imagino que no vas a dormir esta noche ahí. —Jelena hizo un gesto con el mentón hacia el sofá.

Roy entrecerró los ojos para mirarla con inusitada expectación por lo que acababa de decirle.

—¿Me estás invitando a ir a la cama?

Jelena sonrió con cinismo.

—¿Vas a poner algún reparo después de lo sucedido? Desconocía que te hubieras vuelto tan recatado, Roy. —Jelena comenzó a reírse mientras él permanecía quieto, con su atención puesta en ella—. ¿Tienes que pensártelo?

Roy caminó hacia ella. Situó su mano en su cadera y la miró con determinación.

—Cuando se trata de ti, no hay nada que pensar.

Jelena sintió el calor inundando su pecho al escuchar aquellas palabras. Sonrió complacida mientras se ponía de puntillas para rozar los labios de Roy.

—En ese caso...

Danielle despertó de repente, como si alguien la hubiera tocado para que lo hiciera. Abrió los ojos y se quedó contemplando la claridad que entraba a través de las cortinas de la habitación. Observaba como el haz de luz se abría paso y las motas flotaban en el aire. Inspiró antes de volverse, para toparse con alguien. Fue cuando recordó lo sucedido la noche pasada. Se incorporó de inmediato mientras se cubría con la sábana, la cual atrapaba bajo sus brazos. Resopló cuando contempló la espalda de Fraser. Sí. Su compañero yacía tendido boca abajo en su cama. ¡Se había acostado con él! Cerró los ojos mientras se llevaba la mano hasta la frente y sacudía la cabeza de manera leve. Pero ¿qué había hecho? ¿Cómo... cómo habían llegado a esa situación? Estaban tomando algo en una taberna y luego... lo había besado y... lo siguiente que recordaba era haberlo invitado a acompañarla hasta su casa, y ya nada tuvo sentido. El deseo de ambos se impuso a la cordura. El sentido común había quedado fuera de su casa y los dos se entregaron a algo que ambos sabían que existía entre ellos.

Echó un vistazo a su reloj de mesilla para comprobar que eran las ocho y que más les valdría a los dos salir de la cama, arreglarse e ir a trabajar. Cuando Danielle volvió el rostro hacia Fraser, este se había despertado y ahora la miraba con un gesto de sorpresa. Abrió la boca para decir algo, pero ella le quitó cualquier intención de hacerlo. Lo miró amenazante mientras

esgrimía un dedo ante él en señal de advertencia.

—¡No! ¡Ni se te ocurra decir algo!

Danielle sentía el corazón latiendo a mil, como si de un momento a otro pudiera darle algo. Pero lo que más la enrabetó fue comprobar cómo Fraser se incorporaba hasta quedar apoyado en el cabecero, con las manos entrelazadas en la nuca, como si ella lo estuviera apuntando con un arma.

—¿Te refieres al aspecto que tienes al despertar por las mañanas?

Danielle se quedó clavada en la cama mientras la sábana resbalaba por su cuerpo y revelaba sus pechos a Fraser. Este no pudo asentir y esgrimió una sonrisa al fijarse en estos antes de que ella volviera a cubrirse con la sábana.

—Deja de mirarme de esa manera.

—¿Cómo según tú? —Fraser cambió la postura para quedarse sentado mirándola con extrañeza.

—Como... como si... fueras a...

—¿Abalanzarme sobre ti? —Fraser concluyó la deducción de ella mientras dejaba una ceja elevada con suspicacia.

Danielle estaba demasiado nerviosa como para tratar de encontrar una explicación a lo sucedido la noche anterior. Puso los ojos en blanco queriendo darle a entender a Fraser que no le importaba lo más mínimo, pero en su interior sintió una calidez extrema que se asentó dentro de ella sin intención de desaparecer. En el fondo apreciaba aquella mirada, las caricias y palabras que él le dedicaba.

—¡Por ejemplo!

—¿Soy yo el que lo percibe, o en verdad estás nerviosa? —apreció Fraser mientras la observaba—. Si es por lo que ha sucedido aquí, yo...

—¡Pues claro que es por esto! ¡Joder! —Le hizo ver mientras gesticulaba con su brazo, ya que el otro lo tenía aferrado a la sábana que cubría sus pechos—. Estamos en mi casa, en mi habitación y en mi cama. ¡Ambos desnudos! Tras lo que parece haber sido una noche...

—Inolvidable —le dijo abalanzándose sobre ella para recostarla contra el

colchón y quedarse mirándola embobado. Fraser sonreía mientras trazaba el perfil de las cejas de ella, la nariz, los labios y el contorno de su barbilla para, a continuación, seguir su camino por su cuello hasta perderse debajo de la sábana en busca de un territorio más sugerente.

—¡Somos compañeros! ¡Por, San Andrés, Fraser! —le suplicó mientras se deshacía en su interior, fruto de las atenciones de él.

—Doy fe. Llevamos siéndolo varios años.

—Sí, pero...

—Dime, ¿siempre tienes un *pero* para todo?

Danielle abrió sus ojos al máximo cuando percibió que Fraser iba a besarla una vez más y que estaba atrapada bajo el peso de su cuerpo. Sintió el suave roce de los labios de él sobre los suyos. Adueniéndose de ellos de manera delicada, suave, perezosa, como la forma en la que ella se sentía en ese momento. Danielle dejó escapar un gemido de complacencia. Sentía que Fraser era capaz de derretirla con sus besos sin que ella pudiera evitarlo.

—¿Sabes lo atractiva que estás cuando te despiertas?

Danielle abrió la boca para decir algo cuando sintió su rostro arder. Y como él sacudía su cabeza.

—Si vas a poner un *pero* a mi comentario, es mejor que te calles si no quieres que vuelva a besarte. —Fraser sonrió divertido al ver como ella se sentía tan vulnerable después de todo. La había visto enfrentarse a la muerte en varias ocasiones, con tipos duros y que daban miedo. En esas ocasiones nunca la había visto temblar como en ese momento la sentía debajo de él—. Es mejor que nos marchemos a detener a los malos. Pero antes... —Volvió a besarla, de manera impulsiva, rápida e inesperada para ella. Luego se incorporó de la cama—. ¿Te importa si me doy una ducha rápida? Prometo invitarte a desayunar.

Danielle fue presa de una risa convulsiva. Cerró los ojos mientras extendía sus brazos a ambos lados. Luego se incorporó hasta quedar apoyada sobre sus codos y, de ese modo, poder observar a Fraser caminar desnudo hasta el cuarto de baño. «Pero ¿qué he hecho? ¿Cómo lo he permitido?», se

preguntaba al tiempo que se mordía el labio y se sentía incapaz de expulsar de su interior aquello que revoloteaba de manera inquieta.

Media hora más tarde, ambos se observaban en silencio mientras tomaban café sentados a una mesa. Ninguno parecía estar dispuesto a hablar sobre lo sucedido entre ellos, pero ambos sabían que deberían aclararlo.

—Oye, yo... —comenzó Fraser mientras miraba a Danielle de manera fija. Después de verla desnuda, o con su mirada perdida, su pelo revuelto y cubierta con una sábana, ahora se le hacía extraño verla arreglada de manera impecable como cada mañana.

—Si vas a decirme que lo sientes y que no debería haber sucedido, estoy de acuerdo —lo interrumpió Danielle con un toque de decepción en su mirada.

—Pues te equivocas —le rebatió, provocando en ella un gesto de sorpresa—. Iba a decir justo lo contrario. Deseaba que sucediera, Danielle. Lo admito, lo reconozco. ¿Sentirlo? —La contempló con gesto de no entender nada a qué venía esa afirmación por parte de ella.

—Pero ¿de qué coño me estás hablando? Fraser, somos compañeros,

—¿Es eso acaso un impedimento? No me puedo creer que me vayas a dar largas.

La pregunta y el posterior comentario de él resultó ser un golpe duro, directo y sin avisar para Danielle. Las pulsaciones aumentaron de una manera exagerada mientras la mirada de Fraser no se apartaba de ella.

—¿Me estás diciendo que pretendes tener algo conmigo? —Danielle se quedó con la boca abierta, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

El sonido del móvil de Fraser interrumpió la conversación. Danielle no sabría decir si fue una especie de salvación semejante a la campana que le da una tregua al boxeador que está contra las cuerdas, o bien un fastidio porque estaba expectante por saber lo que Fraser iba a decirle.

—Fraser —dijo con tono serio, ya que la llamada era de la comisaría.

Danielle se fijó con atención en la expresión de su rostro. El ceño fruncido mientras asentía y sus labios aparecían apretados en una única y fina línea que, cada vez que se posaban en los de ella, le provocaban una especie de tsunami en todo su cuerpo. ¿Estaba dispuesto a intentarlo con ella? Pero ¡si eran compañeros! No podía ser. No. «Bajo ningún concepto», se dijo, más porque tenía que hacerlo, que porque en verdad sintiera las ganas.

—No, tranquilo. Ya la llamo yo. Supongo que estará arreglándose, ya sabes cómo son las mujeres. Les gusta ir de punta en blanco. —Fraser le guiñó un ojo a Danielle. Ella abrió la boca para protestar por ese comentario.

—¿Qué pasa? —le preguntó cuando él dejó el teléfono sobre la mesa.

—Al parecer no vamos a tardar mucho en saber quién adquirió la matrioska en la subasta.

—¿Y eso?

—Aguarda un momento en lo que cojo el periódico —le pidió, dejándola sola e intrigada. Luego lo vio abrirlo por la página en cuestión y pasárselo a ella.

Danielle centró su atención en la noticia, ajena a la mirada de curiosidad que Fraser le estaba regalando. Mejor centrarse en el periódico que en él. Aunque sabía que tarde o temprano tendrían que retomar la conversación que había quedado interrumpida.

—¿Piensas que el tal Roger Scott tiene algo que ver con las muertes? —Ahora sí, Danielle levantó la mirada para dejarla suspendida en el rostro de Fraser. No se había afeitado, ya que no había pasado por su casa a hacerlo, sino que la había esperado para ir juntos a desayunar. Un gesto que ella agradeció pese a que le había parecido demasiado personal. Tenía un toque sexi, pero no se lo diría. Fraser le atraía, de hecho se había acostado con él la noche anterior, pero ¿tanto como para plantearse algo que fuera más allá de la cama?

—Tendremos que pasarnos por la pequeña fiesta que va a dar para presentar su nueva adquisición, ¿no crees? —Danielle se limitó a asentir—. Aunque, según pone ahí, falta una semana para ello. Y sí. Es posible que

pueda tener relación. Es alguien ambicioso, con poder y sin escrúpulos. No se detiene ante nada ni nadie.

—Tenemos tiempo para averiguar más cosas antes de que enseñe su nuevo tesoro.

—O bien deberíamos hacerle una visita previa a que se produzca el evento.

Fraser le quitó de las manos el periódico a Danielle pese a la mirada de sorpresa de ella. Se quedó contemplándolo sin comprender a qué había venido aquel repentino gesto.

—¿Nos vamos o qué? —le preguntó mientras se levantaba, pero al segundo la mano de él se lo impidió.

—Estábamos hablando de otra cosa cuando sonó el móvil.

Danielle sabía a qué se refería y en ese momento tuvo la impresión de que se iba a quedar sin respiración si él seguía con aquella expresión en su rostro.

—No hay más que hablar. Sucedió y punto. —Danielle pretendía zanjar allí y ahora la cuestión de por qué la noche pasada se habían acostado, antes de que la cosa se le fuera de las manos.

—¿Y ya está? ¿Así? ¿Sin más?

—¿Qué más pretendes que haya? —Danielle tenía la ligera impresión de que el corazón se le iba a subir a la garganta. Miraba a Fraser con los ojos abiertos como platos, sin comprender su reacción. ¿Qué esperaba de ella?

—Por lo pronto, no zanjarlo así como así, ¿no crees? Podemos hablarlo como personas adultas.

Danielle dejó escapar un gemido.

—No me puedo creer que tú estés interesado en mí. La verdad. —Danielle aprovechó la confusión que sus palabras habían provocado en Fraser para levantarse y marcharse.

—¿Por qué? Te he visto con ropa y sin esta. Y de las dos maneras me gustas.

—Es una locura que no tiene sentido. Déjalo estar, ¿quieres? Tenemos que

resolver un triple asesinato, averiguar qué hace la Zarina en Edimburgo y...
—Danielle inició el camino hacia la salida del café.

—¿Siempre eres tan fría después de acostarte con alguien? Ahora entiendo por qué estás sola.

La pregunta hizo que Danielle se detuviera y se volviera hacia él con la frialdad en su mirada. Tal vez porque no quería que lo que sentía por él fuera creciendo hasta tal punto que ya no fuera capaz de dominarlo. Y entonces se sentiría vulnerable. Y no era lo que pretendía.

—¿Y tú eres tan borde con la mujer con la que has compartido la cama?

—No, no tengo por costumbre serlo.

—Pues no es la impresión que me estás dando. —Danielle volvió a darle la espalda, con la tensión por las nubes, mientras Fraser resoplaba y gesticulaba con los brazos antes de salir en pos de ella.

¿Qué diablos le sucedía? ¿Tan mal había sido su experiencia con él? ¡Joder, estaba por apostar que ella había disfrutado con su generosidad en la cama! Nunca antes se había comportado con tanta delicadeza y había mostrado tanta entrega y tanta... pasión con una mujer como con ella. Con Danielle. Con su compañera. Y eso lo estaba desquiciando. Eso, y el comportamiento de ella.

—¿Has visto el periódico? —La pregunta de McCallum dejó desconcertado a Roy nada más abrir la puerta de su casa. Se limitó a sacudir la cabeza a la espera de que él le explicara el motivo.

Jelena lo miró con inusitada curiosidad mientras McCallum le mostraba el titular del *Daily Record* en la pantalla de su móvil. Roy se pasó la mano por la mandíbula mientras fijaba su atención en la noticia. Luego levantó la mirada hacia Jelena y le pasó el móvil.

—¿Te suena de algo? ¿Algún cliente para el que hayas hecho algún

trabajo?

Jelena se fijó en la fotografía y en el nombre bajo esta: Roger Scott. Luego entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—A simple vista, no. Pero date cuenta que muchas veces he hecho trabajos para intermediarios. ¿Quién sabe?

—Bien, pues ya tenemos por dónde empezar a tirar del hilo —dijo Roy mirando a los dos—. Hay que averiguar todo lo que podamos.

—Eso está hecho —asintió McCallum.

—Indaga por ahí a ver qué sale. A primera vista parece un tipo rico y amante del coleccionismo caro. Lo que nos interesa saber es si tiene alguna conexión con lo sucedido a Jelena —resumió lanzando una mirada a ella.

—¿Por qué alguien como él se complicaría la vida contratando a cuatro matones para quitarle la matrioska a Jelena? —La pregunta de Denisse arrojó más oscuridad que luz—. Ha demostrado tener mucha pasta. No entiendo a qué vendría esa actuación por su parte, la verdad.

—¿Para no pagarme? —sugirió Jelena con sus cejas elevadas formando un arco.

—Bien, podría ser este el caso. Pero no creo que esté detrás de los asesinatos.

—¿Sugieres que hay alguien más? —se aventuró a preguntar Roy con el ceño fruncido mientras observaba la reacción de su colega Denisse.

—Podría. ¿Qué me dices de alguien más que pudiera estar interesado en la figura? ¿Alguien más pujó por ella?

Jelena asintió cuando recordó al otro pujante anónimo.

—Había alguien más interesado que se retiró al final.

—Bien podría ser él quien orquestara todo.

—No lo veo claro. —Roy sacudió la cabeza sin creer la versión de Denisse.

—Pudo seguir a Jelena, observar lo sucedido con los cuatro tipos, supuestamente contratados por nuestro ricachón, y...

—¿Y después cargárselos sin más, recuperar la matrioska y entregársela a él? —Roy señaló la fotografía de Roger Scott que aparecía en el periódico—. No tiene sentido, Denisse. Hay algo que por ahora se nos escapa. Algo que tiene que ver con Jelena y con este tal Roger.

—Eso nos haría volver a la casilla de salida y pensar en una posible relación entre tú y él —apuntó Denisse frunciendo sus labios al mismo tiempo que ponía sus ojos como platos—. Tal vez se trate de alguna cuenta pendiente que tenéis.

Todos miraron a Jelena en busca de respuestas.

—Repito que ahora mismo no sabría decirlo.

—¿Algún encargo para la Zarina?

Jelena desvió su atención hacia Roy mientras intentaba pensar si en algún momento de su etapa como ladrona sus vidas se habían cruzado. Pero en ese momento no lograba recordarlo.

—Tendría que pensarlo de manera detenida. Son unos cuantos años y muchos trabajos —les dijo en un intento por calmarlos.

—De acuerdo, pues ponte a ello —la instó Roy, preocupado por este hecho—. Tal vez Denisse esté en lo cierto y se trate de un ajuste de cuentas por algo relacionado con la Zarina.

Aquella presuposición tensó el cuerpo de Jelena por un instante mientras dejaba su mirada fija en el vacío e intentaba recordar si en su pasado aparecía el tal Roger Scott, o tal vez se trataba de una mera coincidencia.

Los dos inspectores llegaron a la casa de Roger Scott, a las afueras de la ciudad. Como era de esperar, se trataba de una casa de estilo clásico, más bien de la época en la que los Hannover regentaron el trono en las islas. Dos plantas con una entrada precedida por una escalinata que llevó a ambos inspectores hasta la puerta de madera maciza y de calidad.

—Queda claro que este tío tiene pasta —comentó Fraser mientras paseaba la mirada por la propiedad hasta detenerse en Danielle. Elegante con su traje de chaqueta y pantalón con raya diplomática, su camisa en tonos pastel y demás conjuntos. «Ella sí que es un pastel», pensó Fraser mientras los recuerdos del cuerpo de su compañera y de cómo se había estremecido bajo sus caricias tensaban el suyo.

—Sin duda. —Danielle se percató de la manera en la que la contemplaba Fraser y al instante tuvo una ligera impresión de lo que estaba pensando. Por suerte para ella, la puerta se abrió en ese preciso instante.

—¿Qué desean? —La voz de un hombre entrado en años, con el pelo grisáceo, captó la atención de ambos inspectores.

—Scotland Yard —anunció Fraser al tiempo que mostraba su identificación a la vez que Danielle—. Queremos ver al señor Scott.

El hombre de la puerta se apartó para dejarlos entrar. No convenía llevarse mal con los agentes de la ley.

—Tenga. —Fraser le hizo entrega de una tarjeta de visita para que se la hiciera llegar a su señor, lo cual captó la atención de su compañera.

—¿Desde cuándo tienes tarjetas de visita? —Danielle bajó el tono de su voz y se acercó de manera instintiva a Fraser. El aspecto desenfadado de él arrasó con sus defensas y se quedó más tiempo del permitido a su lado.

—Bueno, desde hace años. La verdad, nunca las he usado, salvo para apuntar algún que otro número de teléfono, ya me entiendes. —Fraser sonrió

al tiempo que encogía sus hombros y Danielle ponía los ojos en blanco al comprender a qué se refería—. Lo dicho, tiene pasta —murmuró mientras aguardaba en la entrada y echaba un vistazo a la decoración, no exenta de lujos y detalles.

—¿Crees que querrá hablar con nosotros? —Danielle volvió a acercarse a él, tal vez sin ser consciente de la atracción que Fraser ejercía en ella. Y cuando él bajó la mirada hacia sus labios, Danielle tuvo que apartarse al notar su deseo por quererla besar allí mismo.

—Pronto saldremos de dudas —le dijo haciendo una indicación con su mirada hacia el hombre que minutos antes los había recibido.

—Si son tan amables, los conduciré hasta el salón donde los aguarda el señor Scott.

Fraser esbozó una sonrisa de triunfo mientras hacía ademán de dejar pasar a Danielle y, de paso, recomponer su postura. Tenerla tan cerca después de lo sucedido entre ellos comenzaba a ser una tarea complicada. Algo para lo que no estaba preparado.

Ambos fueron conducidos hasta un elegante salón con suelos de madera cubiertos por varias alfombras de calidad. Había unos grandes ventanales por los que entraba una inmensa claridad gracias, en parte, a que las cortinas estaban recogidas en ambos extremos. Las paredes estaban cubiertas de muebles atestados de libros y demás objetos de valor. Una mesa de madera lacada tras la cual había permanecido sentado el dueño de todo aquello, que en ese preciso instante se acercaba hasta ellos para saludarlos. El tal Scott era un hombre entrado en años pero no demasiados. Elegante con su traje negro sobre el que llevaba puesta una bata de terciopelo en color granate. Sonreía mientras estrechaba la mano de Fraser.

—Inspector Fraser.

Este notó que el apretón era seguro, firme y lleno de convicción. El tal Roger Scott no apartó su mirada de él durante los segundos en los que sus manos permanecieron estrechadas.

—Señor Scott. Mi compañera, la inspectora Danielle Murchison.

Danielle estrechó la mano del hombre mientras le sostenía la mirada e intentaba tener una ligera impresión de la clase de hombre que sería. No le gustó su sonrisa, algo falsa y taimada.

—Sentémonos —les pidió mientras caminaban hacia un sofá amplio de tres plazas revestido con el tartán del clan Scott, sin duda—. ¿Desean tomar algo?

—Café —apuntó Fraser mientras Danielle sonreía por lo bajo. Por lo general, Fraser siempre pedía algo de beber cuando visitaban a alguien para interrogarlo. Luego le decía a ella que era una manera de ser cordial con el anfitrión a la vez que ganaba tiempo para observarlo mientras se lo tomaba.

—Yo prefiero un té —apuntó Danielle desviando su atención del señor Scott hacia el hombre que los había recibido.

—Ya has oído, Morgan. Yo no tomaré nada —le dijo Roger Scott a este. El mayordomo se marchó del salón dejándolos solos.

—Bien, inspectores, ¿qué puedo hacer por ustedes? —La pregunta fue de lo más natural y educada.

—Señor Scott...

—Roger si no le importa —lo interrumpió, para hacer la charla más informal por su parte.

—Como quiera, verá, Roger, estamos aquí para hacerle unas preguntas en relación a un objeto que ha adquirido recientemente en una subasta —comenzó exponiendo Fraser, contemplándolo, a la espera de algún gesto o reacción. Pero por ahora Roger Scott se mostraba tranquilo.

—Bueno, a decir verdad, adquiero diversos objetos y piezas con relativa frecuencia —le comentó a modo de introducción mientras se recostaba contra su asiento en frente de los dos inspectores—. Se habrán fijado en la cantidad de obras de arte que decoran mi casa. Soy un coleccionista de arte, sin duda. —La puerta del salón se abrió para dejar paso a Morgan cargado con una bandeja y un juego de café.

Hubo unos segundos de silencio durante los que el hombre servía a los dos

inspectores. Cuando se volvió a ir, la conversación se reanudó.

—Sí, nos hemos dado cuenta, ¿verdad? —Fraser desvió su atención hacia Danielle, que asintió.

—¿De qué objeto en cuestión querían hablar?

—De una matrioska de oro que hace algunas noches se subastó en la propiedad del señor McCallister. —Danielle hizo un breve y conciso resumen del motivo por el cual estaban allí. No tenían intención de perder tiempo.

—Sí, la recuerdo. Pujé por ella hasta conseguirla. Era un capricho que tenía desde hacía tiempo. ¿Quieren verla? —Roger se mostró dispuesto a hacerlo mientras hacía ademán de incorporarse del sillón.

—Si es tan amable —respondió Danielle mientras se levantaba de su asiento casi a la vez que Roger.

—La expondré al público dentro una semana —les anunció mientras sacaba una llave del bolsillo de su batín y la introducía en una parte de un mueble clásico. Luego abrió las puertas y dejó ante ellos una caja fuerte dentro de la que tanto Danielle como Fraser suponían que guardaba la muñeca.

Roger Scott la cogió entre sus manos para mostrársela a los dos agentes.

—Esta es —anunció mientras caminaba con ella hacia la mesa y procedía a abrirla para sacar el juego completo de matrioskas ante las atentas miradas de los dos inspectores.

—¿Por qué envió a alguien a pujar por ella? —Fraser se dejó de formalismos y pasó a la acción. Danielle y él no estaban allí para observar la muñeca, sino para obtener respuestas.

—No veo por qué no deba hacerlo.

—Le dio carta blanca para pujar.

—Así es. Ya le he dicho que era un capricho que tenía desde hacía años.

—¿Conocía la existencia de la pieza?

—Así es. Recuerdo que la primera vez que la vi en casa de McCallister quedé fascinado. Tanto que me ofrecí a comprársela.

—Pero él rechazó su oferta —apuntó Danielle.

—Así fue. Pero el tiempo me ha dado la razón. He esperado hasta que a él no le ha quedado más remedio que subastarla.

—Volvamos a la persona que pujó por usted.

Roger se mostró contrariado por aquel giro de la conversación. Pero no pareció perder la compostura en ningún momento.

—Ya le digo que no la conozco —les dijo con calma mientras se encogía de hombros.

—¿No trató con usted de manera directa y personal? —Era Danielle quien le hacía la pregunta, ya que Fraser acababa de quedarse mudo.

—No, contacté con alguien para ese trabajo.

—¿Con quién?

Roger pareció dudar ante aquella pregunta. Sonrió y carraspeó mientras observaba a los dos inspectores aguardando con impaciencia su respuesta. Al ver que él parecía dudar, Danielle insistió.

—Si prefiere contárnoslo en comisaría o mediante una orden... usted decide.

Al ver que aquella situación se le podía escapar de las manos, Roger decidió darles un nombre.

—Bueno, no hace falta ponerse así, inspectora. Llamé a Thomas Eldridge para que se encargara de la subasta, ya que yo prefería permanecer aquí.

Los dos inspectores permanecieron en silencio durante unos segundos mientras asimilaban aquel nombre. Pero cuando reaccionaron, o al menos eso pareció, los dos procedieron con las preguntas.

—Bien, ¿quién le trajo la matrioska?

Roger frunció el ceño.

—El propio Thomas.

Fraser resopló mientras Danielle se daba cuenta de lo que estaba pensando.

—Le comenté algo acerca de un incidente con la muñeca.

Roger sacudió la cabeza negando.

—¿Conoce a esta mujer? —Fraser no esperó más tiempo a mostrarle una fotografía de Jelena por ver si arrojaba algo de luz.

Roger apretó las mandíbulas mientras cogía la fotografía y la observaba con atención. Mantuvo la compostura en todo momento y su mirada se clavaba en la de Jelena. Después unos segundos, se la devolvió a Fraser.

—No. ¿Debería?

—Creemos que es la persona que pujó por la matrioska.

—Bien, ¿y? —Roger sonreía de manera cordial a la espera de saber a dónde querían llegar las preguntas de los dos inspectores.

—Esta fotografía apareció en el bolsillo de un hombre muerto la noche misma de la subasta —le informó Fraser con un tono serio que no dejaba duda de la importancia del asunto.

—¿Piensan que esa mujer lo ha...?

—En total fueron tres los muertos. Y uno de ellos tenía esta fotografía. Tan solo queremos saber si la conoce o si puede darnos algún detalle que la relacione con los tres cadáveres.

—¿Ella también está muerta? —Roger trató de modular el tono de su voz para que no notaran su impaciencia por saber qué le había sucedido.

—No lo sabemos —apuntó Danielle—. Por eso estamos aquí, para establecer algún tipo de conexión entre la matrioska, esta mujer y los tres muertos que se hallaron.

Roger resopló mientras sacudía su cabeza.

—Si están pensado que yo pueda tener algo que ver en todo esto...

—Ni se nos ha pasado por la cabeza. Quédese tranquilo —intervino Fraser con una cordial sonrisa—. Solo queremos reunir datos.

—Por lo que sé... el tal Thomas...

—¿De qué lo conoce? —apuntó Fraser mirándolo con excesiva expectación.

—Me lo presentaron en una feria de antigüedades. No recuerdo quién. Me

dio su tarjeta por si estaba interesado en contactarlo en algún momento. Ya sabe... Lo normal en esta clase de eventos.

—Claro. Bien, creo que por ahora es suficiente —dijo Fraser mientras miraba a Danielle en busca de alguna información extra que pudieran necesitar. Cuando vio que ella no decía nada, dio por terminada la visita—. En ese caso, le agradecemos la atención prestada y su ayuda.

—Espero que colabore a esclarecer todo este asunto.

—Nosotros también.

—Si hay algo más en lo que pueda serles útil... —El ofrecimiento tan cordial y abierto de Roger no sorprendió a ninguno de los inspectores.

—Quédese tranquilo. Si necesitamos algún dato, pasaremos a verlo.

—Tal vez el día que exponga la figurita —precisó Fraser con un gesto hacia la matrioska abierta y expuesta en la mesa.

—Por supuesto. Pueden venir a verla, y tal vez puedan averiguar algo más.

—Gracias. No hace falta que nos acompañe. Conocemos el camino —apreció Fraser, que se moría de ganas de quedarse a solas con su compañera.

—En ese caso, que tengan un buen día. —Roger volvió a estrecharles las manos a los dos antes de observarlos salir del salón y mudar el semblante. ¿Qué coño había salido mal? ¿Por qué habían ido a verlo los dos inspectores? Tendría que hacer algunas llamadas para asegurarse de un detalle.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra hasta que estuvieron fuera de la casa. Fraser caminaba con cara de pocos amigos, y Danielle daba vueltas y más vueltas a todo lo que Roger les había contado.

—No me lo trago —soltó, de repente, Fraser cuando llegaron al coche, y se quedó mirando a Danielle antes de abrir la puerta—. ¿Y tú?

Danielle inspiró mientras ponía los ojos como platos.

—¿Thomas Eldridge?

—Sí, ya sé lo que está pasando por tu cabecita —le aseguró con una sonrisa tierna—. Lo mismo que por la mía. Anda, sube y larguémonos a un sitio donde podamos hablar con tranquilidad y poner en orden toda la

información. Por cierto, bonito conjunto —le dijo mientras paseaba su mirada por Danielle mientras ella se abrochaba el cinturón y sentía el calor en su cuerpo.

—¿Quieres arrancar de una maldita vez? —Danielle se mostró cabreada por su comentario. Fraser tenía que dejar de comportarse de esa manera, aunque a ella le agradara. No podía ser. «No», se dijo mientras observaba a su compañero dirigirle una sonrisa irónica.

Roy permanecía expectante mientras observaba a Jelena. Esperaba a que ella le diera algún dato al que aferrarse, pero por ahora ella parecía perdida en sus pensamientos. Roy sospechaba que no le había sido sincera cuando le preguntó si conocía al tal Roger, el dueño de la matrioska. Pero ¿por qué lo había hecho? Se había dado cuenta de cómo había cambiado la expresión de su rostro cuando le entregó el periódico, adquirido en el kiosco de la estación, para que se fijara en la noticia. La forma en la que el papel se había agitado entre sus dedos, el ligero temblor de su labio inferior o su mirada de desconcierto, la cual había apartado del periódico de inmediato. Él era un observador. Lo observaba todo. No en vano, cuando planeaban dar un golpe, él controlaba hasta el más íntimo detalle de la operación. Sabía si alguien se ponía nervioso y cómo ese nerviosismo se reflejaba en su rostro o en su comportamiento.

Jelena seguía preguntándose por qué no le había contado la verdad a Roy. ¿Sospechaba de ella? ¿De su silencio? Una especie de angustia le apretaba el estómago si pensaba en que lo había traicionado. Y él no se lo merecía, pero tampoco quería hacerlo partícipe de su pasado.

—Lo conoces, ¿verdad? —El tono frío de Roy la sacó de sus pensamientos. Sabía que él acabaría atando cabos y que podría llegar a esa conclusión—. Vamos, Jelena, sabes que me fijo en todos los detalles. En cada

uno de los gestos, de la miradas de las personas. Sabes que me gusta observar con atención a la gente, y en especial a ti. ¿Quién es? ¿Alguien para quién has trabajado en alguna ocasión? ¿Algún cliente no contento con tu trabajo? Vamos, dime algo.

Jelena enfrentó su mirada mientras deslizaba el nudo que apretaba su garganta impidiendo que pudiera hablar. Una especie de sollozo ahogado. Sacudió la cabeza mientras podía leer la expectación en su mirada.

—Alguien a quién despojé de una pieza.

Roy se mantuvo firme mientras sopesaba aquella respuesta. Sintió una descarga sacudiendo su cuerpo. Bajó la mirada y asintió, convencido de que las piezas empezaban a encajar. Suspiró mientras se inclinaba hacia delante y entrelazaba las manos captando toda su atención en ese momento.

—¿Cuánto hace de eso? —No la miró cuando le hizo la pregunta.

—Más de un año. Fue después de lo de Glasgow.

—Entiendo. —Roy cogió aire porque aquello cambiaba bastante la percepción de sus planes para conseguir la matrioska—. ¿Fue un encargo de alguien o se trató...? —Roy dejó la pregunta sin acabar cuando vio a Jelena sacudir la cabeza.

—Fue algo personal. Una prueba para ver si seguía viva después de Glasgow. A él lo descubrí por azar. Echando un vistazo a una revista —le confesó mientras encogía sus hombros sin darle la menor importancia a este hecho—. Una densa entrevista en la que hacía alarde de su colección privada de arte. Me pareció algo prepotente en sus respuestas y me dije que podía bajarle los humos. —Jelena torció el gesto. Sonrió con ironía mientras recordaba aquellos días.

—¿Qué le quitaste?

—Un valioso huevo de Fabergé. Al parecer le había costado mucho tiempo, esfuerzo y dinero conseguirlo. No es nada sencillo hacerlo, ya sabes lo que cuestan. En ambos sentidos, material y monetario.

—Puedo hacerme una idea de la cara que se le quedaría cuando descubriera que le habían birlado huevo. ¿Qué hiciste con él?

—Venderlo en el mercado negro. No fue sencillo porque, al parecer, muchos conocían su procedencia por ser una pieza única. Pero al final lo coloqué en Rusia. Ya sabes, un comprador nostálgico con la historia de la familia Romanov —le aseguró mientras arqueaba sus cejas sin darle la menor importancia a este hecho.

—¿Por qué no me has dicho que lo conocías cuando viste su fotografía en el periódico? —Roy trató de hacerle la pregunta sin alterarse. Pero apretaba los dientes con rabia al descubrirse engañado.

—No quiero que te metas en un asunto personal.

—¿Personal? ¿No crees que sea demasiado tarde para decírmelo?

—Estás a tiempo de largarte. Esto es algo entre él y yo.

—¡Pues que se joda lo personal, Jelena! —Roy explotó mientras se incorporaba, preso de una furia sin igual, y la miraba sin entender a qué había venido aquella explicación—. Estás en serio peligro y vas y...

—No quiero que te pase nada. No quiero que te veas involucrado otra vez en un asunto como este —le explicó mientras lo sujetaba por los brazos y lo obligaba a mirarla de manera fija. La rabia y el desconcierto brillaban en sus ojos causándole un dolor más agudo. Leía la decepción provocada al saber que no le había contado la verdad—. Cumpliste dos años por salvarnos. No quiero que vuelvas a la cárcel.

—Y yo te he asegurado que no voy a volver. Por nada del mundo. Pero también te aseguro que no voy a dejarte sola. Te guste o no. Es mi última palabra. —Roy pareció tranquilizarse por unos instantes en los que controlaba su respiración—. Aunque sigo sin comprender por qué no has confiado en mí.

Ambos se quedaron contemplándose en silencio por ver quien bajaba la guardia primero.

—Si te cogen... —comenzó diciendo ella mientras sacudía la cabeza.

—Si te matan... —le rebatió él mientras enmarcaba el rostro de Jelena entre sus manos para sentir su piel bajo las yemas de sus dedos—. No me quedaría nada por lo que seguir adelante. Créeme. Pensé que te olvidaría

durante el tiempo que pasé encerrado, o que a lo mejor serías *tú* la que me olvidaras y siguieras con tu vida. Que el sentimiento que había entre nosotros acabaría muriendo de la misma manera que el sol se oculta dejando paso a la noche. Pero estaba muy equivocado. ¿Sabes por qué? Porque no hay nada ni nadie que pueda acabar con los que siento por ti, Jelena. —Roy apoyó su frente contra la de ella y cerró los ojos para recapacitar en lo que acababa de expresarle—. Es imposible.

—Estás loco.

—Sí, yo también lo he llegado a pensar en más de una ocasión. Pero esta clase de locura no dejaré de sentirla por mucho que me empeñe.

Jelena inspiró mientras separaba el rostro para poder contemplar mejor a Roy.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decirme? —Lo miró con los ojos entrecerrados y el corazón revolucionado porque o estaba equivocada, o Roy le estaba confesando poco menos que la quería.

—Por supuesto que soy consciente de mis palabras... y de mis sentimientos hacia ti. Y ahora, si no me besas, me va a dar algo porque por primera vez me siento un idiota delante de ti —le confesó con una risa nerviosa que a Jelena le provocó un vuelco en el pecho.

Lo besó con este toque de ternura y candidez que se demuestra cuando alguien te llega dentro. Con la emoción embargándola por completo mientras dejaba su mente en blanco, ya que no quería pensar en nada más que en aquel beso. Se apretó contra Roy sintiendo la dureza de su cuerpo, sus manos sujetándola por la cintura. Escuchó un leve gruñido de aceptación del beso cuando ella se volvió más atrevida, profundizándolo, hasta que su lengua encontró acomodo en el interior de la boca de él. Y entonces ya no se resistió y se dejó arrastrar por la infinidad de sensaciones que le provocaba aquel mar de caricias en el que Roy acababa de sumergirla.

—Así lo veo yo después de dos días de recapacitar. —Fraser caminaba al lado de Danielle por los jardines de Princes Street. La mañana era agradable, con un cielo despejado y un sol que los calentaba de manera tibia, pero que se agradecía. Ambos se habían dirigido hasta allí a dar un paseo para aclarar sus mentes y recopilar toda la información que tenían y darle forma—. El tal Roger Scott llama a Thomas Eldridge para que se encargue de la subasta. Y nuestro amigo contacta con Jelena, ya que el dueño original de la pieza la reconoció como la mujer que pujó por la matrioska. —Fraser volvió el rostro hacia Danielle para que ella corroborara la información hasta ese punto.

—Sí, la reconoció sin ninguna duda.

—Jelena puja por la matrioska. Sale de la subasta y no sabemos dónde coño va con la pieza. ¿A quién se la entrega? ¿A los tres tipos que aparecen muertos a la mañana siguiente?

—Podría ser. Pero nos falta uno.

—Thomas, el que se llevó la pieza para entregársela a Scott

—Sí.

—¿Es el mismo que se los cargó? —Roy formó un arco con sus cejas mientras miraba a Danielle con inusitada expectación por saber su teoría.

—Eso o tenía un pistolero para hacerlo.

—¿Thomas? —sugirió Roy como remota posibilidad.

—Thomas era el conductor en lo de Glasgow. No lo veo como asesino a sangre fría —le recordó Danielle.

—Sí, es cierto, pero Scott contacta con él, y este a su vez con Jelena. ¿Por qué? ¿Un favor personal para hacerla ganar algo de dinero por los viejos tiempos? ¿Y qué pinta la foto de ella en la escena de un crimen?

—Según lo veo yo —comenzó Danielle, captando por completo la atención de Fraser: delante de ella en el camino de arena, que era el paseo entre los jardines, con los brazos cruzados y una mirada que le provocaba a Danielle esa sensación de frío en todo su cuerpo y que ella sabía cómo podía desaparecer. Pero no era el momento ni el lugar—. Jelena le entrega la

matrioska a esos tíos, por eso lo de la foto de ella.

—¿Insinúas que la llevaban para reconocerla a la hora de la entrega?

—Exacto, salvo que hubiera otro interés oculto. Pero no lo sabremos porque los tres están muertos.

—Supongo que alguien puso a Jelena en contacto con estos tíos.

—¿Thomas por medio de Scott? —se aventuró a sugerir Danielle mientras abría sus ojos y sus cejas ascendían con celeridad. Luego frunció sus labios y esperó a que Fraser le diera su opinión.

Fraser se fijó en aquella mirada brillante y cristalina que irradiaba un magnetismo hacia él, que lo traía de cabeza. La luz del sol se filtraba a través de las ramas de los árboles y caía sesgada sobre el cabello de ella, otorgándole un brillo intenso. Fraser esbozó una tímida sonrisa mientras pensaba en las ganas que acababan de entrarle por borrarle a Danielle el mohín de sus labios. Pero lo apartó para centrarse en lo que ella seguía diciendo.

—Y más tarde alguien se los carga cuando se entrega la pieza. ¿A quién? Pero ese desconocido profesional está en relación con Scott, aunque nos diga que no sabe nada.

—Buena teoría, Sherlock. ¿Podría ser la misma persona? ¿Que Thomas fuera el asesino y a la vez le entregara la matrioska a Scott?

—Podría ser. Creo que deberías volver a hablar con tu amigo Roy y preguntarle por Thomas.

Fraser se quedó callado en esta ocasión. Meditaba con calma la sugerencia de Danielle mientras ella lo miraba con inusitada expectación, pero no porque esperara que le dijera algo más del caso, sino porque ahora mismo lo encontraba atractivo. Y eso a la vez que le provocó un ligero sobresalto por darse cuenta de lo que pensaba de Fraser, al mismo tiempo le produjo una sensación de calma. ¿Por qué se empeñaba en ver el lado negativo de aquello que había entre ellos? Trabajaban juntos desde hacía un par de años, justo después de pillar a Roy en Glasgow. Había ocasiones en las que uno sabía lo que pensaba el otro. Su grado de compenetración era excelente y parecían

congeniar bien fuera de servicio. Y ello había llevado a que la otra noche... Se acostaran para dejar claro lo que uno sentía por el otro. ¿Deseo? ¿Un calentón? La verdad era que Danielle no estaba segura de si debería seguir adelante con aquello y descubrir qué la incitaba a considerarlo de aquella manera. Dejar entrar a Fraser en su vida. De una manera personal, sentimental e íntima.

—Creo que estás en lo cierto. Lo apretaré un poco más a ver qué nos cuenta. Por cierto, no olvides que estamos invitados a contemplar la puesta de largo de la matrioska. —Fraser sonrió divertido ante tal evento porque en verdad que le apetecía ir con ella, pero sin tener que ver nada con el caso.

Danielle se quedó con la boca abierta durante los segundos en los que trataba de asimilar aquella información. Sí, era cierto que Roger Scott los había invitado, pero ella no había considerado que Fraser fuera a ir, y menos con ella. Sacudió la cabeza sin comprender a qué había venido aquel tono tan sugerente de Fraser, aunque ella podía hacerse una ligera idea.

—¿Qué pretendes?

—Que vayamos juntos.

—Fraser... —Ella pronunció el nombre con toda intención al tiempo que entornaba la mirada hacia él.

—Danielle... —repitió él con la misma actitud, pero acortando de una manera peligrosa el espacio que los separaba.

Ella resopló al darse cuenta de que él parecía seguir empeinado en lo mismo. Cerró los ojos y se llevó la mano a la frente mientras trataba de pensar con claridad. Pero cuando los abrió para mirarlo, se dio cuenta de que por mucho que lo intentara le sería complicado aferrarse a esa pequeña porción de cordura que todavía le restaba.

—Estás cometiendo un error.

—Desconocía que te calificaras como tal —le comentó con sorna mientras asentía y se percataba de que ella parecía relajar los hombros—. Aunque déjame decirte que discrepo. No eres ningún error.

—Fraser, esto es una locura. Bien, nos hemos acostado y...

—¿Y qué? ¿Vas a darme largas? ¿No quieres que volvamos a hacerlo? ¿No soy tu tipo? —Fraser lanzó una batería de preguntas mientras extendía los brazos a sus costados exigiendo una aclaración. La miraba de una manera que ella no había visto hasta ese momento. ¡Joder, la calidez y el cariño que reflejaba él en su mirada la estaban agobiando! No era lo que pretendía con él la noche en la que lo invitó a su cama. Pensaba que él lo dejaría estar, que no le daría más importancia de la que tenía. Un revolcón para hacer desaparecer el deseo y la atracción que había entre los dos y se acabó. Pero algo parecía no estar saliendo como ella había pensado.

—Es mejor que lo dejes estar y nos centremos en el caso —le pidió mientras se acercaba a él y lo miraba con serenidad.

—¿Eso significa que no irás conmigo a la pequeña fiesta que dará Scott para presentar en sociedad a su muñequita rusa? —El toque burlón de Fraser pareció desestabilizar a Danielle. Quería ir con él, pues claro. Quería que la mirara de la misma manera que en ese instante. Que la besara como la otra noche, pero ¿qué sucedería si al final salía mal? Seguirían siendo compañeros en Scotland Yard, y ella no iba a solicitar un cambio de distrito ni nada por el estilo por él.

Fraser apretó sus labios hasta que se convirtieron en una delgada línea. Apoyó sus manos en las caderas e inspiró hondo mientras asentía.

—De acuerdo. El caso. Aunque espero que tengas tiempo para responderme a las preguntas que te he hecho. Y si quieres, vienes conmigo, o tendré que hacerlo solo, ya que no pienso ir con otra mujer que no seas tú. — Inspiró hondo mientras sacaba el móvil del bolsillo interior de su chaqueta—. Localizaré a Roy. Llámame si descubres algo.

Danielle sintió la frialdad y la profesionalidad en su mirada y en su tono. Pero sobre todo cuando él se giró sobre sus talones y se alejó de ella caminando por el sendero que conducía a la salida de los jardines. De repente sintió como si alguien le colocara un peso sobre los hombros. Sacudió la cabeza sin poder creer que él la hubiera dejado allí plantada, sin más. Resopló mientras lo veía desaparecer calle abajo mientras hablaba por el móvil.

¿Estaba convencida de que aquello era lo mejor? Si así era, ¿por qué sentía ese vacío en su estómago en ese preciso instante?

Fraser caminó hacia Princess Street sin volver la vista atrás. Todo había quedado claro. Danielle quería un trato profesional. «Pues lo tendrá», se dijo a sí mismo mientras no era capaz de controlarse, ni siquiera cuando Roy respondió a su llamada. Tras unos segundos de conversación, quedaron en volver a verse junto al monumento de Walter Scott. Fraser debía tranquilizarse y afrontar la conversación con Roy de una manera fría y concienzuda para que le ayudara en el caso. Pero si le salía con evasivas, entonces no duraría en mostrarse duro con él. Y Roy ya lo conocía.

Roy se había quedado intranquilo al recibir una nueva llamada de Fraser. Esta vez no parecía muy amistosa. A Roy le había quedado la impresión de que la cosa se ponía fea. Volvió a insistir en el peligro que corría Jelena y en que tenía información que le iba a interesar pese a que no debía facilitársela, y Roy lo sabía.

—Quiero que te arregles y te vengas conmigo —le pidió a Jelena, quien pareció aturdida por aquel repentino cambio de parecer al respecto de ella.

—¿Qué sucede, Roy?

—Vamos a ver a Fraser. —Su respuesta la paralizó. Su rostro se quedó lívido al escuchar el nombre del inspector—. Quiere verme para charlar conmigo. Dice que es urgente e importante. Soy consciente de lo que va a contarme y... —Roy inspiró hondo mientras la miraba de manera fija.

—Pero... sabrá que estoy aquí y... —Jelena sintió los nervios recorrer su cuerpo hasta provocarle una sensación de frío extremo.

—Me lo ha pedido encarecidamente. Alguien te ha visto o reconocido, y Fraser no es tonto. A lo mejor puede ayudarnos.

—¿Cómo va a hacerlo? —Jelena lo miró confundida por aquella afirmación.

—Ya lo veremos. Pero tal vez sea el momento de poner las cartas sobre la mesa. No te demores. Voy a llamar a un amigo.

Jelena no daba crédito a lo que Roy acababa de plantearle. Ver al inspector Fraser...

Roy se apartó de ella para dejarla cambiarse de ropa mientras él esperaba la comunicación al otro lado de la línea.

—¿Seldom?

—*Sí, dime, Roy.*

—¿Cómo lo llevas?

—*Casi terminado. No te preocupes. En un par de días estará concluido. Puedes apostar a que nadie lo notará.*

Roy escuchó una sonrisa de autosuficiencia al otro lado de la línea.

—Bien, en cuanto esté, dame un toque.

—*Lo haré.*

Roy devolvió el móvil al bolsillo trasero de su pantalón y aguardó a Jelena. Fraser sabía que ella estaba aquí. Ya se lo había dejado claro la primera vez que se vieron. Pero sin duda que él habría seguido indagando aquí y allá y habría resuelto el acertijo. Tal vez sería buena idea que ella apareciera y se aclarara todo. Todo menos el hecho de que ella cobrara por el trabajo hecho.

Cuando la vio regresar de la habitación, Roy volvió a sentir que el aire le faltaba. No lograba acostumbrarse a su presencia pese a los días que llevaba en la casa.

—Estás...

Jelena se acercó a él con una sonrisa pícaro en sus labios y el pecho palpitando acelerado. Lo besó de manera sugerente, con una mezcla de ternura y ávida pasión y deseo por lo que percibió en su mirada. Era cierto que él estaba involucrado en todo aquello y que lo hacía por lo que sentía hacia ella.

—No hagamos esperar al inspector —le sugirió Roy mientras se apartaba

a duras penas de ella.

—¿Con quién hablabas mientras me arreglaba?

—Con Seldom.

—¿Qué te sucede? —Jelena se había quedado mirándolo con gesto de incompreensión. Y cuando su mirada se cruzó con la de él y vio la expresión que le devolvía, Jelena no pudo detener el repentino sofocón que la invadió. Allí, en la mirada de Roy, estaba la confirmación de sus preguntas acerca de lo que él sentía por ella. De por qué el paso del tiempo no había logrado difuminar ese sentimiento. Y entonces Jelena comprendió cuánto se preocupaba por ella, cuanto... ¿la quería?

Fraser deambulaba por las inmediaciones del monumento a Walter Scott que la ciudad había erigido en su honor como agradecimiento a su labor en favor del sentimiento escocés. Desde que terminó de hablar por teléfono con Roy, no había dejado de pensar en Danielle y en que la había dejado plantada en uno de los caminos con los que contaba los jardines. Tal vez su comportamiento con ella no hubiera sido el más acertado, pero sin duda que sus deducciones o conclusiones no eran las que él hubiera esperado. ¿Qué problema tenía? ¡Maldita fuera, se habían acostado! Entre ellos había una atracción al menos que debía considerar. Pero ¿por qué ella se empeñaba en no reconocerlo? ¿Locura? ¿Por qué? ¿Tal vez se debía a que ambos eran compañeros y temía que la relación personal influyera en la profesional? Él no creía que una cosa tuviera relación con la otra si lo sabían llevar. Apretó los dientes y sacudió la cabeza cuando a lo lejos vio a Roy y a Jelena. Sonrió mientras se fijaba en ella. Sabía que no andaría muy lejos de Roy. Si el muerto tenía una fotografía suya era porque ella tenía algo que ver en todo aquello. McCallister la había reconocido como la persona que había pujado por la matrioska. Dos más dos. Fraser confiaba en que todo se resolviera lo antes posible.

Roy y ella se acercaron con paso lento a Fraser, tal vez temían que aquello pudiera ser una trampa. Después de todo, Fraser sabía quiénes eran ellos y no dudaría en atraparlos. Al menos a Jelena, ya que Roy había pagado por el último golpe. Se miraron en silencio durante unos segundos, en los que parecía que se estuvieran estudiando, hasta que Fraser se decidió a hablar

—Roy. Jelena, ¡qué sorpresa verte por aquí!

—No te hagas de nuevas, Fraser. Sabías que ella estaba en la ciudad desde el momento en que me enseñaste su fotografía. ¿Qué quieres? ¿Qué es eso tan importante que tienes que comentarnos? —Roy fue el primero de los dos

que se dirigió a Fraser, ya que Jelena prefería permanecer en silencio, a la expectativa.

—Demos un paseo. —Fraser hizo un gesto con la cabeza hacia el interior de los jardines, pero al ver que los dos parecían dudar, se volvió hacia ellos —. No voy a tenderos una trampa si es lo que estáis pensando. No hay agentes en los jardines, y lo que tenemos que hablar es importante... para todos. —Fraser asintió mientras pasaba su mirada de Roy a Jelena—. Tiene que ver con la matrioska por la que ella pujó.

Roy asintió, y Jelena deslizó el nudo que apretaba su garganta.

—Necesito que colaboremos.

—¿Estás de coña?

—No. Os lo voy a demostrar. Vamos.

Roy escoltó a Jelena al interior de los jardines mientras Fraser caminaba al lado de este.

—Veamos, no voy a andarme con rodeos, de manera que seré franco y directo —les comentó mientras le tendía el periódico del día a Jelena—. ¿Lo conoces?

Roy desvió su atención hacia ella. Esperaba que mintiera a Fraser como en un principio había hecho con él. Jelena y él habían acordado no revelar a Fraser nada de lo que pretendían llevar a cabo. Así que cuando Roy vio a Jelena sacudir la cabeza, se quedó más tranquilo.

—¿Quién es? —preguntó ella mientras le devolvía el periódico.

—Roger Scott. Un filántropo con mucho dinero.

—¿Se supone que debería conocerlo?

—No lo sé. Lo que sé es que tiene la matrioska por la que tú pujaste hace algunas noches en la casa de McCallister, ¿verdad? Y no me mientas porque la he visto. Él me la ha enseñado. —Jelena asintió sin decir nada. No tenía sentido que lo negara, ya que estaba claro que Fraser había investigado a fondo—. Te reconoció en el acto cuando mi compañera le enseñó tu foto. Dime, ¿quién te pasó trabajo? —Fraser le ocultó la información que el propio

Roger Scott le había pasado. Quería saber hasta qué punto ambas declaraciones coincidían.

—Thomas.

—¿Qué Thomas? ¿Hablamos del conductor que empleasteis en lo de Glasgow?

—Sí.

—¿Te llamó?

—Sí. Me llamó para saber si me interesaba ganar algo de dinero por asistir a una subasta y pujar por una pieza.

—¿Qué hiciste después?

—Ir al lugar de encuentro para entregar la pieza. —Recordar aquellos momentos le revolvió el estómago. Jelena inspiró y controló su estado de nervios. Y cuando sintió la mano de Roy acariciando la suya, una ola de calma la sobrecogió.

—¿Dónde fue la entrega?

—Aquí, en los jardines. Junto al monumento de Scott. —Lo señaló girándose hacia este.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro.

Fraser asintió mientras comenzaba a encajar las piezas.

—¿Qué es esto, Fraser? ¿Un interrogatorio en toda regla? Te advierto que...

—¿Sabes por qué uno de ellos tenía una fotografía tuya?

Jelena encogió los hombros sin darle la menor importancia.

—Imagino que sería para reconocermé antes de hacer la entrega.

Fraser volvió a asentir.

—No es un interrogatorio legal. Si quisiera darle ese sentido, os habría citado en comisaría —les dejó claro deteniéndose delante de ellos—. ¡Solo quiero saber qué cojones está sucediendo! Tengo a tres tipos con un tiro a bocajarro, como si hubiera sido una ejecución. Y un cuarto desaparecido.

¿Tal vez nuestro hombre? ¿O está escondido porque logró escapar?

—Los cuatro se marcharon cuando les entregué la matrioska —intervino Jelena. No iba a contarle nada de lo sucedido, puesto que el inspector podría pensar que ella era la responsable de esas muertes.

—¿Y tú?

—Vino a mi casa. Le dieron una paliza.

—Vaya, creía que me habías dicho que no la habías vuelto a ver desde lo del último golpe —le recordó Fraser a Roy con una sonrisa cínica—. ¿Una paliza?

—Por eso ha estado en mi casa, recuperándose.

—Un momento, ¿los cuatros tíos te quitaron la pieza y te pegaron? —Fraser estaba aturdido por ese nuevo dato.

—Sí —asintió Jelena.

—Quería saber si sospechabas de ella. Por eso no te lo conté —le confesó Roy.

—¿Ibas a protegerla?

—¿Tú que crees? Pienso que nos estamos desviando del tema, ¿no? —Roy cortó el tema mirando a Fraser de manera fija, dejando clara su situación con respecto a ella.

—No es conveniente ocultarme información, Roy. Por el bien de ella.

—¿Por qué por mi bien? —intervino Jelena, interesada en el comentario del inspector.

—Acabo de explicároslo. No estamos seguros de si el cuarto hombre que falta te busca para liquidarte o está escondido para que no lo hagan con él. Lo único que sabemos es que está desaparecido y que podría ser el mismo que le llevó la pieza al tal Roger Scott. ¿Qué te contó Thomas cuando te llamó?

—Que tenía un encargo para mí.

—¿Le preguntaste quién se lo había pasado?

—No hago preguntas innecesarias cuando no las necesito. —Jelena se mostró irónica y mordaz en su respuesta.

—¿Desde cuándo lo conoces? ¿Te fías de él?

—¿Insinúas que tiene que ver algo con todo esto? —Roy intervino mirando a Fraser con el ceño fruncido, como señal de preocupación—. Lo conozco de hace años. Nada más.

—Ahora mismo no descarto nada, Roy. Solo quiero pillar a quien me ha dejado tres muertos como tarjeta de visita. No estoy dispuesto a que haya un cuarto o una quinta —dijo haciendo referencia a Jelena—. Por eso te estoy preguntando por Thomas.

—Ni idea. No sé si podría cargarse a tres tíos a sangre fría.

—Veremos si es el mismo tío que después le llevó la muñequita rusa al tal Roger. Y, de paso, averiguar si él sabía de ello.

—¿Crees que el tal Roger pudo ordenar la ejecución de los tres? —La pregunta de Roy dejó un poso de duda en sus dos compañeros de paseo.

—No descarto nada. Por eso quería verla a ella —apuntó señalando a Jelena—. No soy ajeno a su hobby y me preguntaba si el hecho de que ella estuviera involucrada tenía que ver con este.

—¿Qué podría querer Roger de Jelena? —Roy sonrió fingiendo cierta preocupación por lo que ella le había confesado. Las piezas empezaban a encajar como un puzle.

—Eso quiero saber. Por cierto, ¿qué ha hecho la Zarina durante este tiempo? —La mueca de complicidad que Fraser hizo provocó una sonrisa en Jelena.

—Volver a casa.

—¿A Serbia? —Había un toque de incredulidad en la pregunta de Fraser. No acababa de creerse que hubiera pasado inactiva todo el tiempo.

—Sí. Regresé a ver la poca familia que me resta.

—Ya. ¿Qué hicisteis con los cuadros de Glasgow? Por cierto, un golpe muy bueno. Sí, señor —le confesó entre risas.

—¿Por qué coño te interesa saberlo? —Roy temía que hubiera algo oculto en la cordialidad de Fraser. No se fiaba de él después de todo.

—En ocasiones, los buenos tienen que colaborar con los malos.

—¿Qué pretendes? ¿Qué hagamos tu trabajo?

—No estaría de más que me llamaras si te enteras de algo. Lo digo en serio, Jelena puede llevar una diana en el pecho. No lo olvides.

Roy se quedó callado. Jelena miró al inspector mientras se mordía el labio.

—¿Insistes en que sea tu soplón?

—Prefiero llamarte colaborador si te sientes mejor. En serio, Roy, no estaría de más que colaboráramos en la detención de ese tío para que aclare todo. —Había un toque de preocupación en el tono del inspector que no alertó a Roy en demasía. Sabía que podía jugársela en cualquier momento—. Por cierto, Jelena, ¿cómo alguien como tú no se quedó con la matrioska? Al fin y al cabo, te podías haber largado de Edimburgo esa noche y colocar la pieza en el mercado negro.

Jelena frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Demasiado sencillo, inspector. Prefiero los retos.

—Ya, te va más lo difícil, ¿eh? —Fraser asintió—. Por cierto, ¿no se te ocurrirá robarla?

Jelena sonrió de manera cínica. Chasqueó la lengua.

—¿Por qué habría de hacerlo ahora cuando, como dices, la tuve en mis manos?

El inspector apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Porque acabas de confesarme que te van los retos. Y seamos sinceros, quitarle la matrioska... lo es. Llamadme si os enteráis de algo. Ah, y por cierto, antes de que se me olvide, Roger presenta su muñeca rusa dentro de una noche. Aunque no creo que invite a la reina de los ladrones. —Fraser le guiñó un ojo en complicidad antes de volverse y dejarlos solos.

—¿Crees que sospecha que pueda hacerlo? ¿Robar la matrioska? —le preguntó Jelena a Roy cuando percibió la extrañeza en su rostro por la primera pregunta de ella.

—Seríamos unos completos idiotas si no pensáramos que no se le ha

pasado por la cabeza.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Seguir adelante con lo establecido —le respondió con una sonrisa—. En cuanto tengamos las copias, captaremos la atención de Scott, ya lo verás.

Jelena arqueó las cejas en una señal de no comprender muy bien qué quería decir Roy.

—No sé qué diablos estás tramando, la verdad.

—Pronto. Pronto os lo expondré.

—¿Y Thomas?

Roy cogió aire antes de responder a esa pregunta.

—Entre lo que sabemos de él, por lo que nosotros mismos hemos averiguado y lo que acababa de contarnos el inspector... No sé qué pensar, la verdad.

—¿Crees que pueda estar detrás de todo? —Jelena parecía confundida e incluso podría asegurar que mostraba cierta incredulidad a esta posibilidad.

—La codicia cambia a la gente.

—Pero ¿qué saca él de todo esto?

—Tendremos que averiguarlo antes que el inspector. Si Thomas está detrás de la paliza que te propiciaron, no va a tener un lugar seguro donde esconderse. Te lo aseguro. —La mirada de Roy se volvió fría y amenazadora, tanto que a Jelena le provocó un escalofrío—. Vayamos a comer algo.

—Tú no eres un asesino, Roy. Eres un ladrón de arte.

—Puedo ser muchas cosas en función de la situación.

Jelena asintió mientras pensaba en las últimas palabras dichas por Roy. Estaba segura de que si descubría que Thomas había sido el responsable de todo, acabaría con él.

—¿Y en lo que respecta a ayudar al inspector?

Roy frunció los labios.

—Podemos colaborar. De esa manera, no nos considerará una amenaza para Roger y nos dejará vía libre para lo que pretendo llevar a cabo.

—¿Qué tal fue la charla con Roy? —Danielle no esperó a que Fraser se sentara, sino que nada más verlo le soltó la pregunta. Lo vio fruncir sus labios y encoger sus hombros como si no hubiera sido relevante para él y para el caso.

—De lo más normal —le respondió sin tan siquiera dirigirle una mirada a Danielle. Estaba cabreado con lo que le había dicho. Tal vez fuera demasiado duro con ella o se estuviera comportando de un modo infantil, pero le había jodido después de haberse acostado.

—¿Nada a destacar? —La insistencia de Danielle obligó a Fraser a levantar su mirada del papeleo que había en su mesa. Por un instante quiso evitarla, quiso no tener que hacerlo, pero en cuanto se fijó en ella, su cabreo pareció diluirse como un azucarillo en un café. Suspiró porque se daba perfecta cuenta de que no le valdría de nada adoptar una postura fría y distante con ella. Se levantó de la silla y le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

—Ven conmigo, anda.

Danielle le hizo caso y lo siguió hasta una sala de reuniones donde había una mesa y varias sillas. Una pizarra en una de las paredes a la que Fraser se acercó para poder escribir.

—Tenemos al ricachón Roger Scott, que contacta con Thomas Eldridge para que se encargue de la subasta de McCallister. —Fraser escribía a medida que pronunciaba los nombres de las personas hasta ahora involucradas en el caso, y Danielle permanecía sentada observando con atención su explicación y su trasero. Sí, porque su mirada se deslizó en más de una ocasión hacia aquella parte de la anatomía de Fraser. Danielle intentó apartar aquellos pensamientos de su mente y centrarse en el caso pero...—. Aparece Jelena, por cierto, antes de que digas nada, he hablado con ella.

Fraser se volvió para quedar frente a Danielle y de este modo observar su

cara de asombro. Lo que él no sabía era que se debía a la imagen de él, allí de pie, observándola de aquella manera tan personal, más que al hecho de que hubiera visto a la Zarina.

—¿Está aquí?

—Con Roy —matizó mientras asentía despacio.

Danielle frunció sus labios para dejar escapar un silbido de sorpresa que captó toda la atención de Fraser. La imagen de ella haciendo morritos tensó todo su cuerpo. «Está... preciosa», se dijo antes de pensar en otra palabra que se acercara a lo que pensaba de ella en ese momento.

—Entonces, cuando lo viste el otro día y le preguntaste por ella...

—Sí, me dio largas. Exacto.

—¿Por qué?

—Porque hay un código de honor entre los ladrones.

—Oh, pensaba que tenía más que ver con lo que hubo entre ellos. Sabemos que estaban juntos cuando dieron el golpe en la galería de arte. Me refiero como pareja —precisó Danielle contemplando a Fraser con cierta desilusión—. Y que ella lo visitaba en prisión, pero él la rechazaba.

—Sí, es cierto. Pero no sé qué pudo haber sucedido —le dijo sacudiendo la cabeza sin comprenderlo—. Bueno, siguiendo con todo esto. ¿Por dónde iba? —Fraser se quedó mirando a Danielle de manera fija en busca de una respuesta. Pero al momento comprendió que más bien la miraba a ella por lo atractiva que la encontraba en ese instante. Porque en realidad le gustaba observarla y memorizar cada uno de sus gestos, de sus sonrisas, de... ¡Joder, ¿qué diablos le estaba sucediendo con Danielle?! Una cosa era que le gustara desde el punto de vista meramente sexual, y lo había comprobado la noche en que se acostaron. Pero andar pensando en ella de otra manera... No tenía ni pies ni cabeza, la verdad. Tal vez ella estuviera en lo cierto y era mejor dejarlo estar por ahora.

—Decías que Thomas llamó a Jelena para que se encargara de la subasta. Y me pregunto por qué lo haría. ¿Compañerismo?

—Jelena acude a la subasta. Puja por la matrioska que entrega a los supuestos intermediarios de Roger Scott. A la mañana siguiente, tres de ellos aparecen muertos. Deducimos que son los que recogieron la pieza de manos de Jelena porque llevaban su fotografía. Tal vez para reconocerla —precisó Fraser volviendo su atención a su compañera para ver si estaba de acuerdo.

Danielle asintió.

—Sabemos que eran cuatro. Jelena lo ha confirmado. Pero tal vez alguien estaba al tanto de la operación. Los siguió y se cargó a tres. No sabemos si el cuarto ha escapado, está muerto en otra parte o si se trata del mismo tipo que posteriormente entregó la pieza a Roger Scott, esto es, Thomas. Pero ¿por qué lo harían? Me refiero a quitarlos de en medio —pensó Fraser en voz alta mientras sacudía la cabeza sin encontrar por ahora el significado.

—Tal vez Roger Scott quería quitar gente de en medio. Ya me entiendes...

—Pero la subasta fue legal —la interrumpió Fraser acercándose a ella para respirar la fragancia de su aroma particular, el mismo que lo invadía cada mañana cuando se veían. Fraser se contuvo. Detuvo sus pasos y se quedó observándola desde cierta distancia.

—Sí, pero tal vez tenga que ver con lo que sucedió después. No sé si me entiendes. —Danielle se levantó de la silla y caminó hacia la pizarra. Tomó el rotulador de manos de Fraser mientras sus dedos se rozaban, parecían buscarse. Danielle trazó una serie de arcos entre los nombres—. Hay algo que se nos escapa por ahora. Y tiene que ver con el período de tiempo que va desde que Jelena abandona la subasta hasta que la pieza acaba en manos de Roger Scott. ¿Qué sucedió entre ella y los tipos que aparecieron muertos? ¿Los mató ella? —Danielle se giró de manera impulsiva hacia Fraser sin medir la distancia que los separaba. Al momento se vio casi encima de él.

La mirada de Fraser descendió hacia su rostro y luego hacia sus labios para seguir descendiendo hacia la apertura de su camisa. Percibió el canalillo que sus pechos formaban al juntarse. Pensó en como él los había acariciado, besado y...

Danielle se percató de la situación que atravesaban. De la mirada de Fraser

acariciándola más allá de lo permitido en ese momento. Y, cuando inspiró, se dio cuenta que el volumen de sus pechos aumentaba, haciendo que Fraser apartara la mirada de estos al instante.

—No. Jelena no los mató.

—Sigues muy seguro de esa teoría.

—Vamos, Danielle, los dos sabemos que Jelena no es una profesional. Es una ladrona de guante blanco. Planea robos de obras de arte bien por encargo o por iniciativa propia. Además, ¿deja libre a uno? ¿Con qué motivo? — Fraser arqueó sus cejas en señal de asombro, de no creer en esa posibilidad lo más mínimo—. Además, era casi imposible después de la paliza que le dieron. Deberías verla.

—¿Paliza? —preguntó Danielle mientras su compañero asentía con total seguridad—. Entonces piensas que uno de los cuatro sorprendió al resto. Cogió la pieza y se la llevó a Roger Scott —concluyó ella mientras trazaba una nueva línea en la pizarra que acababa en el nombre de este.

—Exacto. Pero Scott no va a decirnos nada más acerca de todo este embrollo.

—¿Piensas que son el mismo? El asesino y el repartidor.

Fraser estalló en carcajadas.

—¿Repartidor? ¡Ni que le hubieran entregado la pieza en una caja de pizza!

Danielle sonrió tímida mientras experimentaba una ola de calor invadiendo su rostro. Golpeó a Fraser en el hombro con complicidad mientras disfrutaba escuchándolo reír, pero, por encima de todo, mirarla como la hacía. De una manera que la ponía nerviosa, pero a la vez le tocaba alguna fibra escondida dentro de ella que le hacía tener la sensación de que iba a derretirse.

—En serio, necesitamos hablar con Thomas, a ver qué versión nos da. Pero creo que sí. Son el mismo. Y nos quedaría averiguar si los tres asesinatos fueron iniciativa propia de Thomas; o bien eran parte de todo el encargo que Scott le hizo.

—Oye, ¿no te llama la atención que Roy y Jelena estén juntos? —Danielle le dio un ligero toque de suspicacia a su pregunta que dio qué pensar a Fraser.

—¿Lo dices como pareja?

—En todos los sentidos. Ambos son ladrones.

—Sí, le pregunté a Jelena por qué no se había quedado con la pieza una vez que la tenía. Podría haber salido hacia el continente esa misma noche.

—¿Y qué te dijo? —Danielle entrecerró los ojos y alzó el mentón hacia Fraser. Había cierto recelo en su pregunta.

—Que no le van los trabajos tan sencillos. Prefiere los retos.

—Tampoco entiendo por qué no la contrataron para robarla. Le habría salido más barata —bromeó Danielle mientras era ella la que ahora reía.

—Sí, cierto.

—¿Los retos? ¿Y si es eso precisamente lo que busca? —Fraser la miró contrariado. Abrió la boca para decirle algo, pero tras meditarlo se calló—. ¿Y si planean robarla? —Danielle cruzó los brazos bajo sus pechos mientras se acercaba a Fraser y este trataba de dominarse. Danielle entornó la mirada hacia él y lo observó detenidamente. Sabía que acababa de darle en qué pensar.

—¿Estás segura? ¿Insinúas que van a robar la matrioska? —Fraser lanzó las preguntas sin terminar de creer en la deducción a la que había llegado Danielle. La contempló mientras ella ponía los ojos como platos y se mordisqueaba el labio en un gesto que avivó el deseo en Fraser, si es que en algún momento que pasaba con ella había descendido.

—Un reto. Ella te lo dijo.

—¡*Naaahhhhhh!* —le dijo de mala gana y sin convicción—. Roy cumplió condena. ¿Crees que estaría tan loco como para jugársela una vez más?

—Son ladrones. Son buenos. Y si está con *ella*...

Fraser se pasó la mano por el mentón, en gesto pensativo, mientras no apartaba la mirada de Danielle.

—Está bien. Nos mantendremos alerta por si les diera por hacer de las

suyas. Aunque ya sabes lo que opino.

—No perdemos nada mientras tratamos de averiguar quién mató a los hombres que hay en el depósito.

—De cuerdo. Lo primero será cerciorarnos de si acudirán a la exhibición que Roger Scott ha preparado para mostrar la pieza. Y puesto que tú has sugerido que Roy y Jelena puedan estar interesados en esta... Creo que sería bueno que tú acudieras a dicha exposición en compañía de Steven —le soltó de manera casual, pero no exenta de un toque profesional que dejó a Danielle clavada en el sitio sin saber qué decir.

—¿Y tú?... ¿No piensas asistir? —Danielle intentó controlar en todo momento sus nervios. Parecer cordial y natural porque sentía que la voz le temblaba.

—Oh, no. Estuve pensando lo que dijiste al respecto y creo que tienes razón. Yo... Voy a centrarme en los tres asesinatos.

—Creía que...

—Además, para serte sincero, esas recepciones me aburren soberanamente —le aseguró mientras se inclinaba sobre el rostro de Danielle y le susurraba. Percibió el brillo de su mirada así como un leve tic en sus labios y que Fraser no supo explicar. Sin duda que acababa de sorprenderla, y era precisamente lo que pretendía. Le acababa de dejar claro que no estaba dispuesto a ir con ella a pesar de que era lo que más deseaba. El no acompañarla le daría que pensar a ella también. Fraser confiaba en que el hecho de no tenerlo a su lado la hiciera recapacitar sobre la postura que había tomado al respecto de ellos. Se sacrificaría y no la acompañaría, aunque se moría de ganas por hacerlo—. Si te parece bien, vamos a seguir indagando a ver si hay algo más.

Danielle se había quedado callada, sin capacidad de reacción, cuando Fraser le dijo que él no iría a la exposición de la matrioska. Ciertamente ella se había mostrado reticente a que fueran juntos en un primer momento porque intuía cuáles serían las intenciones de él una vez que abandonaran la casa de Roger Scott. Y ella no estaba dispuesta a repetir lo de la otra noche. Hacerlo sería confirmar sus sospechas sobre que Fraser le atraía más de lo que ella

suponía. Pero, al mismo tiempo, una parte de ella parecía haberse quedado tocada por la negativa de Fraser a acompañarla. Dolida y decepcionada tal vez. Inspiró hondo y regresó a su mesa a seguir con la investigación, aunque creía que iba a ser complicado después de aquel inesperado jarro de agua fría.

Roy recibió a Seldom mientras el resto aguardaba con impaciencia. Roy los había convocado a un pequeña reunión para poner en claro ciertos aspectos de la misión. Ya lo había dejado claro el primer día: iban a apoderarse de la matrioska de Roger Scott. Y pese a que los miembros del equipo se mostraban contrariados y sorprendidos, no podían negar que los embargaba una gran expectación por saber qué se había sacado de la manga Roy.

Ni si quiera Jelena sabía qué estaba tramando él. No había querido darle demasiados detalles al respecto. No hasta que Seldom apareció en la sala cargado con dos cajas de madera que colocó sobre la mesa. Era un tipo pequeño, delgado y con una mirada llena de vida. Ninguno de los allí presentes lo conocía ni había escuchado a Roy referirse a él en algún momento. Por ese motivo, aquel extraño era todo un acontecimiento.

—Este es Seldom —comenzó diciendo Roy mientras le pasaba el brazo por los hombros y sonreía—. Os vais a quedar de piedra cuando presenciéis su trabajo. Adelante.

El tal Seldom asintió sin decir nada. Se volvió hacia las cajas de madera que había depositado sobre la mesa y comenzó a abrirlas y a extraer su contenido de ellas mientras los demás, que permanecían sentados, apenas si lograban ver algo. El silencio en la habitación permitía escuchar las respiraciones de los presentes.

Seldom miró a Roy cuando pareció haber concluido su trabajo y se apartó para dejar la mesa a la vista de todos. Sin duda que Roy no se había

equivocado cuando le había dicho que se quedarían de piedra.

—¡Joder, la madre que...! —exclamó Thomas cuando su mirada se posó en los objetos que había sobre la mesa.

—No puedo creer que... —Jelena estaba fascinada, tanto que no era capaz de parpadear ante lo que estaba viendo.

Denisse se limitó a silbar y a sacudir la cabeza sin creer lo que veía. Y McCallum se limpió las gafas antes de ajustárselas porque pensaba que no veía bien.

—Seldom es un genio trabajando el plomo, como podéis ver —comenzó diciendo Roy mientras cogía en sus manos una réplica exacta de la matrioska por la que Jelena había pujado—. Por no mencionar su pintura y su acabado.

—Pero ¿qué coño pretendes? —Denisse fue la primera en lanzarse a preguntar al ver aquellos dos juegos de matrioskas sobre la mesa.

—Muy sencillo. Vamos a cambiar estas matrioskas de plomo por la original de oro.

Durante unos segundos, ninguno de los presentes se atrevió a decir nada. Y menos a contradecir a Roy en sus planes.

—Hay cinco réplicas exactas —dijo señalando a las figuritas.

—¿Pretendes dar un cambiazo? —McCallum se ajustó las gafas para poderlas ver mejor.

—Eso es. No vamos a robarla.

—Ah, no, entonces, ¿cómo llamas tú a lo que pretendes hacer? Acabas de decirnos que vas a darle un cambiazo. Luego interpreto que vamos a robar la original y dejarle la réplica.

—Un cambio.

—Lo notará —apreció Jelena captando la atención de todos—. Por el peso.

—No. Esta matrioska pesa lo mismo que la que tú tuviste en tus manos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Denisse intrigada cada vez más por este hecho.

—Seldom es tasador además de un genio con la fundición y la pintura —le explicó con una sonrisa divertida.

—¿Insinúas que él...?

—Él ha comprobado el valor de la pieza original. Su peso y sus dimensiones.

Ninguno dijo nada porque todo parecía estar controlado por Roy. Y así era. Seldom había contactado con Roy justo el mismo día en el que Roger lo había llamado para tasar la pieza. Tras una escueta charla, Roy le dio las pertinentes órdenes mientras Jelena descansaba en la cama de la paliza que le habían dado. Entonces, Roy ya sabía quién tenía la pieza y había comenzado a atar cabos. Lo que nunca le confesó a Jelena era que lo sabía desde hacía días. Entre Seldom y él comenzaron a idear el plan para sustituir una por otra llegado el caso. Y su amigo se había puesto manos a la obra junto con su equipo de falsificadores.

—Luego, es una réplica exacta —dijo Denisse mientras entornaba la mirada hacia Roy.

—Lo es. Pero en plomo.

—¿Y cómo pretendes darle el cambiazo? —preguntó Jelena atrapada en la curiosidad.

—Más adelante os lo explico. Todo a su tiempo. —Roy no quería dar demasiados detalles minuciosos por ahora, sino que le interesaba el otro asunto en el que Thomas estaba implicado.

—¿Sigues pensando en compensarla por lo que le hicieron? —preguntó Thomas mirando a Roy con un interés especial en su respuesta.

Este le devolvió una mirada fría y amenazante.

—Tú mejor que nadie sabes lo que sucedió. —Roy se lo recordó con una mirada que no dejaba lugar a dudas. ¿Estaría Thomas metido en el asunto? Roy no pudo evitar preguntárselo y más después de la charla mantenida con Fraser—. Luego, vamos a restituir el pago a Jelena, ¿no crees que se lo merece? A no ser que seas tú el que le pague lo que le deben. Eso sí, puedes hablar con tu cliente, el señor Scott, y comentarle que falta el pago de Jelena

por su trabajo en la subasta.

—¿Crees que yo puedo presentarme ante él y exigirle el dinero? — Thomas se alteró ante esa perspectiva.

—No tengo ni idea de la relación que mantienes con él. Pero tengo claro que él te llamó a ti para encargarte el trabajo.

—Sí, eso es cierto, ya lo sabéis —aclaró pasando su mirada por todos los rostros de los allí presentes.

—Pero ¿por qué Jelena? Te repito. ¿Por qué no acudiste tú a la subasta, pujaste por la matrioska y se la entregaste a los cuatro tipos de esperaban a Jelena para darle su parte?

—Consideré que podía ser una buena opción para que ganara algo de dinero —le dijo mientras encogía sus hombros y la miraba.

—No necesito dinero. ¿Qué sabes de los cuatro tipos que me esperaban? —Jelena entrecerró los ojos y lanzó una dura y fría mirada a Thomas a la espera de que este se aclarara.

—No sabía que iban a actuar así.

—¿Quién te pasó el contacto?

Thomas miró a Roy y suspiró.

—Roger Scott.

Roy se quedó callado mientras meditaba sobre cómo se había desarrollado todo. Roger Scott había contactado con Thomas, y este con Jelena. Si Roy pensaba en que ella y Roger habían tenido sus más y sus menos hacía tiempo, todo encajaba. Todo había sido orquestado para acabar con Jelena. Pero la cosa se había torcido. En vez de acabar con ella, la dejaron semiconsciente y se largaron con la pieza. Tal vez pensaron que habían acabado con ella. Luego uno de ellos quitó de en medio a los otros tres. Roger tenía su matrioska, y seguramente creía que Jelena estaba muerta, ¿por qué ordenaría su muerte enviando a aquellos cuatro tipos? ¿Por un huevo de Fabergé?

—Bien, luego el cerebro de la trama ha sido él —murmuró Roy con la mirada perdida en el suelo.

—Si no necesitas más... —Thomas se levantó de la silla con intención de marcharse, ante la atenta mirada de todos.

—Por ahora no hay más que comentar. Volveremos a reunirnos dentro de poco.

Thomas fue el primero en largarse de la habitación y posteriormente del piso de Roy. A este no le había gustado nada su comportamiento y cada vez estaba más convencido de que él estaba metido en todo aquel lío.

—Seldom, gracias por todo. Por cierto, tienes la otra, ¿no?

—Sí, no te preocupes. He seguido tus indicaciones.

—¿Qué opinas de Thomas? —McCallum fue el primero en abordar el tema que parecía haber dejado a todos algo tocados.

—Oculta algo —respondió Denisse sin esperar a que Roy o Jelena lo dijeran.

Roy levantó su mirada hacia la pelirroja de ojos claros y tez pálida. La contempló en silencio durante unos segundos mientras esbozaba una tímida sonrisa.

—¿También lo crees?

—Conoce a Roger Scott, el cual le pide que le eche una mano en el asunto de la matrioska. Por lo que he escuchado y deducido, Thomas pensó en Jelena para que se vengaran de ella. No hay otra explicación. Pero ¿quién planeó dicha venganza? ¿Roger Scott o Thomas?

Todos miraron a Denisse con expectación. Había algo en sus palabras que no les desagradaba del todo. No habían querido pensar en su colega como en un traidor, pero...

—¿Crees que Thomas se ha vendido?

—No sé si se ha vendido o no, pero hay algo turbio en esto relacionado con ella. No me trago sus explicaciones. Creo que Roger conoce a Jelena y que...

—Le robé un huevo de Fabergé —la interrumpió, dejando a Denisse y a McCallum sin habla por un momento—. Es por esto por lo que ha querido

meterme en este asunto.

—Para saldar cuentas —asintió McCallum—. Pero si tantas ganas tenía de quitarte de en medio, ¿por qué no acabaste como los tres otros tipos?

—Tal vez pensaron que no saldría viva después de la paliza. No lo sé, chicos.

—¿Y Thomas?

—O bien está metido en ello, o Roger Scott lo ha utilizado para llegar hasta Jelena —apuntó Denisse con total claridad y convicción mientras fruncía los labios y asentía.

—En ese caso, haríamos bien en tenerlo cerca para vigilarlo y ver qué hace —sugirió Jelena mientras lanzaba una mirada a Roy en busca de su aprobación.

—Sí, creo que es buena idea. No conviene fiarnos de él. Es cierto que hay algo que sabe y no cuenta. —Roy permaneció pensativo mientras fruncía el ceño y agitaba un dedo delante de los demás para remarcar sus pensamientos.

—En otro orden de cosas, Seldom tiene otra matrioska preparada —comenzó diciendo mientras los demás abrían los ojos como platos—. Ahora lo vais a entender. No quería dar demasiados detalles con Thomas delante, por lo que hemos comentado. Otra cosa, en estos días previos, haremos circular la noticia de que Denisse y yo poseemos un juego de matrioskas igual que la que posee él.

—Eso llamará su atención sin duda —señaló Denisse.

—Por eso quieres la otra —apuntó McCallum con gesto de sorpresa.

—Quiero que me ofrezca dinero por nuestro juego.

—¿Piensas vendérselas? —preguntó Denisse mientras no comprendía el juego de Roy.

—Cambiarle una y venderle la otra. Pediremos que nos deje verla, examinarla y demás. Mi intención es tener las tres matrioskas en la misma mesa. De tal manera que, llegado el momento, él no sepa cuál de las tres es la auténtica.

—¡Pretendes jugar con él a los trileros! —exclamó Jelena mientras ahogaba sus carcajadas mientras Denisse y McCallum no podían dar crédito.

—¿Cómo le darás el cambiazo?

—Con una distracción —respondió mirando a Jelena—. Cuando te vea aparecer, su atención quedará apartada de las matrioskas. Se preguntará qué haces allí, y será durante esa confusión cuando tú harás el cambio, Denisse. Y cuando Roger se marche, se llevará dos falsificaciones.

Todos en la habitación permanecieron en silencio mientras daban vueltas a la escena que Roy planteaba. Tenía su lógica y parecía ser un plan ingenioso y nada difícil de llevar a cabo.

—¿Y Scotland Yard? —Denisse se aventuró a preguntar por estos.

—No creo que nos molesten. Además, después de todo, no vamos a robarla. Vamos a darle un cambiazo y a venderle la otra falsificación.

—¿Y si quiere las dos? —McCallum entornó la mirada hacia Roy a la espera de su nuevo truco.

—Solo será una. No te preocupes.

—Pareces muy seguro.

—Saldrá bien. Lo importante es estar preparados para cuando el momento llegue. McCallum, haz circular la noticia de la existencia de otras dos matrioskas. He pensado que la invitación a la fiesta de Roger Scott nos la hará llegar él. En cuanto a esta, Denisse y yo acudiremos en calidad de coleccionistas. —Jelena abrió los ojos al máximo en señal de desconcierto. Aquel gesto no pasó desapercibido para Roy, quien se apresuró a explicarle el motivo—. Si apareces en la fiesta y Roger te ve y te reconoce, no dudes que intentará acabar contigo allí mismo. No. Es mejor que permanezcas en la sombra por ahora, junto a McCallum. Seréis el equipo de apoyo por si las cosas se tuercen.

—Entiendo —asintió ella algo dolida por no poder acompañar a Roy, pero en cierto modo satisfecha con la explicación de él.

—Por lo demás, solo queda esperar a que las cosas se pongan en marcha

—concluyó mirando a todos.

—Estaremos en contacto —le aseguró Seldom estrechando su mano con la de Roy antes de despedirse de los demás y salir de la habitación.

—Te acompaño —le dijo Roy mientras le comentaba algunos detalles en voz baja.

—¿Qué opinas? —Denisse miró a Jelena, intrigada por el significado de su gesto. Jelena tenía el ceño fruncido y la mirada fija en el vacío—. Al fin y al cabo, tú eres la mejor ladrona de Europa

Jelena sonrió de manera tímida cuando escuchó a Denisse calificarla como tal.

—Es factible si todos sabemos qué hacer en todo momento. Todas las operaciones deben estar sincronizadas y que no haya despistes.

—Creo que se puede hacer —asintió McCallum convencido—. Después de lo de Glasgow...

—Espero que no pasemos por lo mismo —murmuró Jelena, nerviosa con los recuerdos de aquel día.

—Bien, nosotros también deberíamos irnos. Hay que mover la noticia de la aparición de dos matrioskas más en las Redes Sociales y en los periódicos —apuntó McCallum con los ojos abiertos como platos.

—Sí, conviene empezar a moverlo antes de que llegue el día de la puesta de largo de la de Roger. Nos vemos, Jelena —dijo Denisse mientras ella y McCallum caminaban hacia la puerta y se despedían de Roy, con quien intercambiaron unas últimas palabras.

Roy se detuvo en el umbral de la puerta del salón mientras contemplaba en silencio y con expectación a Jelena. Ella permanecía sentada en el sofá del salón con el claro gesto de preocupación en su rostro. Roy entendía que ella pudiera tener serias dudas acerca de lo que había expuesto ante los demás. Pero estaba seguro de que saldría bien y de que al final conseguirían quedarse con la matrioska original y un buen puñado de dinero para compensarla.

—¿Cómo te encuentras? No te he vuelto a preguntar por tus contusiones.

—Se acercó hasta ella y se sentó a su lado.

—Bastante bien, ¿no crees? Tú has visto mi cuerpo desnudo, lo has recorrido con tus manos, luego creo que tú mejor que nadie puedes responderte a esa pregunta.

Roy asintió sin decir nada. Se limitó a bajar la mirada. Luego se levantó y se dirigió a la cocina mientras Jelena lo seguía con la mirada. Al volver, Roy llevaba una par de cerveza en las manos. Le tendió uno a Jelena.

—¿Puedo?

—Estás perfecta —le confesó mientras Jelena sonreía al tiempo que cogía la botella de cerveza y la abría—. Por los viejos tiempos.

Roy entrechocó la suya con la de Jelena mientras la miraba con determinación a los ojos en busca de su asentimiento ante esa invitación.

—Por los viejos tiempos.

Jelena asintió, sonrió y dio un trago largo a la cerveza. Luego se quedó mirando a Roy y preguntándose si aquellos días lograrían regresar cuando todo lo de la matrioska hubiera terminado.

—¿Qué opinas? —Roy se mostró serio a la hora de hacerle la pregunta. Quería su verdadera opinión—. ¿Es factible?

—Sí, si jugamos bien nuestras cartas. Si consigo distraer lo suficiente a Roger, Denisse puede cambiar la matrioska en un momento. Pero ¿y si nos relaciona?

—No lo hará. —Roy se mostró tajante—. Haremos la reunión en un hotel. En un salón.

—Pero ¿sería algo privado?

—No importa. Puedes equivocarte al entrar. Bastará con que te asomes y él te vea. Del resto nos encargaremos los demás.

—¿Y después?

—Márchate. O bien podemos montar jaleo y llevarnos las muñecas. Eso es lo de menos. No me preocupa.

—En serio, Roy, ¿hay algo que te preocupe? —Jelena entornó la mirada

hacia él en busca de una respuesta clara y sencilla a lo que sucedía entre ellos.

Roy dejó la cerveza sobre la mesita baja del salón. Se recostó sobre el mullido sofá y apoyó un brazo en el respaldo para que la mano acunara su rostro mientras la contemplaba.

—Solo hay algo que me preocupa, Jelena.

—¿Qué es?

—Si seré capaz de compensarte por el tiempo que te he hecho perder. — Roy se acercó más hasta que se inclinó sobre el rostro de ella y rozó sus labios de manera tímida en un principio.

Jelena dejó escapar un leve suspiro mientras aceptaba el beso de Roy. Cerró los ojos y lo atrajo hacia ella para agonizar en su boca, para sofocar la necesidad de sentirlo y de tenerlo a su lado.

Roy siguió besándola hasta que el deseo fue arrasando con la timidez del principio y se llevó consigo cualquier dolor del pasado. Roy se prometió que en esta ocasión no iba a dejarla marchar bajo ninguna condición.

Jelena sintió el calor entre sus muslos, su respiración agitada y las manos de Roy recorriendo, palpando y buscando con ansiedad su piel para recorrerla una vez más hasta que perdiera la noción del tiempo. La recostó sobre el sofá y se perdió junto a ella en la maraña de emociones que los sacudían en ese momento.

La noticia de que unos coleccionistas de arte poseían un juego de matrioskas de oro saltó a la primera página de la sección local. El impacto sacudió las redes sociales elevando el número de visitas. McCallum había hecho su trabajo, y ahora Roger Scott no era ajeno a este. Se quedó con la mirada fija en la noticia mientras resoplaba sin dar crédito. ¿Otras dos? Creía que solo existía una. La que había salido de Rusia durante la Revolución y de manera ilegal. Debería ponerse en contacto con aquella pareja para llegar a un acuerdo y obtenerlas. Ya que estaba seguro de que se atenderían a negociar con él un precio razonable. Y para hacerlo, lo primero era conseguir que acudieran aquella noche a su casa, luego vendría el tema de los negocios.

Danielle caminaba por su casa sin rumbo fijo mientras su mente permanecía ocupada. Su compañero para acudir a la exposición de la matrioska no podía ir con ella. Tenía que atender un encargo del jefe de Scotland Yard esa misma tarde y a esa misma hora. ¿Casualidad? ¿Jugarreta del destino? Danielle resopló mientras algunos mechones de su improvisado recogido flotaban delante de sus ojos y sentía la rabia apoderarse de todo su ser. Se detuvo de repente frente al espejo de su habitación. Apoyó sus manos en la cómoda, frunció los labios y entrecerró los ojos contemplando su propia imagen. Se mordió el labio mientras en su cabecita se deslizaba una palabra, o mejor sería decir, un nombre.

—No —se dijo de manera alta y clara al tiempo que sacudía la cabeza. Pero debía reconocer que ahora mismo era la única posibilidad que le quedaba, aunque a ella no le hiciera ni pizca de gracia. Pero si no lo hacían, perderían una gran oportunidad para avanzar en la investigación. Resopló

mientras buscaba teléfono para efectuar la llamada que una parte de ella *no* quería hacer.

El sonido de su móvil lo sorprendió en la taberna mientras disfrutaba de una pinta, la compañía de algunos amigos y del partido en la televisión. Pero más todavía ver el nombre de su compañera en la pantalla. ¿Qué sucedía?

—¿Qué sucede?

—*Stevenson me ha dejado tirada.* —Había un toque de mal humor en la voz de ella.

Por unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Fraser resopló. Se pasó la mano por la frente y sintió que su cuerpo se tensaba al pensar en Danielle y en que ahora mismo intuía lo que iba a pedirle, ¿o tal vez su orgullo no se lo permitiera?

—Bien, y ¿cómo ves ir tú sola a lo de la matrioska? —Fraser le hizo la pregunta de manera casual, sin esperar nada a cambio. Ni mucho menos que ella le pidiera que la acompañara. No había nada que él no deseara más en ese momento, pero era consciente de que si lo hacía, querría terminar la noche con ella. No podría resistirse. Por ese motivo quería que fuera Danielle la que le sugiriera que la acompañara. Si lo hacía él, al momento ella pensaría que se debía a su interés en ella. Y así era.

—¿No lo estarás diciendo en serio?

Fraser sonrió como un cínico al escucharla decirlo.

—Dame diez minutos y te recojo en tu casa. ¿Te viene mejor esa opción?

—*Creo que no hay otra.*

—Lo dicho, diez minutos.

Fraser escuchó sus palabras en un susurro antes de quedarse con la mirada fija en el móvil. Asintió mientras lo devolvía al bolsillo interior de su chaqueta y apuró un último trago de cerveza.

—Chicos, lo siento, pero el deber me llama —anunció a los allí reunidos—. Ya me diréis si el Celtic gana.

—¿Cómo que te vas? Dijiste que tenías la noche libre...

—Eso creía yo, Trevor, pero... Ha surgido un imprevisto y me han llamado. Nos vemos.

Fraser no sentía lo más mínimo tener que marcharse y dejar el partido del Celtic de Glasgow a medias. Pero el trabajo era el trabajo y si, además, este incluía a Danielle...

Danielle se quedó quieta durante unos minutos en los que se contemplaba en el espejo del armario. «¿Debería cambiarme de vestido? ¿Por qué? ¿Qué diferencia existe en ir con Stevenson a ir con Fraser?», se preguntaba mientras se mordía el labio con gesto de incertidumbre. ¿Acaso pensaba en algo más atrevido y sexy por ir con Fraser? Vamos, ¿a quién demonios quería engañar? Fraser le atraía como pareja, aunque ella no estuviera dispuesta a aceptarlo. Y ahora se debatía entre si debía ir vestida de una manera informal y recatada, o bien sorprenderlo y hacer que él no le quitara ojo en toda la noche. Algo que, por otra parte, ella estaba segura de que él iba a hacer por los motivos que ambos conocían.

Fraser se dio prisa en llegar. Pero no pudo dejar de pensar en ella y en las posibilidades que se abrían esa noche. Debería contenerse y que esas emociones no le nublaran la mente una vez que estuvieran en la exhibición de la matrioska. Había una investigación en curso.

Se detuvo delante del portal mientras cogía aire y pulsaba el timbre. Esperó unos breves momentos hasta que la puerta se abrió y él pudo penetrar en el interior. Fraser trataba de controlar sus nervios, su inusitada ansiedad por ver a su compañera. Sonrió porque se daba cuenta de que se estaba comportando como un chiquillo. Pero debía admitir que sentía unas ganas enormes de verla.

Cuando llegó a la puerta, se la encontró abierta. Sin duda que ella lo esperaba, pero debía reconocer que esa confianza por parte de ella lo había desconcertado. La empujó y entró en el recibidor. La cerró a su espalda y, al momento, el rostro de ella surgió del interior de su habitación. Fraser sintió un leve golpe en el estómago al ver que se había recogido el pelo salvo por

algunos mechones que escapaban en clara señal de rebeldía.

—¿Por qué has dejado la puerta abierta? Podría tratarse de alguien que...

—Sabía que eras tú —le dijo la voz de Danielle regresando a su habitación para terminar de arreglarse—. Además, tengo el arma a mano. Si hubieras sido un ladrón, a estas horas habrías salido corriendo escaleras abajo.

Fraser frunció sus labios y asintió porque tal vez ella tuviera razón. Se limitó a echar un vistazo a las revistas esparcidas por la mesa mientras esperaba.

—Siento que tengas que acompañarme. Era tu noche libre.

Fraser levantó la vista de las revistas para fijarla en la aparición que acababa de tener. Deslizó el nudo que acababa de formarse en su garganta al verla con aquel vestido oscuro que resaltaba toda su figura de una manera increíble. Si con pantalones, Danielle le parecía atractiva y elegante, con vestido y zapatos de tacón estaba espectacular.

—Yo no.

—¿Cómo dices?

—Ahora mismo no siento tener que acompañarte, la verdad. —Fraser se había quedado sin aliento y sin capacidad de reacción, ya que nadie le había advertido de lo que iba a encontrarse. Pero él creía que, aunque lo hubiera hecho, no le haría justicia a cualquier imagen que pudiera haber proyectado en su mente.

Danielle sintió el golpe de calidez de aquellas palabras. Sin duda que aquella noche iba a ser... diferente, pero no a lo que ella había pensado después de haber terminado de hablar con él por teléfono. Danielle sabía que Fraser iba a estar más pendiente de ella que de lo que sucediera en la muestra.

—No iremos armados...

—No, no. Claro. —Se apresuró a corroborar Fraser mientras trataba de dominar la situación por todos los medios.

—Stevenson tuvo que atender una llamada del comisario. —Danielle trataba de parecer tranquila y creía que la mejor manera de hacerlo era

precisamente hablar de lo sucedido—. Sé que no te apetecía ir y que me dijiste que a ti las reuniones de este tipo te aburren.

—Ya, bueno, pero es trabajo y... —Fraser procuraba no quedarse mirándola como si nunca antes la hubiera visto. Y en cierto modo así era, ya que nunca había visto a Danielle con un vestido y zapatos de tacón que estilizaban sus piernas—, tenemos que ir a ver qué sacamos en claro.

—Supongo que has leído el periódico.

—Si te refieres a la noticia relacionada con Roger y la matrioska, sí. Estoy al tanto de que hay una pareja que dice poseer otras dos muñecas idénticas.

—¿Crees que aparecerán esta noche?

—Si lo hacen, imagino que tratarán con Roger de una manera discreta. Si te das cuenta, no hay fotografías de dicha pareja.

—Solo dan un apellido, McBride. Puede ser cualquiera, lo que no comprendo es por qué ahora. Justo cuando Roger va a presentar su matrioska en sociedad.

—Debemos estar alerta ante cualquier actuación sospechosa. ¿Nos vamos?

Danielle sintió la mirada de él acariciándola y provocando al mismo tiempo una ola de calor que la sobrecogió sin poder remediarlo. Si la noche empezaba con esas sensaciones, ella no quería conocer la manera en la que acabaría. Se marchó en busca de una chaqueta a juego con el color del vestido mientras Fraser resoplaba una vez más y se pasaba la mano por el rostro.

—¿Cómo coño pretende que me centre esta noche?!

Danielle se detuvo de golpe al escuchar a Fraser hablar solo. Primero pensó que lo hacía por el móvil, pero cuando lo vio con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, no le quedó duda alguna de que lo hacía con él mismo. Y lo que hablaba tenía que ver con ella. Danielle sonrió al descubrirlo. ¿Y si en verdad Fraser pretendiera tener algo con ella más allá de la cama? Lo cierto es que él no era de fiar por lo que le habían contado sus compañeras en la comisaría, pero... Ella prefería vivirlo.

—Cuando quieras.

La voz de Danielle lo devolvió a la realidad que no era otra que *ella* y sus intentos por no acercarse y besarla.

—Tendremos que estar atentos a la gente que aparece —comentó mientras caminaba hacia la puerta con el ceño fruncido y la mirada en el suelo mientras Danielle iba a su lado—. No descartemos que Roy o alguno de sus amigos aparezca esta noche. —Fraser se había vuelto de manera repentina hacia ella, sin que ella lo esperase.

Por un momento, sus miradas se encontraron para mirarse de manera fija y expectante, tal vez interrogante también. Danielle sintió que el aire le faltaba ante la proximidad de él, entreabrió sus labios para tomar una bocanada de aire mientras percibía el deseo de él por besarla. Se había quedado observando sus labios, que ahora ella se humedecía de manera lenta y casi imperceptible.

Fraser experimentó el latigazo del deseo, pero recordó la conversación mantenida en los jardines de Princes Street hacía algunos días. El deseo de Danielle por mantener una relación estrictamente profesional y dejar a un lado sus escauceos sexuales. Fraser se volvió y abrió la puerta para salir a la calle, con la mente revuelta en contradicciones. No se volvió para verla cerrar detrás suyo y llamar al ascensor.

—¿Por qué piensas que Roy o Jelena pueden presentarse esta noche? O los dos, ya puestos... No creo que ella lo haga si tiene algo que ver con Roger.

Fraser permanecía perdido en sus pensamientos. El perfume tan característico de ella lo atrapó. Procuró mantenerse algo alejado de Danielle, pero era complicado en tan reducido espacio. Mantuvo la mirada fija en el suelo. Centrarla en su compañera o en su provocativo escote le resultaría algo descarado y violento en cierto modo.

Danielle contuvo la respiración durante el corto trayecto que supuso llegar a la planta baja. Fraser la dejó salir y, aunque no quiso hacerlo, no pudo evitar fijarse en el trasero de Danielle.

—¿Tienes el coche a mano?

—Sí, pero conduces tú —le dijo Danielle lanzándole la llave—. No me gusta hacerlo cuando llevo tacón —le aclaró con una sonrisa mientras le guiñaba el ojo y aguardaba a que él dijera algo, pero no lo hizo. Se limitó a asentir, y caminaron hacia el coche de Danielle. «Es mejor no decir nada porque todo está dicho por ahora», pensó Fraser mientras subía al coche, arrancaba y salían de allí con la incertidumbre de saber qué sorpresas le depararía la noche.

Roy y Denisse terminaban de arreglarse bajo la atenta mirada de Jelena, McCallum y Thomas, quien había aparecido para saber cómo iban las cosas.

—Esta noche será una toma de contacto —comenzó diciendo Roy—. No vamos a hacer nada del otro mundo. Veremos la matrioska, tomaremos algo y charlaremos con los invitados. Y veremos qué sucede con Roger.

—¿Por qué no vas? —La pregunta de Thomas a Jelena envolvió la habitación en la que se encontraban todos con una especie de bruma silenciosa. Jelena le devolvió la mirada sin comprender su pregunta. ¿Acaso no sabía lo que había sucedido con el tal Roger?

—No es conveniente —le respondió de manera fría y algo seca mientras desviaba la atención de él.

—Bueno, al fin y al cabo, conseguiste la matrioska para él —aclaró Thomas encogiendo sus hombros sin darle importancia a lo sucedido—. A lo mejor es un buen momento para decirle que te pague.

—Tal vez deberías hacerlo tú —le dijo Roy captando la atención de Thomas y su mirada de extrañeza por ese comentario—. Al fin y al cabo, tú eres el intermediario. Y de paso preguntarle qué salió mal.

—Estoy invitado. No te lo discuto.

—¿Piensas acudir? —Jelena arqueó una ceja con suspicacia ante aquella afirmación por parte de él.

—¿Por qué no? —le aclaró con total naturalidad—. Y hablando de la recepción, he de irme a arreglar. Nos veremos esta noche —dijo a modo de despedida.

—Sí, pero tú procura esclarecer lo sucedido con Jelena y los cuatro tipos que la estaban esperando. Y no olvides que tres están en el depósito. —Roy elevó las cejas y abrió los ojos al máximo para dejarle clara la situación en la que estaban.

—Soy consciente de ello. Nos vemos.

Cuando Thomas se marchó, el silencio volvió a hacer acto de presencia en el salón de la casa de Roy. Todos intercambiaron sus respectivas miradas hasta que Denisse lo soltó y los demás se quedaron mirándola como si acabara de insultarlos.

—No me gusta Thomas.

—¿Desde cuándo sospechas de él? —Roy fue el primero en romper el hielo.

—No me trago la historia que cuenta. Pienso que está al tanto de todo y que el tal Roger se lo encargó. Creo que deberíamos joderlos, pero bien —apuntó con un tono que dejaba clara su postura en aquello—. Le birlamos la muñequita, le devolvemos con intereses lo que le dio a Jelena y nos largamos de aquí.

—Tal y como lo cuentas parece sencillo —señaló McCallum que hasta ahora no había abierto la boca.

—No vamos a dejarnos llevar por la rabia —apuntó Roy llamando la atención de los demás—. Si Thomas está pringado, lo pillaremos. Pero debemos ser fríos, metódicos y calculadores para que todo salga como hemos previsto. ¿De acuerdo? Y no olvidéis que Scotland Yard nos vigila ahora que saben que Jelena está aquí —dijo lanzando una mirada a ella.

—Pero te pidió colaborar con ellos para averiguar quién eliminó a los tres que se quedaron con la matrioska —le recordó Jelena mientras miraba a Roy con el ceño fruncido.

—Sí, ya lo sé. Pero por ese motivo debemos ser precavidos. No quiero que

Fraser pueda pensar que vamos a quedarnos con la matrioska verdadera. Y ahora sería mejor que nos fuéramos —anunció mirando a Denisse, que parecía estar dispuesta a ello.

—La verdad, no sé a qué coño tengo que ir tan elegante —les dijo mientras bajaba su mirada hacia el escote de su vestido y a la abertura que tenía en un lateral—. Además, con cada paso que doy enseño más de lo que debería.

McCallum entornó la mirada hacia ella con toda intención de comprobar la afirmación de Denisse.

—¿Qué coño haces asomándote? —le preguntó con una mezcla de sorpresa y rabia.

—Comprobar lo que dices.

Denisse puso los ojos en blanco y se centró en colocarse el vestido.

—Es una recepción donde acudirán importantes personalidades, Denisse. No puedes presentarte con los vaqueros y una americana —le recordó Jelena mirando a su amiga—. Además, estoy segura de que serás la sensación de la velada.

—No tengo ni el más mínimo interés en serlo. Puedes estar tranquila.

—McCallum y tú quedaros aquí. Si os necesitáramos por algún motivo, os llamaremos —les recordó Roy pasando su mirada de uno a otro hasta quedarse en Jelena. Se acercó hasta ella y la besó de manera rápida, cariñosa, que la pilló desprevenida.

Lo contempló durante unos segundos sintiendo cierta punzada de rabia por no ser ella la que lo acompañara. Elegante y seductor con su traje oscuro. Jelena sonrió de manera tímida. Nunca antes lo había visto así, y sin duda que aquel sentimiento que recorría todo su cuerpo en ese instante no tenía nada que ver con la atracción sexual que había entre ambos, sino más bien con algo más íntimo y personal.

Roy y Denisse se marcharon camino de la casa de Roger.

—¿Lista? —Roy lanzó una mirada a su compañera para saber que todo

estaba bien.

—Adelante. Que empiece el juego —le dijo con una sonrisa enigmática y divertida.

Fraser y Danielle se presentaron en la casa de Roger con la intención de pasar una velada provechosa para sus intereses particulares. Claro que si Fraser pensaba en su compañía de esa noche, entonces no sabría decir qué significado podría darle a aprovechar la velada. Intentar averiguar quién estaba involucrado en el asesinato de los tres tipos que había en la morgue, o bien hacerle comprender a Danielle que así no podían seguir.

—Buenas noches, inspectores —la sonora voz del propio Roger acudió al rescate de Fraser, que había comenzado a darle vueltas al tema que últimamente le quitaba horas de sueño y concentración.

Roger Scott apareció sonriente delante de ambos. Tomó la mano de Danielle en la suya propia para estrecharla con delicadeza mientras la miraba a los ojos de manera enigmática. Luego hizo lo mismo con Fraser.

—Celebro que hayan venido. ¿Han avanzado algo más en sus investigaciones con respecto al misterioso hombre que buscan?

—No ha recordado nada que pueda ayudarnos —le refrescó Fraser en un intento porque Roger Scott tuviera un lapsus mental y se lo confesara.

—Ya les dije el otro día que todo ese tema lo llevaba Thomas Eldridge. Tal vez venga esta noche y puedan preguntarle a él. Mientras tanto, disfruten de la velada. La presentación de la pieza se hará dentro de media hora —les recordó echando un vistazo rápido a su reloj.

Fraser asintió mientras lo observaba desaparecer entre un bosque de personas. Saludaba a unos, sonreía a otros, conversaba de manera amistosa y distendida con casi todos... Fraser se volvió por el salón vigilando a todos los que allí estaban. Personalidades del mundo del arte, de las finanzas, la política y demás. De repente, su mirada se detuvo en Danielle y algo le indicó que no la apartara. Que se quedara allí el resto de la noche. Hechizado por la

mirada de curiosidad que ella le devolvía en ese instante.

—¿Sucede algo? —Danielle logró modular el tono de su voz para no aparentar estar nerviosa a ojos de Fraser. Pero lo cierto era que la manera en la que la contemplaba en ese instante él le provocaba una serie de incesantes convulsiones.

—Nada. Solo estaba pensando.

«¿Y por ese motivo me mirabas así?», se preguntó Danielle mientras fijaba su atención en el resto de la gente.

—¿Crees que Thomas aparecerá esta noche? —La pregunta de ella era de lo más normal, en su intento por distraerse de las miradas que Fraser le lanzaba y que en nada tenían que ver con el compañerismo que compartían desde hacía años, sino más bien con su deseo por verla sin el vestido.

—Si lo hace, estaremos aquí para charlar con él, ¿no crees? —Fraser sonrió al mismo tiempo que se acercaba más a ella y levantaba ambos brazos como si fuera a rodearla por el cuello.

Danielle contuvo la respiración ante ese gesto y aguardó el desenlace. Sintió el corazón latir desenfrenado ante la proximidad de Fraser y su mirada siguió cada uno de sus movimientos.

Fraser se quedó estático durante unos segundos en los que pensó que el tiempo acababa de detenerse en aquel salón. Se demoró más de la cuenta en el rostro de Danielle y en sus mejillas encendidas. En sus brillantes ojos, en sus labios entreabiertos por los que ella dejó escapar un suspiro revelador, en el perfume que siempre lo acompañaba al regresar a su solitaria casa al terminar la jornada. Fraser sonrió burlón mientras en su cabeza revoloteaban mil y una ideas alocadas con aquella mujer.

Danielle se temió lo peor, que él la besaría. Allí. Delante de todos. Entrecerró los ojos en una clara señal de advertencia para que no se le ocurriera semejante estupidez. Por suerte para ella, todo quedó en un par de copas de champán que Fraser tenía en sus manos.

—Ten. —Fraser le tendió una copa mientras ella parecía seguir sin reaccionar debido a la escena vivida—. No estamos de servicio, vamos.

—No sé si hacerte caso —le rebatió mientras elevaba su ceja con suspicacia.

—No pienses que voy a emborracharte.

—Ni me lo imagino.

—Te prefiero sobria cuando se trata de ti y de mí. —Fraser se inclinó sobre ella para susurrarle, sabiendo que provocaría una inesperada rebelión de sensaciones encontradas en su interior. Fraser sonrió y levantó la mirada para centrarse en la pareja que acababa de llegar. Puso los ojos como platos y murmuró—. ¡Joder!

Danielle frunció el ceño mientras lo contemplaba quedarse sin habla.

—¿Qué sucede? —Danielle se acercó más a él sin temor a nada de lo que pudiera sucederle esa noche. Era más que consciente de que no podía rechazar lo evidente. Y lo evidente era él. Fraser. Su compañero. Bueno, después de todo, ya se habían quitado la ropa, que era el paso más complicado.

—Roy acaba de llegar.

—¿Roy? —Danielle repitió el nombre sin poder creer que fuera cierto. Volvió su mirada en dirección hacia la entrada y allí lo reconoció—. No viene con Jelena.

—Sí, ya veo. Imagino que no era buena idea hacerlo. No olvides que nuestro anfitrión podría reconocerla y entonces... —Fraser abrió los ojos hasta su máxima expresión mientras se volvía hacia Danielle.

—¿Crees que Roger la conoce? Se supone que Thomas hizo de intermediario.

—Lo sé, lo sé. Pero por seguridad ella no ha venido. No sabemos si entre toda esta gente hay alguien dispuesto a matar.

—¿Insinúas que nuestro cuarto hombre podría estar aquí? —Danielle elevó sus cejas hasta formar un arco de clara expectación.

—Eso y más.

Roy entró en el salón junto a Denisse. Nada más hacerlo, Roger fue

requerido en la entrada.

—Roy McBride —le dijo tendiendo la mano al frente para que Roger se la estrechara.

Cuando este escuchó el apellido, sus ojos se abrieron hasta el máximo posible.

—¿Ustedes son los que poseen el juego de matrioskas?

—En efecto.

—Me gustaría tener una conversación en privado con ustedes si son tan amables de acompañarme —les dijo mientras los conducía a un lugar apartado de la casa.

Roy y Denisse intercambiaron una mirada bastante reveladora de lo que aquello suponía. Roger acababa de entrar en el juego.

—¿Qué coño hace él aquí? —La pregunta de Fraser quedó sin respuesta por parte de Danielle, ya que ni ella misma esperaba verlo esa noche—. Espero que no se le haya pasado por la cabeza apoderarse de la matrioska.

—¿Y Jelena? No podemos olvidarnos de ella.

—No, claro que no. Tendremos una charla con Roy.

—Lo vi marcharse con Roger —apuntó Danielle mientras señalaba la puerta con un dedo.

Fraser frunció el ceño. Estaba confundido a más no poder. ¿Qué estaba haciendo Roy? Le había pedido que si averiguaba algo, se lo comunicara, pero no creyó que se le pasara por la cabeza meterse en la guarida del león.

Roy y Denisse permanecían sentados frente a Roger Scott en su despacho. Este los contemplaba con inusitada expectación ya que tenía certeza de que aparecerían para contemplar su pieza, y por qué no para intentar tal vez vender las dos suyas.

—Bien, señores McBride, me complace tenerlos esta noche en mi casa con motivo de la exhibición de mi pieza. Díganme, ¿dónde han conseguido las otras dos? Desconocía que hubiera más como la que yo he adquirido

recientemente.

Roy sonrió por dentro al escuchar el comentario de Roger. Él solo iba a meterse en la trama. Él solo.

—Las conseguimos cuando terminó la Revolución, ya sabe. Muchas obras de arte cayeron en malas manos. Desconocíamos que existieran tres muñecas. Nosotros conseguimos dos, pero escuchamos hablar de una tercera, que ahora tiene usted.

—Sí, en efecto.

—Dimos con ella por casualidad. En uno de nuestros viajes por el este de Europa. Pero creo que la procedencia no es el tema principal ahora mismo, ¿no?

—No, creo que no. ¿Qué piensan hacer con ellas? ¿Quedárselas o tal vez están dispuestos a desprenderse de ellas mediante un acuerdo? —la pregunta, o más bien el tono que empleó Roger para hacerla, levantó las sospechas de Roy y Denisse. Sin duda que él era el más interesado en hacerse con ellas. Y que no perdía el tiempo. Acababa de dejarles bien claro que quería las matrioskas que ellos poseían.

—Bueno, la verdad es que no pretendíamos desprendernos de las dos, al menos queríamos tener una de recuerdo —le confesó Denisse mostrando una sonrisa enigmática mientras cruzaba una pierna sobre la otra para que la tela del vestido revelara más de lo permitido y captara la atención de Roger.

«Bien, ya te tengo», pensó Roy al ver la mirada lasciva de él sobre Denisse.

—¿Piensas acaso vender alguna? Estaría interesado en conocer su precio y las condiciones. Claro que primero debería asegurarme de que son auténticas. Hoy en día, como sabrán, son muchos los que pretenden hacer pasar por tales, las más diversas falsificaciones.

—Por supuesto. Contamos con un certificado de autenticidad expedido por un tasador. No obstante, si lo desea, usted mismo puede comprobarlas y decidir —apuntó Roy mostrándose todo lo convincente que podía.

—Entiendo, entiendo. Pero si poseen un documento que acredite su

autenticidad... junto con su palabra... No tengo motivos en principio para desconfiar. ¿Podría verlas?

Roy percibió el grado de ansiedad de él por hacerlo.

—No habría ningún inconveniente.

—Están de paso en Edimburgo según he leído en la prensa.

—Sí, es cierto. Nos hospedamos en un hotel.

—Mañana mismo podría pasarme por este para contemplarlas —se apresuró a decir Roger, nervioso porque la oportunidad de conseguir otra matrioska se le escapara de las manos.

Roy y Denisse intercambiaron sus respectivas miradas y asintieron. Aquel gesto provocó la sonrisa en Roger, quien se veía más cerca de la pareja de muñecas.

—Bien, podría ser una buena oportunidad, puesto que nos marchamos pasado mañana. Le dejo la tarjeta del hotel en el que estamos. Pregunte en recepción por nosotros.

—Perfecto.

—Pediremos que nos dejen uno de los salones para poder contemplar las matrioskas. ¿Le importaría llevar la suya para inmortalizar el momento?

Roger sonrió mientras asentía. Se sentía pletórico ante esa nueva oportunidad de adquirir si no las dos piezas, al menos una de estas.

—Una vez a solas y con más calma, charlaremos de las muñecas y veremos si hay posibilidades de llegar a un acuerdo beneficioso para todos — le aseguró Roy mientras se levantaba y le tendía la mano a Roger—. Ahora, si nos disculpa, querríamos disfrutar de la velada.

—Ha sido un placer conocerlos.

—El placer es nuestro —apuntó Denisse mientras sentía la mirada de él recorriendo su cuerpo y su mano atrapando la suya sin que pareciera querer soltarla.

—En breve mostraré la matrioska. ¿Se quedan, verdad?

—Claro. No nos perderíamos tal acontecimiento. Aunque mañana

podamos verla más de cerca y con mayor atención —recordó Roy para que no se le olvidara llevarla a la cita que había concertado.

Roy y Denisse salieron del despacho de Roger con la satisfacción del deber cumplido. Sí, sin duda que acababan de lanzar el anzuelo y él se lo había tragado.

—La codicia lo puede. Esa es nuestra gran baza —le susurró Denisse con una sonrisa irónica.

—Esa... y *tú* —le recalcó Roy mirándola entre risas mientras la pelirroja ponía los ojos en blanco—. Vayamos a tomar algo y a relajarnos. Por esta noche no podemos hacer más.

Regresaron al salón donde la gente permanecía reunida, charlando a la espera de que el anfitrión mostrara la pieza. Pero no avanzaron mucho, ya que Fraser y Danielle los retuvieron.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí —exclamó el inspector mostrando su lado más irónico.

—Inspectores —saludó Roy inclinando la cabeza con cortesía.

—Déjate de cuentos, Roy. ¿Qué hacéis aquí? —Fraser paseó su mirada por el rostro de ambos.

—Ver en persona la matrioska —respondió mientras observaba a Fraser poner cara de no creérselo—. No hemos venido a llevárnosla. No somos tan ingenuos —le aseguró acercándose a él para que nadie los escuchara.

—Lo supongo. Hola, Denisse, ¿has venido tú en lugar de Jelena? —preguntó contemplándola con curiosidad.

—Así es. De ese modo, no sospechas de ella. Apuesto a que si hubiera venido, ya estarías pegado a ella por si se le ocurría llevarse la matrioska.

—¿Y vosotros? ¿Qué hacéis aquí? ¿Proteger la muñeca?

—Estamos trabajando —respondió Danielle participando en la conversación por primera vez.

—¿Pensáis que Roger os va a contar algo sobre lo sucedido? —Roy se mostró irónico.

—Hemos venido a dar una vuelta, nada más. ¿Y tú? ¿Tienes algo que contarme?

Roy sonrió.

—Busco al que ordenó la paliza a Jelena y se llevó la figurita.

—Pues ya somos tres —asintió Fraser mirando a Danielle.

—Procura encontrarlo antes que yo.

—¿A qué viene ese tono?

—Ya me entiendes. Y si lo haces tú primero, déjame cinco minutos a solas con él en una de vuestras salas con espejos. Por si quieres mirar lo que voy a hacerle —le aseguró con un tono frío y cortante, como su mirada.

—No hagas el idiota, Roy. Colaboremos, como te pedí, para pillar a ese tío. No se te ocurra tomarte la justicia por tu mano. No vuelvas a prisión.

—Lo pensaré —asintió mientras los cuatro allí reunidos sabían que no sería así.

—¿Pensáis quedaros toda la noche?

—Solo hasta que veamos la figurita. Después nos largamos. Es por curiosidad...

Fraser apretó los labios y asintió.

—Entonces te veo luego.

—Inspectores. —Roy volvió a hacer una leve inclinación de cabeza mientras sonreía y se alejaba en compañía de Denisse.

—¿Crees que sospechan algo? —le preguntó esta mientras caminaban hacia una improvisada barra para tomar algo.

—Nada. Es imposible. Jelena y yo le dejamos claro que no íbamos a robar la matrioska.

—¿Y del tipo que andáis buscando? —Denisse cogió la copa de champán y se la llevó a los labios para mojarlos.

—Ya lo has oído —le contestó mientras encogía los hombros sin darle mayor importancia—. Si es Thomas...

—Déjaselo a ella. Sabrá qué hacer. Y de Roger, ¿qué opinas?

Roy sonrió.

—Que será más sencillo de lo pensado. Lo mueve la codicia, de manera que jugaremos esa baza. Haremos que se obsesione con adquirir una de las réplicas.

—¿Y Jelena? —Denisse observó a Roy por encima de su copa.

—Hará su papel como acordamos.

—No me refiero a eso, y lo sabes. Déjate de cuentos, ¿quieres? —le dijo con un toque de mal humor porque la estuviera vacilando con ese asunto—. ¿Qué va a pasar entre vosotros cuando esto acabe?

Roy se quedó pensativo mientras miraba a Denisse y él mismo se hacía esa pregunta. Una y otra vez barajando infinidad de respuestas a cada cual más descabellada.

—Tendrá que decirlo ella. Yo... ya le he dado mi opinión y le he pedido que se quede. Pero...

—No estás seguro de que vaya a hacerlo, ¿no?

—No, no lo estoy. Ya la conoces —le dijo sabiendo cuál era el carácter de Jelena y lo que podría o no hacer. Ahora lo que me importaba era la figura y saber quién estaba detrás de todo.

Denisse asintió sin decir nada más. Miró a Roy con determinación e inspiró hondo dándole a entender que por ahora no estaba resultando nada sencillo. Conocía a su amiga y, aunque apostaba su fortuna a que seguía enamorada de Roy, también era cierto que a la Zarina le gustaba ir por libre.

El momento por el que todos estaban allí se acercaba. Roger Scott apareció en el salón junto a un par de ayudantes que empujaban un carrito sobre el que parecía ir una urna. Estaba cubierta con una tela de raso en color oscuro. Roy y Denisse intercambiaron una mirada y asintieron a la vez. El momento de ver la matrioska había llegado.

Fraser y Danielle se giraron para caminar hacia el centro. Allí ya se había congregado una pequeña multitud curiosa y expectante por contemplar de cerca la pieza.

—Vamos allá.

—Dime una cosa, ¿crees que Roy no va a intentar robarla? ¿En serio? —Danielle entornó su mirada hacia el rostro de su colega mientras lo observaba gesticular.

—Se me hace difícil no pensar en ello sabiendo la clase de persona que es Roy. Pero también es cierto que ya lo pillamos y cumplió. La pregunta aquí sería, ¿está tan enamorado de Jelena como para arriesgarse una segunda vez?

—Fraser elevó sus cejas hasta formar un arco.

—Entiendo. No estará de más tenerlo a mano, ¿no? —resumió Danielle mientras observaba a Fraser asentir.

Roger Scott se sentía el centro de atención en ese momento. Una especie de rey o de gobernante ante el cual todos sus súbditos estaban dispuestos a postrarse por contemplar la matrioska.

—Damas y caballeros, el momento que estaban esperando ha llegado. Aquí, detrás de mí, se encuentra la matrioska de oro macizo más espectacular que hayan visto. Sé que en un principio se habló de que se trataba de una mera leyenda, pero esta se ha convertido en realidad. Se dice que fue sacada de Rusia durante la Revolución y que ha pasado por diversas manos hasta llegar a las mías. No he escatimado esfuerzos ni dinero para traerla aquí y

ahora. Juzguen ustedes mismos si mis palabras se ajustan a la realidad. — Roger se volvió y, con un leve asentimiento, sus dos ayudantes retiraron con cierta pompa y espectáculo la tela que cubría la urna. Ante todos quedó expuesto el juego de cinco matrioskas de puro oro macizo que brillaban gracias al despliegue de luces que se había instalado en el interior de la urna. Roger se mostró exultante al ver las caras y los gestos de los asistentes. Una infinidad de exclamaciones, comentarios y aclamaciones inundó el salón a medida que los invitados se acercaban hasta la urna para comprobar de cerca la muñeca rusa.

—Ahora empieza lo bueno —aseguró Roy mirando a Denisse mientras los dos se acercaban a la urna bajo la atenta mirada de su dueño.

—Espero que sin duda sea de su agrado, señores McBride.

—Sin duda que lo es. Sin duda —asintió Roy mirando la muñeca de manera fija de tal manera que pareciera que estuviera memorizando sus detalles. Sin duda que merecía robarla, o mejor dicho, dar el cambiazo, pensó Roy con una leve sonrisa.

—Estoy convencido de que llegaremos a un acuerdo para tener la pareja aquí juntas.

Roy levantó la mirada de la muñeca hacia el rostro de Roger. Sin duda que estaba decidido a comprar al menos unas de las falsificaciones que ellos tenían. Bien. La cosa marchaba.

—Sin duda, sin duda.

—Espero que mañana podamos cerrar el trato.

—Sí, claro. Lo convenido antes sigue en pie —le susurró Roy mientras se acercaba más a Roger para que nadie de los que allí estaban pudieran escuchar una palabra de todo aquello. Y menos la pareja de inspectores de Scotland Yard.

—En ese caso, quedamos mañana a la hora convenida y en el lugar indicado.

Roy asintió complacido por el interés que demostraba aquel hombre. Sin duda que era codicioso. En ese instante, a Roy le asaltó la duda mientras lo

observaba de cerca y con extrema atención, ¿estaría él detrás de la paliza que le habían propinado a Jelena? Si llegaba a enterarse de que había sido él, más le valdría encontrarse fuera del país. Porque Roy estaba decidido a ir tras él y devolvérsela con intereses.

Roy y Denisse se apartaron de la pieza para que otros invitados pudieran admirarla de cerca. Mientras, Fraser y Danielle no los perdían de vista.

—¿Qué habrán estado hablando? —Danielle frunció el ceño, desconcertada por haber sido testigo de aquella pequeña conversación en voz baja.

—Ni idea. Pero puedes apostar a que Roy se trae algo entre manos. Y necesitamos saber lo más pronto posible qué es. —Fraser lanzó una mirada de complicidad a su compañera mientras avanzaban hacia la vitrina que contenía la matrioska. A primera vista, ninguno de los dos agentes estaba interesado lo más mínimo en la muñeca rusa, sino más bien en todo lo que la atenía.

—Bien, inspectores, aquí la tienen —les informó Roger Scott con una estafalaria reverencia.

Fraser y Danielle fingieron prestarle atención. Ambos estaban más interesados en controlar los movimientos de Roy y de su amiga mientras los observaban a través del cristal.

—¿No ha conseguido ponerse en contacto con su intermediario? —Fraser hizo la pregunta mientras se erguía y quedaba de frente a Roger. Estaba allí por trabajo, no para contemplar una pieza de arte de la que poco o nada entendía. De manera que fue al grano.

—No. Pero ya que tienen tanto interés, pueden preguntárselo a él. Thomas anda por aquí esta noche. Es justo que lo invitara, ya que él ha formado parte para que la muñeca esté esta noche aquí —le aseguró mientras palmeaba la tapa de la vitrina y sonreía de manera cínica.

—Sin duda que lo haremos. Solo quería saber si había recordado algo desde nuestra última charla.

—No. Mantengo lo que les comenté el otro día. Lo lamento.

—Sí, yo también. Bueno, si nos disculpa.

Fraser y Danielle se alejaron de Roger y de su muñeca para ir en busca de Thomas. Una de las piezas importantes en aquel rompecabezas. Lo encontraron disfrutando de su bebida en la improvisada barra montada para la ocasión.

Al verlos dirigirse a él, Thomas se dispuso a alejarse, pero la mano y la voz de Danielle se lo impidieron.

—Un momento, señor Eldridge.

—Eh, sí, ¿qué quieren?

—Scotland Yard —anunció Danielle enseñando su acreditación. Fraser sonrió al verla actuar. A ella le encantaba lo de ir sacando la placa, debía reconocerlo. Dejaría que ella llevara el peso de la conversación. De ese modo, él podría recopilar todo lo que Thomas les contara e irlo encajando en aquel caso.

—¿Qué desean? —preguntó sereno mientras miraba a los dos agentes. Roy no le había dicho nada al respecto de que estos dos fueran a ir. ¿Por qué coño no se lo había dicho?

—Tenemos entendido que usted hizo de intermediario para el señor Scott a la hora de conseguir la muñeca rusa —le expuso Danielle con aplomo y firmeza mientras Fraser observaba las reacciones de Thomas mientras escuchaba. Por ahora, nada fuera de lo normal.

—Sí, me llamó para pedirme si podía encargarme de ese asunto.

—Y tú a Jelena.

—Sí, somos viejos conocidos y...

—De Glasgow —interrumpió Fraser con un toque sarcástico y una mueca burlona que parecieron desestabilizar a Thomas—. Venga, no pongas esa cara. Fue un buen golpe. Bueno... eso queda en el pasado. Ahora me interesa el presente. Llamaste a Jelena y se lo ofreciste. Venga, sigue charlando con la inspectora. —Fraser le hizo un gesto con la cabeza para que prosiguiera en su declaración.

—Sí, eso hice. No creo que sea algo malo. Ni un delito.

—Bien, ¿qué me dices de la que gente que la aguardaba para recoger la pieza? —Danielle entornó la mirada con curiosidad por lo que Thomas pudiera aportar.

—Los conocía de otras ocasiones. Le ofrecía la oportunidad de ganarse algo de dinero.

—¿Sabías que no trataron de manera respetuosa a tu amiga? —Fraser volvió a intervenir mostrando su lado más jocoso.

—Me enteré después.

—¿Después de qué? —Fraser parecía comenzar a cansarse del juego de Thomas y lo miró como si fuera a golpearlo de un instante a otro.

—Cuando la llamé para ver qué tal había salido todo —le aclaró algo molesto o asustado por aquel interrogatorio, pero más por la postura de Fraser—. Oigan, ¿necesito un abogado para hablar porque...?

—Dímelo tú. —Fraser se encaró con Thomas en un intento por intimidarlo y hacer que les contara la verdad. O mucho se equivocaba Fraser, o Thomas era la pieza que encajaba en todo aquel tinglado.

—A ver, recapitulemos con calma —anunció Danielle mientras lanzaba una mirada de advertencia a Fraser, que este entendió como un alto. Hasta ahí. Ya había terminado su representación del *poli* malo. Si no se callaba Thomas nos les diría nada—. Llamaste a Jelena y entonces ella te contó lo que había sucedido con la entrega de la pieza.

—Sí.

—Bien, ¿quién le entregó la matrioska a Roger?

Thomas palideció en un momento. Miró a los dos inspectores y sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea.

Danielle y Fraser intercambiaron sus respectivas miradas.

—¿No fuiste tú? —preguntó Danielle mostrando un tono y un gesto que daban a entender que sabía que había sido él—. ¡Qué extraño!

—A ver... ¿qué pasa?

—Roger nos dijo que fuiste tú el que se la trajo —se adelantó Fraser a comentar, pillando a Danielle por sorpresa y dejando a Thomas mudo por unos segundos—. ¿Está mintiendo?

Thomas deslizó el nudo que comenzaba a cerrarse en su garganta y que le imposibilitaba la respiración. Sacudió la cabeza y dio un trago a su bebida.

—Está claro que uno de los dos está mintiendo —señaló Fraser, cruzó los brazos sobre el pecho y entornó la mirada hacia Thomas a la espera de que asintiera. Sabía que había sido él por la manera en la que había reaccionado cuando le confesó que Roger se lo había dicho.

Thomas no lo esperaba y sus gestos lo habían delatado. Bueno, eso y el farol que acababa de marcarse. Thomas resopló.

—Sí, yo se la traje. Ya está.

—¿Por qué no nos lo has dicho desde el principio? Nos habrías ahorrado tiempo y preguntas absurdas —apuntó Fraser señalando a Thomas con un dedo—. Otra cosa, si contrataste a cuatro tíos para hacer el trabajo...

—A tres. Contraté a tres —lo corrigió Thomas interrumpiendo a Danielle, quien se quedó con el toque. Miró a Fraser, y este asintió.

—Creo que vamos a dejarlo estar por ahora. Solo queríamos saber quién le entregó la muñeca al señor Scott —le anunció con una sonrisa mientras lo palmeaba en el hombro—. Qué te diviertas. Danielle.

Esta le siguió la corriente porque sin duda que acababan de descubrir algo más que el nombre de la persona que hacía de intermediario. Los dos se apartaron de la barra en la que Thomas se quedó y caminaron hacia la terracita exterior, por la que se accedía desde el salón.

—Has escuchado lo mismo que yo, ¿verdad? —le dijo Fraser esgrimiendo tres dedos delante de Danielle.

—Si contrató a tres para hacer el trabajo, ¿quién era el cuarto? —Danielle arqueó su ceja con suspicacia, acercándose a Fraser sin medir el significado de sus actos.

Fraser permaneció a la expectativa, siendo incapaz de moverse o de pensar en algo coherente con Danielle tan cerca de él, mirándolo fijamente. Se limitó a asentir de manera leve mientras se preguntaba por qué demonios le tenía que suceder a él. Sí. ¿Por qué sentía aquella imperiosa atracción por su compañera? ¿O había algo más que no pretendía descubrir?

—Todo me hace sospechar que el cuarto hombre es él.

—¿Por qué le has contado lo de la conversación con Roger? —Danielle frunció el ceño y sonrió—. ¿A qué ha venido arriesgarte así?

—Bueno, ha sido un farol. Pero debes reconocer que la jugada ha salido redonda. —Fraser estaba más cerca de los labios de Danielle de lo que ella le podía permitir. Pero por alguna desconocida razón, Danielle no se apartó, sino que siguió allí. Expectante por ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar Fraser. ¿La besaría en la terraza?

—¿Y conmigo? —la pregunta salió por sus labios antes si quiera de que Danielle la hubiera recapacitado. Y cuando se escuchó a ella misma, se sobresaltó. Abrió los ojos como platos, entreabrió sus labios sintiendo el aire golpearle el pecho de una manera desconocida. Pero lo que más la impactó fue descubrir la mirada de Fraser. Esa mezcla de incertidumbre y sorpresa en un primer instante, dejando paso a una calidez que a Danielle le calentó el corazón.

—Contigo nunca me marcaría uno porque tú no te lo mereces. —Fraser se inclinó sobre ella para dejar que su mejilla la rozara.

Danielle sintió el escalofrío recorriendo toda su piel a su paso. Se quedó mirando a Fraser con inquietud, la que él le provocaba cada vez que traspasaban esa delgada línea entre la amistad y el deseo. Y ahora ella podía sentir el suyo propio en el interior de su cuerpo, pero también el de Fraser en sus ojos.

Danielle se mordió los labios y sacudió la cabeza mientras quería convencerse de que no había nada que pudiera detener lo que empezaba a sentir por su compañero. Y no se refería al plano físico, al de la atracción sexual, sino a algo que se asentaba en su interior.

—¿Y ahora? —Las palabras de Danielle salieron como un susurro controlado en todo momento, aunque no exento de cierta variación en el tono cuando Fraser le acarició el brazo de manera casual.

—Depende a lo que te refieras. Si te refieres a ti...

—Hablaba del caso —lo corrigió ella sintiendo el pulso acelerado.

Fraser se contuvo. Se echó hacia atrás y emitió un quejido.

—Claro. Bien. —Danielle lo había vuelto a hacer. Desconcertarlo cuando se trataba de ellos. De lo que había—. Sería buena idea marcharnos y repasar todo lo que tenemos hasta ahora. Con lo que Thomas nos ha contado...

—En ese caso, será mejor irse —le sugirió Danielle mientras le sostenía la mirada a Fraser a la espera de lo que tuviera que decir. Pero para sorpresa de ella, no dijo nada. Y ambos caminaron hacia la salida de la casa sin intercambiar ni una sola palabra. No hacía falta para saber lo que pasaba. «Si las miradas hablaran...», pensó Danielle mientras se despedía de Roger Scott.

Thomas los observó marcharse mientras él apuraba su trago. De manera que Roger les había contado a los dos inspectores que había sido él el encargado de organizarlo todo. Thomas apretó los dientes en un gesto de estar cabreado. ¿Así era cómo le pagaba su trabajito? Siempre había pensado que acabaría delatándolo de una u otra manera. Si supiera que Jelena seguía viva y que pensaba apropiarse de la matrioska... Pero eso lo dejaba para más tarde. En un principio había considerado estropear los planes de Roy confesando todo ante Roger, pero después de la conversación que acababa de mantener con los dos inspectores, casi que estaba deseando saber cómo iban a quedarse con la matrioska. ¡Que se jodiera Roger! Mientras apuraba su copa y salía de allí, pensó que él se centraría en la manera de quitarles a Roy, y los demás, la muñeca.

Las palabras iban acompañadas de miradas. Y estas de gestos esporádicos pero puntuales. Y pronto las caricias se unieron a una serie de besos que precedieron a los gemidos y suspiros de pasión. La ropa fue cayendo de manera silenciosa alrededor de ambos; la piel comenzó a arder, a necesitar la cura que solo podía encontrar en otra piel, en otras manos y en otros labios. Besos tímidos, hambrientos, seductores y húmedos. Se entregaron sin condiciones, sin reparos y sin urgencias. Una vez que se desencadenó el terremoto del deseo, ya no tenía sentido intentar escapar de este; solo valía dejarse engullir por las sacudidas de placer hasta rozar el abismo, asomarse a este y, en el último momento, sostenerse en la mirada del otro y en el aliento del compañero de juegos.

Fraser la besó con pereza mientras se recreaba en los labios de Danielle como si nunca pretendiera abandonarlos. La escuchó gemir, suspirar y emitir un ronroneo semejante al de una gatita perdida en busca de cariño. Le acarició el pelo; trazó el contorno de sus cejas, el perfil de su nariz, de sus labios, y en todo momento él no dejó de contemplarse en la mirada de ella.

Danielle no podía creer que hubiera sucedido de nuevo. Pese a que ella misma se lo había prometido y repetido en numerosas ocasiones... Había vuelto a arrastrar a Fraser a su cama. No había cura contra lo que le sucedía. Se prometió no pensar en nada que tuviera que ver con él y con el hecho de que no congeniaban. ¡Para lo que le había servido!

—Espero que después de esta noche no vuelvas a ponerme excusas de ningún tipo.

Danielle sonrió primero y se mordió el labio después. Movié la cabeza en sentido negativo en repetidas ocasiones.

—Te lo prometo.

—Bien, porque no tendría sentido que lo hicieras, ¿no crees? —Fraser formó un arco con sus cejas a la espera de lo que ella tuviera que decir, pero él estaba convencido de que no encontraría una explicación que se ajustara a la situación.

—No, la verdad es que sería absurdo después de esta noche.

—No quiero que te comas la cabeza con que saldrá mal porque somos compañeros, Danielle.

—No, no es ese el motivo por el que no quería dejarte entrar en mi vida. —Fraser frunció el ceño mientras se incorporaba y la miraba extrañado. Pero entonces Danielle aprovechó para voltearlo y dejarlo con la espalda sobre la cama mientras ella quedaba encima de él—. El motivo era que me estaba empezando a enamorar de ti y me asusté. —Danielle se inclinó sobre la boca de Fraser y lo besó mientras los brazos de él la rodeaban con fuerza y seguridad mientras la escuchaba reír.

—Pues entonces deja que te diga que ya somos dos.

—Ummm —Danielle expresó un gruñido de complacencia y volvió a besarlo mientras él la mecía entre sus brazos.

Roy llevaba despierto desde hacía una hora. Había abandonado la cama de manera sigilosa para no despertar el sueño relajado de Jelena. Sonrió mientras los recuerdos de la noche pasada invadían su mente al mismo tiempo que le apretaban el pecho. Sí, tenerla allí con él, en su casa, era algo que no esperaba que pudiera volver a suceder. Jelena había regresado a su vida, y ahora él confiaba en que no la abandonara o no podría resistirlo. Le había costado separarse de ella y pensó que no volvería a verla ni que ella se atreviera a verlo después de la manera en la que él la trató durante el tiempo que estuvo en prisión.

Ahora, mientras la contemplaba con una sonrisa bailando en sus propios labios, imaginaba lo que podía ser la vida con ella. No habría más trabajos de este tipo, sino que se ganarían la vida de una manera legal a ojos de todos. Pero para ello primero había que representar una última actuación y después se terminaría para siempre. La contempló moverse bajo las sábanas hasta revelar parte de su cuerpo en el que ya apenas si quedaban señales de lo que

le había sucedido. La camiseta que empleaba para dormir se había subido de más revelando la mitad de su espalda y la curva de uno de sus pechos. Se movió un poco más, lo que permitió a Roy observar con detenimiento la tira de su ropa interior, su cadera y parte de su trasero. Roy inspiró hondo en un intento por refrenar el deseo latente por apartar la sábana de una vez por todas, inclinarse sobre ella y acariciarla y besarla para hacer más placentero su despertar. Dejó que uno de sus dedos recorriera la porción de piel que quedaba al descubierto y al momento escuchó el ligero ronroneo de ella. Luego la sintió agitarse bajo las yemas de sus dedos y por último abrir los ojos mientras le sonreía complacida.

Roy se inclinó sobre los labios de Jelena y los rozó de manera perezosa. Una leve caricia para que ella fuera despertando, estirara sus brazos y lo rodeara por el cuello para atraerlo una y una vez hasta ellos.

—Ummmm, debo admitir que siempre me ha gustado la forma que tienes para despertarme —le susurró en sus labios mientras lo contemplaba con exquisita ternura.

—Tengo otras maneras, pero ahora me parecía más conveniente hacerlo de una manera más... pausada y cariñosa —matizó Roy esgrimiendo una sonrisa irónica.

—Sí, soy consciente de esas maneras.

—Tendremos que dejarlo para otra ocasión. Denisse y McCallum llegarán en cualquier momento.

Jelena asintió. Recordó que aquella mañana iba a resolverse todo aquel asunto de la matrioska, como Roy le había contado la noche anterior cuando Denisse y él regresaron.

Roy percibió el cambio en el semblante de ella y comprendió lo que pasaba por su cabeza. Quería vengarse de Scott porque lo consideraba el responsable de lo que había sucedido, y esperaba cobrársela esa misma mañana delante de sus propias narices. Se apartó de ella, no sin antes darle un último beso. Luego la dejó que saliera de la cama para quedarse frente a él, haciendo más difícil la tarea de Roy por no despojarla de su minúscula

camiseta y su ropa interior.

—Todo acabará hoy —le dijo mientras dejaba que el pulgar le acariciara la mejilla justo antes de ponerse de puntillas para besarlo una última vez antes de salir hacia el baño—. ¿Compartimos la ducha? —Su pregunta era sugerente, estimulante y llena de picardía mientras Roy la contemplaba irse despojando de las dos prendas que cubrían su cuerpo, y después volver el rostro para lanzarle una mirada de lo más tentadora por encima de su hombro, y a la que él correspondió con una sonrisa irónica antes de caminar tras ella.

Sentados a la mesa del salón, Roy y Jelena apuraban sus respectivos cafés después de haber disfrutado de una ducha... diferente.

—¿A qué hora habéis quedado con Roger? —Jelena lanzó la pregunta al ver a Roy algo pensativo mientras consultaba el móvil.

—Dentro de una hora. Hay tiempo. Tampoco conviene mostrarse impaciente.

—No, es mejor ser cautos. Fríos, calculadores y disfrutar de cada minuto.

—Permanecerás en el vestíbulo como si fueras una huésped más —comenzó recordándole Roy—. Cuando recibas la llamada perdida, entra en el salón. Ayer noche ya lo dejamos todo acordado con el hotel. No hay ningún cabo suelto.

—Mejor. ¿Y después?

Roy frunció los labios y se encogió de hombros.

—Nos largamos al continente por una temporada. Elige una capital —le pidió haciendo un gesto con el mentón.

—Colmar. En la Alsacia francesa. Por su pintoresca arquitectura.

—De acuerdo. Iremos dónde tú digas.

—Esta vez no quiero jugadas de las tuyas. No quiero que se repita lo de Glasgow. —Jelena temía que él tuviera algún as en la manga y que después de todo lo sucedido, las cosas no acabaran bien.

—Esta vez no habrá sobresaltos. Te lo prometo. —Roy atrapó la mano de

ella bajo la suya y asintió mientras no apartaba su atención de ella. Y solo lo hizo cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar—. Deben ser Denisse y McCallum.

Jelena lo contempló alejarse hacia la puerta mientras en su cabeza seguía dándole vueltas al hecho de que él le hubiera asegurado que no tenía ningún as en la manga. Que no habría sorpresas como en el trabajo de la pinacoteca de Glasgow. Lo vio regresar en compañía de Denisse, McCallum, Seldom y... Thomas, lo cual no dejó de sorprender al resto.

—Llamé a McCallum para que me informara —les dijo a todos—. Ya sé que el otro día me porté como un gilipollas y que no quería saber nada, pero creo que se lo debo a ella —dijo mirando a Jelena—. De manera que podéis contar conmigo si no es tarde.

Hubo unos segundos de completo silencio en los que todos parecían evaluar la situación que ahora se planteaba.

—Por mí no hay inconveniente —asintió Roy mientras miraba al resto a la espera de que alguien dijera lo contrario. Pero nadie se opuso, lo que dio por zanjado el asunto. Roy había acordado con los demás que si Thomas los llamaba para saber en qué andaban metidos, tenían vía libre para contarlo. De ese modo picaría el anzuelo—. Bien, repasemos lo que va a suceder.

Todos escucharon con atención las explicaciones de Roy de cómo iban a apoderarse de la matrioska original mientras Roger se quedaría con las dos falsas.

—¿Y Scotland Yard? —La pregunta de Thomas captó la atención de los demás.

—No hay de qué preocuparse. No vamos a robar nada. Solo es un intercambio. ¿Piensas que Roger irá a denunciar el cambio? Primero deberá enterarse de este y para cuando lo haga, nosotros estaremos lejos de aquí.

—¿Qué haremos con la muñeca?

—La colocaremos en el mercado negro y nos repartiremos a partes iguales lo que nos paguen —asumió Roy mirando a los demás—. ¿Hay alguna cuestión al respecto? —Ninguno de los presentes dijo nada—. Bien, Denisse

y yo nos presentaremos con el juego de matrioskas, como acordamos ayer. McCallum, Jelena y tú —dijo señalando a Thomas— estaréis en el vestíbulo del hotel como si fuerais huéspedes. Tendréis que cambiar vuestro aspecto, ya me entendéis. Estad atentos por si la cosa se complica. Ten el coche cerca —le indicó a Thomas volviendo la atención hacia este—. Jelena entrará por error en el salón cuando reciba la llamada perdida de Denisse, y luego ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos. Por eso quiero que McCallum y Thomas estéis atentos a cualquier imprevisto.

—¿Regresamos aquí? —preguntó Jelena.

—Sí, una vez que todo termine, nos reuniremos aquí.

—Pero ¿y si Roger ve a Jelena? —preguntó Thomas, que no sabía cómo reaccionaría este al verla—. Lo pregunto porque todo parece indicar que él pudo haber sido el que encargó que le dieran una paliza.

—Roger no conoce en persona a la Zarina —anunció Jelena muy segura de sus palabras—. Solo sabe que *ella* le robó su huevo de Fabergé.

—No obstante, si sucediera algo que no entra en lo hablado, sácala de allí en el coche. Ya nos apañaremos nosotros para llegar aquí. —Roy no estaba convencido de que esa fuera la mejor opción debido a que tanto los inspectores de Scotland Yard como ellos dudaban de la lealtad de Thomas. Pero era eso o permitir que Jelena pudiera sufrir algún imprevisto.

—Sería conveniente que fuéramos preparándonos —indicó Denisse echando un vistazo al reloj.

—De acuerdo. Thomas, ve a por el coche mientras terminamos de prepararnos. Seldom, estaremos en contacto —le dijo al falsificador mientras le estrechaba la mano y le guiñaba el ojo.

—Cuando quieras, Roy.

Una vez que Thomas y Seldom se marcharon, Jelena fue la primera en hacer la pregunta que rondaba en la cabeza de todos seguramente.

—¿Qué pinta Thomas aquí y ahora?

—Ni idea, pero no me fío —respondió Roy muy seguro de sus palabras.

—En parte, tiene razón con lo de ayudar a Jelena por lo que le sucedió —comenzó McCallum—, aunque no me lo trago. Hay algo más que no sabemos y que puede ser peligroso.

—Lo sé, pero es mejor tenerlo cerca. De ese modo podremos vigilarlo —asintió Roy.

—Yo creo que está relacionado con Roger Scott de una manera estrecha. Él le encargó encontrar a alguien para la subasta, pero ¿le pidió que fueras tú o fue idea del propio Thomas? —Denisse no terminaba de encajar las piezas de aquel rompecabezas.

—Roger Scott conocía a la Zarina, no en persona, claro. Ya te comenté que le robé un huevo de Fabergé.

—Sí, pero ¿por qué darte la paliza? ¿Por qué no tenerte como rehén y saber dónde acabó el Fabergé? —Las cuestiones de Roy dieron trabajo a los demás—. Con respecto a Thomas, repito que es mejor tenerlo cerca.

—Sí, pero ¿te fías de él para que me saque del hotel si hay complicaciones? —La pregunta de Jelena provocó un escalofrío en Roy. Mantuvo su atención fija en ella mientras buscaba la respuesta nada fácil a aquella pregunta—. Podríamos tener que elegir entre que te fueras con Thomas o arriesgarte a que te peguen un tiro.

—Si todo lo sucedido contigo es obra de Roger Scott, puedes esperar cualquier cosa por su parte —asintió Denisse comprendiendo cómo se sentía su amiga.

—¿Y si ha sido Thomas? —preguntó Jelena.

—Trataremos con él a su debido tiempo. Eso tenlo por seguro. —Roy le acarició la mejilla mientras sonreía para quitar hierro al asunto—. Primero, la matrioska. Segundo, Thomas. —Esta vez el tono de su voz heló la sangre a Jelena porque sabía de qué podía ser capaz Roy si al final Thomas había sido el artífice de todo aquello.

—¿Puedo saber por qué estás tan pensativo esta mañana? —La pregunta de Danielle obligó a Fraser a levantar la mirada de la mesa para dejarla fija en ella. Le gustaba lo que veía y estaba dispuesto a no renunciar a ella al precio que fuera.

—Pensaba en lo que nos contó Thomas anoche.

—Ya sé lo que vas a decir, y te diré que creo que Thomas está metido hasta el fondo.

—Si él contrató a los tres tíos que hay en el depósito y le entregó la muñeca a Roger... —Fraser dejó el comentario inacabado para que fuera ella quien lo hiciera.

—Todo indica a que fue él quien se los cargó. ¿Y Jelena?

—¿Crees que fue él quien ordenó que le dieran la paliza?

—Podría. No te lo discuto. Si ha sido capaz de liquidar a sus tres compañeros. Lo cierto es que no esperaba que lo confesara sin más. Me refiero a que o se le escapó, o no tiene ni idea de lo que hablamos con Roger. Soltó con total naturalidad que había contratado a tres tíos.

—Tal vez no sabía que nosotros conocemos por Jelena que eran cuatro. —Fraser alzó el mismo número de dedos y vocalizó el número con toda intención.

—Imagina la cara que habrá puesto cuando vio a Jelena con vida.

—Basta con fingir que él no sabe nada —comentó Fraser sin darle importancia a este detalle—. Por cierto, he estado curioseando en los archivos de nuestra amiga Jelena y no puedes hacerte una idea de lo que he encontrado. —Fraser movió su dedo indicando a Danielle que se acercara a su mesa. La vio levantarse de su silla y caminar hacia él sin poder dejar de mirarla y de sentir una vez más las ganas de sentarla sobre sus piernas y besarla.

Danielle apoyó las manos en la mesa mientras fijaba la mirada en Fraser y sonreía.

—Yo... quería que vieras algo, pero no tengo ningún inconveniente en

que me mires como lo estás haciendo ahora —le susurró mientras el perfume de ella lo ataba a ella.

Danielle sonrió con intención mientras asentía.

—Anda, dime —le pidió haciendo una señal con el mentón hacia la pantalla del ordenador de él.

—Atenta a lo que he encontrado porque sin duda complica todo más —le aseguró tecleando y moviendo el ratón hasta dar con el archivo en cuestión—. *Voilà!* —Fraser se recostó sobre el respaldo de su asiento y disfrutó de las vistas del redondo trasero de ella mientras sonreía como un cínico.

Danielle permanecía ajena a este hecho mientras leía el documento desplegado sobre la pantalla y no podía terminar de creerlo. Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza primero, para después quedarse con la boca abierta.

—¡Joder!

—Ni que lo digas —corroboró Fraser sin dejar de mirarla.

—Esto... ¿Qué coño hacías? —le preguntó Danielle cuando se percató de que Fraser estaba más centrado en una parte de su anatomía que en el documento del ordenador.

—Admiraba las vistas que tengo desde aquí —le aseguró, sonriendo como un cínico—. Me gustan las formas que te hacen estos pantalones, sí, señorita.

Danielle puso los ojos en blanco al escucharlo, pero más, sobre todo, cuando comprendió que él le había estado dando un buen repaso a su trasero. Pero en el fondo le gustó que la deseara a todas horas, que le sonriera de aquella manera y que la mirara haciéndola sentir única.

—¿De cuándo es esto? —Danielle se sentó en el borde de la mesa y miró a Fraser.

—No hace mucho, la verdad. Justo poco después de pillar a Roy. Se ve que Jelena se aburría y volvió al trabajo —ironizó Fraser para hacer referencia a los robos llevados a cabo por ella.

—Esto me da a pensar en una especie de conspiración o venganza de Roger contra Jelena —comentó Danielle en voz alta mientras observaba a

Fraser asintió—. ¿Utilizó a Thomas para atraerla? —Danielle arqueó una ceja con suspicacia.

—Cada día eres mejor, Sherlock —le dijo Fraser acariciándole la pierna con disimulo y cariño. Una caricia que a Danielle le provocó una repentina sacudida por todo el cuerpo.

—A este paso, tú serás Watson —bromeó ella sabiendo que siempre estaban con el juego de ambos personajes literarios creados por Conan-Doyle.

—No me importa siempre que tú seas Holmes y estés a mi lado. —El tono de la voz de Fraser erizó la piel de Danielle, pero sobre todo la mirada fija y cálida que le obsequió—. Si estás en lo cierto, tenemos un problema. Pero a la vez estamos más cerca de resolver el caso. Ahora bien, según lo que tenemos, Thomas fue el brazo ejecutor de Roger.

—Pero ¿por qué no acabó con Jelena? —Danielle dejó la pregunta en el aire mientras miraba a Fraser y esperaba que él le diera la solución.

—Jelena y él han formado parte del mismo equipo durante algún tiempo.

—¿Amistad?

—O algo mucho más intenso. —Fraser arqueó las cejas sorprendiendo a Danielle con su comentario.

—¿Insinúas que...? —Danielle se mordió el labio mientras cavilaba esa posibilidad, remota pero posible. ¿Por qué no?—. Bien, ¿cuál es el siguiente paso?

—Localizar a Thomas y hacerle un par de preguntas sobre Roger y su manera de contactar con él. No me creo la historia de otro intermediario. Creo que Roger llamó a Thomas y le pidió que localizara a alguien para el trabajo. ¿Conocía Roger a Jelena, me refiero a que si él sabía que ella era la Zarina o todo fue idea de Thomas? ¿Le pidió Roger que la quitara de en medio con los otros tres, pero Thomas se echó atrás por lo que te acabo de insinuar. ¿Qué otra explicación habría? —Fraser arqueó las cejas y esperó a que Danielle reaccionara.

—De ser así, es un complot en toda regla. Tendremos que apretarle las

tuercas a Thomas para que cuente todo lo que sabe —le sugirió Danielle mientras caminaba de vuelta a su silla, bajo la atenta mirada de él.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer, ya que Roger es un zorro —le aseguró Fraser guiñándole un ojo.

—Por curiosidad, ¿en qué quedó el asunto de Roger y la Zarina?

—En nada. En que la Zarina colocaría el Fabergé en el mercado negro, o se la quedó como trofeo y el caso se archivó.

—No para Roger, al parecer —lo corrigió Danielle entrecerrando sus ojos mientras asentía convencida de que así era.

Llegaron con tiempo al hotel. Roy y Denisse entraron los primeros y, tras intercambiar unas palabras con la recepcionista, se dirigieron al salón que habían reservado para la ocasión. Denisse arrastraba una maleta de ruedas que contenía las matrioskas.

Jelena entró pocos minutos después y se confundió con los huéspedes que a esas horas caminaban hacia la cafetería para desayunar. Otros se quedaban charlando allí mismo o se sentaban en uno de los amplios sillones que habían diseminados por el vestíbulo. Jelena se dirigió a uno de estos y se sentó con el periódico entre sus manos. Lo abrió y esperó a que la función comenzara.

Denisse y Roy ya estaban en el salón. No había expuesto las falsificaciones. No hasta que Roger llegara y mostrara la suya propia. Le habían pedido que la llevara para inmortalizar el momento de tener las tres juntas. Luego, ya vendrían las negociaciones para venderle al menos una.

—¿Nervios? —preguntó Denisse observando a Roy con el gesto pensativo.

—No más que otras veces. O tal vez incluso menos dado que no vamos a robar nada.

—No es como otras veces. —Denisse esbozó una media sonrisa cargada de ironía.

—Por eso mismo. Si jugamos bien nuestras cartas, no tendremos

problemas en darle el cambiazo y venderle la otra.

—¿Y Thomas?

Roy resopló.

—Primero la matrioska. Luego ya veremos qué sucede.

Roger Scott apareció en el vestíbulo del hotel flanqueado por dos hombres, uno de los cuales portaba un maletín de piel en color negro. Jelena se fijó en cómo lo llevaba. no solo aferrado a su mano, sino fijo a una esposa que se cerraba en torno a su muñeca. Jelena sonrió. Al parecer, Roger era precavido, pero de nada le serviría tanta seguridad si alguien dejaba inconsciente a su hombre o incluso le pegaba un tiro y lo dejaba seco en el suelo. Ella no tendría ningún problema para abrir las esposas, o el maletín si lo prefería. Jelena contempló a Roger por encima de la montura de sus gafas mientras simulaba leer el periódico.

Lo vio dirigirse hacia el mismo salón en el que ya estaban Roy y Denisse desde hacía algo de tiempo. Cuando vio que la puerta se cerraba, Jelena dejó el periódico, se quitó las gafas y se levantó para dar una vuelta por el vestíbulo a la espera de la señal.

Roy y Denisse vieron aparecer a Roger con gesto sonriente. Iba acompañado por dos tipos. Uno de ellos traería la matrioska a juzgar por el maletín que llevaba esposado a su muñeca.

—Mis queridos amigos —dijo extendiendo los brazos hacia ellos. Luego estrechó la mano de Roy mientras a Denisse la envolvía entre sus brazos para darle dos besos y, de paso, pasar sus manos por el cuerpo de ella con cierta lujuria. Le lanzó una sonrisa que Denisse pasó por alto.

—Roger —asintió Roy mientras se situaba detrás de la mesa sobre la que habían depositado su maleta.

—Bien, aquí estamos dispuestos a hacer negocios. Veamos las matrioskas. Estoy impaciente —les dijo instándolos a que se las mostraran.

—¿Tal vez quieras tomar un café antes? ¿Charlar un poco sobre ellas?

—No, no. Prefiero centrarnos en el tema por el que estamos aquí.

Roy asintió. Se apartó un poco y dejó que fuera Denisse quien abriera la

maleta. Luego extrajo dos cajas pequeñas que depositó con sumo cuidado sobre la mesa. Roy deslizó la tapa de la primera, la forma de una figura se percibía bajo un paño de color verde. Apartó ambos lados de este y la muñeca quedó expuesta ante la codiciosa mirada de Roger, quien no pudo evitar esgrimir una sonrisa de complacencia.

—¿Puedo? —preguntó mirando a Roy mientras hacía intención de cogerla para poder observarla de cerca.

«Ahora viene la gran prueba», pensó Roy. Seldom había hecho dos réplicas de idénticas dimensiones en cuanto a altura, grosor y peso. Dos copias calcadas de la original cuando él fue quien la certificó delante del propio Roger. Roy y Denisse lo contemplaron mientras la tomaba en sus manos y la observaba con atención, en silencio. Al cabo de unos segundos, pidió ver la segunda. La escrutó de idéntica manera y sonrió con satisfacción cuando las dejó a ambas en la mesa.

—Sin duda que son preciosas —comentó con un toque risueño.

—Lo son. No nos cabe la menor duda —asintió Roy mirando a Denisse de manera fugaz—. Nos gustaría observar la tuya.

Roger asintió sin reparos. Era lo justo después de que ellos le hubieran dejado contemplar las dos matrioskas que poseían. No había motivos para recelar de ellos. Dio el visto bueno, y el hombre del maletín procedió a abrirlo para dejar a la vista una caja en el interior en la cual iba la matrioska. Roger en persona se encargó de sacarla y entregársela a Roy para que la examinara de cerca.

—Maravillosa —exclamó este mientras se sentaba en la silla y dejaba la figura sobre la mesa para poderla observar de manera más tranquila. La había colocado entre las dos imitaciones, pero un poco por detrás de ambas. La giraba para observar con detenimiento las incrustaciones de piedras preciosas que contenía. Roy se la pasó a Denisse para que ella hiciera lo mismo mientras Roy distraía a Roger—. Debió costarte una fortuna.

—Bueno, eso fue lo de menos. Estaba dispuesto a arriesgar una buena cantidad de dinero por obtenerla. Por cierto, supongo que las dos

matrioskas... contienen el juego... —dijo señalando a las dos imitaciones.

—Adelante.

—Gracias —Roger procedió a abrirlas y a observar el contenido de ambas. Roy lo controlaba por el rabillo del ojo. Sin duda que Seldom había hecho un gran trabajo con los moldes. Por no mencionar el acabado de la pintura. Por algo era el mejor falsificador en las islas. Todas las figuritas parecían idénticas, tanto que Roger no parecía sospechar nada por ahora.

Durante unos minutos, los tres se dedicaron a observar en silencio el juego de muñecas antes de devolverlas al interior de la matrioska madre. En todo momento, bien Roy, bien Denisse se encargaron de que las tres quedaran a la misma altura para, llegado el momento, darle el cambiazo. La de Roger quedaba en medio de las otras dos.

—Deberíamos immortalizar este momento —sugirió Roy tendiendo el móvil para sacar una fotografía.

—¿Por qué no? —sugirió Roger mientras miraba a Denisse y se colocaba al lado de esta, le pasaba el brazo por la cintura y la pegaba a su propio cuerpo sin que ella dijera nada.

Denisse sabía que aquel tipo no tenía nada que hacer con ella. De manera que lo dejó hacer para que se divirtiera, pero también porque sin quererlo les estaba proporcionando a Roy y a ella la distracción que le hacía falta. «Tal vez ni siquiera hace falta que Jelena aparezca», pensó.

—Tú, ven a hacernos una foto —le ordenó Roger a uno de los acompañantes que había acudido con él a la reunión.

El hombre cogió el teléfono de Roy y procedió a sacar varias fotos de los tres con las matrioskas sobre la mesa y delante de ellos.

—Y ahora, sentémonos a negociar si os parece bien —sugirió Roger mientras sonreía y no apartaba su atención de Denisse.

—Me parece bien —asintió Roy algo confuso por la desmedida atención de Roger a Denisse. Necesitaba que ella quedara libre para poder darle el cambiazo. Tal vez hubiera llegado el momento de que Jelena apareciera. Con disimulo, Roy pulsó el botón de llamada mientras Denisse quedaba junto a la

mesa. Roy lanzó una mirada a los acompañantes de Roger por ver si podían intervenir, pero ambos charlaban de manera tranquila ajenos a lo que sucedía con su jefe. «Mejor», pensó Roy ocultando su sonrisa.

—Ahora sí os aceptaría un café —sugirió Roger mientras asentía a la espera de que Roy y Denisse estuvieran de acuerdo.

—Oh, no es mala idea —dijo Roy intercambiando la mirada con Denisse.

—Freddy, podrías encargarte de pedir cafés y algo de picar —propuso Roger mientras Roy y Denisse sonreían y asentían convencidos de que el momento había llegado—. Y bien, ¿estáis dispuestos a vender el juego de matrioskas?

Jelena vio como la puerta del salón se abría y que un hombre salía. Acababa de recibir una llamada perdida de Roy. Era la señal para entrar ella. Caminó con paso decidido hacia el salón mientras relajaba los nervios.

—Lo cierto es que desprendernos de las dos matrioskas... —Roy comenzó mostrándose dubitativo. Apoyó las manos sobre la mesa y miró de manera fija a Roger mientras él se limitaba a sonreír.

—Entiendo que no es sencillo, pero... —Roger cogió aire antes de lanzar su oferta—. Estaría dispuesto a ofrecer una buena cantidad por ambas.

—No, tan solo estamos dispuestos a vender... —La puerta del salón se abrió en ese instante dejando paso a Jelena.

Roger se volvió pensando que se trataría del café que había mandado pedir. Pero lo que no esperaba era encontrarse con aquella mujer tan... exuberante, la verdad. Jelena penetró en el salón y caminó hacia ellos con gesto contrariado, pero en un claro intento por captar toda la atención de Roger.

Roy se situó delante de la mesa, al lado de él, mientras ocultaba lo que Denisse llevaba a cabo.

—Oh, disculpen, creo que me he equivocado de salón —anunció Jelena caminando hacia Roy y Roger mientras el otro hombre permanecía a lo suyo.

—¿Qué busca? —preguntó Roger fijándose detenidamente en ella como si

de repente Denisse hubiera pasado a un segundo plano.

—Me han dicho que había una exposición de porcelanas chinas y...

—Pues no. Aquí no es —asintió Roy con naturalidad, consciente de que Roger se había quedado callado y absorto en ella. ¿Le sonaba de algo? Lo cierto era que el rostro de la Zarina no se había difundido en demasiadas ocasiones, y en las que así había sido, Jelena siempre aparecía caracterizada. Lo que sí parecía era que Roger estaba algo descolocado con la presencia de Jelena. Sin duda que su atractivo era un reclamo para cualquiera.

—Oh, pero tienen un juego de matrioskas —dijo echando un vistazo por encima del hombro de Roy.

—Sí, así es —asintió Roger, que parecía que volvía en sí después de la impresión que la presencia de Jelena le había provocado—. ¿Desea echarles un vistazo?

Jelena lanzó una mirada a Roy como si estuviera nerviosa o se estuviera entrometiendo. Sentía una calma pasmosa e incluso se estaba divirtiendo poniendo de manifiesto cierta timidez a la hora de afrontar la situación. Se había puesto unas gafas redondas, se había maquillado un poco y recogido el pelo en una cola alta. Roy no pudo evitar sentir el deseo de acercarse a ella y acallar sus palabras de una manera que solo ellos dos conocían.

Juntos se acercaron a la mesa mientras Jelena levantaba la mirada hacia Denisse, quien se limitaba a asentir. Todo parecía indicar que el cambio se había producido, y sin que él lo supiera. En ese instante, la puerta del salón volvió a abrirse y dejó paso a una camarera que empujaba un carrito con tazas, una cafetera, una lechera y algo de comer.

—Son preciosas —dijo Jelena abriendo los ojos al máximo—. Estoy segura de que cuestan una fortuna.

—Pues mira, esta que ves aquí, me costó medio millón de libras —le anunció, con orgullo, Roger mientras señalaba la que supuestamente era suya y Denisse sonreía.

—Medio millón... —Jelena se quedó con la boca abierta y con cara de sorpresa y entusiasmo.

Nada de aquello había sido acordado. Jelena estaba improvisando sobre la marcha, y la verdad era que estaba consiguiendo captar toda la atención de él. Poco o nada importaba a estas alturas, ya que Denisse ya había efectuado el cambio de la muñeca original por la copia. «Ya podemos comenzar a negociar la venta de la otra», pensó Roy.

—Las otras dos... Intento comprarlas a mis queridos colegas —anunció entre risas y bromas—. Pero parece que solo pretenden desprenderse de una. —Ahora Roger mostró cierta pena porque fuera así.

—Así es. Solo podemos desprendernos de una. Al menos la otra nos quedará de recuerdo —le confesó Roy.

—Bueno, yo, si me disculpan, voy a seguir buscando el salón donde está la exposición de porcelana. Han sido ustedes muy amables —aseguró mientras no dejaba de sonreír. Lanzó una última mirada a Denisse y a Roy antes de girarse y caminar hacia la puerta con la satisfacción que le producía saber que acababan de robarle, a aquel engreído coleccionista, medio millón de libras. Y no solo eso, sino que intentarían que pagara otro medio millón por una de las falsificaciones.

—Y nosotros vamos a hacer negocios, ¿no te parece, Roger? —comentó Roy, interesado en zanjar, ahora sí, el asunto por el que estaban allí.

—Sí, bien. De manera que solo pretendéis vender una de sus matrioskas... —Roy asintió sin decir nada ante aquel resumen—. ¿Y cuánto pedís por ella? —Roger se sentó con una taza de café en su mano mientras observaba con detenimiento el juego.

—¿Cuánto estás dispuesto a ofrecer? —le preguntó mientras apartaba las dos matrioskas. Una de ellas era la original, la que le habían cambiado. La otra era la falsificación que él se acabaría llevando. Tanto Roy como Denisse consideraban la posibilidad de que Roger eligiera la suya propia, pero no les inquietaba en demasía, ya que a la hora de entregársela en la caja correspondiente, él se llevaría la falsificación. Volverían a hacerle un juego de manos digno del mejor prestidigitador.

Roger sonrió de manera ladina mientras depositaba el plato y la taza sobre

la mesa.

—Bueno, para empezar, yo ofrecería... doscientas cincuenta mil libras — dijo mientras cogía la taza de café y bebía sin apartar la mirada de Roy.

Roy se quedó contemplando a Roger sin decirle nada durante unos segundos. Miró a Denisse a ver qué le parecía. La chica arqueó sus cejas de manera ligera, pero tampoco dijo nada.

—¿Es la única oferta que vas a hacer? —Roy pasó a un estado algo más irónico y hasta cierto punto desagradable.

—Ni mucho menos. Es un comienzo —respondió Roger alarmado por aquel comentario de Roy.

—¿Qué diferencias ve entre su matrioska y estas dos? A mi modo de ver, son idénticas, es más, podemos ir a un experto para que las valore y...

—Ya me encargué de ello —lo interrumpió con sobriedad—. Me he procurado información al respecto de ustedes y de su material. Referencias y demás.

—Vaya —dijo Roy frunciendo sus labios en una mueca de sorpresa—. ¿Y qué has averiguado?

—Que son de fiar. Y que sus matrioskas son originales.

Roy apretó sus labios hasta convertirlos en una delgada línea. Sonrió complacido mientras volvía la atención hacia Denisse y ella asentía. Sin duda que McCallum había hecho un excelente trabajo al introducir en la red la información necesaria para no levantar sospechas. Roy estaba convencido de que Roger indagaría a ver quiénes eran ellos. Y no le faltaba razón porque él mismo también lo había hecho con él, pero de primera mano gracias a Jelena. Y luego se aseguraría de que las matrioskas eran originales y legales. Algo en lo que McCallum había trabajado con certificados y demás papeleo falso.

—Ten la seguridad de que nunca te ofreceríamos algo falso. —Roy paladeó la última palabra con toda intención—. De manera que usted decide. Medio millón de libras, lo mismo que pagaste en la subasta, y te la llevas.

Roger chasqueó la lengua. Sonrió como un zorro y asintió. Entrelazó sus

manos sobre la mesa y asintió.

—Me parece justo. Si me decís a qué cuenta he de hacer la transacción...

Roy asintió mientras sopesaba aquellas palabras. ¿Estaba dispuesto a pagar otro medio millón de libras? Sin duda, lo suyo era algo inaudito, la verdad.

—Denisse... —Roy hizo un gesto hacia esta para que le entregara a Roger una tarjeta en cuyo dorso había escrito una serie de números.

—Será cuestión de un minuto —les aseguró mientras extraía el móvil del interior de su chaqueta y marcaba un número. Se levantó de la silla y se alejó de la mesa—. ¿Podéis prepararla? —Hizo un gesto a Denisse para que lo hiciera.

—Claro. Ya sabes cuál es —murmuró Roy a esta para que empaquetara las dos falsificaciones y ellos se quedaran con la original.

Roy no apartó la mirada de Roger mientras este hablaba por el móvil. Apostaba a que estaba dando orden a su banco de realizar la transacción. Por ahora, todo estaba saliendo como habían planeado. Cada uno había desempeñado su papel a la perfección, incluso Jelena, a quien Roger no había reconocido.

Roger regresó a la mesa con el rostro sonriente. Sin duda que estaba de enhorabuena porque en pocos días había conseguido dos juegos de matrioskas de gran belleza y valor.

—La transacción tardará unos minutos.

—Denisse lo comprobará —asintió Roy mirándola teclear en su teléfono y ajena a la conversación de ellos dos.

—Por curiosidad, ¿por qué no queréis vender la otra?

—Oh, bueno, al menos queremos quedarnos con una como recuerdo de nuestro periplo por Europa del este.

—Si en algún momento estáis dispuestos a venderla... —Roger no perdía la esperanza de hacerse con el juego completo.

—Claro, serás nuestra primera opción —asintió Roy con una sonrisa—.

Por curiosidad, ¿te resultó difícil conseguir la primera? Me refiero a si la puja estuvo reñida.

—Sí, según me contaron, hubo un momento de tensa riña entre mi persona en la subasta y otra. Por suerte, al final, dicha pugna se decantó a mi favor.

—Sin duda. De manera que no fuiste en persona a la subasta según te he entendido.

—No, claro. Me encontraba atendiendo otros asuntos en ese momento. Delegué a alguien de confianza.

«¿Thomas?».

—Debe ser alguien muy eficiente y de mucha confianza para no haber tenido la tentación de quedarse con la matrioska. Tener algo así entre las manos y que no se te pase por la cabeza largarte... —Roy arqueó las cejas y puso los ojos como platos para dotar de mayor realismo a su comentario.

—Sin duda, pero yo confiaba en esa persona.

—Ya está —dijo Denisse interrumpiendo la charla amistosa entre ambos. Le pasó el teléfono a Roy para que viera el *email* del banco y el saldo de la cuenta. Roy sonrió satisfecho.

—En efecto. El pago se ha efectuado —le dijo Roy empujando hacia Roger la cajita en la que la muñeca estaba guardaba—. Espero que disfrutes de ellas y que tengas mucho éxito cuando las exhibas.

—Tendré que hacerlo, pero más adelante. Acabamos de presentar una ayer mismo. No conviene abusar de la paciencia de la gente ni de aquellos que pueden perseguirlas. En esta vida hay muchos amigos de lo ajeno —le aclaró esgrimando una sonrisa irónica—. Por cierto, ¿nunca os han intentado robáros las?

—Digamos que tenemos nuestro equipo de seguridad y que tomamos nuestras precauciones. No somos ajenos a esos amigos de los que hablas. Sin duda que hay que tener un especial cuidado con estas piezas. ¿Te han robado en alguna ocasión? Con todos los tesoros que posees en casa, no sería nada descabellado.

—A decir verdad, sí —le confesó con total naturalidad mientras ahora el gesto de él se volvía lleno de preocupación.

—Lo lamento. ¿Lograste recuperar la pieza?

—No. Nunca lo he logrado. Ni creo que logre hacerlo.

—Entiendo. Una vez que te roban una pieza de arte, es complicado seguirle el rastro. Robos por encargo. Si no es inconveniente, ¿qué se llevaron?

—Un huevo de Fabergé —le confesó al mismo tiempo que Roy ponía cara de desagrado.

Roger asintió mientras entregaba las cajas a sus ayudantes para que las depositaran en el interior de la maleta. Luego uno de ellos se colocó la esposa alrededor de la muñeca mientras la otra la deslizaba por el asa de la maleta.

—Ha sido un placer. —Roger estrechó la mano de Roy en primer lugar. A continuación, cogió la de Denisse y se demoró más de la cuenta mientras la acariciaba ante la expectante mirada de esta.

—El placer ha sido nuestro Roger, créeme —asintió Roy tratando de ocultar el regocijo en su interior porque acababan de dar un buen golpe. Sí.

—No me cabe la menor duda. Sois medio millón de libras más ricos —les recordó con una mueca irónica.

Roy y Denisse lo vieron alejarse hacia la puerta y salir por esta. Cuando se cerró, ambos se miraron y no pudieron contener las risas.

—Hecho. No ha sido tan difícil. Ahora será mejor recoger todo y largarnos de aquí de inmediato.

—Le hemos quitado la matrioska y le hemos vendido una imitación por medio millón de libras —resumió una exultante Denisse, que contemplaba la muñeca en esos momentos.

—Solo nos queda saber quién se la tenía jurada a Jelena. Y por lo hablado con este hombre, creo saber quién.

—¿Crees que él dio la orden? —preguntó Denisse haciendo un gesto con el mentón hacia la puerta del salón.

—No lo sé. Tengo mis dudas. Será mejor largarse y desaparecer.

Jelena se había marchado hacía algún rato con Thomas. Era lo acordado desde un principio, ya que Roy temía que Roger pudiera reconocerla e intentar algo contra ella. Pero a simple vista, este no se había dado cuenta de quién era ella cuando había entrado por error en el salón. Y menos cuando ambos estuvieron hablando. Ciertamente que Jelena estaba acostumbrada a caracterizarse cuando aparecía en ocasiones como aquella. Solo Scotland Yard conocía su verdadera identidad.

—Entonces, ¿no te ha reconocido? —Thomas le preguntó a Jelena mientras él mantenía la vista fija en la carretera.

—No. Ha pensado que era una asistente a una exposición de porcelana china. ¿Por qué pensaste en mí para la subasta?

Thomas frunció el ceño.

—Ya te lo dije, pensé que te podría venir bien el dinero.

—Dinero que todavía no he cobrado, te recuerdo. Por otra parte, tampoco estoy tan necesitada. No lo olvides —le advirtió recordando la remuneración que había obtenido por los diversos trabajos que le habían encargado.

—Bueno, pero ahora con la matrioska en manos de Roy...

—Primero hay que colocarla en el mercado.

—No será complicado. Y menos para ti, ¿no?

Jelena volvió el rostro para quedarse contemplando a Thomas. La conversación que Roy y los demás habían mantenido acerca de él y de su posible implicación en todo aquel asunto volvió a su mente.

—¿Y tú? ¿Qué harás con tu parte?

Thomas se encogió de hombros sin darle la mayor importancia.

—Cuando llegue el momento lo decidiré.

—¿Has logrado averiguar quiénes eran los tres tipos que aparecieron muertos después de que me dieran una paliza y se quedaran con la figura?

—No. Pero ahora, ¿qué importancia tiene? Tenemos la matrioska de oro. La original. Y Roger tiene dos falsificaciones —supuso, pensando en que

todo había salido bien.

—Sí, pero a mí me interesa saber quién es el capullo que ordenó que me molieran a golpes. Estoy segura de que sigue por ahí esperando su oportunidad.

—Déjalo estar, Jelena. Es mejor así. ¿No crees?

Jelena sintió la boca del cañón de un arma en sus costillas. Lanzó una rápida mirada hacia este y luego a Thomas, que ahora sonreía.

—No me obligues a terminar lo que yo mismo detuve.

Jelena entrecerró los ojos y sacudió la cabeza sin poder creer que al final las sospechas de Roy fueran ciertas.

—¿Fuiste tú? El cuarto tipo. ¿Tú ordenaste que me dieran aquella paliza, hijo de puta?!

—A ver, yo evité que aquel animal te matara, Jelena —le aseguró mientras introducía el coche en un *parking* subterráneo—. No intentes nada porque te prometo que esta vez no lo cuentas.

—¡Eres un cabrón desagradecido! —le espetó mientras pensaba en la manera de reducirlo.

—A ver, que conste que no es nada personal. Tan solo me limité a cumplir órdenes.

—¿De Roger Scott?

—Le robaste un huevo de Fabergé. Estaba cabreado contigo y buscaba resarcirse de ti. Sabía que era imposible dar con la pieza, pero no con la Zarina, ya que yo sí la conocía —le aclaró esgrimiendo una sonrisa cínica mientras no apartaba el cañón de su arma de ella.

—¿Y tú te ofreciste a entregarme? —le preguntó con un deje sarcástico mientras lo miraba con frialdad.

—Se puso en contacto conmigo y me ofreció una buena cantidad de dinero por localizarte y llevar a cabo el plan.

—De manera que fue él quien te ordenó que me dieras una paliza. Muy considerado.

—No, no, no. Él quería que te quitara de en medio. Sin más.

—¿Por qué no lo hiciste? —Jelena se quedó dubitativa ante aquella confesión por parte de él.

—Porque después de todo somos camaradas. Escucha lo que voy a proponerte. Llamamos a Roy para que venga con la matrioska, hacemos el intercambio y después tú y yo quedamos, nos largamos de aquí y vendemos la figurita y nos repartimos el dinero, ¿qué te parece? Es un buen plan, ¿no crees? —Thomas entornó la mirada hacia Jelena en busca de una respuesta afirmativa. Pero en los ojos de ella solo percibió frialdad y desdén.

—Que te jodan, Thomas.

Él chasqueó la lengua, decepcionado por aquella respuesta. Sacudió la cabeza.

—Me obligas a tomar medidas que no deseo.

—¿Crees que me asustas? He visto los horrores de la guerra en mi país. Y a bosnios y croatas llevar a cabo infinidad de atrocidades que no te puedes ni imaginar. —Jelena buscaba ganar tiempo para que él se confiara y ella pudiera apartar el arma de su cuerpo.

—Ya. Vamos a ver qué opina tu amigo Roy —le dijo marcando el número de teléfono de este—. Si en verdad te interesa reunirse con él, no hagas ninguna tontería.

Jelena no se inmutó. Ni si quiera parpadeó. Controlaba su respiración en todo momento. No le tenía miedo. Ella lo había visto y sentido en su adolescencia en la guerra de los Balcanes. Thomas no la intimidaba. Se mantenía fría, escrutando su rostro y sus acciones. Esperaría con paciencia su oportunidad. Y por supuesto, no estaba dispuesta a perder a Roy una segunda vez.

Roy sintió vibrar el móvil. Lanzó una mirada a la pantalla para descubrir el nombre de Thomas y asentir. Luego la mostró a Denisse y McCallum.

—¿Thomas? —Roy puso el altavoz para que los demás escucharan la

conversación.

—*Hola, Roy, verás, me estoy preguntando cuánto te importa la matrioska, esto es, ¿tanto para cambiarla por tu querida serbia?* —le preguntó con un toque irónico, empleando la nacionalidad de Jelena para referirse a ella.

—¿Qué sucede? —Roy se mostraba tranquilo, frío, porque conocía a Jelena y que ella sabría cuidarse. No hacía falta ponerse nervioso ni tomar una decisión precipitada. Esa no era su filosofía. Quería con vida a Jelena, a su lado, pero para ello debía mostrarse frío.

—*Ya te lo he dicho. La matrioska a cambio de Jelena. Es muy simple. Le has dado el cambio al idiota de Roger, y ahora te lo doy yo. Te doy media hora para llegar al parking que hay cerca del puerto, ya lo conoces.*

—¿Y si no?

—*No cometeré dos veces el mismo error.*

—Estoy de acuerdo contigo. No vas a cometerlo. En media hora nos vemos.

—*Te esperamos en el parking de Leith. Tercera planta. Y no llames a tu amigo el inspector, ¿vale?*

Roy cortó la llamada y levantó la mirada hacia Denisse y McCallum, que lo contemplaban a él.

—No podemos dejar a Jelena sola —dijo McCallum pasando su mirada por los rostros de Denisse y Roy.

—No, no me pasé dos años en prisión para perderla ahora —le aseguró con total convicción en sus palabras—. Esta vez no.

—¿Y Thomas? —preguntó Denisse—. No cometes una estupidez, Roy. Tú acabas de decirlo, cumpliste dos años para que todos saliéramos libres de lo de Glasgow. No la jodas. Te lo debemos.

En ese momento, el móvil de Roy comenzó a sonar y a vibrar de nuevo. Este frunció el ceño mientras pensaba que sería Thomas de nuevo, pero para su sorpresa era su viejo amigo el inspector.

—¡Joder! —murmuró antes de deslizar el dedo por la pantalla para aceptar

la llamada. Dejó que sus dos amigos escucharan la conversación—. ¡Inspector, qué sorpresa! ¿Qué puedo hacer por ti ahora? —Roy adoptó un tono jocoso para disimular. No pretendía que Fraser sospechara que algo iba mal.

—*Roy, ¿estás solo?* —El tono del inspector parecía mostrar preocupación y cierto nerviosismo.

—Sí, ¿qué quieres? —Roy pidió silencio a sus dos compañeros.

—*Ya sabemos quién se cargó a los tres que le dieron la paliza a Jelena.*

Roy permaneció en silencio mientras paseaba la mirada por los demás.

—Me alegro por ti.

—*Es Thomas Eldridge, el conductor que usaste en Glasgow.* —Aquella confesión no produjo ninguna reacción en los tres oyentes. Lo sabían desde hacía tiempo, pero no se lo habían comentado al inspector.

—Vaya.

—*¿No está contigo?*

—No, ya te he dicho que estoy solo —repitió sacudiendo la cabeza mientras Denisse se llevaba a parte a McCallum para susurrarle algo.

—*Jelena está en peligro, Roy. Y me gustaría que no hicieras ninguna estupidez. Si te lo he contado es porque pedí tu colaboración en el caso, no para que te la juegues. Recuerda que ya has estado en prisión. No cojas número para volver, ¿eh?*

—Lo sé, lo sé.

—*Bien, si ves a Thomas, o él se pone en contacto contigo...*

—Ya lo ha hecho —lo interrumpió Roy dejando la línea telefónica en silencio mientras miraba a Denisse y ella asentía.

—*¿Cuándo?* —El tono de urgencia del inspector fue evidente.

—Hace un momento. Escúchame, Fraser, tiene a Jelena.

—*¡Joder! ¿Dónde? Vamos, Roy, no cometas otra gilipollez. Esta vez te caerían más años y no podrás quedarte con Jelena* —le advirtió pensando en lo que él podría hacer con Thomas si daba con él antes de que llegaran los

agentes.

—Con una condición.

—¿*Cuál?*

—Que me dejes un momento con él. —Roy escuchó el gemido de protesta de Fraser y se apresuró a aclararle su postura—. No voy a acabar con él, tranquilo. Solo permite que le dé un recado de mi parte.

Roy y sus compañeros escucharon un gruñido de desconcierto.

—*De acuerdo, pero dínos dónde tiene a Jelena.*

—En el *parking* que hay en Leith.

—*Bien, vamos para allá de inmediato. Y te repito... No hagas ninguna gilipollez. Piensa en ella, ¿querrás?*

—Descuida.

Denisse y McCallum se quedaron callados mientras ambos contemplaban a Roy suspirar con las manos en las caderas y la mirada perdida en el vacío.

—Me largo —dijo convencido y con autoridad, sin levantar la mirada del suelo.

—Espera, acabas de decirle al inspector que no harías ninguna estupidez... —le recordó Denisse.

—No pienso esperar a que Fraser llegue. Thomas podría ponerse nervioso y hacérselo pagar a Jelena.

—Pero ella sabe cuidarse, no lo olvides.

—Sí, pero tengo que ir. No hace falta que vengáis si no queréis.

—¿Estás de coña? —le preguntó un McCallum irónico antes de lanzar una mirada a Denisse para comprobar que ella también se apuntaba—. Vamos contigo.

—Sí, le tengo ganas a Thomas —confesó Denisse—. Darle una paliza a Jelena, ¡hijo de puta!

Roy cogió aire y asintió.

—Entonces vámonos. Por el camino os contaré lo que haremos.

Fraser cogió la chaqueta del respaldo de su silla nada más colgar la llamada de Roy. Buscó a Danielle por allí, pero no la encontró.

—Rogers, tú y Stephen os venís. Tenemos al tío responsable de los tres cuerpos que hay en el depósito —le informó al policía con el que se topó en el pasillo—. ¿Has visto a Danielle?

—Ni idea. Puede estar tomando un café o en el baño.

Fraser asintió de mala gana y se alejó de su compañero.

—¿Dónde demonios se ha metido ahora esta mujer? —murmuraba mientras caminaba por el pasillo y se asomaba en todos los despachos hasta que llegó al baño de mujeres. Se detuvo delante de la puerta e inspiró. Iba a entrar cuando se encontró con Lorna que iba hacia este—. ¿Te importaría mirar si Danielle está ahí dentro? Y si lo está dile que salga, que es urgente.

—Tranquilo, miraré a ver.

Fraser controló el tiempo por el reloj de su teléfono. Hacía más de cinco minutos que había charlado con Roy. Esperaba que este no hiciera el gilipollas y fuera en busca de Thomas antes de que ellos llegaran.

—Fraser, ya tengo la gente —le avisó Rogers señalando con el pulgar detrás de su espalda.

—Vete subiendo a los coches. En seguida estoy con vosotros.

—¿Qué dirección hay que tomar?

—El *parking* que hay en Leith.

Rogers asintió y se dio la vuelta hacia los otros agentes mientras Fraser hacia lo mismo hacia la puerta del baño por el que aparecía Danielle.

—Vamos, no hay tiempo —le dijo cogiéndola del brazo y poco menos que arrastrándola por el pasillo hacia la salida.

—¿Se puede saber a qué viene tanta precipitación? Por no hablar de tus modales —le dijo con ironía mientras lo seguía a marchas forzadas.

—Tenemos a Thomas. —Fue la escueta respuesta que le dio.

—¿Qué?!

—Lo que has oído. En el coche te pongo al tanto de todo. ¡Vamos! No

quiero que Roy haga una estupidez.

Danielle sacudió la cabeza. ¿Qué demonios había sucedido? Todo se había precipitado en cinco minutos, los que ella había empleado para tomarse un café e ir al baño. ¿Tenían a Thomas?

Fraser abrió la puerta del coche y se subió a este para ponerlo en marcha antes de que Danielle se hubiera subido.

—¿Quieres que me dé un infarto? —le preguntó mirándolo con un gesto a caballo entre la expectación y la incompreensión.

—Tenemos que llegar a Leith cuanto antes.

—¿A Leith? ¿Está allí Thomas? —le preguntó una Danielle que se terminaba de abrochar el cinturón justo cuando Fraser daba un acelerón que hizo que ella rebotara contra el respaldo de su asiento.

—Tiene a Jelena. No me preguntes cómo ha sucedido porque no tengo ni idea. Llamé a Roy para comentarle el descubrimiento que habíamos hecho cuando te marchaste a por un café. Y me dijo que Thomas lo había llamado también. Tiene a Jelena con él, y supongo que no con buenas intenciones por lo que sabemos.

—Si él fue el que ordenó que le dieran una paliza a Jelena, tal vez ahora no se anda con tantos remilgos y acabe con ella —dedujo Danielle.

Fraser no hizo ninguna observación al respecto. Mantuvo la mirada fija en el frente mientras sorteaba el tráfico y observaba por el retrovisor que Rogers los seguía. Solo esperaba llegar a tiempo. A tiempo de que ni Thomas ni Roy cometieran una estupidez.

Thomas había ordenado a Jelena que saliera del coche para que cuando Roy apareciera, la viera bien. Ahora ambos permanecían apoyados sobre el capó. Thomas tenía los brazos cruzados para ocultar el arma que presionaba las costillas de Jelena. Le había advertido que cualquier movimiento podría resultar falta para ella. Y Jelena sabía que así sería. Que Thomas no vacilaría en apretar el gatillo llegado el momento.

—¿Por qué la paliza? —Jelena volvió su rostro hacia Thomas.

Este se encogió de hombros.

—Me pidieron que acabara contigo una vez que tuviera la matrioska en mi poder.

—Estabas al tanto de todo lo que sucedía. Y luego te presentaste en casa de Roy haciéndote el desentendido —le recordó con una sonrisa cínica.

—Tenía que aparentar desconcierto, ¿no crees?

—En cuanto Roger se entere de que sigo viva, irá por ti.

—¿Vas a decírselo tú? —le preguntó con ironía mientras chasqueaba la lengua—. Primero tendrás que salir viva de aquí. Y para eso tu querido Roy debe entregarme la matrioska sin rechistar. De lo contrario... —Thomas presionó un poco más el cañón del silenciador contra ella para escuchar su protesta. Sin embargo, Jelena no emitió ningún gemido ni gruñido.

—Te cargaste a los tres compañeros a sangre fría.

—Habían cumplido su trabajo. Ya no me servían.

—No me puedo creer que lo hicieras tú. No te tenía por un asesino.

—Oh, vamos, Jelena, que actuara de conductor en los diversos golpes que dimos como grupo no significa que, llegado el momento, pueda apretar el gatillo, ¿no crees?

—¿Es por dinero? ¿Por la muñeca?

—Y por ver la cara de Roy cuando le arrebate la pieza por la que había planeado este golpe. Pero sobre todo, saber hasta dónde está dispuesto esta vez a llegar por salvarte. —Jelena frunció el ceño—. Oh, vamos, todos sabemos que él se dejó coger por los agentes de Scotland Yard para que *tú* salieras indemne. Conoces el motivo. Te quiere. No ha dejado de hacerlo en todo este tiempo que habéis estado separados. Por cierto, él entre rejas y tú divirtiéndote —le recordó riendo—. ¿Cuántas operaciones llevaste a cabo tú solita, Zarina? —pronunció su apodo con cierto desdén y burla—. ¿Vas a terminar tu vida como los Romanov?

Roy aparcó el coche a las afueras del *parking*. Se bajó y cogió el teléfono para llamar a Thomas. Necesitaba saber dónde tenía a Jelena.

—*Hola, Roy, ¿ya has llegado?* —El tono irónico encendió más a Roy.

—Thomas, estoy aquí.

—*Date prisa, ¿quieres?, empiezo a cansarme de todo este asunto.*

Roy no escuchó ni una palabra más, ya que Thomas había cortado la comunicación.

—Al último piso —les dijo a Denisse y McCallum.

El chirrido de los neumáticos hizo que desviara la atención hacia su espalda. Varios coches de Scotland Yard llegaban en ese momento. Fraser salía del primero de estos con cara de pocos amigos mientras caminaba hacia él y lo apuntaba con un dedo.

—Ni se te ocurra.

Roy levantó las manos con la maleta que contenía la matrioska.

—¿Qué coño llevas?

—Lo que Thomas ha pedido.

Fraser y Danielle intercambiaron una mirada de incomprensión.

—¿Dinero?

Roy sacudió la cabeza. La matrioska carecía de valor para él en ese momento. Jelena era lo más importante.

—Una matrioska —le respondió apoyando la maleta en el capó del coche

y mostrándosela a los inspectores.

—¿No será...?

—Thomas estaba detrás de todo esto, ya lo sabes. Quiere la muñeca rusa por Jelena.

—Está bien, ya hablaremos más tarde. ¿Sabe ya que estás aquí?

—Sí, acabo de hablar con él. Iba a subir al ático a contemplar las vistas cuando habéis llegado. Si tardo, sospechará. —Roy entornó la mirada hacia Fraser para hacerle ver que el tiempo corría en su contra.

—Bien, tú, al ascensor. Nosotros por las escaleras. Distráelo todo lo que puedas. Vosotros quedaros aquí —le pidió a Denisse y McCallum.

—Está bien. Subo —asintió Roy.

Fraser se volvió hacia sus hombres y pidió que al menos uno se quedara con los dos compañeros de Roy por si acaso a Thomas le daba por escapar y liarse a tiros con todos.

Danielle comprobaba su arma cuando Fraser se acercó a ella y la apartó sujetándola del brazo.

—Quiero que te mantengas en segunda línea. Y que te pongas un chaleco.

—¿Desde cuándo me das órdenes? —le preguntó con una mezcla de incredulidad y cabreo.

—Desde que te has convertido en una parte esencial de mi vida a la que no estoy dispuesto a renunciar —le aclaró con una mirada llena de cariño que calentó el corazón de ella provocándole una sensación de vacío en el estómago a la vez—. Por favor.

Danielle suspiró mientras cerraba los ojos. Se preocupaba por ella. Eso estaba claro. Pero lo que acababa de decirle... Tendrían que aclararlo más tarde.

—De acuerdo. Pero sabes que nunca subiría sin protegerme.

Fraser le tendió uno de los chalecos que había en el coche mientras él se colocaba el otro. Lanzó una mirada al resto de hombres y le hizo una señal para que fueran hacia las escaleras.

—Vosotros no os mováis de aquí —ordenó a Denisse y McCallum—. Detrás de mí —pidió a Danielle, a quien seguían los otros tres agentes.

Roy llegó al último piso. Las puertas se abrieron y salió al rellano de la última planta del *parking* con la tensión lógica del momento. Miró a todas partes en busca de Thomas y Jelena, pero no le fue complicado encontrarlos. Permanecían apoyados en el coche que Thomas había usado para salir del hotel. Roy caminó despacio hacia ellos y sin apartar la mirada de la de Jelena. No estaba nerviosa, de lo contrario él lo sabría. Pero no era el caso. Jelena había vivido tanto en su corta existencia que Roy creía que poco o nada podría sorprenderla.

—Acércate, Roy —le pidió Thomas mientras caminaba con Jelena sujeta del brazo y el cañón del silenciador en sus costillas—. Espero por tu bien que no me hayas traído una imitación.

—Es la auténtica. No estaría tan loco como para sacrificar a Jelena por una copia.

—No, claro. Pero si lo hiciste en Glasgow.

—Lo hice por todos si no recuerdo mal. Tú eras el conductor, ¿o ya no te acuerdas?

—Sí, buen golpe. Lástima que te echaran dos años solo. —Thomas sonrió al ver la cara de sorpresa de Roy.

—Bueno, ya sabes, no me pillaron con ningún cuadro encima.

—Lástima.

—Estoy seguro que, viéndote ahora, para ti lo fue. Zanjemos esto de una vez, ¿quieres?

—Deja la maleta en el suelo. Y empújala con el pie hacia ella. Y por si se te ha pasado por la cabeza hacerte el héroe, que sepas que no vacilaré en apretar el gatillo.

—Tranquilo. No voy a hacerlo. He venido a llevarme a Jelena conmigo. Nada más. —Roy percibió la sombra de Fraser reflejada en la pared detrás de Thomas. Allí estaba el inspector, justo a tiempo.

—Cógela —le ordenó a Jelena mientras él no apartaba la mirada de Roy.

Ella se agachó al mismo tiempo que Thomas la apuntaba a la cabeza.

Fraser detuvo a Danielle para situarla detrás de él. Aunque tenía a tiro a Thomas, no se arriesgaría a herir a Jelena.

—Ponla sobre ese coche y ábrela —le indicó Thomas a ella mientras no dejaba de apuntarla ni un solo instante.

Jelena procedió a abrir los cierres de seguridad. Levantó la tapa y apareció una pequeña caja lacada.

—Ya sabes —le instó Thomas mientras ella procedía a quitarle la tapadera, que situó a un lado sobre el coche. Luego el trapo de terciopelo en el que estaba envuelta la muñeca rusa—. Cógela y ábrela para desplegar el juego de cinco. Entiendo que no me la has jugado, pero quiero estar seguro.

Roy contempló en silencio a Jelena abrir una a una las matrioskas hasta completar el juego de cinco, que quedó expuesto sobre el coche. Thomas sonrió satisfecho al comprobar que no había ningún error. Pero Jelena notó algo extraño en la composición de las muñecas. ¿El peso? Levantó la mirada hacia Roy y lo encontró sonriendo como un cínico al tiempo que asentía de manera leve e imperceptible. ¿Qué había hecho?

—Muy bien, vuelve a guardarlas una dentro de la otra. Y luego colócala como estaba. Ya falta poco para que te largues con Roy.

—¿Por qué lo haces, Thomas?

—No es nada personal, la verdad. Roger me llamó para ofrecerme un buen negocio. Un negocio lucrativo. Le ofrecía atrapar a la Zarina, ya que sabía que él había sido una de sus muchas víctimas, y de paso, quedarme con la matrioska. Por eso permanecí a vuestro lado en todo momento. Quería saber qué ibais a hacer.

—De manera que todo esto ha sido por Roger y su vendetta particular... —resumió Roy con voz alta y clara para que tanto Fraser como el resto de agentes fueran testigos de ello.

Fraser se acercó despacio, apuntando a Thomas en todo momento. Si se le

ocurría algo contra Jelena, no vacilaría en dispararle. Roy lo vio avanzar hacia ellos dispuesto a todo. Lo percibía en su mirada y en el rictus de su rostro. Thomas no iba a salir con vida de allí. De eso no cabía duda.

—¡Thomas Eldrige! ¡Tira el arma!

Thomas sonrió mientras sacudía la cabeza.

—Te dije que no metieras a los buenos en esto, Roy.

—No ha sido cosa mía.

—Pues yo sí que no he sido esta vez. Puedo asegurártelo. He estado muy ocupado con tu amiga.

Roy frunció el ceño al escuchar a Thomas hacer referencia a la policía. ¿Qué había querido decir con que esta vez él no los había llamado?

—¡Thomas, te repito que tires el arma! ¡Que levantes las manos y te arrodilles!

—Un momento, ¿qué has querido decir con lo de la policía? —Roy dio un paso hacia ellos, pero se detuvo cuando él sacudió la cabeza instándolo a que no lo hiciera.

—Si te acercas más... Eso también va por usted, agente. —Thomas se giró con Jelena para quedar en mitad de Roy y Fraser—. Si alguno de los dos se acerca, la mato. Y voy en serio. Me voy a subir al coche con ella, y nadie va a hacer nada, ¿verdad?

—No te vas a salir con la tuya —le aseguró Fraser sin dejar de apuntarlo.

Danielle permanecía a su lado. Tenía a tiro a Thomas, y ella no se lo pensaría dos veces llegado el momento. No era Fraser. Pero no tiraría a matar, le bastaba con herirlo para que soltara a Jelena. El tiempo justo para que ella escapara.

Los agentes vieron a Thomas retroceder en dirección a su propio vehículo. Jelena llevaba la maleta con la matrioska. Por un momento se le pasó la idea de golpearlo con esta. Tendría el tiempo necesario para que los agentes lo tuvieran a tiro. Sin embargo, ninguno de los allí presentes esperaba que en ese momento un coche entrara en la planta. Este captó la atención de Thomas,

quien por un segundo se despistó. Jelena sí lo aprovechó para darle un codazo en el estómago y conseguir que la soltara mientras dejaba escapar un gruñido de dolor. Jelena corrió mientras las detonaciones se sucedían. Roy se abalanzó sobre ella para juntos rodar por el suelo hasta meterse entre dos coches.

Fraser se acercó, arma en mano, hasta Thomas. Este permanecía tendido boca arriba en el suelo mientras la sangre resbalaba por la comisura de sus labios. Estaba muerto. Fraser enfundó su arma y se volvió hacia Danielle. Quería saber si estaba bien, pero entonces el corazón se le detuvo al ver que se incorporaba del suelo con gran esfuerzo mientras la mancha de color rojo se hacía más grande en su hombro.

—¡Danielle! Ve a ver a Jelena y a Roy —ordenó a uno de los agentes mientras él se arrodillaba ante ella y le pasaba el brazo por la espalda y le echaba un vistazo a la herida.

—Me ha dado, ¿verdad? —Danielle volvió la mirada hacia Fraser y percibió la preocupación por ella, pero no era la de un compañero, sino la del hombre que la quería.

—Te dije que te quedaras detrás de mí. ¡Joder!

—¿Piensas que voy a desangrarme? —le preguntó entre risas.

—Danielle... Desde mañana obedecerás todas mis instrucciones sin rechistar.

—Si vas a mirarme de esa manera tan especial como ahora, aceptaré encantada.

—Dile adiós a tu camisa —le aseguró mientras rasgaba la manga para comprobar el alcance de la herida—. Creo que solo te ha rozado. No se ve entrada de la bala.

—Mejor. Dime, ¿en serio pensaste que me había sucedido algo más grave? —Danielle arqueó la ceja con suspicacia—. Anda, échame una mano para levantarme.

—Iremos al hospital a que te vean esa herida por ahora. —Fraser cogió su corbata y se la pasó por el brazo a Danielle a modo de torniquete mientras

ella lo miraba embelesada por el cuidado que ponía con ella. No podía creer que él fuera así. Nunca antes lo había demostrado. Era cierto que cuidaba de ella porque era su compañera, pero había un tacto especial en cada una de sus acciones desde que estaban juntos. Era como si el grado de responsabilidad fuera superior ahora.

Roy y Jelena se habían incorporado cuando los disparos hubieron cesado. Roy había temido perderla y no había vacilado en arrojarse sobre ella para protegerla a costa de su propia vida.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras le acariciaba la mejilla y la miraba con preocupación por si alguna bala la hubiera alcanzado.

—Algo magullada por el golpe, pero entera. —Jelena sonrió mientras se acercaba a él y lo abrazaba con los ojos cerrados. Sintió las manos de Roy sobre su propia espalda y como esa leve caricia la aliviaba.

—No podía perderte, Jelena. Otra vez no. —Roy se apartó de ella y tomó su rostro entre sus manos mientras los pulgares recorrían sus mejillas. La besó con delicadeza, con pasión y con cariño, ajenos a los sonidos a su alrededor.

—Chicos, ¿podéis dejarlo para más tarde? —El inspector Fraser los miraba y sonreía.

—Gracias —le dijo Roy tendiendo la mano a Fraser.

—¿Por qué? Hemos cumplido con nuestro deber. Thomas estaba metido en esto hasta el fondo por lo que veo. —Fraser hizo un gesto con el mentón hacia la maleta que contenía la muñeca rusa.

—Eso parece —asintió Roy.

—¿Cómo se hizo con la matrioska? Que sepamos, Roger la exhibió delante de todos hace algunas noches. Vosotros la visteis.

Roy se aclaró la voz antes de responder.

—Sí, y a Thomas. Tal vez estaba allí para robarla. Si conocía la casa, la seguridad, no sé... Son suposiciones mías, ya que él conocía a Roger.

—Sí, al parecer, Roger contactó con Thomas, y él le propuso a la Zarina.

De ese modo mataban dos pájaros de un tiro. Luego te llamó para que tú fueras a la subasta y, de paso, quitarte de en medio, robarte la muñeca y matar a sus tres colaboradores. Estoy seguro de que colocó tu fotografía en el bolsillo de uno de ellos para dirigirnos hacia ti —asumió mirando a Jelena.

—Entonces fue él quien le entregó la pieza —comentó Jelena deduciendo lo sucedido después de que se la quitaran.

—Así parece. Pero ¿por qué no te eliminó si era lo que le prometió a Roger que haría? ¿No se suponía que todos estabais en el mismo bando cuando lo de Glasgow?

—No tengo ni idea de qué se le pasó por la cabeza. Tal vez tenía envidia de Jelena por sus logros y quería quitarla de en medio —comentó Roy—. Por cierto, ¿cómo te encuentras? —Ahora dirigió su atención hacia Danielle cuando se percató del improvisado torniquete que llevaba en el brazo.

—No ha sido nada. Un leve rasguño, que parece más por la cantidad de sangre que ha causado el disparo —le respondió sin darle la menor importancia.

—¿Qué vais a hacer con la matrioska? —preguntó Roy echando un vistazo a la muñeca que permanecía en su maleta—. ¿Devolvérsela a Roger?

—Roger tendrá que declarar sobre todo lo sucedido. Hay pruebas que lo relacionan con Thomas. Lástima no tener la declaración de este cuando te lo confesó —se lamentó Fraser mientras sacudía la cabeza y entornaba la mirada hacia Jelena y sonreía.

Roy sacó el móvil de su bolsillo y se lo tendió a Fraser.

—Escucha.

—¿Lo has grabado? —le preguntó, mirándolo, sin poder entender cómo lo había hecho.

—¿Crees que no me cubro las espaldas sabiendo que estabais Danielle y tú aquí? —Había un tinte socarrón en la voz de Roy—. Puedes usarlo como prueba, sino en un juicio, al menos te servirá para presionar a Roger de que te lo cuente todo. Aunque a estas alturas está más que claro, ¿no?

Fraser y Danielle intercambiaron sus miradas y asintieron.

—Sin duda que eres bueno. Muy bueno, Roy. Solo espero que no vuelvas a las andadas.

—Te he hecho caso —le aseguró levantando los brazos.

—Pues sigue así y no te metas en líos, ¿querrás? Eso también por ti, Jelena —le dijo señalándola como si la acusara.

—Tranquilos, inspectores. La Zarina es historia.

—Da gracias a que no te hemos podido pillar en acción. De lo contrario... En serio, ya cumpliste por ella, Roy.

—Soy consciente. A partir de hoy, nada de nada.

—Jefe, ¿qué hacemos con la matrioska? —la pregunta de Rogers captó la atención de todos.

—Al coche. Está confiscada. —Luego volvió su atención hacia Roy y Jelena—. Cuidaros.

—Lo mismo os digo —asintió Roy guiñando el ojo a los dos inspectores antes de que se volvieran para marcharse.

Danielle esperó a que las puertas del ascensor se abrieran y entraran, para volverse hacia Fraser y, sujetándolo por la camisa, obligarlo a inclinarse sobre ella para poder besarlo. Fraser emitió un gruñido en primer momento por el ímpetu de su compañera.

—Gracias por preocuparte por mí. Por cuidarme y por estar ahí.

—Sabes que lo hago encantado. Pero...

—Ya arreglaremos cuentas a solas al respecto de tus órdenes —le dejó claro mientras el ascensor llegaba a la planta baja.

Cuando Denisse y McCallum los vieron aparecer solos, dirigieron sus miradas hacia ellos con expectación y cierta preocupación porque habían escuchado varios tiros.

—Tranquilos. Ahora bajan.

—¿Thomas? —preguntó McCallum temiendo lo peor, ya que no lo veía por ningún lado.

Fraser sacudió la cabeza.

—Aquí llega el forense —dijo haciendo un gesto hacia el furgón que entraba en el *parking*.

Fraser y Danielle se alejaron de ellos para ir a atenderlo. Denisse respiró aliviada cuando por fin vio a Roy y a Jelena salir del ascensor.

—Todo ha terminado —anunció Roy con cara de satisfacción.

—Thomas... —McCallum pronunció el nombre de este en un susurro, siendo consciente de que, según el gesto de Fraser minutos antes, no había salido bien parado.

Roy sacudió la cabeza y resopló. Luego se frotó las manos y miró a los tres.

—Es mejor regresar.

Se miraron entre ellos como si esperaran que alguno fuera a añadir algo más. Pero dado que había más bien poco que explicar, volvieron al coche, al que se subieron, y salieron de allí sin despedirse si quiera de los inspectores.

Jelena se dejó caer sobre el sofá con gesto abatido, tal vez de decepción, porque al final de todo se habían quedado sin la matrioska, ¿o no, después de todo aquel lío con las falsificaciones? Aunque tenía la parte cobrada por la venta de la falsificación.

—¿Qué te sucede? —preguntó Roy cuando se percató del gesto sombrío que reflejaba su rostro.

—Tanto trabajo, tanta preparación para que al final la matrioska se la haya quedado Scotland Yard —expuso ante los rostros de sorpresa de los demás—. Al menos tenemos medio millón de libras...

—Y sabemos quién estaba detrás de todo esto —apuntó McCallum—. ¿Roger también estaba metido?

—Sin duda. Él conocía a Jelena, o al menos a la Zarina. Quería vengarse por su último robo. Entró en contacto con Thomas, y este vio la oportunidad para también cobrarse su propia revancha —resumió Roy con total naturalidad.

Hubo un momento de completo silencio en el salón. Todos parecían apesadumbrados, y en especial Jelena.

—¿Y ahora? —preguntó paseando la mirada por los tres.

Roy extendió la mano hacia Denisse para que le entregara la bolsa que había cogido del coche. La depositó en la mesa con sumo cuidado ante la mirada de perplejidad de Jelena.

—Ahora —comenzó exponiendo ante el resto—, tendremos tiempo y trabajo para colocar esto —anunció revelando una matrioska.

Jelena puso los ojos como platos para después sonreír con ironía. Dejó escapar un gemido y miró a Roy como si le estuviera tomando el pelo.

—¿Pretendes colocar una falsificación en el mercado negro del arte? —Había un claro toque de incredulidad en su voz porque no podía imaginar que Roy, precisamente él, pretendiera hacerlo—. Conoces a los posibles compradores y se echarán atrás en cuanto descubran que no es verdadera.

—Es la auténtica —le dijo Roy con total convicción mientras la miraba de manera fija, sin parpadear si quiera.

Jelena desvió su atención hacia la muñeca. La contempló con los ojos entrecerrados, sin poder creer que aquel juego de cinco matrioskas que Roy estaba exponiendo ante ella fuera el que Roger había llevado esa misma mañana al hotel para darle el cambiazo.

—¿Me estás diciendo que este juego de muñecas rusas es el mismo por el que yo pujé en la subasta? ¿El mismo que le cambiamos a Roger esta misma mañana? —Jelena seguía mirando a Roy en completo estado de shock.

Roy asintió mientras esgrimía una sonrisa amplia y risueña.

—Explicádselo —dijo mirando a Denisse y McCallum, que sonreían de manera abierta.

—¿Qué? ¿Qué tienen que explicarme? Te vi llegar al *parking* con la matrioska. Abrí la maleta, la caja, y allí estaba. La misma que se han quedado los inspectores —le resumió Jelena presa de la agitación que la invadía en ese instante.

—Totalmente de acuerdo contigo —asintió Roy con total seguridad y naturalidad—. Viste lo que todos vimos. Una matrioska.

—Cuando empezamos a sospechar de Thomas —comenzó explicando McCallum, desviando su atención hacia Jelena—, Roy le pidió a Seldom que fabricara en plomo tres matrioskas.

—Por lo que pudiera suceder. Teníamos las tres preparadas. Dos se las quedó Roger. Y la otra se la ha quedado Scotland Yard —le confesó Roy con total naturalidad mientras Jelena seguía sin terminar de creerlo.

—Pero... ¿cuándo...? Esto, ¿le diste un nuevo cambiazó a Thomas...? —murmuró Jelena dejando su mirada perdida en el vacío antes de centrarse en Roy y ver cómo él sonreía complacido por la conclusión a la que ella había llegado.

Esa misma mañana, camino del parking.

—Bueno, nuestro querido Thomas por fin se ha descubierto. Sospechábamos de él, pero ahora mismo él lo ha confesado. Lástima —murmuró Roy chasqueando la lengua. Bien, cómo pensábamos, quiere la matrioska original a cambio de Jelena. ¿Tenéis la tercera imitación que hizo Seldom?

—Está lista, Roy —asintió Denisse mientras miraba a Roy a través del retrovisor.

—¿No crees que note que es una falsificación?

—Tranquila, Thomas no tiene ni idea de arte. Se tragará lo que le demos.

—¿Desde cuándo sospechabas de él? —preguntó McCallum con curiosidad.

—Desde el día que se presentó en casa para ver a Jelena. Solo tuve que

ver la expresión de su rostro cuando la vio viva. Tal vez esperaba que la paliza la matara o que la dejara inconsciente al menos unas horas. O que alguien que pasara por allí... No sé. Pero se equivocó. Eso, y el hecho de contar que él no sabía nada. Llamarla para que fuera ella la que se encargara de la subasta... Fueron un cúmulo de coincidencias que después corroboró el inspector Fraser. Pero ya no importa. Ahora vamos a salvar a Jelena y a dar un nuevo cambio.

—Pero Scotland Yard... —le recordó Denisse preocupada en cierto modo.

—Todo suyo. El inspector Fraser no vacilará en detenerlo —Roy sonrió mientras enfilaba el aparcamiento de Leith.

—De manera que... —Jelena permanecía con la boca abierta sin saber qué decir. Señalaba la muñeca y sacudía la cabeza.

—La verdad es que actuaste con total calma y naturalidad. Si te hubiera confesado que teníamos una tercera muñeca preparada por si acaso... Era mejor mantenerte al margen.

—Muy bien. Genial —exclamó Jelena palmeándose los muslos e incorporándose del sofá, encendida por la rabia y la decepción porque Roy no hubiera contado con ella para esa parte del plan—. ¡Que te follen, Roy!

Roy sintió el hombro de Jelena impactar contra el suyo propio mientras ella se retiraba a la habitación. Resopló apretando los labios y sacudiendo la cabeza.

—Creo que es mejor que Denisse y yo... —McCallum se levantó de la silla a la vez que la pelirroja.

—Procura no joderla esta vez —le susurró Denisse cuando se despidió de Roy.

Este ladeó la cabeza en dirección a la habitación que ocupaba Jelena. Resopló y caminó hacia ella con la sensación de haber metido la pata al no contarle los planes. Se detuvo en el umbral para contemplarla sentada en el saliente de la ventana. Jelena miraba hacia la calle con el ceño fruncido.

Tenía una pierna flexionada. El brazo apoyado en la rodilla mientras se mordía la uña del pulgar. «Está cabreada», pensó Roy. No, decepcionada y dolida con él. Caminó hasta la ventana y se sentó frente a ella. Por suerte, las casas antiguas contaban con aquellos amplios ventanales en los que uno podía sentarse a ver pasar a la gente, caer la lluvia o simplemente relajarse.

Jelena seguía observando el discurrir de los acontecimientos en la calle. No parecía muy por la labor de dirigir su atención a Roy por ahora. Aunque se moría de ganas de hacerlo, de acercarse hasta él, besarlo y abrazarlo por todo lo que había hecho por ella. Pero...

—Entiendo que estés dolida por no haberte contado esa parte del plan, pero entiende que, de haberlo hecho...

—¿Me crees tan novata como para joderla? —Jelena entrecerró los ojos para dedicarle una mirada fría mientras la sangre le bullía en su interior.

—No, no se trata de eso.

—Pues es la impresión que me ha dado. Puedo asegurártelo.

—Bien, te pido disculpas por haberte dejado fuera de esa parte del plan.

Jelena sacudió la cabeza.

—Agradezco todo lo que has hecho por mí, Roy. De verdad. Pero en este caso...

Roy asintió mientras sus dedos comenzaron a acariciarle la mano a Jelena. De manera lenta. Trazando figuras sin sentido sobre la piel de ella, que comenzaba a calentarse más de lo permitido. Ella no quería estar enojada con él. Por nada del mundo. Todo lo contrario.

—Sabes cómo soy, Roy. Por lo que he pasado y lo que he sido, y no me gusta que me dejen fuera de los planes. —Jelena se inclinó hacia delante para dejarle claro su malestar.

Roy la escuchaba sin decir nada. No quería interrumpir aquel momento en el que él se perdía en la mirada de ella. La vio humedecerse los labios, esperando que él la besara tal vez. Roy se acercó de manera lenta. Midiendo cada una de las reacciones de ella. Deslizó el pulgar por su mejilla mientras

su mano la cubría. Rozó los labios de Jelena a la espera de su respuesta. Una sucesión de besos cortos, lentos y llenos de cariño le hicieron saber a ella que Roy no parecía dispuesto a dejarla en aquel estado de enojo.

Jelena atrapó el labio de él entre los suyos. Lo humedeció y jugó con este, aumentando su respiración, sus ganas de perderse en su cuerpo, de sentirse deseada. Roy correspondió al beso de ella hasta sentirse saciado en parte. La contempló de manera fija mientras enmarcaba su rostro entre sus manos.

—Disculpa mi falta de tacto, pero no quería que nada malo te sucediera. No quería quedarme sin ti una segunda vez.

Jelena sonrió.

—¿Por eso te lanzaste sobre mí en el *parking*?

—Sí, y lo haría las veces que hubiera hecho falta. No estoy dispuesto a renunciar a ti, Jelena.

—En ese caso, me debes dos años —le recordó con la ceja elevada.

Roy se echó a reír.

—Estaré encantado de pagarlos.

—Con intereses.

—Muy altos.

—Elevadísimos —lo corrigió, riendo feliz por estar con él.

—Es bueno saber a qué atenerme. —Roy deslizó sus brazos por la cintura de ella y la atrajo hacia él para volverla a besar.

—No pienso renunciar a ello. Ni a mi parte en la matrioska —le recordó mientras su dedo le recorría los labios y Roy volvía a sonreír ante el ingenio de ella.

—No renuncias a nada, ¿eh?

—A nada —le susurró en la boca antes de besarlo y gemir como una gatita que necesitaba cariño y atenciones.

—Danielle, ¿quieres dejar eso? El doctor te ha dicho que no hagas esfuerzos ni movimientos bruscos con ese brazo —le recordó Fraser mientras iba hacia ella para ayudarla a quitarse la chaqueta.

—Oh, venga, Fraser. No soy una inválida —le reprochó enojada, levantando la mirada hacia el rostro de él.

—Ya sé que no lo eres. Pero la herida está reciente. Te han tenido que aplicar puntos y se te puede abrir en cualquier momento.

—Solo fue un rasguño —declaró ella en su defensa.

—Por suerte. Por cierto, ¿cómo se te pasó por la cabeza apretar el gatillo? —Fraser llevaba días dándole vueltas a esa cuestión, pero con todo el papeleo por el caso, y la posterior detención de Roger, se le había pasado.

—Fue un acto reflejo. Pensé que él dispararía primero y que... podría darte.

Fraser sonrió de manera cariñosa cuando la escuchó referirse a la situación de aquella manera.

—¡Auuuuuhhh!

Fraser la había sujetado por el brazo sin darse cuenta.

—Lo siento. No fue mi intención... Desconocía que fueras tan quejica. Tampoco ha sido para tanto.

Danielle entornó la mirada hacia él sin poder creer que lo estuviera diciendo en serio.

—No hablaba en serio. Ya sabes cómo soy. Llevamos juntos como compañeros más de dos años...

—Soy consciente del tiempo compartido —le aseguró poniendo los ojos en blanco como si lo lamentara.

—Pues a partir de ahora tendrás que soportarme en casa también.

—¿Qué has querido decir? ¿Pretendes que esto se convierta en algo habitual? —le preguntó haciendo referencia a la situación que llevaban viviendo desde hacía algunos días. Danielle tuvo la impresión de que el corazón se le subía a la garganta y que de un momento a otro se atragantaría

con este y se ahogaría si él no se explicaba ya.

—Lo que has escuchado. —Danielle entornó la mirada hacia él—. Quiero que te quedes aquí. Necesitas ayuda, Danielle.

Ella sonrió mientras ahora el corazón parecía haber regresado a su sitio, pero seguía latiendo acelerado.

—¿Solo ayuda? —Ella arqueó una ceja con suspicacia y picardía.

—He pensado que necesitas que te echen una mano para vestirme, desvestirme, ducharse. Ya sabes, cosas normales —le susurró tan cerca que Danielle percibió el deseo brillando en la mirada de él. Y el cariño en su sonrisa.

—Por supuesto. Tú no piensas dejarlo estar, ¿verdad?

Fraser sacudió la cabeza.

—Cuando se trata de ti, no pienso renunciar a nada. —Fraser se inclinó sobre sus labios y la volvió a besar con delicadeza mientras procuraba no posar su mano en el brazo de ella, lo cual le produjo una serie de carcajadas a Danielle.

El sonido del móvil de Fraser lo detuvo.

—Qué momento más oportuno, ¿no crees?

—Puede ser algo importante.

Fraser asintió de mala gana mientras descolgaba.

—Fraser. Dime, dime, Charlie. —Danielle lo observó charlar por el móvil mientras ella no podía evitar sonreír al pensar en él como su pareja. ¿De verdad estaba dispuesta a intentarlo con él? Lo vio fruncir el ceño y llevarse la mano a los ojos. Algo sucedía. Ella lo podía prever. Fraser dio por terminada la llamada y, tras dejar el móvil en la mesa, se quedó parada sin saber qué decir o qué hacer—. No te lo vas a creer.

—¿Qué sucede? —Danielle se acercó y posó su mano en el antebrazo de él

—Era del laboratorio. La matrioska es una falsificación —le confesó mirándola a los ojos.

—¿Te refieres a la que Roy iba a entregar a Thomas a cambio de Jelena?

—La misma.

—Pero entonces, si es una imitación...

—¿Todo esto por una copia? —Fraser sacudió la cabeza sin comprender lo que sucedía.

—¿Qué me dices de las que encontrasteis en la casa de Roger?

—También lo son. No te conté nada antes porque con todo el jaleo de tu disparo... Cuando fuimos a detener a Roger por su papel en todo este embrollo, también llevábamos una orden para requisar las matrioskas como prueba. Después de analizarlas, varios expertos acordaron que eran imitaciones.

—Pero entonces... ¿si eran falsificaciones, por qué motivo quitar de en medio a Jelena? —preguntó Danielle confundida a cada momento que lo pensaba.

—Tal vez para vengarse de ella por haber sufrido sus actos. Recuerda lo del Fabergé.

—Pero la pieza de la subasta estaba catalogada y reconocida como auténtica. Había documentación que lo aseguraba.

—Entonces, ¿quién la tiene? —le preguntó mirándola a los ojos en busca de su respuesta. A Fraser le parecían más brillantes que nunca, más intensos, y qué decir de aquellos labios tan seductores que Danielle se humedecía de manera casi imperceptible. A ambos pareció que se les pasara por la mente el mismo nombre, pero no lo pronunciaron. Hicieron una mueca de asentimiento y se olvidaron al momento de ello.

—Por cierto, ¿qué me contabas antes de la llamada?

Fraser sonrió.

—No recuerdo. ¿Podrías refrescarme la memoria?

Danielle rodeó a Fraser por el cuello ante la atenta mirada de este.

—Que necesitaba ayuda y que iba a convertirse en algo habitual y que...

—Y que deberías trasladarte aquí cuanto antes. No estás para quedarte

sola. Ya lo sabes.

Danielle sonrió con una mezcla de ironía y cariño por escucharlo decir aquello de nuevo.

—¿Tienes un armario lo suficientemente grande para todos mis trajes?

—Si es necesario, haremos un vestidor de pared a pared, pero ya te lo he dicho. No voy a renunciar a ti por nada. —Fraser se inclinó sobre ella para borrarle la sonrisa traviesa que bailaba en sus labios en ese momento.

AGRADECIMIENTOS:

A Ediciones B, por hacer que *Sin renunciar a nada* forme parte de Selección BdB.

A todo el equipo de Selección BdB, por terminar de darle forma. Desde Ilu Vilchez, editora; Lola Gude, por su dedicación, entrega y paciencia. A Mimi, por sus siempre acertadas recomendaciones a la hora de la corrección. A Rosa, por sus fantásticos diseños de portadas, sin las cuales la trama de la novela no sería lo mismo,

A mi chica, por ser tan paciente a la hora de leerla, por su dedicación y su sinceridad a la hora de evaluarla.

Y por último, pero no menos importante, a ti, lector/@, gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que pronto vuelvas a sumergirte entre las páginas de una nueva historia de Laimie Scott. GRACIAS por tu confianza una vez más.

Si te ha gustado

Sin renunciar a nada

te recomendamos comenzar a leer

Almas de luna

de Mara Oliver

Selección RNR

MARA OLIVER

Almas de
LUNA



Romance Paranormal

Capítulo I

CORAZÓN DE FUEGO Y SOMBRA

«Inclinado sobre el abismo infernal, un árbol altanero».

W. H. Auden

1

2007, domingo 30 de septiembre.

Luna de frutas, gibosa menguante.

—Ha llegado a su destino —anunció la voz del GPS.

—¿El Matadero? —Raúl Montenegro leyó en voz alta el nombre del local, frenó en seco su todoterreno y añadió entre dientes—: Encantador.

Mantuvo encendido el motor mientras comprobaba que la dirección era la correcta. Aunque el haz luminoso de los faros se perdía al final de la calle, Raúl podía distinguir las verjas del cementerio bajo la luz de la luna. Si se lo proponía, podía incluso contar las plumas en las alas de los ángeles de piedra de las primeras tumbas.

No había duda, estaba junto al edificio que había mandado construir para Isaac y sus chicos perdidos. Sin embargo, el restaurante que esperaba encontrar en aquella esquina se había convertido en un club nocturno.

Observó la larga fila de roqueros de la acera y sonrió. No le extrañaba que los humanos hiciesen cola para entrar en El Matadero, él mismo había

marcado los cimientos con savia de laurel y regado el hormigón del encofrado con su sangre, era un reclamo muy poderoso; incluso había dejado parte de su sombra en el sótano, encerrada en el pentagrama que formaban las columnas de carga.

Había sido una obra de ingeniería mística que incluía su propio sistema de seguridad: una red de quinqués de gas que mantenía cinco llamas encendidas sempiternamente para crear las sombras vivas que les defendían de cualquier amenaza sobrenatural.

El ritual de protección y prosperidad era infalible, repelía a los demonios y atraía a los humanos. Aquella noche parecía funcionar mejor con las mujeres, que ocupaban dos tercios de la cola, lo que era más que conveniente. Algunas de ellas repararon en los ojos claros del recién llegado. Raúl había heredado el iris subyugante de los Montenegro, una amalgama de verde malaquita, junto con las facciones más agraciadas de los genes: cejas enarcadas, oscuras, pulcras y perfectamente perfiladas; pómulos prominentes y los hoyuelos perfectos de una sonrisa canalla.

Raúl Montenegro contempló a las jóvenes con denuedo y se preguntó si entre ellas estaría la chica de la profecía. Arrancó el motor y condujo despacio para echarle una buena ojeada al negocio.

Los ventanales del restaurante seguían allí, pero tapiados y pintados de negro, junto con todo ese lado de la fachada. La puerta de cristal había sido reemplazada por un portón de hierro oxidado y una ristra de viejas bombillas iluminaban el nombre y el grafiti de un carnero degollado.

—Realmente encantador —masculló.

Lo era, debía serlo. No había un sitio libre en aquella calle y tampoco en la avenida del camposanto. No iba a poder aparcar en toda la manzana y rodeó el edificio despacio, buscando el vado del taller mecánico y cruzando los dedos para no encontrar un coche mal aparcado.

Raúl conocía el lugar a la perfección porque lo había hecho construir él mismo desde los planos, aunque solo lo había visitado en persona una vez, para ungir los cimientos.

El edificio tenía tres plantas de viviendas. Isaac y sus chicos vivían cada uno en su propio apartamento y el resto de pisos permanecían libres, disponibles para su alquiler en caso de que no prosperasen ni el taller mecánico, ni el restaurante reconvertido en antro; sin embargo, eso nunca ocurriría, ambos prosperarían.

La sangre de los Montenegro era poderosa y atraería a los humanos y su dinero, sin importar el tipo de servicios que allí se ofertasen. Isaac podría haber montado una galería de arte con unos garabatos de preescolar y todos los cuadros habrían encontrado comprador.

Raúl Montenegro se había asegurado a conciencia de que su manada de mestizos saliera adelante al estilo tradicional de su estirpe: con trabajo duro y la suerte de cara.

Lo había planeado todo al detalle, incluso les había regalado un coto de caza a las afueras de la ciudad, para que pudiesen correr a sus anchas durante las noches de plenilunio.

De igual modo, el edificio no tenía tejado y culminaba con una enorme terraza diáfana para que tomasen la luna en el resto de sus fases, cómodamente desnudos y lejos de ojos curiosos.

Los bloques de alrededor no eran muy altos y frente al taller mecánico solo había un parque y el cementerio más grande de toda la ciudad. Vivían en el emplazamiento perfecto, cerca de un campo santo donde los demonios ferales no pudiesen darles caza, al menos no a pie, si los encontraban.

«Alborada e hijos» leyó para sí y volvió a sonreír al ver el nombre del taller, la mueca de satisfacción se ensanchó al encontrar el vado libre. Aparcó y confió en que su buena suerte continuaría unos minutos más. No podía permitirse que una grúa se llevase el todoterreno, no con la basura llorosa que llevaba en el maletero.

Sacó una bolsa de hamburguesas de la guantera y se dispuso a darse un buen atracón. Había cenado antes de salir del hotel y después había parado en un restaurante de carretera para hacerse con aquella bolsa. Raúl era prudente y sabía bien que no debía realizar el ritual estando hambriento, no podía

permitirse perder el control aquella noche.

Se tragó dos hamburguesas casi sin masticar. Las había pedido poco hechas, pero debió haber especificado que las prefería crudas. Asqueado, las sintió caer a plomo en su estómago y se acordó del lobo del cuento, aquel pobre animal al que los pastores engañaron dándole de comer piedras envueltas en tripas de cordero, para tirarlo al río y ahogarlo.

Raúl Montenegro debía engañar a su lobo y saciarlo, para que no se comiese a nadie esa noche.

Salió del coche con una tercera hamburguesa en la mano y tamborileó los dedos por la carrocería negra. Al llegar a la parte trasera del todoterreno, sus nudillos repiquetearon contra la chapa y preguntó divertido:

—¿Tienes hambre, carne?

Sus orejas se movieron de un modo sutil y salvaje, para percibir la respuesta de un gemido asfixiado.

Raúl Montenegro abrió el maletero y la presa que gimoteaba dentro empezó a pestañear. Los párpados eran lo único que podía mover aquel desgraciado, sus manos apenas se retorcían en las esposas y sus piernas luchaban inútiles contra las cuerdas que las aprisionaban. Incluso sus pupilas estaban fijas en la mirada cruel de Raúl Montenegro y dejaban en un segundo plano borroso su feroz fisonomía y su traje italiano de diseño.

—Te voy a quitar la bolita —anticipó Raúl y se puso un dedo sobre los labios—, pero no quiero oír ni una sola palabra, mucho menos un grito. ¿Lo entiendes, carne?

El hombre asintió y, cuando se vio libre de la mordaza, pudo distinguir los detalles que había explorado con la lengua. Aquella bola azul de silicona tenía marcas de distintos dientes por todas partes y se contaban como las muescas en la culata de un revólver. Una por cada muerte.

El hombre se estremeció al imaginarlo y Raúl se recreó en la imagen. Se veía a sí mismo como un justiciero, como el juez y verdugo de aquella inmundicia. Para él, la presa merecía comer tanto como seguir respirando, pero contuvo las ganas de partir su débil cuello y le metió un trozo de

hamburguesa en la boca, obligándole a masticar.

El hombre comía y lloraba. Raúl le alimentaba sin mediar palabra y vigilaba los alrededores. No quería verse obligado a atacar a algún testigo desafortunado, aunque en su maletero quedaba espacio para otro cuerpo porque aquel individuo nauseabundo no abultaba nada. Más que carne, era un saco de huesos cubierto de piel cetrina y una mata sudorosa de pelo pajizo.

El saco de huesos estudió a Raúl a través de las lágrimas y el horror. Se había esforzado en memorizar los rasgos de su secuestrador para describírselos a la policía cuando le encontrasen, pero los detalles se diluían a los pocos minutos, como si estuviese drogado. Pelo lacio, brillante y oscuro, en contraste con los ojos verdes más claros que jamás había visto... Eso era todo cuanto podía decir, que le había asaltado alguien muy alto, atractivo como el demonio, de unos cuarenta años. Puede que tuviese algunos más, el hombre no estaba seguro. Nunca antes se había fijado en alguien tan mayor y, sin embargo, había sido incapaz de rechazarle. Había aceptado primero una copa y, poco después, pasar con él la noche.

Decidió que no le diría a la policía nada de eso último, no quería que se enterasen su mujer y sus hijos. Diría que le habían asaltado en un semáforo para robarle y nunca volvería a hablar de lo estúpido que había sido siguiendo a aquel ángel como un corderito hasta el aparcamiento. Nada más llegar al coche, se había transformado en demonio, le había sacudido una patada y postrado de rodillas. Después, le había atado, amordazado, izado en el aire como un fardo y lanzado al interior de aquel maletero que apestaba a orina, su propia orina.

Su secuestrador era un loco peligroso y en cuanto lo sacase de allí, él le daría lo que le pidiese.

Raúl Montenegro se sopló el flequillo con desidia. El saco de huesos tomó nota de cada cana que veía en sus sienes, incluso midió los centímetros de las entradas en su frente y, al bajar la vista, se vio reflejado en los ojos del maníaco, unos ojos verdes que a veces parecían relucir como los de un gato en la penumbra.

Eso tampoco se lo diría a la policía, ni les hablaría de lo rápido que se había dejado seducir por aquella sonrisa de satisfacción plena, igual a la que veía en ese momento.

—¿Quieres saber por qué sonrío así, carne? —le preguntó Raúl. Al momento, dejó de alimentarle, tiró los restos de la hamburguesa por encima de su hombro y volvió a amordazar a su presa—. Sonrío porque me estoy viendo a través de tus ojos y me gusta lo que veo... También escucho todo lo que piensas, sí. A mí no me puedes engañar, carne. Lo sé todo de ti, pero tú no sabes nada de mí. Tengo más de cincuenta años, podría enseñarte mi DNI y verías mi fecha de nacimiento y hasta mi nombre. No me importaría, porque no se lo vas a contar a nadie y mucho menos a la policía, te lo aseguro... Y eso de que tengo entradas ha sido un golpe bajo, te quedas sin postre.

Un coche atravesó la calle principal. Los ojos de Raúl Montenegro se giraron veloces para atrapar la luz de los faros, que se reflejó en sus pupilas de depredador nocturno.

La presa empezó a hiperventilar. No podía dejar de pensar en lo que le había dicho el maníaco, lo de que le podía leer el pensamiento. Era una locura del todo imposible, tanto como aquellos ojos que cambiaban de color, pero parecía real.

Pensó que quizá estuviese bajo los efectos de una droga muy potente, algo que el secuestrador pudiera haberle echado en la bebida, algo que le aturdió tanto que le volvió incapaz de hacerle frente en el aparcamiento.

—No podrías hacer frente ni a alguien de tu tamaño —le escupió las palabras con asco—. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad, carne?

Raúl Montenegro se miró por última vez en aquella mente abúlica y la usó de espejo. Se colocó el traje, se limpió los dientes y se puso un cigarrillo entre los labios.

Con una mano se encendió el pitillo y con la otra cerró el maletero, entonces sus ojos se encontraron con la luna sobre la línea de edificios del horizonte.

Habían pasado tres noches desde el plenilunio, pero todavía deslumbraba, casi llena, intensa y vigorizadora.

—Hécate, te lo ruego —susurró Raúl con vehemencia—. Por favor, no permitas que mate a otra chica esta noche. No lo permitas.

Se concentró en su plegaria, tomó aire y echó a caminar seguro de sí mismo.

Su elegante figura acaparó todas las miradas en cuanto dobló la esquina y retomó la calle principal.

Fumaba como un galán de cine negro y su sombra, que amplificaba el efecto, le precedía grácil y esbelta. Le abría el camino hacia la entrada del pub y la muchedumbre se apartaba, porque ningún pie se atrevía a pisar aquella sombra dominante.

Raúl disfrutaba viéndose pasar en todas aquellas mentes. Los humanos le miraban cautelosos, él pasaba imponente y deseable como solo podía serlo un macho alfa, cautivador desde todos los ángulos.

No iba a ser difícil encontrar una chica dispuesta a arriesgar su vida por unirse a su manada de mestizos. Él sabía que podría presentarse bajo una capa negra, blandiendo una guadaña y aun así se le echarían encima decenas de voluntarias, devotas y dispuestas como las concubinas del diablo.

En los últimos veinte años, Raúl Montenegro solo había intentado llevar a cabo aquel ritual en dos ocasiones, en ambas había fallado.

No parecía posible transformar a una hembra en lobo, los cuerpos de las dos mujeres anteriores habían rechazado el cambio y Raúl se había visto obligado a sacrificarlas rápido, para ahorrarles horas de agonía. Como eran almas inocentes, Raúl había pagado por sus muertes y había pagado con creces.

Aquella noche sería distinta, no volvería a fallar. Esa noche lo cambiaría todo.

«Es mi tercera oportunidad y es la definitiva», se convenció. «Tres es el número mágico, tres son las caras de Hécate... Te lo ruego, diosa Luna, que así sea».

Apuró el cigarrillo y continuó avanzando. Tentado de regresar al coche a cada paso que daba, siguió adelante, henchido de fe y esperanza.

La sombra de la Suma Sacerdotisa se le había aparecido unas horas antes y había profetizado que una hembra despertaría al amanecer. No podía equivocarse.

La Suma Sacerdotisa de la manada de Fronda nunca mentía y jamás fallaba en sus predicciones. Sus palabras de ayer eran el futuro del mañana y cuando le había asegurado que él sería el artífice del cambio, Raúl Montenegro le había creído de corazón. Por eso estaba allí, no conseguía imaginar otro modo de cumplir la profecía por su propia mano. No podía dejar embarazada a ninguna mujer e incluso si lo hubiese hecho, hacía más de medio siglo que no nacían hembras en la manada. De sus vientres y semillas solo nacían machos.

Estaban malditos.

A Raúl solo se le ocurría una manera de que una hembra abriese los ojos al llegar el nuevo día gracias a él y estaba dispuesto a saltarse todas las normas para intentar el ritual de la luna de sal y sangre, por tercera vez.

Su esperanza rozaba la codicia de la trascendencia histórica que prometían anteriores profecías. Él tenía que elegir una mujer y él era el macho alfa, cabeza de familia de los Montenegro. Tal y como decían las premoniciones de antiguas Sumas Sacerdotisas: de la sangre de una estirpe imperial, llegaría una hembra cuyo poder devolvería la prosperidad a los lobos de Fronda.

Raúl creía que aquella noche encontraría a la chica de la profecía más codiciada, a la elegida bendecida por la muerte.

Sumido en su esperanza como en un halo de luz, alcanzó la entrada de El Matadero y se puso el primero en la cola. No iba a esperar para entrar en ninguna parte, no lo había hecho en su vida y no era momento de cambiar de hábitos.

Él era un alfa, todos los demás le seguían.

Echó una mirada al grupo que encabezaba la fila y les ordenó que le dejaran espacio, con la voluntad de su pensamiento.

La fila se replegó enseguida, aunque se escucharon los gritos de queja de los humanos que estaban más atrás.

Raúl no perdió el tiempo y se encaró con el chico que flanqueaba la puerta. Aquella mole pálida, rapada y embutida en cuero, le miraba perpleja, sin lograr recordarle.

Sin embargo, Raúl sí sabía quién era él. Solo le había visto una vez, seis años antes, pero reconoció sus ojos azul cobalto de cachorro avisado. Masticó su nombre, sin soltar una sola sílaba, y esperó.

El joven se llamaba Héctor, rondaba la veintena y era un gigantón difícil de olvidar. Alto como el alfa, el doble de ancho y fornido como un profesional de lucha libre, lucía la cabeza rapada y una barba de dos días, anaranjada.

Unos aros dilatadores convertían sus lóbulos en aldabas y le daban un aire de buda bonachón. Llevaba el torso al aire, enmarcado por un chaleco vaquero abierto que dejaba a la vista el tatuaje que la mole tenía en el pecho. Era la cabeza de un lobo negro de ojos amarillos, fiel en cada detalle al lobo que en verdad llevaba bajo la piel el propio Raúl Montenegro.

Héctor olisqueó el aire, percibió el fuerte aroma del macho alfa y sus pupilas se dilataron aterrorizadas. Su pierna izquierda se agitó sin que el joven fuese consciente de los espasmos porque estaba centrado en dominar su mente y no su cuerpo.

Consiguió mantenerse sereno mientras calculaba las posibilidades que tenía de sobrevivir y, cuando se llevó una mano bajo el chaleco, para buscar su arma, Raúl intervino:

—Piensa bien lo que vas a hacer, guaje, porque puede que sea lo último que hagas.

El alfa se lo dijo al más puro estilo de *Harry, el sucio*. Se metió en el papel hasta las cejas, enarcándolas sin apenas mover otro músculo del rostro mientras hablaba con el cigarrillo pegado a los labios, imperturbable como *Harry, el Ejecutor*.

Podría haberle tranquilizado, diciéndole quién era él, pero prefirió

comprobar la fortaleza del gigante. Raúl consumió el resto del pitillo de una calada profunda y tiró la colilla encendida entre los pies de su oponente.

Los ojos de Héctor siguieron la parábola del cigarrillo como un vigía otearía una flecha encendida acercándose a su muralla. Le pareció que la colilla tardaba siglos en caer al suelo y, cuando por fin lo hizo, la aplastó con una de sus botas. Al alzar la vista se reencontró con la mirada ambarina de Raúl Montenegro.

El alfa estaba dispuesto a llevar la situación al límite. Sus pupilas brillaron amarillas y las aletas de su nariz exhalaban todo el humo de la última calada, con un gesto fiero.

Sin embargo, Raúl no conseguía doblegar la barrera mental que el chico mantenía. Héctor no le dejaba ahondar en su mente y el alfa solo podía percibir un pensamiento. Ni siquiera era una palabra, era una emoción, el recuerdo más feliz de Héctor: lo que había sentido al dormir la primera noche bajo el techo de Isaac Alborada.

La tranquilidad de saberse a salvo y querido le daba fuerzas y el joven estaba dispuesto a dar su vida allí mismo, protegiendo a sus hermanos.

—¿Sabes lo que soy? —gruñó Raúl.

—Eres... Eres un alma de luna —titubeó Héctor, midiendo sus palabras.

Raúl Montenegro sonrió complacido. El gigante era listo y tenía tacto. No le había llamado licántropo, ni hombre lobo, ni *lupo mannaro*. Había elegido un apelativo de honor que mostraba respeto.

Isaac le había enseñado bien.

—Exacto, soy un alma de luna —confirmó Raúl y su gesto se volvió depredador—. Lo soy de nacimiento, no como tú, mestizo... Tú solo eres un esclavo de la luna. Quítate de la puerta, maldito.

No había modo de que por el olfato se distinguiese un mestizo de un purasangre. Los dos olían a lobo, aunque Raúl podía sacarlo de debajo de su piel en cuanto quisiera, sin dolor y en dos segundos; Héctor solo cambiaba con el plenilunio y su transformación era una sádica tortura de tres minutos.

Eso era algo que ambos sabían.

El alfa había hecho la aclaración a modo de amenaza, pero Héctor apenas se movió, tan solo se le cayeron de las manos algunas de las entradas con consumiciones gratuitas que tenía que repartir aquella noche entre las chicas.

Lo de las entradas había sido idea de Isaac y los pensamientos del joven se centraron en él, en su padre adoptivo.

Imaginó su pequeña manada de mestizos alrededor de la mesa de billar, ajenos al peligro que acababa de presentarse. No tenían ninguna posibilidad de sobrevivir al ataque de un purasangre, escapar por el reservado hacia el taller y de ahí al cementerio no les salvaría. Los *mannaro* no eran demonios ferales, podían pisar suelo consagrado.

Los mestizos también tenían los sentidos humanos agudizados y un físico resistente, podrían correr durante horas, pero no podrían transformarse a voluntad y aquel purasangre sí podía cambiar, allí mismo y en aquel instante. Héctor sabía que el recién llegado podía abrirle en canal con sus garras y atravesar la puerta, después de atravesarlo a él.

—Esta noche hay una fiesta privada —dijo el joven, tragando saliva e intentando comprar algo de tiempo y una muerte rápida—. Lo siento, pero es solo para mestizos y humanos.

Raúl Montenegro abandonó su charada con una sonrisa genuina y amable. Aquel chico merecía cada gota de sangre que había puesto en él. Le gustaba.

Se colocó el cuello de la camisa y agregó:

—Isaac no te lo ha dicho, pero la fiesta es en mi honor. Ha sido un largo viaje, ya sabes. Soy Peter Pan y vengo desde Nunca Jamás. Mi sombra ya está dentro, me la guardáis en el sótano.

La mandíbula de Héctor se desencajó y el resto de sus músculos se relajaron.

—Lo siento... —se disculpó—, señor.

No podía llamarlo de otra manera. Isaac se había asegurado de que ninguno de sus chicos perdidos supiese el nombre del alfa, ni el lugar del que

procedía. Siempre les decía que su misterioso benefactor vivía en Nunca Jamás y que su sombra les protegía.

Raúl e Isaac solo se veían en persona un par de veces al año, nunca en aquel edificio. El alfa era muy cuidadoso y preparaba los encuentros al detalle, con las máximas medidas de seguridad. Los mestizos debían ocultarse bien o les darían caza, tanto los demonios ferales como los purasangre.

Estaba prohibido crear mestizos y por saltarse las reglas la vida de Raúl también corría peligro, si les localizaban.

Todos habían sido marcados con la sangre del alfa, ungidos con un símbolo que les volvía incapaces de recordarle.

Incluso en la mente de Isaac Alborada, él no era más que una sombra amante, la misma sombra que le visitaba en sueños.

Raúl Montenegro entró en El Matadero y fue recibido por una nube de humo de tabaco, aderezada con *bourbon*, gasolina y el buen *rock* de los años setenta.

Todos los tópicos que había temido encontrarse desde que había visto el nombre del bar y el lobo tatuado en el pecho de la mole, estaban allí dentro.

Una luna llena fluorescente dominaba el techo, las paredes estaban repletas de grafitis que representaban escenas del cine de terror clásico y había salpicaduras de pintura roja por todas partes, simulando las manchas de sangre de una masacre.

La barra del bar era muy larga y también estaba cubierta de pintura hasta formar un charco en el suelo. La atendían dos veinteañeros, una camarera rubia y resultona, que apenas tenía trabajo, y un camarero moreno y fornido que se veía asediado por una horda de mujeres.

El joven tenía los brazos llenos de tatuajes tribales y a Raúl tampoco le costó reconocerle.

Se llamaba Fran.

Fran había sido seropositivo desde los tres meses de vida, pero el milagro

de su curación lo había convertido en adulto gracias a Isaac Alborada. El ritual de la transformación había sido muy fácil con Fran, el lobo negro había crecido fuerte bajo su piel y se había comido el virus a dentelladas.

Desde entonces, casi cada año, Isaac intentaba convencer a Raúl de que aumentasen la manada con un nuevo espécimen necesitado, contándole casos que hacían temblar al alfa.

Las razones eran siempre tan aterradoras y convincentes que a Raúl le costaba negarse, pero debía hacerlo. No podían arriesgarse a crear demasiados mestizos.

Accedió únicamente con los cuatro chicos que vivían situaciones más extremas y no tenían familia.

Los cuatro habían tenido suerte y habían sobrevivido al cambio conservando la cordura, pero el alfa no podía transformar a cada chiquillo desgraciado que se cruzara en el camino de Isaac, porque era voluntario en un centro de acogida para menores y allí la mayoría habían sufrido abusos o no tenían a nadie en el mundo o las dos cosas.

Raúl apartó la vista de Fran y buscó a Isaac Alborada entre la muchedumbre. El club estaba abarrotado, pero no le llevó mucho tiempo distinguir a otro de los chicos perdidos, al más fácil de recordar.

Se llamaba Ramiro, todos le llamaban Best.

En aquel momento, Best se reclinaba sobre la mesa de billar y estaba a punto de golpear la bola blanca con el taco.

Su melena castaña y lacia tapaba la mitad de un rostro nacido para la publicidad de las mejores marcas, era tan larga que le rozaba los dedos y caía sobre la mesa mientras el chico apuntaba con un solo ojo, tan verde como el tapete.

La bola blanca recibió el impacto, chocó contra la negra y la envió a la tronera, poniendo fin a la partida.

—Y por eso me llaman el Best —le dijo a la chica contra la que jugaba—, porque soy el mejor en todo lo que hago.

Raúl escuchó las palabras en su mente con claridad. Best no estaba completamente cerrado, como Héctor, él solo escondía su parte oscura: la mente del lobo y la verdadera razón de su apodo.

Ramiro Márquez podría haber tenido futuro como modelo o actor, si no le hubiese desfigurado un accidente. Desde entonces se escondía tras un flequillo largo.

Con apenas trece años, Best se había colado en los túneles del metro para hacer un grafiti en honor a su padre, en la misma estación en la que este había sufrido su último infarto. El padre de Best era conductor del suburbano y el joven se había hecho con las llaves, por lo que no le costó acceder al lugar, pero no contaba con el vagón de prácticas que le arrolló aquella noche.

Best no pudo esquivar el tren que entró en la estación sin aminorar y fue arrastrado varios metros, quemándose la mitad del cuerpo contra la pared del túnel.

En la residencia de huérfanos ferroviarios, los otros chicos le habían apodado Bestia por la cicatriz que le partía en dos la cara, él había conseguido acortar el mote a Best, a base de carisma.

El mismo carisma que le había hecho ganarse el mordisco del alfa.

Mientras Raúl Montenegro se concentraba en Best, los ojos grises de otro chico perdido le espiaban desde el tumulto de la pista de baile.

Darío de la Rocha se había incorporado a la familia apenas un par de años antes, pero se había convertido rápidamente en el brazo derecho de Isaac Alborada, al que protegía como un sabueso del infierno.

Su historia no era mejor que la de Héctor, la de Fran o la de Best, los recuerdos de su infancia aún le hacían despertarse empapado en sudor frío.

Darío era parco en palabras, utilizaba las justas y sabía escuchar, esconderse del mundo y mirar sin ser visto.

Era atractivo en las distancias cortas, pero su belleza no resaltaba entre los humanos del pub como la de los otros mestizos.

De estatura media y constitución delgada, aunque fibrosa, Darío se

mimetizaba con el entorno en claroscuros. Su sonrisa se curvaba triste, su pelo ralo mostraba un rubio indefinido y ceniciento incluso en las pestañas que siempre acechaban sus ojos grises, rasgados y sagaces. De la buena vida, él conocía lo que había aprendido en el cine y en los libros, la calle había sido su mejor maestra.

Era un puro nervio, templado y afilado, y en aquel instante todos sus sentidos se volcaban en los movimientos del recién llegado.

El alfa lo atisbó cuando Darío ya alcanzaba el despacho de Isaac. Vio al muchacho desaparecer tras la puerta del reservado y, treinta segundos después, la puerta volvió a abrirse e Isaac Alborada salió al paso.

Era elegante al estilo del alfa, de nacimiento. Su pelo dorado peinaba canas, sus ojos celestes y joviales ostentaban el brillo de un alma vieja. Llevaba una camisa oscura, un vaquero gris y una sonrisa brava.

En su perfección de adonis maduro solo desentonaba la mácula de una cojera.

Marta Alborada dejó el libro que estaba leyendo y empezó a ejercer de camarera. Cargaba tercios de cerveza en las cámaras frigoríficas mientras intentaba escuchar la conversación que su tío estaba teniendo en la barra, prácticamente junto a ella.

Marta le había estado observando todo el día y nunca había visto a Isaac tan taciturno. Ni siquiera había querido discutir cuando Marta le había recriminado aquella absurda idea del domingo de chicas, con consumiciones gratuitas para todas las mujeres que acudieran al bar. Marta no entendía de dónde había salido aquel despropósito sexista. No necesitaban aumentar la clientela femenina, con las asiduas de Fran ya tenían bastante.

Esa noche en el pub estaban las de siempre y muchas otras chicas más y, sin embargo, apenas había trabajo para Marta porque la mayoría acudían al lado de la barra que atendía el moreno de los tatuajes.

Marta podría haber seguido empollando el libro de Derecho Romano si no

hubiese tenido toda su atención centrada en su tío. Ver a Isaac flirteando era inaudito.

Ella le incordiaba a menudo diciéndole que tenía el listón demasiado alto, que no podía esperar toda la vida hasta encontrar otro hombre más atractivo que él, porque eso iba a ser difícil. Era su broma particular y Marta empezaba a pensar que su tío se lo había tomado en serio, pero el candidato perfecto estaba delante de ellos.

Los dos hombres se saludaron con un abrazo intenso y prolongado, más que un reencuentro parecía una despedida. Marta habría jurado que si su tío no se hubiese apartado con un mohín receloso, de seguro habría habido algo más íntimo que un abrazo entre ellos.

La joven agudizó el oído, cogió una servilleta y se puso a limpiar el polvo de cada botellín que metía en la cámara.

—Dijimos que nunca volveríamos a intentarlo —le decía Isaac a Raúl en ese momento. Pasaba el dedo índice por el borde de su vaso de *bourbon* y contaba las copas que le quedaban para terminarse la botella.

—¿No se suele decir nunca digas nunca?

—Y también se dice que los locos son esos que repiten el mismo proceso, esperando diferentes resultados.

—Bueno, pues igual hacen los científicos —contraatacó Raúl.

—Los científicos introducen variantes.

—Exacto y hoy traigo una variante. —Raúl dio un trago a su bebida energética y agregó con media sonrisa—: Por eso funcionará el ritual, porque esta vez es diferente. Ya lo verás, no te preocupes, que tu Peter Pan va a encontrar por fin una Wendy... Y la va a convertir en un wendigo, pero uno de los buenos.

Isaac entendió la broma, pero no le hizo gracia. Un wendigo era un mestizo, ese era otro modo de llamar a los esclavos de la luna, aunque solo a aquellos que perdían la conciencia humana al transformarse, se volvían fieros depredadores salvajes y mataban cuanto encontraban a su paso.

El alfa se rio de su propia ocurrencia e Isaac mantuvo el ceño fruncido. Al mestizo le horrorizaba pensar en los wendigos, le revolvió las entrañas hasta la náusea.

Veinte años antes, él había perdido su humanidad igual que un wendigo. Había probado la carne humana y había atacado a una persona, abriendo su pecho y desgarrando su corazón, dejándolo a las puertas de la muerte.

Por suerte para él, Raúl Montenegro había sido muy rápido aquella noche y el alfa había puesto fin a la agonía de su presa. Desde entonces, el espíritu del muerto estaba arraigado a la sombra de Raúl en lugar de atormentar a Isaac.

El mestizo no daba crédito. El alfa quería arriesgarse a aumentar su séquito con un nuevo fantasma, sin que pareciese importarle tomar otro corazón y que otra alma inocente se uniese a su sombra.

—No es una buena idea, no olvides lo que pasó las otras dos veces —fue lo único que acertó a decir.

—Sé positivo —le pidió el alfa, chocando sus vasos con un brindis triste y funesto—. A la tercera va la vencida.

—También se dice que no hay dos sin tres —refunfuñó Isaac, dejando el vaso en la barra sin probar el licor. Sus ojos azules se tiñeron de brumas y dejó de ver lo que tenía delante para recordar una cama ensangrentada y el cuerpo exangüe de la segunda Wendy.

Habían abordado a aquella chica en un bar, no significaba nada para ninguno de los dos y su muerte, aunque demoledora, no fue tan dura como el primer fracaso del alfa.

Raúl Montenegro había intentado el ritual de la luna de sal y sangre con su propia esposa, la madre de sus hijos. Isaac todavía no entendía cómo Raúl había podido arriesgarse a hacerlo, ni la primera, ni la segunda vez. No habría una tercera, si él podía evitarlo.

—Debes tener fe —le animó el alfa con su tono más persuasivo. Se le hacía raro pedirle a Isaac que tuviese fe, él siempre se mostraba esperanzado. Decidió sacar el as que guardaba en la manga y le contó el gran secreto—:

Escúchame, la Magna Umbra ha dicho que ocurriría, así que ocurrirá. Ya lo verás, la Suma Sacerdotisa lo ha dicho: una hembra despertará al amanecer.

—No siempre acierta —murmuró Isaac.

Raúl Montenegro le miró ofendido, dejó caer una mano sobre la rodilla mala de Isaac y acarició con cariño la tela, justo sobre la hendidura que unía la pierna del mestizo a la prótesis.

—A veces no entiendo bien lo que quiere decir, porque la Magna Umbra habla con acertijos como todas las profetisas, pero tú eres la prueba de que ella nunca se equivoca —aseveró el alfa y le apretó el muslo para marcar sus palabras—. Tú eres la prueba de que ella siempre acierta, Isaac Alborada. No puedes negarlo porque tú eres mi destino y la Suma Sacerdotisa me avisó de que te conocería, me lo dijo la misma noche en que te encontré... Ella me dijo que tendría tu vida en mis manos y que mi decisión lo cambiaría todo. Tú eres la prueba de que sus profecías se cumplen.

—No lo sé. No es lo mismo.

—Por favor. —El alfa paladeó aquellas dos palabras de súplica que nunca solía pronunciar—. Isaac, ayúdame esta noche. Solo tenemos que elegir una chica y...

—¿Te ha dicho tu bruja que la elijas?

—No exactamente —titubeó Raúl, cruzándose de brazos sobre la barra—. Ella me ha asegurado que al llegar el amanecer, la manada tendrá una nueva hembra y que será gracias a mí. Eso es prácticamente lo mismo... Si lo conseguimos, bueno, no hace falta que yo te diga cómo cambiarían las cosas para todos. Tus chicos perdidos, la nueva Wendy y tú podríais volver a casa conmigo.

A Marta se le aceleró el corazón, pero se mantuvo de espaldas, terminando de cargar la cámara.

Hacia un par de minutos que no entraban más botellas en el hueco, ella solo estaba poniendo unas sobre otras y cambiándolas de lugar, para disimular.

Conocía la doble naturaleza de su tío y también de sus cuatro hijos

adoptivos. Ella era la que metía los cinco lobos negros en la furgoneta y los llevaba al coto de caza en las noches de plenilunio. Era la que les dibujaba la luna de sal y sangre en la frente justo antes de que empezase la transformación y también se encargaba de abrirles la jaula y dejarles libres, únicamente cuando ellos le demostraban que podían razonar y quedaba claro que la marca mística había funcionado, que ninguno había perdido la humanidad de su mente al convertirse en lobo.

Su tío le había dicho mil veces que se lavase las manos después de dibujar las marcas del ritual, pero Marta nunca lo hacía. Apenas duraba unos minutos, pero la sensación de la sangre del lobo en sus dedos era embriagadora. Era poderosa porque pertenecía a un macho alfa, concretamente al que estaba confabulando con su tío a sus espaldas.

Ella nunca les había visto juntos antes, nunca hasta esa noche y, sin embargo, estaba segura de que aquel moreno de ojos punzantes debía ser el alfa.

Raúl Montenegro señaló a la joven con la cabeza y se tocó una oreja, avisando a Isaac de que la camarera les estaba escuchando.

—Tranquilo, es mi sobrina —aclaró Isaac, algo incómodo, pasándose una mano nerviosa por su coronilla grisácea.

—Ha crecido mucho —replicó Raúl, inspeccionándola. Únicamente había visto a Marta en una foto y era la foto de un bebé, aunque recordaba que tendría la edad de su hijo mayor, Urso, unos veintitrés años.

El alfa sonrió pensando que harían una bonita pareja: Urso Montenegro y Marta Alborada. Él era el vivo retrato de su padre y ella se parecía muchísimo a su tío, tenía los mismos ojos azules, sinceros y almendrados, e idéntico pelo rubio, aunque el de Isaac ya estaba cubierto de canas en su mayor parte.

Raúl escuchó con atención el corazón desbocado y arrítmico de la chiquilla, contó sus latidos irregulares y erráticos, tan débiles como lo habían sido los de su mujer. A ella la había perdido al dar a luz a Bosco, el pequeño de sus dos hijos. Había intentado salvarla con el ritual de transformación, en

vano.

Marta Alborada sufría una dolencia cardíaca similar. Tarde o temprano su corazón fallaría e Isaac lo sabía, aunque no quisiera admitir aquella horrible posibilidad como cierta. Marta era lo único que le quedaba. Su hermana habían muerto en un accidente de coche, junto con el padre de Marta, y le habían dejado una niña de apenas dos años.

Ella se había convertido en toda una mujer, era un espíritu fuerte enjaulado en un corazón débil, pero eso podía cambiar al amanecer y esa otra posibilidad era el brillo de locura que Isaac veía en los ojos del macho alfa.

—Será mejor que pasemos al despacho —rezongó Isaac, señalando la puerta del reservado. No le gustaba cómo Raúl miraba a su sobrina. Los mestizos no podían leer los pensamientos y solo se comunicaban telepáticamente en su forma lupina, pero Isaac conocía al Montenegro lo suficiente como para adivinar la insensatez que se le estaba pasando por la cabeza al alfa. La idea le horrorizaba e improvisó—: Te necesito ahí dentro... Estamos algo cortos de suministros, ya sabes.

Raúl asintió y al momento se contradijo:

—No, no, no. Lo siento, pero no. No puedo darte mi sangre esta noche, al menos no antes del ritual. Si me debilitas...

—Lo entiendo, es mejor no correr riesgos. —Isaac apuró su bebida y cerró los ojos, abatido.

En realidad no necesitaban más sangre pura, tenían suficientes terminales refrigerados y podrían ungirse las marcas de luna durante un par de meses más. Había sido un subterfugio de último minuto, una treta fallida; confiaba en que si le sacaba al alfa un par de litros, de seguro Raúl no podría realizar el ritual, tendría que cambiar de opinión y ninguno de los dos llevaría sobre su conciencia la muerte de otra chica inocente. No habría otro espíritu encadenado a la sombra del alfa y mucho menos el de su sobrina.

—¿Vamos? —carraspeó Isaac, dándole la espalda a la barra y encaminándose hacia el reservado, con su cojera habitual.

El alfa le pisaba los talones, de pronto se echó las manos a la cabeza y

exclamó:

—¡Mierda, el coche! Casi se me olvida... He aparcado en tu vado y llevo en el maletero sesenta kilos de carne podrida.

—¿Cómo de podrida? —preguntó Isaac al tiempo que la espalda se le perlaba de sudor frío.

—Podrida hasta la médula, mejor no quieras saberlo.

Isaac Alborada comprendió a qué se refería el alfa y de qué información nefanda le estaba protegiendo. Se acercaba la luna de noviembre, aquella que llamaban la luna del cazador, y la manada debía cumplir la tradición tomando la vida de un alma oscura.

El alfa era quien elegía las presas humanas y para ello recorría la península buceando en las mentes más impías, haciéndole un favor al mundo con su desaparición. Elegía las personas más corruptas que encontraba, las seguía durante semanas y esperaba a que se presentase la oportunidad de cazarlas. Después, se las llevaba a su casa y mantenía las presas vivas hasta el día del ritual, custodiadas en las mazmorras de la casona de los Montenegro.

La temporada de caza era la excusa favorita de Raúl para las contadas ocasiones en las que podía encontrarse con Isaac en algún motel de carretera.

—Si me das las llaves del coche —le propuso el mestizo—, uno de los chicos podría aparcarlo dentro del taller.

—No me parece buena idea.

Isaac tragó saliva y se parapetó tras su sonrisa más encantadora.

—Así nosotros tendremos tiempo para hablar de la locura que quieres hacer y podré convencerte de que no lo hagas.

Raúl Montenegro sacó las llaves del todoterreno con la celeridad de un prestidigitador y las hizo ondular como un péndulo ante los ojos de Isaac.

—No sé qué pretendes, Alborada —prosiguió con un guiño pícaro—, pero no vas a conseguir convencerme de nada.

Las manos de Isaac se cerraron sobre las llaves y también apresaron los dedos del alfa como una flor carnívora atraparía un insecto.

—Eso ya lo veremos —susurró Isaac—. Creo que merece la pena intentarlo.

Si Isaac Alborada hubiese sabido cómo de podrida estaba la carne que aún respiraba encerrada en el todoterreno del alfa, nunca le habría encomendado a Darío la aparentemente sencilla tarea de aparcar el coche en el sótano o al menos le habría ordenado que no tocara el maletero.

Mientras terminaba de abrirse la compuerta del taller, el chico se sentó al volante del todoterreno y se sorprendió de lo pulcro que estaba el coche por dentro. Por fuera tenía numerosas abolladuras y una capa de mugre de meses, con kilos de lodo en el guardabarros y filas de hojas muertas bajo los limpiaparabrisas. Parecía que el alfa tuviese por costumbre conducir campo a través y, sin embargo, el interior relucía como recién salido del concesionario.

Darío arrancó el motor, la pantalla del GPS salió del salpicadero y una voz robótica y femenina le pidió que dictase el destino del nuevo trayecto.

—El infierno, planta -2 —indicó el joven con media sonrisa burlona.

La pantalla parpadeó unos segundos y su superficie se cubrió de nubes. La máquina volvió a hablar:

—No existen datos para esa dirección. Por favor, asegúrese de que es la correcta o introduzca las coordenadas de modo manual.

Darío chascó la lengua.

—Déjalo, C3PO. Me sé el camino.

Con las maniobras justas, el joven metió el coche en el taller y esperó a que la compuerta de la entrada volviera a cerrarse.

A pesar de que nunca habían sufrido ningún robo en el edificio, Darío no iba a arriesgarse a que lo sorprendiese algún descerebrado que quisiera tentar a la suerte por un puñado de euros. Alguien podría haberle seguido desde el bar o visto desde el parque de enfrente. El taller era un objetivo muy goloso, la maquinaria que utilizaban era de lo mejor del mercado y había todo tipo de

herramientas por todas partes, herramientas muy caras y fáciles de vender en cualquier tienda de segunda mano.

Darío vigilaba la calle por el retrovisor y sus dedos acariciaban despacio el volante, con ritmo. Conocía al milímetro el mecanismo de la puerta, después del clac de la polea principal, quedarían exactamente treinta y ocho segundos antes de que se escuchase el golpe del cierre.

Para Darío, su cuerpo tenía el mismo contraste de orden y mierda que tenía el todoterreno: por fuera, era el Señor Imperturbable; por dentro, Don Frenético, y contar le tranquilizaba.

El mundo se volvía predecible si uno aprendía a ralentizarse y centrarse en los cinco sentidos, uno por uno: observando, escuchando, respirando despacio y contando las respiraciones antes de usar las palabras con el mayor tacto posible.

Sus hermanos le decían que era un maldito paranoico, pero él prefería pensar en sí mismo como una mente precavida y alerta.

«Que yo sea un paranoico no nos salvará de que nos ataquen los demonios, pero les veremos venir», solía decir Darío con sorna.

Aunque los chicos jamás habían visto un demonio en carne y hueso, sabían que existían. Tampoco habían visto nunca antes al alfa y, sin embargo, allí estaba en el pub y Darío metido en su maldito coche.

El mestizo no le quitó ojo a la rendija de la luz de la calle hasta que desapareció con el golpe sordo del cierre. Arrancó el motor y se mantuvo alerta en todo momento, esperando que apareciese alguna sombra dibujada en el suelo, una sombra de formas no completamente humanas. En realidad, Darío sabía que ningún humano se atrevería a enfrentarse a él, ni siquiera sacándole una ventaja de cuatro a uno. Su naturaleza lobuna les repelía igual que si se echase colonia marca «hijo de puta muy peligroso» y esa misma esencia atraía a los demonios como la luz a las polillas, polillas gigantescas con alas membranosas, garras y colmillos.

Darío inhaló despacio y vació su mente al exhalar. Aquel recadito sencillo que le obligaba a bajar al sótano era lo que enturbiaba sus pensamientos.

Puro miedo, nada más. El miedo de un niño que se esconde en la oscuridad y escucha cómo su padre se quita el cinturón, el horror del que sabe que cuando le encuentren, después de los golpes llegarán los besos, besos ásperos con sabor a vodka y sangre... El mestizo dio un acelerón, dejó atrás los recuerdos e hizo que el todoterreno atravesase el taller de lado a lado.

Era un lugar muy amplio, pero estaban los tres coches en los que Best y él llevaban trabajando los últimos días y no quedaba espacio para aparcar el todoterreno. Si lo dejaba en la entrada, tapaba la salida de emergencia del despacho de Isaac, que comunicaba el pub con el taller. No era buena idea.

Darío se envalentonó y el coche descendió por la rampa de caracol hacia el garaje.

Las luces del sensor de movimiento le dieron una cálida bienvenida y alumbraron la furgoneta roja de Marta, que estaba aparcada junto a una fila de motos. Detrás se veían los barrotes brillantes de una enorme jaula de acero. Tenía grabados símbolos de protección, reforzados con pintura de plata.

Las noches de luna llena, antes del crepúsculo, Marta Alborada les dibujaba en la frente las Hécates de sal y sangre que protegerían sus conciencias y los mestizos se desnudaban, bajaban solos a encerrarse en la jaula y esperaban a la luna. Unas horas después, la chica liberaba a los lobos y todos juntos se metían en la furgoneta, rumbo al coto privado de caza.

Al lado de la jaula había espacio para un par de motos más o un coche pequeño. En el primer nivel tampoco podría aparcar, Darío habría preferido intentarlo, aunque para ello hubiera tenido que mover todas las motos y reubicarlas dentro de la jaula, pero solo tenía las llaves de su Ducati y le parecía más rápido y fácil enfrentarse a sus miedos que levantar a pulso aquellas máquinas.

Todas eran bastante pesadas. La motocicleta de Isaac era una Harley-Davidson, las demás eran Ducatis deportivas de distintos colores chillones, pero todas pesaban más de doscientos kilos y todas tenían en común el mismo dibujo aerografiado en el tanque de gasolina: la cabeza de un lobo

negro con ojos amarillos.

El todoterreno pasó de largo y siguió descendiendo, lentamente hacia el segundo nivel, el sótano.

A ninguno de los chicos les gustaba bajar allí y solían echárselo a suertes cada vez que Isaac les pedía que comprobasen si las llamas de los quinqués funcionaban correctamente.

Cuando le tocaba bajar a Best, siempre lo cambiaba por cualquier otra cosa: sacar la basura durante un mes, limpiar los apartamentos, sacar brillo a los retretes con un cepillo de dientes... lo que fuera. Best hacía de todo por no tener que enfrentarse a las sombras y habría movido las motos, una a una, para aparcar allí el coche del alfa y todo porque Darío no le había mentido al GPS: el inframundo estaba en la planta -2.

En cuanto las ruedas tocaron el suelo del sótano, el joven sintió el cambio brusco de temperatura. Hacía tanto calor que el aire que entraba en sus pulmones le freía el cerebro en lugar de oxigenarle. La corriente de aire espeso le robaba el aliento y le hacía sentir claustrofóbico, a pesar de que era un espacio enorme y diáfano.

Las columnas de carga estaban dispuestas cuidadosamente y formaban un pentagrama. En cada esquina un quinqué albergaba una llamarada azulada y los fuegos oscilaban creando sombras en la pared.

Las sombras no se correspondían con ninguna de las columnas, se movían en una marea de brazos, piernas, zarpas, garfios y múltiples sierpes.

—Me dejaste morir —susurraron alrededor del coche.

Darío se mantuvo sereno y aparcó en el centro del pentagrama, el sitio más seguro.

—Hijo mío —repiteieron las sombras—, aquí hay un lugar para ti... Me dejaste morir y te estoy esperando.

Darío abrió la puerta del conductor, puso un pie en el terrado y pudo ver cómo una parte de las tinieblas se despegaba de la pared y se deslizaba hacia él. Cerró los ojos, bajó del coche y esperó.

Conocía la sensación que le sobrevendría a continuación: la penumbra le lamería con un millar de lenguas felinas y arañaría su piel, besándole a fuego.

Sin embargo, las sombras salvaron sus piernas y se encaramaron al todoterreno, deslizándose sobre la carrocería, hambrientas. Se atacaban unas a otras en su lucha por alcanzar el maletero.

El coche respondió al ataque con un débil gemido y una respiración entrecortada, muy humana, que se aceleró hasta culminar en un grito asfixiado.

Los oídos sensibles de Darío percibieron el sonido y sus ojos rasgados se estrecharon al máximo. El mestizo debería haber salido corriendo, sin mirar atrás, porque fuera lo que fuese lo que allí pasaba, no era asunto suyo.

—No-es-mi-puto-problema —se dijo encadenando las palabras. Intentó convencerse de ello, pero las voces le gritaban y lo que decían aumentaba su temperatura corporal más rápido que el fuego mágico de los quinqués.

Los puños de Darío ardían, entraron en fase de fusión nuclear y derritieron su mente. Se olvidó de las llaves y arrancó la compuerta del maletero. Las sombras se lo agradecieron y saltaron sobre su presa desde todas partes, convirtiendo el pentagrama en el epicentro de un torbellino de penumbra y reproches.

El hombre intentó gritar y al hacerlo tragó oscuridad, a pesar de la mordaza. La oscuridad también se lo tragó a él y la cerrazón le entró por cada poro del cuerpo.

El maletero era un pozo de brea viva.

Darío metió una mano en las tinieblas para sacar la cabeza del hombre, asiéndole por el pelo. Cientos de garras afiladas se clavaban en aquel rostro horrorizado, las sombras se partían y corrían bajo su piel como un festín de gusanos oscuros.

Darío dejó caer el cuerpo fuera del maletero y el saco de huesos quedó de rodillas, preso de pies y manos por esposas de plata.

La oscuridad saltó sobre él y convirtió el suelo en un cenagal burbujeante.

—Hazlo, hijo mío —gruñeron las tinieblas, distintas voces se amoldaron en una sola cadencia—. Dánoslo, dánoslo... Él lo merece, lo merece tanto... Hazlo ya.

Era la voz de su padre y era la única que Darío reconocía en el tumulto, la sentía aullando sobre el resto de las frases inconexas: «¿te gusta?», «es grande», «di que te gusta».

Las palabras abrían llagas en su mente y puertas de cuartos a los que Darío no quería volver. No podía seguir escuchando a las sombras, necesitaba un ancla al mundo real, una voz humana que lo rescatase.

Desabrochó la mordaza y el hombre escupió la bola junto con un salivazo de sangre y sombras.

—Por favor... por favor —lloró el saco de huesos—. Yo no he hecho nada. ¡No he hecho nada! Por favor, ¡ayúdame!

Darío tragó saliva y recuperó el sentido común. No era asunto suyo, sabía lo que tenía que hacer: meter al hombre de nuevo en el maletero y salir de allí lo antes posible, olvidarlo.

Aquella mierda era de Isaac y del alfa. Tenía que haber una razón para que ese hombre estuviera allí y, en realidad, Darío no quería saber por qué las sombras lo reclamaban.

Las tinieblas se alimentaban de almas oscuras y lo que estaban diciendo, lo que le estaban pidiendo, era su vida. Las voces le gritaban tanto y tan rápido que Darío apenas entendía los motivos.

No sabía si le hablaban de su padre, de lo que le había hecho su padre a él o de lo que aquel hombre había... Dejó de pensar y levantó al infeliz por los antebrazos, para devolverle al maletero.

Entonces, el verdadero infierno se desató y empezó con una súplica:

—Por favor, escúchame, chico. No fui yo... Yo no toqué a esos niños. Yo nunc...

El hombre no pudo terminar la frase porque la frente de Darío impactó contra su tabique nasal y lo hizo crujir empujándolo dentro de su cráneo. Un

puñetazo le dobló por el estómago y la presa cayó como un fardo.

Darío siguió pateándolo en el suelo, jaleado por las sombras.

—Así, hijo mío, así. Justo así, como yo te enseñé.

Darío entró en El Matadero con los vaqueros salpicados de sangre. Llevaba una sudadera negra que disimulaba las manchas y la capucha le tapaba la mitad superior de la cara. Eso le había bastado para pasar delante de Héctor, sin que su hermano se percatase de nada. Sin embargo, no esperaba tener que lidiar con otro portero al llegar al reservado y mucho menos que se tratase de Marta Alborada, que estaba pegando la oreja a la madera de la puerta mientras se fumaba un cigarrillo.

Marta le había pedido permiso a Fran para dejar la barra, porque Isaac les tenía prohibido fumar cara al público. Con esa excusa, ya se había fumado tres pitillos seguidos para que su compañero la viese fumando cada vez que Fran echaba una mirada disimulada hacia el reservado.

A pesar de la distancia y la capucha, a ella le bastó ver cómo Darío fruncía los labios para saber que algo malo ocurría.

—¿No lo estabas dejando? —carraspeó él, sin sacar las manos de los bolsillos y manteniendo la cabeza baja.

—Me cuesta dejar lo que me gusta —respondió Marta ágil, enarcando una ceja tras el flequillo—, aunque me haga daño.

Con esa frase, no solo le estaba tirando una de sus acostumbradas pullas a Darío, en realidad estaba abriendo fuego para contarle todo lo que había oído.

Quería explicarle qué era lo que la mantenía pegada al despacho de su tío: intentaba raspar alguna frase extra de la pintura de la puerta y ya había podido escuchar que aquella noche el alfa elegiría a una chica para convertirla en uno de ellos, en una mestiza.

Marta quería ser esa chica, lo deseaba con toda su alma, sin importarle el daño que el cambio pudiera hacerle, pero no tuvo tiempo de explicarse porque Darío obvió el comentario y la doble intención, como siempre hacía.

—Déjame pasar —dijo Darío, en tono asertivo y descorazonador. En ese momento, no le parecía tan difícil hablar de todo lo que había y nunca podría haber entre ellos y pensó que sería mucho mejor que entrar en el reservado y contarle a Isaac Alborada cómo la había jodido en el sótano.

Marta se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra la puerta.

—No creo que sea buena idea que entres ahí. Lo digo en serio. Esos dos han estado discutiendo, les he oído y...

—Necesito hablar con tu tío. —le espetó Darío. Se humedeció los labios y agregó—: Ahora.

—Ahora no es un buen momento —repuso ella sin amilanarse—. Mi tío está muy ocupado con su amigo, creo que están haciendo eso que hacen dos personas cuando se gustan mucho... Hablo de sexo, Darío, no creo que sepas a lo que me refiero.

El mestizo no reaccionó, no parecía siquiera respirar. Sus labios permanecieron apretados el uno contra el otro.

Tras un silencio de segundos incómodos, Marta se dio por vencida y se hizo a un lado.

—Vale, tú mismo —adujo dando una calada profunda y le soltó un aviso a la cara, con una bola de humo—: Haz lo que quieras, que es lo que siempre haces, pero llama primero y espera a que ellos te abran.

Darío obedeció. Sacó una mano del bolsillo de la sudadera y al acercar el puño a la puerta para llamar, Marta pudo ver las marcas de lucha reciente y también las manchas de sangre.

—Dios mío, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

El mestizo golpeó la puerta con sus nudillos desollados y se tragó el escozor junto con la respuesta. No podía decirle a Marta lo que pensaba: que estaba a años luz de estar bien, aislado en otro puto universo, uno en el que estar bien no era una opción disponible.

—No es nada —gruñó.

Marta tiró al suelo el cigarrillo y lo pisoteó con rabia.

—Joder, Darío. Por lo menos mírame a la cara, si quieres que me trague que...

Ella no pudo terminar la frase porque Darío se echó la capucha hacia atrás y dejó a la vista su mirada gris, enrojecida por la hinchazón típica de un llanto prolongado.

Isaac Alborada abrió la puerta en ese instante. Su cara también estaba sonrosada, pero de un modo muy distinto: resplandecía y llevaba una sonrisa en los labios, una sonrisa que murió en los ojos de Darío.

—Lo siento —murmuró el chico—. Vais a tener que bajar al sótano.

—¿Qué pasa? —preguntó Isaac.

—La he jodido. —Darío se mordió los labios—. Lo siento.

Isaac no entendía qué ocurría, pero no le importó, le partía el alma verle en aquel estado, así que le abrazó y le hizo entrar al despacho.

Darío se dejó envolver en aquel calor incondicional y se tragó las lágrimas. Su nueva familia nunca le había visto llorar y no iba a dejar que le viesen hacerlo.

Marta los siguió dentro del reservado y cerró la puerta tras de sí, sin saber qué decir o qué hacer. Ella, que nunca escatimaba en palabras y siempre tenía una respuesta para todo, se quedó muda, abrazándose a sí misma junto a la puerta.

Era un despacho muy pequeño, de apenas cuatro metros cuadrados, con los archivadores justos para llevar la contabilidad del bar y del taller.

Había una mesa de escritorio, tres sillas y un sofá de cuero rojo, que en ese momento estaba ocupado por el cuerpo semidesnudo del alfa.

Todo lo que solía estar encima de la mesa, papeles y demás, yacía en el suelo, pero no parecía que lo hubiesen tirado en plena discusión, más bien en la reconciliación.

Isaac Alborada llevó a Darío hasta el escritorio, le sentó en una de las sillas y se quedó de pie junto a él, sin dejar de aferrar una mano a su hombro como si agarrase la cuerda que les sujetaba al mundo.

Darío empezó a hablar a trompicones, con la cabeza baja y la mirada perdida en el baño de sangre de sus deportivas.

Con tres frases les contó lo que había hecho en el sótano: cómo habían enloquecido las sombras al entrar el coche, cómo había abierto el maletero sin poder resistir el impulso y cómo había matado a aquel desgraciado a golpes.

Raúl Montenegro no solo escuchaba sus palabras, el chico estaba tan dañado y tenía tal necesidad de comprensión que deliberadamente bajaba la guardia y le daba acceso a todos sus recuerdos, a los recientes del sótano y también a las cosas horribles que su padre le había hecho desde pequeño.

El alfa cogió una silla, se sentó frente a Darío y habló con la voz clara y tranquilizadora del poder supremo que cambiaba mentes y doblaba cucharas.

—No quiero que sigas sufriendo por lo que ha pasado y mucho menos por haber acabado con ese pedazo de carne podrida. Su alma era oscura y ahora es pasto de las sombras, donde siempre ha pertenecido. Tranquilo porque no te perseguirá —le dijo Raúl con media sonrisa—, pero tú tienes que seguir adelante.

Darío supo que el alfa conocía hasta el último rincón oscuro de su mente y se sintió aliviado, aunque profundamente avergonzado de que alguien pudiera saber lo que su padre le había hecho.

—La vergüenza no es tuya y tampoco la culpa —insistió Raúl—. Deja ese peso atrás, la única manera de atravesar el infierno es seguir hacia delante... Isaac y yo estamos muy orgullosos de ti y esta noche has demostrado que no me equivoqué al ungirte y aceptarte en nuestra familia. Te has enfrentado a los demonios del sótano y a los que llevabas contigo, has salido ganando. Todavía no lo entiendes, pero te has vencido a ti mismo, Darío. Te has liberado y en cuanto a lo de la carne muerta, créeme, has sido misericordioso porque merecía una muerte peor. Nosotros... —Raúl pronunció el pronombre con todo el peso de la manada—. Nosotros íbamos a comérselo vivo.

Darío aguantó la mirada del alfa y asintió, agradecido.

Isaac Alborada intervino ansioso y preocupado, sin dejar de apretar el

hombro de su pupilo.

—Entonces las sombras han reclamado el alma.

—Por supuesto —afirmó Raúl y lo que dijo a continuación, lo dijo mirando a Marta Alborada y asegurándose de que ella le prestase atención, debía tener claro cuál era el precio del deseo que Raúl Montenegro veía en su mente—. Nosotros no podemos tomar un alma que no esté corrupta. Cuando matamos a un inocente, su espíritu se liga al nuestro hasta que lo liberamos. Bien sea redimiéndole, ayudándole a resolver sus asuntos pendientes en la tierra o bien quitándonos la vida para darle la paz tras la venganza... Somos seres de fuego y sombras, benditos y malditos.

Isaac Alborada recordó un bosque lejano, la luna de plata y el sabor de la sangre prohibida. Perdió el hilo de sus pensamientos durante un instante y lo recuperó al encontrar en la expresión de Darío la misma sombra hiriente que él veía en el espejo cada día, al saberse un asesino.

—Es posible que ese hombre no haya muerto aún —aventuró.

Darío miró abatido a Isaac, adelantándose a la respuesta del alfa.

—He perdido el control, lo he perdido del todo. Nadie sobreviviría a algo así.

Raúl Montenegro sabía, igual que Isaac, que las sombras mantendrían la presa con vida cuanto pudiesen para deleitarse en su sufrimiento.

Sí que era posible que aquel despojo siguiese con vida y también sabía que, aunque Isaac quisiera comprobarlo tanto como él, no sería capaz de bajar al sótano porque la culpa que sentía Isaac Alborada era demasiado grande. La oscuridad lo recibiría voraz y le obligaría a revivir el infierno de sus peores recuerdos.

—Bajaré al sótano y me ocuparé de todo —decidió el alfa—. Es muy probable que las sombras estén manteniendo el cuerpo vivo. Podrían hacerlo incluso si Darío le hubiese volado la tapa de los sesos o le hubiese quemado vivo hasta los huesos. Son así de poderosas, es difícil escapar de ellas... Las tinieblas reaniman los órganos vitales y se alimentan del miedo y de la culpa, doblegan el espíritu para quitarle toda esperanza y voluntad, pero eso no es

mucho peor de lo que ese monstruo, ese pedazo de carne podrida hizo antes. —Raúl Montenegro chascó la lengua con asco y evitó contarles las hazañas del pederasta—. No os preocupéis, lo meteré en el maletero y me desharé del cuerpo. Lo quemaré en uno de los vertederos municipales de la manada, como siempre hacemos con ese tipo de basura.

—Gracias —susurró Isaac.

Raúl Montenegro echó a andar y, al pasar junto a la puerta, cogió a Marta de la mano.

—Vamos, pequeña. Ellos necesitan su momento y yo necesito que me pongas un pelotazo de lo que sea, pero bien fuerte.

Marta no se resistió. Acompañó al alfa fuera del despacho, pero antes de meterse detrás de la barra, se giró y se encaró con él.

—Sé a qué has venido y quiero hablar contigo de ello.

Raúl estaba esperando su reacción y le contestó condescendiente:

—Ya sé que lo sabes y también sé lo que quieres, pero yo no puedo dártelo.

La abogada en ciernes que Marta llevaba dentro tomó el control y también la barra, decidida a negociar. Sacó una botella de vodka del congelador y sirvió dos chupitos, uno para Raúl y otro para ella.

Se bebió el suyo de golpe y le preguntó directamente:

—¿Por qué no?

Raúl se tragó el licor y sonrió, marcando hoyuelos. Le gustaba aquella chiquilla, tenía la fiereza de Isaac y su misma determinación. No se merecía que le mintiese, pero tampoco iba a decirle que temía que no sobreviviese al cambio porque estaba seguro de que cualquier chica del pub lo conseguiría esa noche, así que le adornó la verdad:

—Tu tío no lo permitiría y yo respeto su voluntad.

—Ya he oído esa canción antes —bufó Marta y rellenó los dos vasos con más vodka.

Darío le había dicho una frase similar el día que ella le había puesto las

cartas sobre la mesa, contándole que estaba enamorada de él y que sabía que él también sentía algo por ella.

Darío no lo negó, dijo que no podía ser y se apartó. Desde entonces la evitaba, apenas la tocaba y no la miraba ni para cruzar las tres palabras que le dedicaba cada día.

Sin embargo, Marta sentía la elocuencia de las miradas del joven en su espalda y también había visto en los espejos del bar cómo Darío la observaba cuando creía que ella no le veía.

Eso era lo que más le dolía a Marta, Darío ni siquiera había negado que la quisiese, solo le había soltado el rollo de la hermandad, lo de que Isaac les había hecho prometer a todos que ella sería como una hermana más.

En realidad, Isaac lo había dicho por Fran, que cambiaba de chica como de camiseta y las dejaba a todas hechas un guiñapo. Era lo mismo que solía hacer Marta con los chicos y Darío lo dejó caer antes de marcharse.

Marta no tuvo oportunidad de decirle que estaba muy equivocado, que no solo quería ponérselo encima, quería tatuárselo en la piel. No era un capricho, ni un reto, quería hacerle feliz, quería borrarle esa mirada turbia y darle luz a fuerza de crear nuevos recuerdos juntos. Él era lo único que su corazón deseaba.

—Te entiendo —terció Raúl como si estuviese teniendo una conversación con ella y no estuviese robándole el pensamiento. El alfa bebió su vodka y giró el vaso vacío como una peonza—. A los que tenemos el mundo a nuestros pies, solo nos interesa la luna, ¿verdad? Pero no siempre podemos conseguir lo que más queremos.

Marta Alborada le dedicó un mohín sarcástico y volvió a rellenar los chupitos.

Quedaba el licor justo para dejar ambos por la mitad, al hacerlo, Raúl le quitó la botella de las manos y la encestó de un tiro limpio en una basura distante, con una parábola perfecta.

—Dudo que haya algo que no pueda conseguir usted —le recriminó Marta.

—No es un algo, es un ALGUIEN —le corrigió Raúl y liberó una carcajada triste con la confesión—. Me pasé la mitad de mi vida buscando a mi alma gemela y cuando por fin la encontré, le convertí en lo único que mi raza abomina: un mestizo... Si intentase llevarme a Isaac a casa, mi manada lo haría pedazos delante de mí. Después, mi propia madre se encargaría de acabar conmigo.

Marta lo miró horrorizada, pero la curiosidad la pudo. Quería saberlo todo, necesitaba saberlo y se lo preguntó:

—Entonces, ¿por qué transformaste a mi tío? ¿Por qué lo hiciste?

El alfa levantó su chupito en el aire, lo estudió achicando sus ojos de jade y contestó:

—Porque yo siempre veo el vaso medio lleno.

Echó su vodka en el vaso de Marta, lo llenó por completo y lo empujó con el índice hasta el borde de la barra, muy despacio, sin derramar una sola gota, retándola con media sonrisa.

Marta cogió el vaso justo antes de que se cayese al suelo y mantuvo la mirada del alfa, desafiante.

Raúl sonrió.

—Nunca habría puesto en peligro la vida de Isaac, pero cuando la encontré tuve que cogerla al vuelo. Es una gran historia que él nunca podrá contar. Le hice jurar que no se lo diría a nadie y lo hizo como juramos los *mannaro*, con mi sangre en sus labios. Sin embargo, supongo que yo sí que podría contártelo y eso te ayudaría a entender muchas cosas. Es una pena que no tengamos tiempo ahora, a no ser que...

—¿A no ser que qué? —preguntó Marta, ansiosa.

El alfa le estaba ofreciendo un receso y ella lo aceptaría, a toda costa.

—Baja al sótano conmigo y te lo explicaré —propuso Raúl, oscureciendo su mirada y su semblante—. Si cuando volvamos de ese pequeño y particular inframundo, tú no has cambiado de idea, convenceré a Isaac para que hagamos el ritual contigo. Es un buen trato: si te echas atrás, te haré olvidar

todo lo que ha pasado esta noche y empezaré por esta conversación.

Marta se bebió el vodka de un trago.

El líquido cayó por su garganta, se llevó toda la saliva y le dejó la boca tan seca que la lengua se le pegó al paladar, reticente a moverse, como si supiese que estaba a punto de tomar la mayor decisión de su vida.

—Quiero hacerlo —aseguró con un hálito de voz perfumada de licor—. No me echaré atrás, ya sé todo lo que necesito saber.

—¿Seguro? —repuso Raúl, socarrón—. ¿Has visto *Un hombre lobo americano en Londres* y tienes los deberes hechos o quieres que repasemos la famosa escena de la transformación?

—No me hace falta, la he visto muchas veces —se defendió Marta, cruzándose de brazos sobre la barra.

—Nadie escarmenta en pellejo ajeno y ver una película no te provoca el dolor insoportable que...

—No hablo de la película —le interrumpió Marta—. He visto a mi tío y a los chicos transformarse un par de veces y les he escuchado hacerlo muchísimas más. Dicen que se queman vivos y gritan como si en verdad estuvieran en llamas. Tiene que ser horrible, pero si ellos pueden soportarlo, yo también podré. Soy una mujer, mi cuerpo sabe cómo aguantar el dolor.

—Exacto —convino Raúl con una sonrisa y le apuntó con el índice—, mantén esa idea en tu cabecita porque es buena. La transformación duele tanto o más que un parto, vas a dar a luz un cuerpo nuevo para tu alma y lo harás una vez al mes, todos los meses del año. Cada vez que llegue la luna llena morirás y volverás a nacer. Es un don y una maldición, tus sentidos serán tan poderosos que si cambia el viento, serás capaz de oler las flores del cementerio desde aquí, pero también el hedor de los cuerpos en putrefacción.

Marta arrugó la nariz. Podía percibir un fragante olor a rosas que se tornaba punzante y fétido como un desagüe atascado por un manojito de pelos y tripas descompuestas.

Supo que el alfa estaba jugando con su mente y sus sentidos, elevó la barbilla y resolvió:

—Todo tiene un precio y lo acepto.

—¿Y si el precio es tu vida? —contraatacó Raúl—. No creo que ocurra, pero podrías morir esta noche, tu cuerpo podría rechazar el cambio... Debería buscar otra chica.

El alfa se encendió un cigarrillo, apoyó una mano en la barra y con la otra fue señalando a las mujeres que había a su alrededor. El pitillo humeaba entre sus dedos y sus ojos relucían ambarinos y expectantes.

—Podría ofrecérselo a cualquiera de ellas, da igual porque cualquiera servirá. El destino está de mi parte, elija a quien elija.

Marta se mordió los labios.

—Entonces elígeme a mí.

Raúl exhaló el humo entre los dientes, con una sonrisa depredadora.

—Eso son palabras mayores, Marta Alborada, pero te aseguro que merece la pena intentarlo.

El alfa carraspeó y se preparó para hablar de la noche que cambió toda su vida, empezando por hablarle de Fronda, la gran lobera, la ciudad subterránea en la que se perdían las raíces de su manada.

Que él supiese, solo había dos lugares más habitados por lobos *mannaro* y similares a Fronda: uno estaba en Italia y el otro en Rumanía.

Raúl no pensaba decir nombres, ni precisar su emplazamiento bajo la cordillera cantábrica de la frontera asturleonera. Describiría Fronda con cautela y los detalles justos, los que fuesen comunes a las loberas de las otras dos manadas.

Trataría de encender la curiosidad y el anhelo de aquella chica sin ser demasiado específico, para que ningún lobo pudiera saber que se trataba de Fronda, si se diera el improbable caso de que alguien leyese la mente de la humana. No obstante, Raúl recondujo las pistas hacia la cuna del mediterráneo.

—¿Has estado en Italia? —incidió, perspicaz.

—Estuve en Roma hace unos años —contestó Marta, dando voz a

pensamientos y recuerdos que él ya había leído—. Fui de viaje de fin de curso, al terminar el instituto.

—Bien, entonces no te costará imaginar mi hogar. Es una ciudad subterránea, pero supera en encanto a la fastuosidad de Venecia, Siena, Florencia o la propia Roma.

Marta le miró confundida. No sabía dónde vivía la manada del alfa, pero ella siempre había creído que sería en la península ibérica, aunque lo suficientemente lejos de El Matadero.

—Como todas las cuevas —prosiguió Raúl—, la mayor parte de su belleza permanece oculta a los humanos. En la superficie mi manada posee kilómetros de valles montañosos y bosques infinitos, un embalse de agua verdeazulada y un río bravo, que como nosotros, corre por encima y por debajo de la tierra... También tenemos villas, pueblos y señoríos, pero es en las cuevas donde guardamos nuestros mayores tesoros, los que tu raza veneraría como maravillas y patrimonios de la humanidad: túneles repletos de basílicas profanas, termas naturales, fuentes labradas con estatuas clásicas y cientos de calzadas cubiertas de mosaicos que llevan al corazón de la caverna, el anfiteatro.

Marta recordó el Coliseo romano al atardecer, iluminado por los focos amarillentos de los arcos y el enjambre rojizo del tráfico a su alrededor.

—Nuestro anfiteatro está mejor conservado —continuó Raúl, recogiendo complacido la imagen de la mente de la chica— y la iluminación tradicional le favorece aún más. No tenemos farolas, pero sí miles de hogueras por toda la cueva, alimentadas por gas y antorchas. Esos fuegos naturales nos protegen eternamente del mismo modo en que las llamas del sistema artificial del sótano respiran ahora, bajo nuestros pies.

Marta miró al suelo por instinto. Sabía cómo funcionaba la magia del fuego y las sombras porque Isaac se lo había explicado muchas veces.

—¿Quieres verlo con tus propios ojos? —apremió Raúl—. Entonces, ven conmigo.

Marta se sacó un llavero del bolsillo y se lo enseñó al alfa.

—Yo tengo las llaves del sótano —le dijo—, así que tú vienes conmigo.

Marta Alborada salió de la barra y empezó a caminar entre la gente con paso firme, manteniendo la frente alta y apretando en sus manos decididas las llaves de aquel sueño que empezaría como la peor de sus pesadillas.

Raúl Montenegro siguió a la joven de cerca, pisando su sombra, sonriente y convencido de que al fin había encontrado a su Wendy.